



1



Premio CIESPAL de Crónica 2014

Temas ecológicos, policiales, crisis sociales, personajes, costumbres, lugares de ensueño, entre otros, son parte de los 20 mejores trabajos del primer concurso de crónica en Ecuador, organizado por el CIESPAL.



Premio CIESPAL de Crónica 2014

Temas ecológicos, policiales, crisis sociales, personajes, costumbres, lugares de ensueño, entre otros, son parte de los 20 mejores trabajos del primer concurso de crónica en Ecuador, organizado por el CIESPAL



Premio CIESPAL de Crónica 2014

Carlos Iván Yáñez (editor)

Primera Edición

300 ejemplares - Marzo 2014

ISBN: 978-9978-55-113-4

Código de barras: 978-9978-55-113-4

Registro derecho autoral: 04332

Depósito legal: 005061

Diagramación

Diego Acevedo

Impresión

Editorial “Quipus”, CIESPAL

Quito-Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Índice

Presentación	
¡Gracias, cronistas!	11
Carlos Iván Yáñez	
 Crónica y [semi]modernidad en América Latina	 15
Fernando Checa Montúfar	
 El periodismo como memoria	 71
Alberto Salcedo Ramos	
 Entre la realidad y el lector, el periodismo narrativo	 77
Samuel Blixen	
 De la crónica y el contagio: cuerpos, escenarios, miradas. Esta antología	 85
Alicia Ortega Caicedo	

Veredicto del Jurado Internacional	97
Los limones del huerto de Elisabeth	103
Primer premio	
Vilcabamba: psicodelia y agua milagrosa	125
Segundo premio	
¿Qué no ves que estamos en crisis?	143
Tercer premio	
SAPE: La sociedad de jueguistas elegantes	179
Los sapeurs congolese y el poder colonizador de la elegancia.	
Cuarto premio	
Prohibido prohibir lo Kitschpe	207
Mención especial	
En el Guasmo suena Mozart	219
Mención especial	
El miedo es un muro que me impide conocerte	229
(La vida en Las Colectivas)	
Mención especial	
El primer ecuatoriano en el espacio	245
Mención especial	

El maquillador de los muertos ¿Es la tanatopraxia la última vanidad de los seres humanos?	259
Adiós a los lobos	271
Los Vestigios de Texaco aún están en la mente y la naturaleza amazónica	279
El Cajas: espejo partido	287
Guayaquil, la biblifóbica	295
El justiciero	305
El ocaso de las cajoneras	319
La meta es el camino	327
Se los llevó el tren	341
Una comunidad que se desarrolla en el páramo	353
Farrear en kichwa en plena Mariscal	363
El rey pasa penurias. Jaguares en Yasuní	371

Presentación

¡Gracias, cronistas!

El libro que tienen en sus manos, estimados lectores, incluye los mejores trabajos que participaron en el “Premio CIESPAL de Crónica 2014” –seleccionados por el jurado internacional–, y cuatro textos más sobre este género periodístico, escritos por los tres miembros del Jurado Internacional y otro por el director del Ciespal, Fernando Checa Montúfar, comunicador, académico y estudioso del tema.

Cabe anotar que el libro contiene, también, un intangible difícil de valorar: el enorme esfuerzo del Ciespal para destacar, promover y premiar al periodismo narrativo escrito, y reconocer a los ecuatorianos que incursionan en la crónica, género considerado como el “primo hermano de la literatura”. A ese intangible se suma, sin duda, la oportunidad que abrió el concurso para descubrir a talentos desconocidos entre las nuevas generaciones del periodismo nacional.

El premio monetario (USD 10 mil) es el mayor que se entrega en Ecuador para un concurso periodístico, sin embargo, podría decirse que es un monto insignificante comparado con las satisfacciones obtenidas. Por ejemplo, que en esta primera convocatoria del CIESPAL hayan participado 103 crónicas, la gran

mayoría de buena calidad. Y, de igual manera, el hecho de que salieran a la luz nuevos nombres de potenciales escritores de “no ficción”. O de ficción, ¿quién lo sabe?

Es importante mencionar y resaltar que al “Premio CIESPAL de Crónica 2014” llegaron textos de todo el país y del extranjero, de revistas o periódicos, de medios de comunicación grandes y pequeños, digitales o semanarios. El abanico de temas fue amplio, novedoso y diverso. Así, por nuestras manos pasaron textos de extensión libre sobre asuntos ecológicos, personajes, viajes, vida y costumbres, economía, crisis sociales, crónica roja, cultura, deportes, etcétera.

Desde el 27 de noviembre del 2013, fecha en la cual el Ciespal hizo la convocatoria pública, la acogida al concurso rebasó las expectativas esperadas y recibimos elogiosos comentarios del periodismo local y de otros ámbitos culturales y sociales. La invitación abierta, democrática en todo sentido, fue para todos los compatriotas que vivieran dentro o fuera del país, además de extranjeros residentes legalmente en el Ecuador.

La iniciativa del concurso -cocinada a mediados del 2013- respondió, también, a la creencia de que la crónica supuestamente era un género poco desarrollado por los periodistas de nuestro país. Afortunadamente, esta primera experiencia demostró que no es así, pues reveló que el talento está regado por todas las regiones de Ecuador, entre periodistas-escritores (o viceversa) novatos y experimentados, mujeres y hombres.

De los 103 trabajos presentados, 62 pertenecen a hombres y 41 a mujeres. De esos textos, 33 fueron escritos por menores de 30 años, 54 por personas de 31 a 45 años, y 16 por mayores de 45. Pero un dato merece destacar: entre los menores de 30 años, 22 son mujeres y 11 varones.

Del total, 84 crónicas corresponden a medios impresos y 19 a digitales. Asimismo, 86 fueron publicadas en medios privados, 14 en públicos y tres en oficiales.

Al concurso llegaron trabajos de 43 medios de comunicación de todas las regiones de Ecuador, además de España, Francia y Argentina. De esos, 22 son revistas y 21 periódicos impresos o digitales.

La mayor parte de las crónicas postulantes correspondieron a la provincia de Pichincha, con 44. Le siguieron Guayas con 24, medios de cobertura nacional con 22 y el resto a medios locales de otras provincias.

Metodología de selección

El jurado nacional estuvo conformado por dos periodistas y escritores de larga trayectoria en el país: Kintto Lucas y Carlos Iván Yáñez, quienes seleccionaron 44 crónicas de las 103 presentadas. Para emitir su dictamen, el jurado nacional consideró las características básicas del género. Esto es: investigación, estilo narrativo, rigurosidad periodística y temática. En este punto terminó el trabajo del jurado local.

Esos 44 trabajos escogidos fueron enviados al jurado internacional, conformado por el colombiano Alberto Salcedo Ramos, una de las palabras mayores de la crónica en el ámbito latinoamericano y autor de varios libros; el uruguayo Samuel Blixen, reconocido periodista en la región, profesor universitario y escritor; y la ecuatoriana Alicia Ortega, académica y estudiosa de este género periodístico.

Los tres, con absoluta independencia (cada uno trabajó en su país), y sin conocer los nombres de los autores, seleccionaron las tres mejores crónicas, las menciones y las que merecían aparecer en este libro. Tras una primera evaluación, los tres

jurados coincidieron en 7 textos y luego, en una deliberación final, señalaron los ganadores. Pero no definieron tres premios sino cuatro, además de cuatro menciones y doce textos adicionales. Esas veinte crónicas dan forma a este libro.

El nacimiento de este volumen también viene acompañado por un anuncio del Ciespal: éste es el primer libro de una colección de autores ecuatorianos y latinoamericanos que, de alguna manera, combinaron sus carreras literarias con el periodismo, o lo hicieron en forma paralela y fueron estupendos cronistas. En principio, en esta serie estarán Pedro Jorge Vera, José Antonio Campos...

Con esta publicación, el Ciespal cierra el Premio de Crónica 2014 con satisfacción, entusiasmo y el convencimiento de que la próxima convocatoria será igual o mejor.

¡Que disfruten de estas veinte crónicas!

Crónica y [semi]modernidad en América Latina

Fernando Checa Montúfar¹

1 Director General del Ciespal, profesor de la Universidad Andina.

Ganado Tengo el pan. !Hágase el verso!

José Martí

*Yo no soy un poeta para las muchedumbres,
pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.*

Rubén Darío

*¿Y qué compensación, qué consuelo para estos dolores? Paréceme
haber equivocado el camino. Han rodado sobre mí eternidades
de años, tengo 48 y he vivido ciento, si padecer es vivir. Me creían
un modesto soldado de las libertades públicas, desde que aprendí
a manejar la pluma de periodista, y no he sido sino un forzado
de las letras de molde, peón de imprenta a discreción de editores
sin conciencia (...) Suponía que estaba cumpliendo un alto deber
de verdad y de justicia, y no hacía sino cumplir la tarea para
llenar la olla. Me juzgaba un hombre y no era sino una máquina
de escribir.*

Manuel J. Calle

El florecimiento de la cultura de masas, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, encontró - y, en gran medida, ayudó a constituir- un campo cultural importante en la prensa escrita que, para ese entonces, ya tenía un carácter diario, un estilo más cercano a las habilidades lectoras de la masa y un circuito de distribución masiva enormemente más amplio que el del libro. Fue un nuevo campo cultural en el que convergieron periodismo y literatura, y que desarrolló básicamente dos productos

que revolucionarían las sociedades de aquel entonces: el folletín y la crónica. Ambos como resultado del perfeccionamiento del “capitalismo impreso”,² que devino en industria cultural centrada en una cultura tipográfica. Este nuevo campo del periodismo literario, contradictorio y tenso, puso en crisis al autor al obligarle cada vez más a insertarse en su lógica mercantil para poder sobrevivir como persona y como autor; empezó a “desauratizar” y desmitificar el halo celestial del autor (el “profeta universal” de Foucault), a problematizarlo. Pero, también, democratizó la escritura al dar paso a nuevos autores no consagrados,³ que incorporaron lo popular a lo masivo, y posibilitó el acceso a la lectura a millones de personas que de otra forma no lo habrían hecho; permitió una incipiente profesionalización y autonomía de la literatura y, fundamentalmente, potenció a la industria cultural como factor clave para la construcción de los imaginarios colectivos. En suma, dada su masividad, la prensa tuvo notable influencia en la constitución de imaginarios y modos de conocer y construir conocimientos en torno a la nación, la lengua nacional, raza, identidad, modernidad, modelos de sociedad y todo lo que significaba el ser latinoamericano y su problemática.

Particular importancia tuvo la crónica porque aparece como un género híbrido que combina la función referencial, factual, informativa del periodismo; con la función poética y el “yo” subjetivo de la literatura, lo que le dio un carácter profundamente

2 Según Benedict Anderson, la construcción de las “comunidades imaginadas”, que prepararon el escenario para la nación moderna, fue posible gracias a la convergencia del sistema capitalista, la tecnología impresa y la “fatal diversidad del lenguaje”. Sobre esta base propone la categoría “capitalismo impreso” para destacar el rol que jugó la imprenta, potenciada aún más por el arrollador proceso de industrialización, en el surgimiento de las “lenguas nacionales impresas” (1983: 46).

3 Aunque no sólo nuevos autores, algunos ya consagrados se insertaron en este nuevo campo para garantizar un sustento económico. Por ejemplo en Europa, donde empezó el fenómeno: Dickens, Balzac, A. Dumas, Pérez Galdós, Pío Baroja, Valle-Inclán; en América Latina: José Martí, Rubén Darío, Horacio Quiroga, etc.

crítico. Fue un campo problemático, pero prolífico y rico estéticamente. Basta mencionar los casos de Martí y Rubén Darío cuyas obras son mayoritariamente escritas para periódicos: casi toda la del primero y cerca del 70% de la del segundo.⁴ Sin embargo, se ha mirado estos textos como “subliteratura”, como productos secundarios de sus creadores. Por ello, el reconocimiento del valor de los textos de estos cronistas y de otros de la época -como Julián del Casal, Gutiérrez Nájera., Enrique Gómez Carrillo, etc.- es reciente. El trabajo pionero es el de González (1983), seguido por los de Ramos (1989) y Rotker (1992; 1993) quienes han destacado el aporte de la crónica modernista a la prosa moderna, al periodismo y a la transformación profunda de la cultura latinoamericana.

Este artículo tiene el propósito de hacer una caracterización breve y panorámica⁵ del contexto en el que se produce la incorporación de América Latina al capitalismo mundial, de la modernidad como “totalidad civilizatoria” (Bolívar Echeverría), del modernismo como expresión cultural-artística problemática y diversa y, dentro de este marco, el nuevo sistema de escritura, la crónica, que fue posible gracias a la creación de un nuevo campo, el periodismo literario, dentro de una industria cultural que respondió a los requerimientos estéticos de la cul-

4 Según Rotker, entre 1880 y 1892, Martí escribió más de 400 crónicas sobre Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa, más de 100 retratos o semblanzas que publicó en una veintena de periódicos de América y España. Darío fue director de algunos medios (diarios y revistas) y corresponsal de otros tantos. Varios de sus textos periodísticos los publicó después como libros (1992: 22,23). La obra periodística de Martí sería publicada como libros, luego de su muerte, siguiendo las claras instrucciones que al respecto dejó escritas en cartas testamento a Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

5 No es el caso extendernos en esta caracterización. Para un análisis en detalle de la crónica modernista (centrada en Martí, Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Enrique Gómez Carrillo y José E. Rodó) y su contexto socioeconómico, cultural y político, nos remitimos a los trabajos citados de González, Ramos y Rotker que, entre otras cosas, han sido fuente valiosa para el desarrollo de este texto y con los cuales hemos tratado de dialogar y contrastar.

tura de masas. Todos estos procesos se vigorizaron a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX que atestiguaron el surgimiento de la crónica como género del periodismo moderno y como antecedente rico, complejo y fermental de lo que vendría luego, incluido el denominado Nuevo Periodismo.

La modernización en América Latina: en la órbita del capitalismo y bajo la imposición de la modernidad europea

Si bien América Latina ya fue parte periférica del desarrollo del capitalismo mundial desde su etapa de acumulación originaria en el siglo XVI, la dinámica de este proceso y las necesidades metropolitanas de materias primas (a precios bajos) y de mercados para sus manufacturas (a precios altos), determinó una rápida y violenta incorporación de la región a la órbita capitalista liderada por Europa, en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque el modo de relacionamiento con el capitalismo es diferenciado según los países y las épocas, todas nuestras economías orbitaron, más o menos, de acuerdo a las necesidades geopolíticas y geoeconómicas de los centros metropolitanos. En este contexto, cambios acelerados y profundos, a todo nivel, se dieron en esta época de crisis.

Se acentuó la contradicción entre los modos de producción y las clases dominantes que los lideraron y las emergentes. Las fuerzas conservadoras que representaban los intereses de los terratenientes vieron minada su hegemonía por la emergencia y poder cada vez mayor de la burguesía. Dado que la expansión de los mercados fue el proceso fundamental, la burguesía comercial y bancaria empezó a dominar la escena y a impulsar cambios en la base económica. La idea de eficiencia y mayor productividad permitió una tecnificación creciente de los procesos de producción, a tono con los cambios revolucionarios de la técnica que se producían sin cesar en las metrópolis. El tendido

de líneas férreas y el mejoramiento de las vías de comunicación permitió integrar internamente a los países e incorporar vastas zonas al comercio, especialmente al que se daba en y a través de las ciudades-puerto. Se vivía un ambiente tecnológico intenso: ferrocarriles, luz eléctrica, máquinas de todo tipo, buques de vapor, teléfono, telégrafo, linotipo, hierro por doquier y demás invenciones y descubrimientos científicos que transformaron la vida y la percepción del ser humano latinoamericano todavía imbuido de la tradición y de la mentalidad rural.⁶

El escenario privilegiado de estas grandes transformaciones socioeconómicas fueron las ciudades, las cuales empezaron a hegemonizar la vida nacional y a subordinar, definitivamente, al campo: “En pocos años –dice Romero-, veinte o treinta ciudades latinoamericanas, en distinta medida, vieron transformarse sus sociedades y arrinconaron las formas de vida y de mentalidad de las clases tradicionales” (328)⁷.

Así, la inserción al capitalismo mundial fue eminentemente urbana. Irrumpió la “ciudad burguesa”, la “ciudad modernizada”.⁸ Las ciudades crecieron y se transformaron arquitectónica y culturalmente. Hacia ellas fluyeron inconteniblemente los in-

6 Desde luego, la revolución científico-técnica se produjo en Europa y Estados Unidos, pero por la dinámica del capitalismo, no pasaba mucho tiempo para que esas innovaciones también llegaran a la región: “años más, años menos, como en Europa, -dice Romero- porque el trasvasamiento de las innovaciones técnicas fue casi instantáneo en Latinoamérica” (1999: 337).

7 Según Romero, en los 50 años posteriores a 1880, casi todas las capitales latinoamericanas duplicaron o triplicaron sus poblaciones. Sobre esta base, Angel Rama afirma: “lo que ocurrió en el París de 1850 a 1870 bajo el impulso del barón de Haussman, e hizo decir a Baudelaire que la forma de una ciudad cambiaba más rápidamente que el corazón de un hombre, se vivió a fines de siglo, en muchas ciudades latinoamericanas” (1984: 95).

8 Para Romero, la era de lo que él denomina la “ciudad burguesa” va de 1880 a 1930, en tanto que para Rama, la “ciudad modernizada” va de 1870 a 1920. En cualquier caso, este periodo de más o menos 50 años, diferente en intensidad y tiempo según los países, atestigua profundos cambios en las sociedades latinoamericanas.

migrantes nacionales y extranjeros. Las grandes urbes, especialmente los puertos que fueron los primeros en transformarse, empezaron a recibir a masas de campesinos (antes atados al terrateniente por relaciones de producción cuasi feudales) atraídos por los cantos de sirena de una vida mejor, lejos de la tradición y cerca del glamour y de la liberalidad que la ciudad ofrecía; fueron masas que empezaron a formar los barrios miserables.⁹ Desde el exterior, llegaron los representantes de la banca¹⁰ y de las oficinas comerciales que empezaron a gobernar la economía local y, también, los técnicos que necesitaban los nuevos esquemas de producción, los desocupados y los aventureros atraídos por la tierra de promisión que todavía veían en el Nuevo Mundo, fueron poblando los barrios residenciales y también los otros (junto con sus modas, costumbres y formas de pensar) para, en muchos casos, integrarse e hibridizar las culturas populares (el tango es un buen ejemplo de ello).

Las ciudades transformaron su cara: el modelo del barón de Haussman y de la Inglaterra victoriana, en menor medida, sirvió de base para la transformación arquitectónica que desembocó en un “eclecticismo afrancesado”, como la ha señalado Romero (1999: 264), que cambió para siempre la forma colonial de muchas ciudades de América Latina. Se abrieron nuevas avenidas y se ampliaron las ya existentes para permitir el flujo

9 El periódico alimentó simbólicamente este proceso migratorio, produjo ese “efecto demostración”, del que ha hablado Romero, pues “se añoraba en las ciudades provincianas el brillo de las luces, el lujo ostentoso, que las ciudades modernizadas imitaban de París. Se añoraba también el género de vida mundano que difundían las novelas y los periódicos, y esa cierta forma de anonimato que caracterizaba la existencia de la gran ciudad, gracias a la cual la vida parecía más libre y la posibilidad de la aventura más fácil” (1999: 309).

10 Si bien desde mediados de siglo ya empezaron a fundarse los primeros bancos, por financistas privados (Edwards en Valparaíso, Ossa en Santiago, Maná en Río), es a partir de los años 60 cuando los bancos extranjeros dinamizaron y ampliaron el sector al crear sus filiales: los primeros fueron los del Banco de Londres en Río (1862), en Buenos Aires (1863) y en México (1864).

incesante y dinámico de los ciudadanos y para posibilitar el exhibicionismo de los nuevos ricos y sus modas y costumbres importadas, pero también el encuentro, antes circunscrito a los salones, cafés y demás espacios cerrados y privados. Las calles se convirtieron en pasarelas, pero también en ágoras para ejercer la política.

Y, también, cambiaron las costumbres y los valores. Si bien los elementos tradicionales se mantuvieron y se resistieron a desaparecer, la fuerza de los nuevos esquemas impulsados por el mercantilismo y los valores burgueses terminaron por imponerse y crear una cultura urbana, especialmente la monetarización de la vida: el dinero pasó a ser requisito indispensable para el reconocimiento social. Todo se medía de acuerdo al éxito económico, el ascenso social era el premio para el que triunfaba en los negocios. Aparece la “sociedad de las oportunidades” donde la fortuna es el símbolo del éxito y equivale a ser el mejor.

Con el flujo migratorio cambió la composición demográfica de la ciudad: banqueros, comerciantes, oficinistas, burócratas, militares, clérigos, maestros, profesionales, obreros, servicio doméstico, artesanos, informales, vagabundos, vividores, prostitutas, delincuentes.... e intelectuales. Se produjo una mesocratización social de grandes implicaciones; es decir, un crecimiento de las clases medias cuyos miembros permitieron que las ciudades se renovaran:

eran los que compraban los periódicos, los que discutían sus opiniones en el café, los que se proveían en los nuevos almacenes que ofrecían la moda de París (...) los que empezaron a pensar que también ellos tenían derecho a participar en el poder y formaron las filas de los nuevos partidos políticos (Romero, 1999: 328).

Fue un mundo heterogéneo en el que se puso en evidencia, como en su arquitectura, el choque de los nuevos valores y de los viejos, de la tradición y la modernidad que no terminan de cuajar, hasta hoy.

Allí, en las ciudades, aunque también en el campo, la lucha política se abrió en un abanico de opciones ideológicas: liberales (la nueva fuerza), conservadores, liberales-conservadores (conciliando los intereses de las clases dominantes para salvar los cambios de una posible radicalización), caudillos populistas, socialistas (a inicios del siglo XX), radicales, independentistas (Cuba, Puerto Rico), etc. Es una lucha que también se reflejará en las crónicas y sus textos.

Como correlato del nuevo modelo de producción imperante entra, también con fuerza, una nueva concepción, un “espíritu moderno” que como “totalidad civilizatoria” trataba de imponer un nuevo tipo de hombre, el hombre moderno, que no era otro que el hombre moderno europeo. La modernidad, si bien empieza a constituirse con fuerza gracias a la mundialización del mundo, gestada desde hacía rato por el “descubrimiento” de América y la posibilidad objetiva de la acumulación originaria de capital, logra consolidarse y expandirse aceleradamente luego de la revolución industrial y, especialmente, en el siglo XIX cuando “la gente ya tiene la percepción de vivir en un mundo en permanente transformación. Hay una relación ambigua entre la fascinación y el miedo” (Berman, 1988: 142). Es decir, en una época caracterizada por los cambios acelerados, la inmediatez, la simultaneidad, la ruptura de los referentes, la desacralización que quita el “aura” a lo que antes se tenía como intocable o sagrado. Es una época de ambigüedad, angustia y crisis por el enfrentamiento de los nuevos valores (impuestos) con los viejos, los tradicionales, que en América Latina tenían (tienen todavía) mucha fuerza y corresponden

a matrices culturales diferentes. Así, la mundialización de los mercados, los viajes y las migraciones de gentes, mercancías y culturas produce un cosmopolitismo, un universalismo que pretende resquebrajar los referentes regionales sin conseguirlo, inclusive hasta hoy.

La modernidad correspondió al rápido desarrollo industrial europeo que en América Latina no se dio: si allende el mar esta ideología fue el resultado de ese proceso, acá fue requisito impuesto, pero desfigurado por una tradición que se resistía a morir. Es decir, acá se empezó a producir, como lo dice O. Paz, una “modernidad antimoderna, rebelión ambigua” (1974: 130). Y la crónica también registró esa ambigüedad, su profundo sentido crítico le permitió ver una mezcla de lo occidental y lo más “verdadero” de la tradición.

Por otro lado, la revolución en las estructuras socioeconómicas fue el resultado del desarrollo científico-tecnológico, pero también lo aceleró. Así, la tecnología pasó a ser la “nueva religión” que gestó una ideología del progreso *ad infinitum* según la cual el hombre, al fin, podía conquistar y dominar la naturaleza para producir bienes y riqueza para su pleno y creciente bienestar. El ser humano libre al fin del destino impuesto por un poder extraterrenal podía decir, con Nietzsche, “Dios ha muerto”.

Como características generales de esta nueva matriz cultural, que es la modernidad, están: una nueva concepción del tiempo (ahora lineal, irreversible, infinito, que mira al futuro), la separación de lo público y privado (surgimiento del individuo, pero convertido en masa por la revolución industrial y el crecimiento de las ciudades), la consolidación del humanismo (ahora el hombre es el centro del universo, hay un cosmos humano vs. un caos naturaleza), el predominio de la razón que genera ese es-

pectacular desarrollo de la ciencia y tecnología, y una creciente urbanización (hacia una sociedad de masas, la modernidad es eminentemente urbana); todo esto en el marco de sociedades con nuevas formas de socialización, y articulado por la hegemonía del paradigma científico cartesiano-newtoniano: el *cogito*.

En suma, es una época de profundas transformaciones en la estructura socioeconómica, cultural, política. Transformaciones de lo rural a lo urbano, de lo tradicional a lo moderno que condujeron a nuestros países a imitar el modelo europeo o estadounidense, sin lograrlo. Y es que, a diferencia de Europa, la “modernidad” en América Latina tiene su propia especificidad: el afán modernizador de sus élites se ve enfrentado con una realidad cuya heterogeneidad multitemporal (sociedades tradicionales atravesadas y en tensión con multiplicidad de procesos y niveles de modernización) va configurando una condición “premoderna” o “semimoderna” (o, si se quiere, de “modernidad periférica heterogénea”): ya empiezan a dejar de ser las sociedades tradicionales de antaño, pero tampoco son, ni serán, las sociedades modernas de Europa y Norteamérica.

El modernismo, hijo legítimo del capitalismo dependiente, y la crónica

En este contexto problemático, heterogéneo, contradictorio, aparece el modernismo con esas mismas características, de las que también participan su interpretación y evaluación. Por un lado, se lo ha visto como una expresión del rastacuerismo, del aristocratismo, del arribismo social y del señoritismo artificial burgués; esnob, esteticista, exotista, torremarfilista, exhibicionista, extranjerizante y elitista; con tendencia a la evasión, al vicio, a la depravación y a la bohemia desmedida; una expresión ostentosa, si la redundancia cabe, del “barroco burgués”.

En definitiva, según lo ha calificado Francoise Perús, como “un movimiento al servicio de la burguesía importadora”¹¹.

Sin embargo, todos estos rasgos y la subordinación incondicional y acrítica a los intereses de la nueva clase dominante no se pueden generalizar a todos los exponentes del modernismo que se situaron en diferentes lugares y épocas, y miraron pasar la modernidad desde distintas ópticas. Desde luego, fue un movimiento que correspondió a la época de la incorporación de nuestros países al desarrollo del capitalismo mundial, hecho que lo marcó pero con el que se relacionó de una manera compleja y diferenciada. En este sentido, Rama señala que

el modernismo no es sino el conjunto de formas literarias que traducen de diferentes maneras la incorporación de América Latina a la modernidad, concepción socio-cultural generada por la civilización industrial de la burguesía del s. XIX, a la que fue asociada rápida y violentamente nuestra América en el último tercio del siglo pasado, por la expansión económica y política de los imperios europeos a la que se suman los Estados Unidos (Rama, 1974 en Rotker, 1992).

No obstante las diferentes apreciaciones, fue un movimiento con rasgos comunes de gran importancia: el cosmopolitismo (expresado especialmente en el viaje y en el conocimiento de otras tierras y culturas, sobre todo la francesa), la apropiación creativa del lenguaje y del canon literario metropolitano y el carácter crítico, como la misma modernidad; pero, inclusive, crítico de ella misma al hacer una “exaltación del mundo prehispánico” (Paz, 1974: 131) que la contradecía. Pero también son textos ambiguos, lo cual se manifestó en una crítica a la burguesía, pero “a través de los mismos elementos decorativos

11 En *Literatura y sociedad en América Latina* (México: Siglo XXI, 1976), cit. por Susana Rotker, 1992: 19.

que imponía la élite importadora; es decir, refinamiento, moda, imágenes lujosas y exóticas, acumulación” (Rotker: 64).

Más allá de los puntos de vista divergentes con respecto a esta “forma de la crisis universal de las letras y del espíritu”¹² que fue el modernismo, el hecho es que una de sus expresiones más ricas fueron los textos en prosa que los modernistas escribieron para la prensa. Fueron textos en los que la factualidad y la “objetividad” del periodismo les obligó a sus autores a salir del torremarfilismo (si algunos de ellos se ubicaron allí con su poesía) y conectarse con la realidad del mundo en que vivían y sufrían. En esos textos, se cristalizó con fuerza el cosmopolitismo, el espíritu crítico y, muy especialmente, la renovación estética que subvirtió el canon literario y produjo una escritura original que transformó e influenció enormemente a la prosa latinoamericana.

Por otra parte, en esta época de cambios y de transición hubo una gran heterogeneidad de discursos. Estas características también las tuvo el modernismo y sus exponentes. En la crónica, se puede evidenciar esa relación conflictiva y tensa entre los viejos valores y los nuevos, entre el pensamiento moderno, importado, que trata de abrirse paso en estructuras tradicionales. Ante el reto de la modernidad, muchos letrados volvieron sus ojos a las raíces americanas (culturas indígenas y negras), fuente de identidad, poder y esperanza. De ahí, la heterogeneidad de temas y de miradas, las distintas posiciones con las que asumieron las imposiciones de la modernidad.

12 Así define Federico de Onís al modernismo, el cual “inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y, gradualmente, en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy”. Cit. por González, 1983:8. Y en otro texto lo define “como una crisis espiritual que en múltiples formas individuales y nacionales diversas y aun contradictorias logró dar una expresión universal y moderna a lo más hondo del ser hispánico” (“Sobre el concepto de modernismo”), cit. por Handelsman, 1981: 17.

En estos textos, hay referentes heterogéneos: guerras, economía, política doméstica e internacional, arte, educación, ciencia y tecnología, arquitectura, corrientes del pensamiento, corrillos literarios, autores y obras, exposiciones de todo tipo; fiestas populares, corridas de toros, tierras y gentes de América, pero especialmente de Europa; bohemia y mundillo social, vida en la corte (por ejemplo, Darío en Madrid); crítica de arte (sobre todo literatura, con lo que publicitaron autores y obras, particularmente de Europa), crónicas de viajes, diversas manifestaciones de la condición humana y su hábitat... la cotidianidad,¹³ pero también están el pasado precolombino y la reivindicación de su valor para nuestras culturas, por ejemplo en Martí, Darío, Rodó.

Fueron textos con miradas diversas: desde un Martí abierto al mundo pero destacando la raíz de Nuestra América, hasta un Gutiérrez Nájera que quería afrancesar a la ciudad de México (con su escritura *bulevardier* traducida y adaptada de *Le Figaro*) o un aristocrático Lugones abiertamente contrario a la inmigración europea a Argentina o un Gómez Carrillo que se autodefinía como francés, pese a ser nativo de Guatemala y a tener la ciudadanía argentina y española.¹⁴ Fueron textos que están lejos del torremarfilismo y del solipsismo con el que se ha estereotipado al modernismo, lo cual ha sido resultado, precisamente, de reducirlo a lo poético, menospreciando su expresión periodística. Por ello, Max Henríquez Ureña ha señalado que en la segunda etapa del modernismo (la que empezaría en

13 Especialmente Martí que da cuenta de ella poetizándola, “temas menudos” los llamaba y no temía en abordarlos: consejos para dormir con gorra o la porcelana adecuada para el te, etc. En este sentido, Fina García Marruz ha dicho que solo en el diario –y no en ninguna “forma poética tradicional”–, a través de la “humilde” crónica, fue posible registrar y vehicular los grandes y menudos acontecimientos.

14 Manuel Ugarte le calificó de “bulevardero postizo que renegaba a menudo de nuestras repúblicas y se envanecía del barniz galo con que pintaba su vanidad”. Cit. por González, 1983: 167.

la última década del siglo XIX, coincidentalmente la más prolífica en textos periodísticos),

se realiza un proceso inverso [al preciosismo de la primera], captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y esperanzas (...) sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje del arte (1954: 119).

La crónica modernista fue el producto dialéctico y heterogéneo de la crisis epocal, una mixtura de formas diversas, un

espacio de condensación y de lucha -concluye Rotker- (...) no resuelto ni estático (...) donde el idealismo se asienta en lo real, donde sobre el yo ordenador gravitan la historia y la inmediatez, donde se encuentran todas las mezclas convertidas en una unidad singular, autónoma y tan contradictoria como su época (1992: 203).

Efectivamente, y salvando la aseveración problemática de “autonomía” (pues estuvo condicionada por el carácter mercantil de la prensa, véase luego), la crónica fue el escenario letrado de paradojas, ambigüedad, dialéctica, como respuesta textual a una época de crisis, de transición, a un contexto en el que los modos de producción están en pugna, donde la burguesía (nacional y transnacional) impetuosa y arrolladora impone, también en la esfera cultural, sus valores, muchos de ellos tan revolucionarios como traumáticos. Los modernistas expresaron esa contradicción en sus textos periodístico-literarios que debían dar cuenta de la realidad (lo factual) sin descuidar el trabajo sobre el lenguaje: unos desde una perspectiva aburguesada, otros un poco más críticos pero asimilándose a su lógica, y otros más contestatarios tratando de encontrar alternativas desde una mirada latinoamericana. Este importante rasgo de factualidad desacralizó al arte, le quitó su aura, lo alejó de esa concepción que lo veía como una esfera separada de la prosaica realidad, de las condiciones materiales de vida, de los procesos

sociales. Así, la crónica fue el sistema de escritura ideal para trascender el subjetivismo y el torremarfilismo, del que se ha acusado a los modernistas, por la exigencia básica del periodismo: la factualidad, para escribir, pintar, con el fin de “ser útil al mundo”, como aconsejaba Martí (XVIII, 349);¹⁵ es decir, que la literatura tenga una función social. Y esto fue posible dentro del campo periodístico, del “mercado de la escritura”.

En suma, la crónica de los modernistas fue el correlato periodístico-literario de las sociedades latinoamericanas en proceso de modernización y tuvo las tensiones, problemas y contradicciones que esos procesos contenían. Por ello, la diversidad de temas, muchas veces con enfoques contradictorios. La crónica, en su hibridez discursiva, apareció como una escritura de reflexión y de creación: informa e interpreta la actualidad, pero trabajando sobre la escritura, sobre el hecho poético; de ahí que los mejores cronistas hayan sido, ante todo, poetas. Fueron, como definió Martí a las crónicas, “esas pequeñas obras fúlgidas”, que no obstante la fugacidad que les otorgaba el medio, les daba, a cambio, una masividad jamás pensada hasta entonces.¹⁶

La industria cultural: “libros amenos en las estanterías del chorizo”

El desarrollo del capitalismo en el siglo XIX también implicó profundas transformaciones en la cultura y educación que pro-

15 Salvo referencia expresa, las citas de Martí corresponden a sus *Obras completas* (La Habana: Editora Nacional, 1963-1973, 26 tomos). En este caso, simplemente se indicará, entre paréntesis, el tomo y la página correspondiente. Lo propio en el caso de Rubén Darío (*Obras completas*, Madrid: Afrodísio Aguado, 1950-1955, 5 tomos) y de Jodé E. Rodó (*Obras completas*, Montevideo: Barreiro y Ramos SA, 1945-1958, 4 tomos).

16 Masividad y fugacidad son las ventajas y desventajas del nuevo campo. Martí fue muy leído en su época pero pasó a un relativo olvido pues no publicó ningún libro, sólo usó el periodismo, la oratoria y las cartas. Sería en 1910 cuando, con la publicación de *Nuestra América* en forma de libro y las sucesivas recopilaciones de su obra, su pensamiento se volvería perdurable, así como su influencia. Cfr. Roberto Fernández R., 1971: 63 y ss.

vocó una crisis en la “ciudad letrada”. El siglo XIX fue el siglo de la democratización de la literatura debido, especialmente, a la transformación de la prensa de su carácter político al mercantil. Este hecho creó un campo de encuentro entre periodismo y literatura que permitió el apareamiento de una “novela popular”, el folletín, destinada al gusto mayoritario de los sectores mesocráticos y de bajo nivel socio-económico, y de un sistema de escritura periodístico-literaria, la crónica. Hay varios factores que explican esta “democratización” de la literatura a través de su fusión con el periodismo que abrió nuevos cauces narrativos y de estilo dados en función del consumo y el gusto popular, más que de la fruición estética y el gusto elitista.

En el ámbito del “capitalismo impreso” (B. Anderson) o de la “era de la reproducción mecánica” (W. Benjamin), el desarrollo tecnológico de la imprenta permitió un salto cuantitativo y cualitativo importante¹⁷ que permitió producir más ejemplares en menor tiempo y más baratos. Simultáneamente, y con el impulso vigoroso del capitalismo y el pensamiento liberal y laico, en América Latina se empiezan a dar avances en el campo de la cultura y la educación. Aparecen las primeras carreras técnicas en la universidades; se fundan los primeros normales

17 A fines del siglo XVIII y principios del XIX, en el marco de la revolución industrial, se empiezan a dar cambios radicales en el sistema de la “reproducción mecánica” (hasta entonces se había mantenido casi invariable desde la época de Gutenberg) que permitieron una mejor y mayor producción de impresos. Algunos hitos tecnológicos son los siguientes. La primera prensa de hierro de Diderot (1773) luego dio paso a la de cilindros de Koenig (1811), que se perfeccionó con la prensa de vapor estrenada por el periódico *The Times*, de Londres, el 28 de noviembre de 1814 con la que logra tirar 1.100 ejemplares por hora. En 1828 apareció la prensa mecánica de Applegath que producía 4.000 ejemplares por hora. En 1855 ya es posible tirar hasta 20.000 ej/h con la máquina Eclair de Hoe. Otro hecho significativo fue la difusión de los tipos móviles de Bodoni (1818) que reemplazaron definitivamente a la plancha tipográfica gutenbergiana. Con la industrialización de la pasta de madera para la producción de papel (Keller, 1843), se incrementó y abarató su producción. Pero la revolución tecnológica definitiva que permitió enfrentar con solvencia el vértigo del diarioismo fue la invención de la linotipia, patentada por Ottomar Mergenthaler en 1884.

que permiten una mayor independencia del poder y un desarrollo del espíritu crítico; se promulgan las leyes de educación común (desde 1876) que, según Rama, “introdujeron a nuevos grupos sociales en la cultura de la letra” (1984: 72); se declaró la alfabetización obligatoria. Para satisfacer el gran interés por la lectura, especialmente el de los sectores mesocráticos beneficiarios de este desarrollo educativo, se fomentaron las bibliotecas públicas y creció el número de librerías.

Fueron transformaciones educativas que abrieron perspectivas de ascenso social y constituyeron condiciones ideales para el florecimiento de una cultura de masas, cuyos productos satisficieron las necesidades intelectuales y sentimentales de un público que demandaba textos acordes con sus matrices culturales que no provenían de la cultura letrada sino de la estética popular heredada de la literatura de cordel y del melodrama; es decir, de la tradición oral sin hábitos de lectura. Fue una revolución sociocultural que, en el contexto de la monetarización de los requisitos para el ascenso social, ofreció otra alternativa para lograrlo: la letra apareció como “palanca” de ascenso social; además, desde luego, de la política. Pero en los dos casos, la educación, la adquisición de una cultura letrada, fue fundamental.

Todo ello contribuyó a la ampliación y creación de un nuevo tipo de lector, con poca tradición literaria, pero muy interesado en la literatura popular, y respondió mejor a la demanda popular por medios para su educación, información y entretenimiento. El nuevo lector fue un devorador de folletines, novelones de a centavos, de las gacetas populares y de periódicos y revistas.¹⁸ Para satisfacer esta demandada apareció “un nuevo tipo

18 Desde luego, este fue el resultado de un proceso que empezó décadas atrás en Europa, cuando los editores renovaron el estilo para lograr mayor masividad y abrieron espacios revolucionarios para lo que se denominó la “literatura industrial” cuyo

de hombre de letras –afirma Romero– que no era el caballero distinguido y refinado que distraía sus ocios con la literatura, era un escritor menos esteticista, más comprometido y, generalmente, más utópico” (355). De ahí que en América Latina, la modernización finisecular no robusteció el consumo de libros, sino el de diarios y revistas, en los que se incluía literatura popular.

Esas condiciones tecnológicas y socioculturales permitieron el desarrollo de una industria cultural centrada en la prensa que empezó a crecer y a modernizarse. En consecuencia, se consolidó una cultura de masas que determina un cambio en la prensa: de su carácter fundamentalmente político pasa al económico, orientado al mercado, al consumo. Tanto en Europa como en América, esta prensa popular fue negocio (el periodismo y lo que contiene se rige por las leyes del mercado) y negociación con las características culturales y gustos del público de masas. No dejó de lado la política, esta se remozó y adecuó a la lógica mercantil que apareció como fundamental. Es decir, la dimensión política del periodismo se mantiene, pero a diferencia de la ciudad patricia, ya no se da en la esfera del poder estatal sino en la del poder económico que controla los medios, aunque

exponente máximo es el folletín. Este definió un nuevo tipo de escritor-periodista que creó y trabajó una “literatura de entretenimiento”. Por su parte, el periodismo popular y masivo ya había empezado en los años 30 del siglo XIX, en Francia y en Estados Unidos. Exponentes de este tipo de periodismo fueron *Le Siècle* (de Bertin) y *Le Constitutionnel* (de Dutacq) que ofrecieron un producto variado y folletinesco de gran impacto comercial, y que dio cabida a una literatura y a un tipo de escritor entre lo artístico y lo comercial. Por los mismos años apareció en Estados Unidos la prensa de a centavo (*Penny Press*) por iniciativa del *Sun* (de Benjamin Day) y el *Herald* (de James Gordon Bennet), diario que más tarde admiró Martí, que incluyeron un estilo y temas adecuados al lector popular: crímenes, variedades de todo tipo, temas de interés social, etc. Este fenómeno que poco a poco influyó a la prensa latinoamericana, se desarrolló y amplió en la segunda mitad del siglo y llegó a su clímax con el apareamiento de la prensa amarilla o sensacionalista (*Tabloid Press* o *Supermarket Press*) de George Pulitzer y William R. Hearst en la última década del siglo.

también vinculado al primero.¹⁹ Si antes la prensa fue más partidista y ensayística, ahora era más informativa y recreativa.

En el contexto de la modernidad, el periodismo se transforma y deviene en una institución esencialmente moderna. Con el diarismo, adquiere el ritmo de vértigo de la época y da cuenta, con sus propias versiones, de las rápidas transformaciones y del flujo diario de los acontecimientos (el diario de ayer es historia), de la mundialización del mundo y de todo lo que es la modernidad. Martí fue claro al respecto, él se propuso una escritura “que refleje en sí misma las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, desprosadas, ameduladas, [pero] informadas por sumo genio artístico” (XXI, 163). Si la “ciudad burguesa”, la “ciudad modernizada”, es la célula de la modernidad, la crónica aparece como el género ideal para retratar sus maravillas y avatares, para re-crear lo que el capitalismo concentra en el espacio urbano. Por ello, según Ramos, “la crónica surge como una vitrina de la vida moderna, producida para un lector ‘culto’, deseoso de la modernidad extranjera” (90).

En el caso de Martí, puesto que parte de su obra la escribió desde Estados Unidos y sobre este país y Europa, sin duda que la crónica fue una “vitrina de la modernidad”, pero difícilmente podemos generalizar este concepto para otros cronistas y países, como Ecuador, donde fundamentalmente la crónica aparecería, en todo caso, como una “vitrina de la semimodernidad”. Pero, incluso, en el caso del mismo Martí cabe matizar esa idea de la crónica como “vitrina de la modernidad”, pues él la escribe pero desde “su (tercer) mundo”,²⁰ desde la semimoderni-

19 Rodó escribió en 1913: “En sus rasgos de retribución alentadora, el periódico no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución” (IV, 81).

20 Precisamente, ese el título del prólogo de Roberto Fernández Retamar, cfr. op. cit., 1971.

dad de Nuestra América. Por ejemplo, en “Coney Island” (IX, 123-128), hay una mirada desde esa otredad que le permite contrastar lo que son los Estados Unidos y sus gentes con lo que nosotros somos. En el Norte, ve “esa febril rivalidad de la riqueza”, “espíritus tranquilos, turbados solo por el ansia de la posesión de fortuna”, en oposición a nosotros, los del Sur, que “vivimos devorados por un sublime demonio interior; que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor y de gloria”, por ello “es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan () la angustia de la sociedad los posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige”, o “aquellas gentes como cantidad, nosotros clase”.

El diario *La Nación*, de Buenos Aires, fundado en 1870, es representativo de la transformación que empieza a tener la prensa latinoamericana.²¹ En los años 80 del siglo XIX, este diario deja de ser político para hacerse comercial. En sus páginas empezaron a aparecer secciones ilustradas, información, entretenimiento e, incluso, folletines que se desplegaron desde la primera página. Tenía corresponsales en diversas partes de Europa, África y América. Para prestigiarlo, Bartolomé Mitre, su director, contrató a los escritores más reconocidos de la época: Martí, R. Darío, Emilio Castelar, Paul Groussac. Además, empezó a insertar avisos comerciales que al poco tiempo ocuparon el 50% del espacio impreso y se convirtieron en la principal fuente de ingresos. Un hecho importante fue la incorporación del telégrafo y del servicio informativo de las agencias transnacionales de noticias (Havas, Reuter, Associated Press, Wolf) que proveyeron de información, desde la perspectiva de los cen-

21 Véase al respecto J. Ramos (1989: 95 y ss) y S. Rotker (1992: 83 y ss), quienes presentan un análisis de *La Nación*, “sin duda el periódico más moderno y modernizador de la época” (Ramos, p. 95).

tros metropolitanos a los que pertenecían (Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, respectivamente) y que empezaron a imponer un estilo telegráfico y “objetivo” de la noticia a cargo del *repórter*.

En suma, se produjo el surgimiento y desarrollo de una industria cultural (prensa diaria, tiradas cada vez mayores y más baratas, revistas y ediciones de libros populares por millares) que democratizó la cultura impresa porque permitió la incorporación de nuevos autores a la “ciudad letrada”,²² la renovación de algunos “viejos” y el aparecimiento de una nueva masa de lectores con gustos, para disgusto de muchos, y estéticas diferentes a los de las élites letradas, donde no tenía más cabida el lenguaje experimental, ni el artepurismo solipsista. Además, “profesionalizó” al escritor, le otorgó una relativa autonomía. Por todo esto, Rama concluye que “de todas las ampliaciones letradas de la modernización, la más notoria y abarcadora fue la de la prensa que, al iniciarse el siglo XX, resultó la directa beneficiaria de las leyes de educación común” (1984: 79). El surgimiento de este nuevo campo y la crisis editorial que vivía o padecía la gran literatura obligó a los escritores a replantear el hecho escritural para insertarlo apropiadamente en este “nuevo mercado de la escritura” y el género ideal para ello fue la crónica.

Así se creó una “cultura tipográfica”,²³ expresión fundamental del “capitalismo impreso” que, para la mayoría, democratizó la

22 Según Rama, esta emergencia de nuevos autores preocupó a algunos de los antiguos y connotados ciudadanos letrados, pues las obras de aquellos, como “las gacetas populares de Antonio Vargas Arroyo, en México (muchas ilustradas por José Posadas), como las hojas sueltas y revistas gauchescas en el Río de la Plata, hicieron fuego sobre los ‘doctores’... un sector recientemente incorporado a la letra desafiaba al poder” (1984: 71).

23 Rivera habla de una cultura tipográfica como patrón de la educación liberal, lo cual hizo que la educación fuese casi sinónimo de cultura literaria (50) y creó un ambiente propicio para la lectura de textos que, sin ser clásicos, eran digeribles, a tono con el

letra y, para los estetas elitistas, fue una degeneración de la literatura. Esa democratización permitió que en los hogares pobres y mesocráticos se pudiera ver “libros amenos colocados en las estanterías del chorizo”, según el ilustrativo testimonio del librero Lackington;²⁴ es decir, libros con una estética que respondía al gusto y matrices culturales del gran público, estética que supo explotar efectiva y efectistamente la nueva y boyante industria cultural y los autores que supieron adaptarse a su lógica, muchos de ellos sin perder su valor artístico: de Balzac a Dumas, de Dickens y Dostoievsky a Pío Baroja y Horacio Quiroga, y, desde luego aunque con las diferencias estructurales del género, cronistas como Martí y Rubén Darío.

La crisis del autor y su hipotética profesionalización y autonomía

Esta época de transición y profundos cambios, alteró el orden tradicional que regulaba la actividad letrada. Un hecho fundamental fue que el autor se vio enfrentado a la nueva realidad de una sociedad donde el dinero y la utilidad imponían su lógica: de patricios de la sociedad señorial, pasaron a asalariados de la sociedad burguesa, se vieron obligados a incorporarse al “mercado de la escritura”, especialmente al que ofrecía la institución periodística,²⁵ como única vía de supervivencia pues de la poesía no se podía vivir: muy pocos editores interesados y, lo que es más, pocos lectores con intención de compra. Esta inserción obligada en el “mercado de la escritura” provocó una crisis

gusto popular y que, además, otorgaban la “distinción” (en el sentido de Bourdieu) de la lectura. Y en este contexto, la prensa fue el campo de mayor empuje y con mayor influencia en el gran público.

24 Cit. por J. Rivera, 1968: 64.

25 Rama señala que los dos principales compradores del oficio de escribir fueron “los políticos de quienes [los letrados] se volvieron escribas de discursos, proclamas y aun leyes (tareas que hasta hoy han seguido haciendo) y los directores de periódicos que, como los políticos, frecuentemente les borraron en tanto personalidades”, 1984: 122.

de autor; pero, a cambió, permitió una incipiente profesionalización y una relativa autonomía. El autor pasó a depender y a subordinarse al director del diario y a la lógica mercantil que ahora regulaba su accionar. Es decir, para (sobre)vivir debió entregarse al “oficio mercenario de la pluma”. Así: “el periódico, en varios sentidos, liquida el ‘aura’ y la exclusividad de la escritura” (Ramos, 1989: 101). Aunque, también, y en gran medida, el periodismo se “auratizó” con grandes nombres (Martí, Rubén Darío, Rodó, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, etc.) que actuaron dentro de este campo como *croniqueurs*.

Sobre la crisis editorial finisecular, que le obligó al escritor a buscar otras fuentes de vida, es ilustrativo el caso de Lugones.²⁶ Su libro *La guerra gaucha* fue editado con apoyo oficial y, luego, debido al total desinterés de los lectores, los mil ejemplares de esa edición fueron comprados por entidades públicas argentinas. Con mucha razón se quejó Darío de las serias dificultades que un escritor encontraba en la Argentina de la época para conseguir financiamiento para la publicación: “Cuando yo viví allí, publicar un libro era una obra magna, posible solo a un Anchorena, a un Alvear, a un Santamarina (...) Mis *Raros* aparecieron gracias a que pagaron la edición Angel de Estrada y otros amigos; y *Prosas profanas*, gracias a que hizo lo mismo otro amigo, Carlos Vega Belgrano. ¿Editores? Ninguno”.²⁷

26 Aunque según Ramos no hubo tal crisis, él plantea que no obstante las tensiones que se crearon entre el nuevo estilo de la prensa, como resultado del desarrollo tecnológico (incorporación del telégrafo) e institucional (ya informativa y comercial) y los letrados, estos se adecuaron al nuevo escenario. Un hecho que lo demuestra, afirma, es que luego de la incorporación del telégrafo en el último cuarto de siglo (*La Nación* lo hizo en 1877), la crónica y los cronistas florecen, especialmente en los años 80 (Martí empieza en 1882 en *La Nación*): “Los cronistas amplían su lugar en la prensa precisamente en la era telegráfica” (Ramos, 1989: 107, especialmente el capítulo IV).

27 Si esa era la situación en Argentina, que tenía una gran actividad editorial en relación a otros países, Ecuador por ejemplo, es fácil imaginar la situación del escritor en estos últimos. Aníbal González señala que la causa de la carencia de publicaciones fue “la relativa escasez de casas editoriales (salvo en los centros privilegiados de desarrollo,

Dentro de una lógica mercantil, los editores debían responder a una demanda determinada por el público, por ese “mecenas colectivo y plebeyo” como lo llamó Rodó, que no estaba interesado en textos y libros que respondían a una estética elitista. Las casas editoriales, empresas al fin y al cabo, respondían a este desinterés. El verdadero problema no era que el público no consumía literatura, sino que no se interesaba por cierta clase de literatura, pues se vendía muy bien la literatura “más referencial”,²⁸ menos intimista, de carácter popular y con una modalidad de escritura más cercana a las matrices culturales populares (y bastante alejada del artempurismo solipsista prevaleciente en la poesía de la época), gracias a lo cual lograba una mayor inserción social. En este sentido, la tirada y las ediciones de los textos modernistas prueban – como lo ha señalado Rama – que “la situación real y patética de los escritores que fraguan el modernismo fue la carencia de público” y, puesto que publicar era una hazaña, “la única vía moderna y efectiva consistió en vender la capacidad de escribir en un nuevo mercado del trabajo que se abrió entonces, el *mercado de la escritura*” (1984: 122-123). De ahí que en América Latina, la modernización finisecular robusteció el consumo de diarios y revistas, y no el de libros. Y cuando algunos modernistas comprendieron eso, especialmente Martí y Darío, se pusieron al “servicio de los pueblos”²⁹ al recrear un lenguaje propio que respondió a las

como la ciudad de México, Santiago de Chile y Buenos Aires), el periodismo resultaba el conducto ineludible para dar salida a la producción literaria de los hispanoamericanos y era, a la vez, una fuente de empleo para los escritores” (81). Sin embargo, hay una causa más profunda: el desinterés del público.

28 Adolfo Prieto consigna que Miguel Cané agotó rápidamente los mil ejemplares de su novela *Juvenila*, Cambaceres vendió en una semana dos mil ejemplares de una de las suyas y Juan Moreira de Gutiérrez, en 1902, “había dejado atrás los famosos 62 mil ejemplares de *Martín Fierro*” (50).

29 En este sentido tiene validez la afirmación de Rama: “estuvo el modernismo al servicio de los pueblos en la medida en que comprendió la necesidad de apropiarse del instrumental, las normas y los recursos literarios de la literatura creada al calor del

expectativas más altas del público de la prensa. Pero, sin duda, ese “servicio a los pueblos” fue mucho más efectivo cuando los textos modernistas se leían, y esto fue mucho más masivo con la escritura para periódicos, la crónica o el folletín, que con la poesía, de lectura restringida.

Con el surgimiento del “mercado de la escritura”, se produjo una incipiente o relativa profesionalización y autonomía del escritor y del hecho literario. Todavía no hay una definitiva profesionalización del escritor pues, pese a las condiciones que crea la industria cultural, el letrado tiene que buscar otras fuentes de ingreso (especialmente la burocracia, el Congreso y la diplomacia) para poder vivir. En este sentido, hubo muy pocas excepciones: en algunos momentos Martí pudo vivir sólo de la escritura; Horacio Quiroga lo pudo hacer desde que empezó a escribir para *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, desde 1905, y eso le permitió durante un tiempo sólo “vivir del cuento”;³⁰ en el caso ecuatoriano, la excepción fue Manuel J. Calle.

Es una “profesionalización” del escritor/periodista finisecular que, distanciándose del escritor de periódicos estrictamente mercantil (*reporter*, folletinero), “reconoce en el mercado –dice Ramos-, no sólo un medio de sustento sino la posibilidad de fundar un nuevo lugar de enunciación y de adquirir cierta *legitimidad* intelectual insubordinada a los aparatos exclusivos, tradicionales, de la república de las letras” (1989: 86). “Nuevo lugar” que se potencia por la masividad de la prensa, mucho mayor que la del libro, y “medio de sustento” que en muchos casos, como en el de Martí, fue básico para (sobre)vivir: “Ga-

universo económico europeo”, en *Rubén Darío y el modernismo* (Caracas: UCV, 1970), pp. 124, 125. Cit. por Rotker, 1992: 67.

30 Cfr. Rivera, 1968: 44, 45. La autonomía del intelectual europeo, lograda en el siglo XIX gracias al desarrollo de un mercado editorial, en América Latina recién se lograría en el siglo XX, y adquiriría plena vigencia con el *boom* de los años 60.

nado tengo el pan: hágase el verso”, dirá en 1880, en su poema “Hierro” de los *Versos Sencillos* (XVI, 141).³¹ Y con ello, plantea significativamente uno de los problemas básicos de la literatura latinoamericana de fines del siglo XIX: la obligación de los letrados de insertarse en el naciente “mercado de la escritura” para poder sobrevivir en una época en la que el mecenas no iba más y la producción editorial de la “gran” literatura estaba en crisis. Aunque en esta época (1880) Martí oponía esta inserción al hecho de hacer literatura, pronto reconocería que sí era posible conciliarla con el periodismo, desarrollar un espacio de encuentro y concretar en la práctica el hecho de trabajar literariamente un periódico: “que un periódico sea literario no depende de que se vierta en él mucha literatura, sino que se escriba literariamente todo” (XVIII, 513). Es decir, combinar sabiamente las exigencias que el público tenía para ese nuevo tipo de escritura con el trabajo artístico del lenguaje.

Aunque hay una “profesionalización” que da prestigio, poder social y cierta independencia económica, también aparecen nuevas subordinaciones: al aparato estatal, al medio (a su lógica mercantil y al editor) y a poderes ocultos relacionados con, pero más allá de la institución periodística, a ese poder invisible de los que mueven los hilos del mercado (especialmente los anunciantes), de los aparatos ideológicos y de la política. Esto, por varias razones.

Si bien el periodismo logra “disponer de un espacio ajeno al contralor del Estado” (Rama, 1984: 73), que lo diferencia de la época anterior cuando la prensa era eminentemente política, ahora muchos medios de la región siguen siendo el camino más

31 Tómese en cuenta que entre 1881 y 1887, en EU, Martí no logra vivir decentemente del periodismo, tiene que hacer varios e inverosímiles trabajos, por eso su tenacidad para hacer del periodismo su fuente plena de subsistencia: en carta a Manuel Mercado define a la crónica como “mercancía útil y superior por su importancia”.

corto para la obtención de cargos burocráticos, representaciones diplomáticas, puestos en el Congreso. Quizás con la única excepción de Martí (lo cual no quiere decir que sus escritos no hayan tenido una profunda carga política), aunque fue cónsul de Argentina y Uruguay, todos los modernistas lograron algún reconocimiento y favor del Estado.³² Esto, en gran medida, coartaba y condicionaba su trabajo intelectual que no debía rebasar ciertos límites para no perder los beneficios que otorgaba el poder de la letra aliado con el poder económico y político. Sin generalizar, un ejemplo claro al respecto es el del silencio cómplice de Gutiérrez Nájera ante la brutal represión de Porfirio Díaz a la prensa opositora.³³ Es evidente que detrás de ese silencio estuvo el interés de mantener ciertos privilegios y sus medios de subsistencia, especialmente el relacionado con la política. No sería desmesurado pensar que Gutiérrez fue uno de los beneficiarios de la política del Porfiriato para comprar o neutralizar a la prensa con subsidios. Rama recuerda que, “ya en 1888, *El hijo del Ahuizote* denunciaba que el gobierno subvencionaba 30 periódicos en la capital, invirtiendo para ello 40 mil pesos mensuales, y a la mayoría de la prensa del interior” (1984: 122), luego recuerda que Francisco Bulnes calculó que a la caída de Díaz, “un 70% [de la prensa] vive del presupuesto del Estado” (124).

Pero, quizás, una de las más novedosas y traumáticas subordinaciones fue al carácter mercantil del periódico que se expresa-

32 Darío fue empleado público (bibliotecario, inspector de aduanas), secretario de la Presidencia, cónsul de Colombia y ministro de Nicaragua en Madrid. Del Casal burócrata, Asunción Silva diplomático, Rodó parlamentario, Gutiérrez Nájera diputado y Gómez Carrillo pudo llegar a París gracias a una beca del gobierno guatemalteco.

33 Aunque González intenta una justificación no convincente de esta actitud del mexicano pues considera absurdo “exigirle a Nájera el mismo don de sacrificio que exhibió Martí (...) dentro de su circunstancia, Nájera actuó con honradez” (99). Creemos que la ética y los principios son obligaciones de los individuos, especialmente de los intelectuales, en cualquier lugar y circunstancia.

ba en directrices, a veces muy claras, del director con respecto a contenidos y a estilos deseables. La época de los mecenas esteticistas había pasado, ahora era la de un público propio de la cultura de masas. Rodó se lamentó de ello, en su texto “Impresiones de un drama” lamenta que

pasó el mecenas individual y aristocrático y vino a sustituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio ha sucedido el manuscrito descontable del mostrador de librero. La multitud lectora alimenta a sus elegidos. Fama y dinero llegan juntos (...) ¿podría llamarse a esto emancipación? Ciertamente, en el sentido que puede ser una emancipación política pasar de la tiranía autocrática u oligárquica a la tiranía de muchos (IV, 79).

En Darío hay clara conciencia de lo que debía hacer, en su “Prefacio” a *Canto de vida y esperanza*, lo consigna: “yo no soy un poeta para las muchedumbres, pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas” (V, 860), y el camino ideal e inevitable para llegar a ellas era el periodismo. Y Martí no podía estar al margen de este reto, en una carta a Manuel Mercado le dice que está interesado en escribir “todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos, pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios”.

Efectivamente, el nuevo mecenas “colectivo y plebeyo” obligó a los modernistas a salir del torremarfilismo, para dar cuenta de los acontecimientos del cotidiano vivir. Quien no lo supo hacer, o no quiso, estuvo condenado a la marginación y al suicidio intelectual, como del Casal quien tuvo que renunciar a su condición de “folletinista” —como se autodefinió— de *El País* “porque los suscriptores se quejaron de que nunca me ocupaba de fiestas, salones, teatros y cosas propias del folletín (...) ya no estaba dispuesto a tolerar sus quejas. Después de todo, veo que

tenían razón”.³⁴ Y a los directores les correspondió establecer las nuevas directrices de contenido y estilo. En este sentido, es muy significativa la carta que Fausto Teodoro Aldrey, director de *La Opinión Nacional* de Caracas, le envió a Martí en 1882, luego de casi un año de que este empezara su colaboración con ese diario. Ya antes le había pedido un “sabor ultramontano” en sus notas, ahora le advierte:

el público se muestra quejoso por la extensión de sus últimas revistas sobre Darwin, Emerson, etc., pues los lectores de este país quieren noticias y anécdotas políticas y la menor literatura posible. En esta virtud voy relegando la Sección Constante porque murmuran de ella, diciendo que habla mucho de libros y de poetas. Por otra parte los párrafos son muy largos. Esta sección que deseo continuarla, debe ser de párrafos cortos”. Y luego agrega: “no sé si he acertado al interpretar el antojo de este público lector, que tiene pervertido el gusto en la materia”³⁵.

A la final, los diarios tenían que venderse y, para ello, había que satisfacer ese gusto “pervertido” del público. Si bien el énfasis de Aldrey estaba en lo económico, también en aquella carta pidió a Martí moderación en sus juicios sobre Estados Unidos. Aunque no de manera tajante, las directrices de Aldrey pusieron en evidencia la vinculación del poder económico con el político (nacional y transnacional) en la prensa, hoy irrefutable, que relativizó considerablemente la tan manida “autonomía” del escritor en los albores de la sociedad modernizada. Poco tiempo después Martí renunció a su condición de corresponsal de *La Opinión*.

Que la información periodística ya era una mercancía, pero también vinculada a lo político, no deja lugar a dudas Bartolo-

34 Julián del Casal, *Prosas* (La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963), III, p. 85. Cit. por A. González, 1983: 113. El subrayado es nuestro.

35 Cit. por Quesada, p. 97. El subrayado es nuestro.

mé Mitre y Vedia, director de *La Nación* de Buenos Aires, en la carta que envió al mismo Martí y en la que también le pide moderación en sus opiniones sobre Estados Unidos:

No vaya usted tampoco a tomar esta carta como la pretenciosa lección que aspira dar un escritor a otro. Habla a Ud. un joven que tiene probablemente mucho más que aprender de Ud. que Ud. de él, pero que tratándose de una mercancía –y perdone Ud. la brutalidad de la palabra, en obsequio a la exactitud-, que va a buscar favorable colocación en el mercado que sirve de base a sus operaciones, trata, como es su deber y su derecho, de ponerse de acuerdo con sus agentes y corresponsales en el exterior acerca de los medios más convenientes para dar a aquélla todo el valor de que es susceptible.³⁶

Sin duda, palabra “brutal” para un escritor acostumbrado a otras lógicas, pero era una palabra precisa que ya daba cuenta de una realidad insoslayable para el letrado que se había incorporado, sin otra salida, al nuevo campo pese al trauma.³⁷ Si en este caso Martí no renunció, a la final tenía que “ganarse el pan”, supo “desfigurarse” –como él lo señaló en otro texto-, vestir de cierta forma, para cumplir con estas imposiciones editoriales, pero sin ceder demasiado en los principios que guiaban su periodismo literario: escribir “literariamente todo” y “ser útil”.

Pero sobre la “autonomía” también pesaban poderes ocultos, ubicuos, a veces no muy claros, pero determinantes en ciertos casos. Un ejemplo de ello es la historia de la crónica “Un drama de la alta sociedad quiteña” del ecuatoriano Medardo A. Silva quien, bajo el seudónimo Jean D’Agreve, publicó en *El Telégrafo* de Guayaquil el 20 de mayo de 1919 (Silva: 555-557).

³⁶ Ibid., p. 105.

³⁷ En su carta de respuesta, Martí expresa ese trauma tormentoso: “¡Qué mayor tormento quiere Ud. que sentirse capaz de lo grandioso, y vivir obligado a lo pueril!”.

En ella relata el asesinato de un recién nacido cuando, luego del parto en un auto, el acompañante de la madre lo arroja al Río Machángara que atraviesa la ciudad, tratando con ello de salvar el honor infamado por la madre soltera y exclamando: “con estas vergüenzas se hace esto”. Esta es una de las crónicas en las que con mayor fuerza se manifiesta el espíritu crítico de Silva frente a los valores decadentes y deshumanizados que los nuevos tiempos imponían al país. Sin embargo, esa mirada crítica se ve limitada por la clase social a la que pertenecían los protagonistas, con anónimas XXX (posiblemente impuestas por el director) soslaya identificarlos. Pero el hecho significativo es lo que sucedió luego, con su proyecto de novela sobre estos hechos, y que lo cuenta su contemporáneo Abel Romeo Castillo:

[Silva] Prepara otro relato novelístico al estilo de El Misterio de la Carretera de Cintra de Eça de Queiroz, basándolo en un crimen apasionante y complicado que acaba de sacudir el ambiente bucólico de Quito y acerca del cual informan veladamente los diarios de la época, sin mencionar el nombre de los protagonistas, por saberse que pertenecen a la alta sociedad capitalina. Titula su novela El Crimen del puente del Machángara, pero al anunciarse la publicación de ella, el poeta recibe conminaciones amenazadoras que le hacen desistir de su publicación. El original de esta novela desapareció, luego, en un incendio (376-7).

Sin duda, la mirada panóptica de la prensa y su condición de “cuarto poder” ya empiezan a preocupar a los poderosos, más aún cuando esa mirada es más aguda por la función crítica del cronista con convicciones. Si no es posible un control directo de ella, el ejercicio de poderes ocultos aparece como necesarios para frenar los “excesos” de la “autonomía” de los cronistas.

Desde esta perspectiva, también, es posible explicar la práctica generalizada de usar seudónimos. Una explicación es que el cronista se ve obligado a usarlos por el cambio de estilo que le exigía la colaboración con distintos medios y los diferentes

temas que abordaba, así, de paso, salvaba su prestigio que podía erosionarse por la “subliteratura” a la que le obligaba el mercado periodístico. Pero es un hecho reconocido que la prensa “estuvo sujeta, en diversos periodos, a la censura oficial [y, agregaríamos, a la censura extraoficial de esos poderes ocultos], por lo cual a menudo las crónicas y reportajes venían sin firma” (González, 1983: 74).³⁸ Lo cual reafirma el carácter relativo de esa autonomía por el temor a retaliaciones: perder el patronazgo del Estado, los cargos públicos o diplomáticos o la posibilidad de obtenerlos, ser despedido del diario. El caso emblemático es el de Gutiérrez Nájera, quien utilizó alrededor de 30 seudónimos. Si bien él lo veía como un recurso para resguardarse de la crítica “Escribir sin seudónimo, advirtió, es como salir a la calle sin camisa” (1974: 17)-, no es descabellado suponer que tras de ellos podía ejercer alguna crítica, no siempre directa “ni de definición ideológica clara” (1974:98), sin el riesgo de sufrir las retaliaciones conocidas del Porfiriato.

En definitiva, y pese a que Rotker plantea que “con el comienzo de la modernidad [hubo] una autonomía literaria modernista”, creemos que la crónica subvierte el poder letrado tradicional pero dentro de un orden mercantil que la condiciona, es afirmación y negación de un espacio propicio para el ejercicio relativamente autónomo de la literatura y, a la vez, modulación de ella, o como señala la misma autora: “La crónica es una ruptura en sí misma, aún más fuerte porque desde el comienzo cuestiona y participa de esa autonomía, contradiciéndola, reforzándola” (1992: 201). A la final, en la crónica se pone a prueba una literatura que tiene que ser moderna dentro de un medio que era la mejor expresión de la modernidad. Si el periodismo ya daba cuenta de los cambios, ¿qué le quedaba a una literatura -se

38 A. González, p. 74. Incluso Martí, sólo empezó a firmar sus trabajos cuando se estableció en Nueva York, antes lo hacía con iniciales.

pregunta González (1974: 82)- que quería ser moderna? Puesto que la función poética -el lenguaje y el “yo” narrativo- era importante, precisamente allí radicaba la posibilidad de esa literatura para poetizar la realidad y ser una mirada crítica, más allá y superando los cantos de sirena de una “objetividad” impuesta por el modelo estadounidense que empezaba a mitificar el carácter profundamente político de la prensa, ahora más evidente que nunca.

Periodismo y literatura: las tensiones

Por otra parte, en la ciudad modernizada, esa democratización de la escritura produjo una crisis que, entre otras cosas, se expresó en una tensión particular entre periodismo y literatura, especialmente por la emergencia de nuevos autores. Martí fue optimista y miró con buenos ojos esa emergencia, de nuevos sujetos de la escritura, que la democratizan: “Asístese como a una descentralización de la inteligencia –dice Martí en el prólogo al *Poema del Niágara*-. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentemente solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo” (VII, 228). Pero esa democratización no se produjo en términos absolutos como lo acabamos de ilustrar a propósito de la subordinación al editor, a la lógica mercantil de la prensa y a ciertos poderes oscuros.

Además, no todos aceptaron de buena gana esa democratización. La incorporación del telégrafo al servicio noticioso, en los años 70,³⁹ estableció una especialización y división del trabajo dentro del periódico: diferenció al repórter del cronista, al obrero de la prensa del aristócrata de la letra. Sin embargo, a todos, aunque más al primero, se les exigió una escritura más

39 *La Nación* fue el diario pionero en el uso del servicio telegráfico, al incorporar el de la agencia francesa Havas (hoy AFP), en 1877.

periodística, menos literaria, más concisión sobre hechos menos intelectuales. Esto agudizó la crisis del autor pues el nuevo estilo “telegráfico” era “brutal”. Gutiérrez Nájera lo lamentó en su “Crónica I”: “El telegrama no tiene literatura, ni gramática, ni ortografía. Es brutal”. Y luego:

La crónica, señoras y señoritas, es, en los días que corren, un anacronismo (...) ha muerto a manos del repórter (...) La pobre crónica, de tracción animal, no puede competir con esos trenes-relámpago ¿Y qué nos queda a nosotros, míseros cronistas, contemporáneos de la diligencia, llamada así gratuitamente? Llegamos al banquete a la hora de los postres (1943: 7, 8).

Se produjo un choque entre la concepción aristocratizante, elitista de la cultura (culto a los modelos clásicos, sobrevaloración del rol del artista en la sociedad, etc.) con la realidad mercantil y las nuevas estéticas de la prensa. Algunos autores trataron de adaptarse al nuevo campo de manera creativa, renovándose y, muy importante, renovando el campo (Martí y Darío son arquetípicos en esto). Otros se anularon o se marginaron (el caso de del Casal es muy ilustrativo al respecto). Esta crisis y tensión explican la ambigüedad y contradicción de los escritores en relación a la institución periodística con la que establecen una relación de amor-odio: tratan de incorporarse a ella, les era necesario, pero guardando ciertas distancias. Dado que el periódico aparece como el “refugio” del escritor, con frecuencia los modernistas se refieren a él, muchas veces de manera contradictoria: aceptándolo por la oportunidad de plasmar en él una estética y el rol que le atribuían a la letra, ser publicados y “ganarse el pan”; y/o rechazándolo por su carácter mercantil, condicionante y, a ratos, “brutal”.

Desde luego, esto también obedece a la “novedad traumática” que les produjo el nuevo campo. Muchos escritores de la época veían menoscabada su autoridad, su “aura”, por los condicio-

nantes del periodismo “que venía a ser una suerte de “cárcel de papel”- al cual le acusaban de la “crisis” de la literatura. Por eso la ambivalencia y contradicción con la que miran a este nuevo espacio de las letras y que es evidente en sus textos. Para Julián del Casal, el caso más dramático de todos los cronistas, los periodistas son “falsos artistas”, “cortesanos de las muchedumbres”, “mercaderes hipócritas”, “consagrados a bajas tareas”; para él, el periodismo “es la institución más nefasta (...) amasijo repugnante de excremencias locales que, como manjares infectos en platos de oro, ofrece diariamente la prensa al paladar de sus lectores” (1963: 287). Pero no deja de reconocer la inevitabilidad del campo para obtener el pan: “El periodismo puede ser (...) la mano benefactora que, llevando el oro a nuestros bolsillos, coloque el pan en nuestra mesa y el vino en nuestro vaso” (ibídem). En cualquier caso, para del Casal, el periodismo aparecía como “una obligación penosa”.⁴⁰

Para Gutiérrez Nájera (quien supuso o quiso vivir en una Ciudad de México afrancesada, en una suerte de París mexicanizado), el “repórter” es una epidemia, hace un “espionaje periodístico”, es la “personalidad más terrorífica”, “absuelve, condena desde las columnas del periódico” (1974: 157 y 162). El periodismo “ese gran hablador, ese alado y sutil repórter, no espera a que la noticia se confirme para transmitirla (...) y no repara en los males que pueden producir sus balbuceos, sus equivocaciones, su mala ortografía. Es industrial, comerciante” (1943: 145).

En “La enfermedad del diario”, Rubén Darío establece distancias entre el repórter y el literato:

40 Con respecto a este autor, habría que considerar, además de su incapacidad de adaptarse al nuevo estilo, la crisis existencial por la tuberculosis que minaba su vida y por una homosexualidad autorreprimida y reprimida por la sociedad profundamente conservadora de la Cuba de fin de siglo.

La tarea del literato en un diario es penosa sobremanera (...) El repórter se siente usurpado, y con razón. El literato puede hacer un reportaje: el repórter no puede hacer eso que se llama sencillamente estilo (...) Ahora bien, el director o administrador, desean enguinaldar su producto ¿Cómo? Se busca la colaboración (...) literaria y artística. En resumen: debe pagarse (...) al literato por calidad, al periodista por cantidad: sea aquella de arte, de idea; esta de información (IV: 544, 545).

Pero es específico en su crítica a cierta influencia en la prensa latinoamericana. En “La prensa y la libertad”, ya cuestiona la ideología de la objetividad periodística que se imponía desde el Norte; para él, la “prensa pensadora” es historia por el “dolo y la mentira” que ha resultado del “mercantilismo de los yanquis”, lo que le lleva a concluir que “todo está amenazado por el nuevo diarismo” que obliga al escritor al “triste oficio de la corresponsalía de un periódico” (II: 121-125). Sin embargo, también en él la ambigüedad es la tónica pues en su *Autobiografía* reconoció que fue en *La Nación*, para la que ejerció la corresponsalía tan denostada, donde “comprendí a mi manera el manejo del estilo”.

Martí no deja de ser crítico con el periodismo y de sentir un cierto malestar por él. Esto es evidente en su respuesta a la carta de Mitre: “!Qué mayor tormento quiere Ud. que sentirse capaz de lo grandioso, y vivir obligado a lo pueril!”. En alguna de sus cartas se refirió a “esos míseros retazos de periódicos que me celebran”.⁴¹ Sin embargo, esa actitud fue excepcional, pese a todo lo criticable de una prensa cada vez más mercantil e influenciada por el modelo yanqui (a Darío no le faltaba razón y el tiempo lo ha confirmado), Martí veía un potencial educativo en ella, la cual debía “hacer asistir a los lectores a los

41 Aunque en este caso habría que preguntarse si fue modestia o resentimiento, malestar, por los condicionamientos de la prensa y la crisis que provocó.

teatros” a “los pobres de tiempo, o de voluntad o de dinero, y a los perezosos” debía, extractando en libros, facilitar su lectura, debía ser “útil, sano, elegante, oportuno, valiente” (XVIII, 513). Además, no sólo que defiende y ve el potencial del periodismo sino que vislumbra el rol que desempeña y desempeñará posteriormente. Así, “por su trascendencia, virtualidad y ejemplarizante contenido la obra de Martí periodista –concluye Becali– contiene todos los ingredientes indispensables para confeccionar, con sus pensamientos y preceptos, todo un *Código de periodismo* que, por su coyuntura y enlace, por lo profundo y profético, cobra hoy indisputable vigencia” (1976: 289). Este “código” martiano, registrado a lo largo de sus escritos, sigue orientando diversas facetas del quehacer periodístico ético y responsable: cómo hacer un buen periódico, el factor económico siempre supeditado al bien público, su rol social en el marco de los intereses contrapuestos entre Nuestra América y la América Europea, la ética y la estética periodística (Cfr. Ramón Becali, 1976: 289-298); todo lo cual se puede sintetizar en esta exclamación: “Oh, ¡el periódico!, lente inmensa que este siglo levanta y refleja con certidumbre beneficiosa e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes y las cumbres resplandecientes de la vida”.

La evolución de la crónica

La crónica tiene remotos orígenes, aunque no con las actuales características periodísticas. Ella empieza con aquellos registros escritos, fundamentalmente épicos, que tuvieron como propósito dar a conocer y perennizar diversos hechos heroicos, entre reales y fantásticos, de los distintos pueblos, especialmente de sus líderes, de los grandes personajes de las clases dominantes a los cuales había que mitificar destacando sus “grandes” y “heroicas” virtudes.

Ya sea como testigo o como recopilador de testimonios orales o escritos, el “cronista” primigenio narra e inventa realidades para legitimar y mitificar personajes, acciones, pueblos. Tan disímiles como vastas, allí están *La Odisea*, *La Ilíada*, *La Eneida*, *La Nueva Atlántida* de Platón, la misma *Biblia*, *El Cantar del Mío Cid*, las crónicas del Amadís de Gaula, los *Viajes de Marco Polo*, las crónicas sarracinas, los *reportages* (en los que los florentinos de Lisboa relataban sus viajes y negocios para informar y entretener a parientes, amigos y benefactores), las cartas y relaciones de los exploradores, especialmente en el siglo XV. Evidentemente, son textos donde la fantasía y la mitificación prevalecen y están muy lejos de la concepción periodística contemporánea, pero están emparentados con esta y constituyen su origen dado que todas esas “crónicas” tenían como propósito fundamental relatar hechos “reales”, casi siempre en sentido cronológico, para que sean conocidos y perennizados. Y ese relato incluía no sólo una relación de acontecimientos, una descripción de lugares, sino también el punto de vista, la interpretación del autor, dos elementos fundamentales de la crónica periodística contemporánea, a los que se suma el sentido cronológico de la narración.

Esta etapa se caracteriza por el carácter elitista de los textos, determinado por los límites que imponía la tecnología manual de reproducción (pocas copias y muy costosas), porque la lectura era patrimonio de unos pocos y porque generalmente estaban escritas en idiomas de la elite. Sin embargo, era una “oralitura” que tenía efectos multiplicadores más que por la lectura, por su difusión oral, de boca en boca, sobre todo a través de la socialización que se operaba en las narraciones y cantos de trovadores, ministriles vagabundos y bardos, y en las lecturas colectivas en diferentes ámbitos.

Una segunda etapa se inicia con la invención de la imprenta por Gutenberg, en Maguncia, en 1454, que trajo cambios revolucionarios a todo nivel. Con este artefacto se inicia lo que Walter Benjamín denomina la “era de la reproducción mecánica” que permitió, en un proceso que tomaría décadas, una democratización de la lectura y una “masificación” de los productos impresos, gracias a una mayor oferta y mucho más barata (que aquellos manuscritos copiados en los *scriptorium* de los monasterios medievales y que eran privilegio de una minoría), al uso de lenguas vernáculas que hablaba el vulgo, y a la vulgarización de los cánones estéticos para estar más cerca del gusto de los nuevos lectores mucho menos eruditos que los privilegiados de antaño. Todo lo cual fue paulatinamente ampliando el mercado y al público lector.

Además, hay otros factores que contribuyeron a la masificación y credibilidad de los productos impresos. Por un lado, la mundialización del mundo, que se dio a partir de 1492, azuzó la ya enorme curiosidad del europeo por saber de estas tierras desconocidas, situadas más allá del *Mare Tenebrarum*, y sobre las que ya los antiguos habían intuido y escrito para maravillarlos y atemorizarlos. Por otro lado estaba el carácter mágico que tenía la visualidad del nuevo soporte impreso no manuscrito que daba al texto una gran credibilidad, era casi incontrovertible porque estaba ahí, ante los ojos, ¡impreso! Lo cual, en los albores del siglo XVI era una completa novedad que llevaba a pensar a las gentes, maravilladas al ver el producto gutemberiano, que no podía haber una “mentira impresa” (Leonard). Un fenómeno similar se da contemporáneamente con los registros audiovisuales, especialmente con la TV: basta que un hecho esté ahí (exhibido con el hipnotismo de los puntitos luminosos iconográficos) para adquirir categoría de verdad irrefutable.

Así florecieron los autores y los lectores, y se multiplicaron los libros; fenómeno que también respondió al creciente número de viajes que se empezó a dar en la segunda mitad del siglo XV, y mucho más luego de 1492 que dio gran impulso al capitalismo y su acumulación originaria alimentada por las riquezas extraídas del Nuevo Mundo. Sin duda, los textos más destacados de esta época fueron las crónicas de Indias (relaciones del “descubrimiento”, exploración y conquista de América, tan admiradas por Martí) que constituyeron los *best seller* de la época en el mismo doble sentido que contemporáneamente tiene el anglicismo: negocio y aparato ideológico que construye y alimenta un imaginario acorde con el proyecto del poder. Pero también estaba la información, elemento fundamental para los monarcas de la época que competían para expandir sus dominios. Por ello, la información sobre las tierras que se iban incorporando a la geografía conocida era estratégicamente vital, tanto que los Reyes Católicos, en la carta que le entregaron a Colón antes del cuarto viaje, lo evidenciaron al ordenarle: “facer memoria de todas las dichas islas, y de la gente que en ellas hay (...) para que de todo nos traigas entera relación” (el subrayado es nuestro). A partir de allí, y considerando la magnitud e importancia de la empresa, se crea el cargo de “Cronista Oficial de Indias” que debía acompañar a todas las expediciones que se iban a realizar. Era la oficialización y la explicitación de propósitos de un género más antiguo y que fue muy útil en las guerras religiosas expansionistas de la Alta Edad Media: las cartas de relación.

La tercera etapa tiene sus raíces en la revolución industrial, de fines del siglo XVIII, que produjo transformaciones profundas en las sociedades de Occidente. Estas fueron mucho más evidentes en la segunda mitad del siglo XIX. En esta época surge la “cultura de masas” en su sentido contemporáneo. El apareamiento de la prensa diaria y popular masifica completamente

a los productos periodísticos a los que los sectores populares, la plebe urbana alfabetizada, ya podían acceder de manera progresiva, por su bajísimo costo y por un estilo coincidente con sus matrices culturales. Como lo hemos señalado, dos géneros impresos responden a esta popularización de la prensa: el folletín y la crónica; esta, ahora sí, como género periodístico (aunque no exenta de imaginación, incluso hasta nuestros días) pero sin desprenderse de los elementos literarios que son los que le dan vida.

En cuanto a la crónica modernista, sus antecedentes inmediatos son el cuadro de costumbres inglés (iniciado a principios del siglo XVIII por Addison y Steele) y el que se practicó en el siglo siguiente en el periodismo francés (Balzac, por ejemplo), español (Mariano José de Larra) y latinoamericano (R. Palma). Y, especialmente, la *chronique* francesa, alrededor de 1850, en diarios como *Le Figaro* y *La Chronique Parisienne*, sobre todo las *Chroniques de Paris* de Auguste Villemot, publicadas en *Le Figaro*, en las que presentaba variedades, hechos curiosos y sin relevancia que no tenían cabida en las secciones “serias” del periódico.⁴² Como se ha dicho, los precursores de la crónica modernista en América Latina fueron Manuel Gutiérrez Nájera, que empezó a escribir crónicas en *El Nacional* de México (1880) y José Martí para *La Opinión Nacional* de Caracas (1881-1882). A ellos se sumaron Rubén Darío, Julián del Casal, José E. Rodó, Enrique Gómez Carrillo que se han convertido en los exponentes más conocidos de este género. Pero, sin duda,

42 Un desarrollo al respecto se encuentra en González, 1983: 64-74. La diferencia fundamental entre la crónica modernista y el cuadro de costumbres y la *chronique* radica —según González— en que esta última da un enfoque sincrónico a las parcelas o escenas fijas de la realidad narrada, en tanto que la primera va más allá (y allí uno de sus aportes importantes desde Latinoamérica), pues historiza la realidad que es narrada en función del devenir (1983: 72). Además del hecho de que en nuestra región, a diferencia de la *chronique* francesa, sus practicantes fueron figuras significativas de la “república de las letras”, ahora secularizada y desaturizada por la prensa.

no fueron los únicos; respondiendo a contextos específicos, en otros países de América Latina de la época, la escritura y renovación del género fue extendida.

Características de la crónica modernista y su rol ejemplar

La crónica modernista fue un género en construcción dentro de una naciente industria cultural, la prensa, en proceso de mercantilización y de definiciones formales. Fue configurándose al ritmo frenético del desarrollo de la institución periodística y de los cambios sociales finiseculares. Por ello, en sus orígenes, no hay límites ni características claramente definidas, lo que también correspondía a la prensa en general que reducía o ponía al mismo nivel noticias, avisos, crónicas, crítica, opinión, semblanzas, etc. Por ejemplo, diarios revolucionarios y modelos, como *La Nación* de Buenos Aires, no hacían una distinción clara entre la información, opinión y avisos. El único producto que se presentaba con un diseño y una composición tipográfica diferenciadores fue el folletín que se desplegaba desde la primera página para llamar la atención de los ávidos lectores.

Esa indefinición también caracterizó a la crónica lo cual llevó, y ha llevado, a una generalización que incluye en ella a diferentes tipos de escritura. En los cronistas de la época encontramos textos heterogéneos que, por igual, se han definido y analizado como crónicas. Allí están desde los relatos de viajes hasta la crítica de obras literarias, pasando por las semblanzas o siluetas biográficas (especialmente de escritores y demás representantes del gran arte, *Los raros* de Darío es un buen ejemplo de ello), los artículos de opinión, las crónicas en sentido estricto que daban cuenta de los acontecimientos y el devenir de las sociedades en sus diferentes aspectos, los relatos costumbristas o de la vida social de París, Madrid o Nueva York; e, inclusive, los textos publicitarios que Martí escribió para *La*

América, y que se publicaron en varios diarios y revistas de Hispanoamérica, sobre inventos y maquinarias exportables a nuestra región; y demás registros con los que los literatos-periodistas daban cuenta de la actualidad del mundo desde la mirada subjetiva de su “yo” escritural.

Un buen ejemplo de lo señalado es el siguiente texto, evidentemente publicitario, pero que forma parte de una de las crónicas martianas, “El gimnasio en la casa”, publicada en *La América* (marzo, 1883): “En esta misma plana publicamos hoy grabados diversos de un gimnasio doméstico que ha de ser mirado, más que como artículo de comercio, como una buena obra. Y en La Habana, en casa de los agentes de ‘La Agencia Americana’, señores Amat y Laguardia, puede verse”, seguido de una descripción detallada de sus formas y bondades: “es útil, y es artístico, que es otra manera de ser útil”. Desde concepciones puristas y radicalizadas se podría hacer una crítica a la tarea publicitaria de Martí, pero baste considerar que antes de “hacer el verso” o dedicarse a la política hay que “ganarse el pan”, asunto que Martí asumió inevitablemente pues “en la modernidad –como dice Ramos- hasta los héroes están sujetos a las leyes del intercambio”, lo que, en última instancia, evidencia “la fragilidad de las bases institucionales del campo literario finisecular” (Ramos, 1989: 91), en América Latina, que obliga a depender de instituciones externas a ese campo.

Inclusive, la indefinición es muy clara en algunos autores. Del Casal se autodefinía como “folletinista” -lo que no deja de evidenciar una cierta subvaloración de los novelistas populares, dado el explícito menosprecio casaliano al periodismo- cuando en la carta a su amigo Esteban Borrero le dice que renuncia a esa condición en el diario *El País*. Más aún, él solía insertar uno o dos poemas en sus crónicas que retrataban la cotidianidad habanera, para autoafirmarse más como poeta que como

“folletinista” o cronista. Esto que era aceptado por cierto público, dado que del Casal era reconocido como un “notable poeta”, no lo era por el gran público cuyo gusto estaba bastante alejado del regodeo estético modernista y más cercano a un estilo masivo, popular, de la cultura de masas impulsada por el diario.

Asimismo, algunas “crónicas” luego fueron leídas como cuentos y publicadas como tales. Ese fue el caso de algunos textos de Martí, Gutiérrez N. y Rubén Darío⁴³. En este sentido, un hecho significativo fue la publicación de una crónica de Martí sobre las elecciones presidenciales en Estados Unidos (1888), en *La Nación*, con una nota aclaratoria de Mitre, en la que la presentaba como “Narraciones fantásticas”. En ella decía:

Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía, que por lo ingenioso del tema y lo animado y pintoresco del desarrollo escénico, se impone al interés del lector. Solamente a José Martí, el escritor original y siempre nuevo, podría ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelantados que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales (XIII, 337).

La indefinición también es contemporánea. En los análisis de González, Ramos y Rotker es evidente que “crónicas” son todos los textos de los escritores en cuestión escritos para periódicos. Inclusive, allí se incluyen textos que no fueron publicados en periódicos pero que tienen la marca del estilo periodístico de sus creadores. Tal el caso de *Viaje a Nicaragua* que Darío escribió para publicarlo como libro (Editorial Ateneo, 1909) y que para González es una “crónica modernista [que] (...) exhibe varios niveles: en un nivel, es un relato de viajes; en otro, es

43 Cfr. Susana Rotker, 1992: 90 y 115, y Aníbal González, 1983: 107. En Ecuador, el caso de José Antonio Campos, una de sus crónicas costumbristas fue incluida en *Los mejores cuentos americanos*, antología de Ventura García Calderón, publicada en Barcelona a inicios del s. XX (Checa, 2013).

el recuento de una conversación; y aun en otro, es una meditación acerca del sentido de la historia, con el contexto de la problemática del retorno” (1983: 135). Además, este autor llega a llamar “reportajes” a las crónicas de viajes que Darío envió a *La Nación* desde Madrid y París (1983: 135).

En cualquier caso, la conciencia del género en ciernes, indefinido aún pero que abarca estos textos híbridos entre periodismo y literatura, ya existía desde sus orígenes. No otra cosa significa que una de las primeras organizaciones en América Latina, que reunió a los exponentes de este nuevo tipo de escritor, se haya llamado “Círculo de cronistas”, fundado por Guillermo Stock, Pedro Colombo y José Varas en Argentina, en 1891 (Cfr. Jorge Rivera, 1968: 53).

Más allá de las indefiniciones o, mejor, de los límites difusos del género, hay algunos rasgos fundamentales que dan una cierta cohesión a los diversos textos periodístico-literarios de los modernistas. Un primer punto fundamental es que casi todos ellos fueron escritos para periódicos, se produjeron de acuerdo a su lógica, la cual los condicionaba. Por ello, la crónica constituye un puente, un espacio de encuentro muy rico entre periodismo y literatura que, entre otras cosas, le otorga un doble carácter de subvertir. Por un lado, establece una ruptura con el orden clásico de la literatura al “contaminarle” con una necesaria factualidad y un estilo periodístico que la transforman. Y por otro, mitologiza la realidad al atentar contra el criterio de “objetividad” que ya penetraba con fuerza al quehacer periodístico latinoamericano desde los Estados Unidos. Fue un espacio de encuentro que combinó la función informativa del periodismo con la función poética y el “yo” subjetivo de la literatura lo que le proporcionó un carácter profundamente crítico y originalidad, no obstante las múltiples influencias de los modelos estéticos europeos. Esta característica fundamental permite afir-

mar que, si bien hay influencias de las corrientes estéticas y filosóficas europeas en boga, en la crónica modernista hay una “apropiación transculturada” de ellas en grado tal que “cumple con los requisitos kantianos para ser considerada obra de arte: originalidad y ejemplaridad”.⁴⁴

Por otra parte, en la crónica el escritor y la literatura tienen que ceder para ganar. Ceder en sus planteamientos estéticos que potenciaban el “yo” creador, sobrevaloraban su rol y le permitían experimentar con el lenguaje, sin considerar al público lector, y dentro de una coraza torremarfilista, solipsista, al margen o encima del mundo real. Ceder todo ello, y más, para ganar un espacio o recuperarlo —puesto que lo estaba perdiendo aceleradamente y de manera dramática—, pero con otras lógicas que le obligaban a la renovación, que le condicionaban su quehacer. El periodismo, cada vez más comercial, fue ese espacio que le impuso el componente fundamental y revolucionario de la factualidad y la “tiranía” inevitable de complacer al lector masivo: en gran medida fue una suerte de “cárcel de papel”. A partir de ahí, el cronista tuvo que salir de su torremarfilismo, de su “yo” íntimo para dar cuenta de la realidad del mundo: desde sus manifestaciones más importantes hasta las minucias más cotidianas, prosaicas y triviales, aparentemente⁴⁵. Por esta característica fundamental de dar cuenta de las minucias del devenir social, para González la crónica fue

44 S. Rotker, 1992: 105. Esta autora plantea que en la crónica hubo una “apropiación transculturada” del impresionismo, simbolismo, parnasianismo, pitagorismo, trascendentalismo, krausismo, de recursos de las obras de arte y del periodismo. Esta última influencia fue indudable pues el estilo de diarios como *Le Figaro* y *La Chronique Parisienne*, además de otros diarios franceses, ingleses, españoles, estadounidenses, etc., tuvieron notable influencia en los cronistas latinoamericanos. Sin duda, fue una “apropiación transculturada”, pero que produjo una originalidad.

45 Sí, aparentemente. A esos pequeños grandes temas, Martí los llamaba “temas menudos” o “la minucia del vivir”, pero destacaba su importancia: “No hay hechos menores”, “cada día es un poema”, pues “en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes” (VII: 24).

“una arqueología del presente” que recrea, rehace y exhuma “el acontecimiento del *detritus* que lo envuelve” (1983: 74). Y todo ello con una escritura que, sin descuidar el trabajo poético del lenguaje —el instrumento deviniendo en arte—, responda a las exigencias de un público más cercano a la estética de la cultura de masas.

Así, más allá de las indefiniciones, los textos periodístico-literarios de los modernistas (la “crónica” para muchos de ellos y para la crítica contemporánea) respondió a tres rasgos fundamentales: referencialidad periodística, el trabajo poético del lenguaje (sin perder de vista, al escribir, las características del público lector) y la función crítica del cronista. Y todo ello desde una perspectiva cronológica de lo narrado, dentro de un enfoque diacrónico que historiza, de lo cual proviene precisamente su nombre: crónica. En este sentido, creemos que una definición muy apropiada es la de Antonio Castro Leal, para quien

la crónica imponía como condiciones fundamentales que se dejara leer fácilmente y que atrajera e interesara al lector. Para dejarse leer fácilmente debía de estar escrita en una prosa fluida, ágil, sin comienzo ni dificultades para el lector; para atraer e interesar, tenía que tratar temas de actualidad, ofreciendo, sin bombo ni ruido, nuevos puntos de vista, reflexiones originales que se sugerían discretamente al lector, casi con el propósito de que creyera que completaba el pensamiento del escritor, agregándole su imaginación incitada, la dosis de poesía o de humorismo o de filosofía que era necesaria.⁴⁶

Si bien se ha hablado del “ocaso de la crónica modernista”,⁴⁷ creemos que no solo no declinó, en tanto género, sino que siguió su inevitable y vital desarrollo. El mismo González demuestra

46 Antonio Castro L., “Prólogo” a Luis G. Urbina. En *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México: Porrúa, 1971: IX, cit. por Rotker: 93.

47 A. González, 1983: 121. Lo cual podría ser cierto para un tipo de crónica.

cómo la crónica modernista y el nuevo campo del periodismo literario influyeron y fueron espacio propicio para el pulimento de textos de escritores contemporáneos tan diversos como Reyes, Borges, Carpentier y Lezama.⁴⁸ También, la crónica influyó en la novela modernista como motivo estructural y como pretexto para escribirlas (González, 1983: 222). Además, la crónica fue la plataforma para el salto original e inédito de la literatura posterior: “el periodismo” -dice González- forma parte desde un principio de la constitución del género novelístico” y lo ejemplifica cuando habla de la “interacción entre el cuadro de costumbres y la novela a principios del s. XIX, que desembocó en la novela realista” y de la posibilidad de que la novela hispanoamericana haya absorbido “algunos aspectos del discurso de la crónica, particularmente la problemática temporal” (182), en especial los clásicos de la “novela de la tierra”, la “novela de la revolución mexicana” y la narrativa del *boom*.

Que no le falta razón y que su hipótesis tiene muchas evidencias a favor, lo demuestra la escritura de otras grandes figuras de la narrativa contemporánea en las que la práctica periodística no solo dejó una indeleble marca, sino que sin ella difícilmente habría sido posible: García Márquez, sin duda alguna, Vargas Llosa, Elena Poniatowska, Osvaldo Soriano. Y que la crónica contemporánea, heredera de la modernista, sigue siendo tan literaria como esta: allí están las crónicas que han escrito y siguen escribiendo algunos de los mencionados y otros como Rodolfo Walsh, Carlos Monsiváis, Germán Castro Caycedo, Pedro Lemebel, Juan Villoro, Alberto Salcedo, Martín Caparrós, Leila Guerriero y un largo etc.; que actualmente ha configura-

48 Véase al respecto el capítulo IV, “Ecos de la crónica modernista”, pp. 179-223. Por ejemplo, y se pueden poner varios, los textos de *Historia Universal de la infamia* (1935), de Borges, se publicaron primeramente como artículos verídicos en el diario *Crítica*. A la extensión limitada, propia de la prensa, Borges debería en gran medida su “economía de la escritura” y a la influencia, según hipótesis de González, de la teoría del estilo expuesta por Rodó en su texto “Cómo hacer un diario” (213, 214).

do lo que está siendo considerado como un nuevo *boom* de la literatura latinoamericana.⁴⁹ En este sentido, cabe recordar y reivindicar que lo que se ha llamado Nuevo Periodismo, cuyo origen y paternidad es atribuido a escritores angloamericanos de los años 60 y 70 (como T. Capote, N. Mailer, Tom Wolfe, Guy Talese), tiene su antecedente en los modernistas y en algunos de los contemporáneos mencionados, que ya lo practicaban antes de que el género recibiera la bendición de la prensa metropolitana.

En definitiva, este nuevo sistema de escritura, potenciado por la masividad de la prensa y el prestigio de sus gestores, ejerció notable influencia en sus coetáneos (por los temas que abordaba: nuevos libros y autores, nuevas realidades y las ya conocidas pero con nueva luz; etc.) y en los que vendrían (pues creó una escuela para los autores emergentes). En el uso que da el público a los productos culturales está su verdadera importancia y significación, más aún en la influencia que ejerce en la “República de las letras”. Como lo ha señalado Benjamin:

un autor que no le enseña nada a los escritores, no le enseña nada a nadie. Lo que importa, entonces, es el carácter ejemplar de la producción: que sea capaz, primero, de inducir a otros productores a producir y, segundo, de poner a su disposición un instrumento mejorado (Cit. or Rotker, 1992:103.104).

Y este fue el aporte fundamental de la crónica modernista para la transformación de la prosa latinoamericana: perfeccionó un instrumento, dignificado por grandes escritores, que puso a

49 Una expresión de ello son las antologías que últimamente se han publicado de lo mejor de crónicas y cronistas de la región: Jaramillo Agudelo (2012), Carrión (2012), Silva y Molano (2006), así como la aparición de revistas en papel y digitales centradas en ella: *Gatopardo*, *Etique nNegra*, *El Malpensante*, *Soho*, *Lamujerdemivida*, *Letras Libres*, *The Clinic*, entre otras.

disposición de las nuevas generaciones de letrados para dignificarlo aún más y potenciar su rol en la sociedad.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict (2000) *Imagined Communities*. New York: Verso, (1983) 2000.

Becali, Ramón (1976) *Martí corresponsal*. La Habana: Editorial Orbe.

Berman, Marshall (1988) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: SigloXXI, 1988 (1982).

Carrión, Jorge (2012) *Mejor que ficción*. Barcelona: Anagrama.

Casal, Julián del (1963) *Crónicas Habaneras*. Edición de A. Augier. Las Villas: Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, 1963.

Checa Montúfar, Fernando (2013) “La nación imaginada en el costumbrismo transculturado y ambiguo de José Antonio Campos”. *Anales* (495 – 540), # 371, revista de la Universidad Central del Ecuador, marzo 2013.

Darío, Rubén (1950 – 1955) *Obras completas*, 5 tomos. Madrid: Afrodisio Aguado.

Fernández Retamar, Roberto (1971) “Martí en su (tercer) mundo” (selección y prólogo). *Páginas escogidas* (2 tomos) por Martí, José. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

García Calderón, Ventura (1924) *Los mejores cuentos americanos*. Barcelona: Casa Editorial Maucci.

González, Aníbal (1983) *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: Ediciones José Porrúa.

Gutiérrez Nájera, Manuel (1943) *Obras Inéditas. Crónicas de "Puck"*, editada por E. K. Mapes. New York: Hispanic Institute.

____ (1974) *Divagaciones y fantasías. Crónicas de Manuel Gutiérrez Nájera*. Selección, estudio preliminar y notas de Boyd G. Carter. México: SepSetentas.

Handelsman, Michael (1978) *Amazonas y artistas. Un estudio de la prosa de la mujer ecuatoriana* (2 tomos). Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

____ (1981). *El modernismo en las revistas del Ecuador: 1895 – 1930*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.

Henríquez Ureña, Max (1954) *Breve historia del modernismo*. México: FCE.

Jaramillo Agudelo, Darío (2012) *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.

Kirkpatrick, Susan (1998). "The Ideology of Costumbrismo". En *Ideologics and Literature* 2 (28-44), n. 7.

Leonard, Irving A. (1953) *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ludmer, Josefina (1988) *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Martí, José (1963 – 1973) *Obras completas* (26 tomos). La Habana: Editora Nacional.

Monsiváis, Carlos (1980) *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: Ediciones Era.

Paz, Octavio (1974) *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral.

- Prieto, Adolfo (1988) *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Quesada y Miranda, Gonzalo de (1929) *Martí periodista*. La Habana: Rambla, Bouza y Cía.
- Rama, Ángel (1992) “La dialéctica de la modernidad en José Martí”. En *Estudios Martianos*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1974).
- ____ (1984) *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- ____ (1984) *La ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rivera, Jorge (1968) *El folletín y la novela popular*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- ____ (1998) *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel.
- Rodó, José E. (1945- 1958) *Obras completas* (4 tomos). Montevideo: Barreiro y Ramos SA.
- Romero, José Luis (1999) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Rotker, Susana (1992) *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- ____ (1992) *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas.

Salvador, Antonio (1983) *Baroja y la novela de folletín*. Cáceres: Univ. de Extremadura.

Silva, Medardo Ángel (2004) *Obras completas*. Guayaquil: Biblioteca de la I. Municipalidad de Guayaquil. Edición a cargo de Melvin Hoyos G. y Javier Vásconez.

Silva, Miguel; Molano, Rafael (editores) (2006). *Las mejores crónicas de Gatopardo*. Bogotá: Debate.

El periodismo como memoria

*Alberto Salcedo Ramos*⁵⁰

Los escritores de ficción no son más importantes, *per se*, que los de no ficción, sólo porque imaginen sus argumentos en lugar de apegarse literalmente a los hechos y personajes de la vida real.

Raymond Carver, exponente del “realismo sucio”, decía que lo que define a un escritor grande es “esa forma especial de contemplar las cosas y el saber dar una expresión artística a sus contemplaciones”.

En un narrador de la talla de Juan Rulfo se aprecian esos dones, pero lo mismo se puede decir de ciertos escritores notables de no ficción, como Joseph Mitchell, Tracy Kidder, Susan Orlean y Gay Talese.

Muchos siguen creyendo que literatura es, estrictamente, ficción: no se han enterado todavía de que existe la literatura de no ficción, y que esta también puede ser de gran factura estética.

⁵⁰ Colombiano, Jurado internacional

Además, un buen reportaje – por ejemplo, “Una temporada de machetes”, de Jean Hatzfeld – nos ayuda a comprender la naturaleza humana y nos hace sentir como propios ciertos sucesos que la distancia geográfica nos hacía sentir ajenos.

Es más frecuente hablar de los aportes de la literatura al periodismo que de los aportes del periodismo a la literatura. Cuando se trata del primer caso, que es lo predominante, se mencionan las técnicas narrativas, el empleo del punto de vista, la construcción de imágenes, el uso de las escenas y la creación de las atmósferas.

Todos esos recursos, ciertamente, proceden de la literatura y contribuyen a embellecer el periodismo en lo formal y a dotarlo de un poder mayor de penetración. Pero se habla muchísimo menos de los aportes del periodismo a la literatura. Varios escritores se han referido a su deuda con el periodismo.

Pienso en Gabriel García Márquez, en Albert Camus, en John Dos Passos, en Truman Capote y, por supuesto, en Ernest Hemingway, aunque este último dijo una vez que el periodismo es bueno para un escritor siempre y cuando lo abandone a tiempo.

El periodismo adiestra al escritor en el descubrimiento de los temas esenciales para el hombre. En esta profesión se tiene acceso a un laboratorio excepcional en el que siempre se está en contacto con lo más revelador de la condición humana. Uno aquí ve desde reyes hasta mendigos, truhanes, bárbaros, seres maravillosos, de todo, y eso es útil para construir universos literarios creíbles y ambiciosos.

En los últimos años se han incrementado las novelas basadas en hechos y personajes de la realidad. Acaso el periodismo es un taller que le sirve al escritor para humanizar su escritura. Para añadir una ventana allí donde antes solo había un espejo.

Los periodistas narrativos creemos que para escribir sobre un pueblo remoto no es necesario esperar a que ese pueblo sea asaltado por algún grupo violento o embestido por una catástrofe natural. El académico Norman Sims dice que los periodistas narrativos no andan mendigando las sobras del poder para ejercer su oficio.

Y como si fuera poco, el periodismo narrativo que hoy leemos como información dentro de unos años será leído como memoria.

II: La roca de Flaubert

La historia me la contó Julián Lineros, reportero gráfico que ha cubierto muchos sucesos del conflicto armado en Colombia. A un pueblo del Putumayo llamado Piñuña Negra, reconocido fortín del grupo guerrillero las Farc, llegaron en cierta ocasión varios convoyes de soldados regulares con el propósito de erradicar a los insurgentes. Los soldados, según Lineros, se apostaron en varios puntos estratégicos para protegerse del fuego contrario. Los guerrilleros estaban escondidos y lo único de ellos que se percibía en el pueblo era el tableteo de sus ametralladoras. Los soldados demoraron cerca de dos horas disparando impetuosamente contra aquel enemigo invisible. Poco a poco empezaron a notar que las balas de la guerrilla se iban silenciando, hasta que se callaron del todo. “O los matamos”, concluyó el comandante, “o los hicimos huir”.

Después de tomar las precauciones del caso salieron de sus barricadas para otear el panorama. Lo que descubrieron entonces los dejó pasmados: los guerrilleros habían estado en el pueblo ese mismo día, pero se marcharon, al parecer, cuando sintieron llegar a los soldados regulares. Eso sí: antes de irse colocaron en varios radiolas del pueblo discos compactos que contenían disparos pregrabados.

El Ejército, como es apenas obvio, mantuvo en secreto aquella heroica batalla suya contra un escuadrón de CD's, lo que confirma la sentencia de Manuel Alcántara, el poeta andaluz: "lo curioso no es cómo se escribe la historia, sino cómo se borra". Una función importante de la crónica es impedir, justamente, que la borren o que pretendan escribirla siempre en pergaminos atildados en los que no hay espacio ni para la derrota ni para el ridículo.

Lo que me gusta de esta historia no es su rareza circense, sino la promesa que me regala: la realidad está llena de sucesos que merecen ser contados y, por tanto, voy a pasarla bien mientras siga siendo cronista. Porque como bien lo dice Leila Guerriero, mi admirada amiga y colega argentina, la realidad, vista por los ojos de los buenos cronistas, "es tan fantástica como la ficción".

Mi Nirvana no empieza donde hay una noticia sino una historia que me conmueve o me asombra. Una historia que, por ejemplo, me permite narrar lo particular para interpretar lo universal. O que me sirve para mostrar los conflictos del ser humano. Sigo al pie de la letra un viejo consejo de Hemingway: "escribe sobre lo que conoces". Eso quiere decir, sobre lo que me habita, sobre lo que me pertenece. Aunque el tema carezca de atractivo mediático, si creo en él lo asumo hasta sus últimas consecuencias.

Me sentí especialmente orgulloso de mi oficio el día que leí esta declaración del escritor rumano Mircea Eliade: "en los campos de concentración rusos los prisioneros que tenían la suerte de contar con un narrador de historias en su barracón, han sobrevivido en mayor número. Escuchar historias les ayudó a atravesar el infierno".

Los contadores de historia también buscamos, a nuestro modo, atravesar el infierno. Flaubert lo dijo hermosamente en una de sus cartas: un escritor se aferra a su obra como a una roca, para no desaparecer bajo las olas del mundo que lo rodea.

Entre la realidad y el lector, el periodismo narrativo

*Samuel Blixen*⁵¹

Puesto que mi madre no estaba dispuesta a “mantener un vago en casa”, adicto a las representaciones muy reales que provocaban los héroes de Salgari en las selvas de Borneo, o la justicia veloz de los sheriffs en el lejano oeste de M. L. Estefanía —que, como supe después, no era un seudónimo sino el apellido de un capitán de Artillería del Ejército Republicano en el frente de Toledo, que escribió sus novelas de cobois en el papel higiénico de las celdas donde lo recluyó el triunfante Generalísimo— mi madre, digo, decidió que si no quería estudiar, entonces a trabajar. Y las relaciones familiares (mi padre había sido un renombrado crítico de teatro y cronista de carreras de caballo, aunque no sé qué cosa compensaba la otra) me depositaron como mandadero en la redacción de un diario montevidiano.

Mi vocación, por entonces, era la perezosa ensoñación de las lecturas, que me transportaban a mundos maravillosos y situaciones increíbles con invariables finales felices. El periodismo —que he ejercido desde los 16 años, salvo un paréntesis que no viene al caso— vino por ósmosis, puede decirse, una transmuta-

⁵¹ Uruguay, Jurado internacional.

ción inconsciente, que algunos reputan genética, pero que fue simple suerte, hasta que se produjo la revelación, y comprendí que para ser periodista había que trabajar mucho, adiestrar la vista y la desconfianza y, sobre todo, leer mucho, pero no por placer. (De esa época datan los desvergonzados plagios de los estilos de Vargas Llosa en *La ciudad y los Perros*, o de Cortázar en *El perseguidor*, aplicados a viñetas que se publicaban por condescendencia)

Sin embargo, fue recién décadas después, ya como docente de la Facultad de Información y Comunicación, cuando aún era una Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, que tomé plena conciencia del papel que juegan las imágenes en el cerebro, estimuladas por las palabras, conciencia que debí traducir en ejemplos y fórmulas en la incierta tarea de enseñar periodismo a jóvenes que, muchas veces, tienen del oficio un soñador espejismo similar a las imaginaciones que provocan los textos de Salgari.

El desafío me llevó a formular esquemáticos planteos para traducir en herramientas periodísticas, de resultados inmediatos y concretos, (como debe ser un trabajo con hora de cierre) los procesos del conocimiento, la sensación, la percepción, la representación, la abstracción, la generalización. La mayoría de las veces terminaba recomendando: “miren, pero sobre todo vean, registren cada detalle de lo que vieron, y registren lo que no vieron”; porque ni el profesor se lo creía, que era posible detener la vida para aplicar categorías del conocimiento. (Y ni qué decir cuando pretendí desplegar las categorías del materialismo dialéctico –esencia y fenómeno, causa y efecto, forma y contenido, etcétera, etcétera- que finalmente sustituí por las clásicas quién, cómo, cuándo, dónde, por qué)

Muchos de los estudiantes sobrevolaban la perorata, aplicados a incorporar los clichés para registrar “objetivamente” una

declaración y redactar “adecuadamente” un copete; pero otros se entusiasmaban con la aventura de adquirir la información “subyacente”: el desorden en un escritorio, un cenicero repleto de colillas en un despacho público, la mezcla de olores en un camerino, el niño que hurga en una montaña de basura, el imperceptible tic en un rostro inocente, el embarazo de un funcionario que no se esperaba la pregunta, para después decantar el valor de esa información.

El resultado eran escenas, cuadros, que podían relatarse ¿cómo complemento de la información o viceversa? El análisis de la descripción generaba conciencia sobre las imágenes que las palabras inducían en el lector, una manipulación obligada a constreñirse a los hechos, en especial cuando el autor lograba conquistar la complicidad del lector afinando un estilo propio. Era –y es– estimulante advertir cómo opera la progresiva confirmación de que un buen texto enhebra una sucesión de imágenes elaboradas según una predeterminación, una intención, y que el uso adecuado de las palabras define la intensidad, la profundidad, la exactitud de las imágenes convocadas; la tensa y expectante presunción, en suma, de que es posible operar, de forma clandestina, en la tormenta sináptica que se desencadena en el inocente lector al desplazar su vista por las líneas impresas.

Una sucesión fotográfica, una película, se dirá... No, aquí no hay emulsiones que reproduzcan la realidad; hay simplemente una ética que define las fronteras de la imaginación inducida y las conclusiones que de ella se derivan. De suyo se produce entre los estudiantes la discusión sobre la ética de imaginar situaciones, detalles que enriquecen la imagen; y en particular la ética de imaginar diálogos que no han sido registrados, diálogos referidos por las fuentes o que simplemente derivan del conjunto de la información. (No es que los diálogos ima-

ginados sean de cualidad diferente, de criminalidad superior, a los aderezos imaginativos de una recreación de ambiente o a la descripción de sentimientos, pero eso diálogos son, precisamente, el centro de las críticas que pretenden descalificar la creación periodística). Invariablemente, en algún momento, algún alumno dirá: eso es literatura, y entonces se comienza a hablar de crónica, de narración, como un producto periodístico. Es el momento en que la ética deja paso a la estética.

“Un periodismo que se leyera igual que una novela”, proponía Tom Wolfe, provocativamente, desde que se reivindicaba como miembro del lumpenproletariado de las letras, es decir, reportero, con lo que reivindicaba también, quizás sin saberlo, al máximo exponente rioplatense de ese lumpenproletariado, el Roberto Arlt de “El juguete rabioso”, que debería ser referencia obligada de todo cronista, como lo es el Rodolfo Walsh de “Operación Masacre” para el periodista de investigación (aunque bien mirado, “Operación Masacre” es una magistral crónica narrativa elevada a la categoría de eso que llaman literatura de no-ficción).

Novela y crónica, dos polos de una aparente contradicción que comparten una misma cualidad: materiales escritos para ser leídos, no vistos ni escuchados, leídos. Como nada existe fuera de la realidad, por más imaginación que se aplique, esos materiales escritos, cualquiera sea su calificación, comparten la magia de la recreación, de la restauración, por la escritura. Y ahora se me ocurre que no es menor el hecho de que la lectura, habitualmente, sea una tarea silenciosa; incluso aquellos que balbucean la lectura –los niños, por ejemplo- lo hacen en susurro. Porque la lectura es una aventura íntima, intransferible en tanto las emociones, las sensaciones que provoca el texto –y sus imágenes, incluso cuando se leen conceptos abstractos- es-

tán condicionadas por la experiencia del lector, y ello explica el pudor del silencio.

El novelista, el cronista, el novelista-cronista, está obligado a tener en cuenta los tsunamis intelectuales que pueden provocar sus escritos (no hay problema con los que no los provocan, sencillamente porque el lector abandona la lectura). Una responsabilidad que se multiplica desde el momento que caemos en la cuenta de que nuestros escritos no generan una sola, única sucesión de imágenes; de hecho hay tantas “películas” distintas como lectores. Y, por tanto, las imágenes dejan de pertenecernos, se independizaron, el texto deja atrás la firma, al punto de que no se reconocen los estímulos que nuestros escritos han provocado en el lector, consecuencias que no premeditamos, que no previmos y que muchas veces no deseamos: el victimario transformado en víctima, lleva a cuestras reflejos de sus escritos, pero no puede renunciar a la autoría.

La azarosa y cautivante tarea de escribir, de anudar conceptos y enlazar palabras, conlleva una obligación en dos planos: el ético y el estético. En lo que nos concierne, la crónica narrativa (aunque sospecho que caigo en una redundancia) enfrenta una primera obligación: debe contener información de hechos, de situaciones reales, y cuanto más detallada –y más verídica- sea esa información, más sustanciosa, más relevante, más atractiva será la narración.

Por ello la crónica narrativa incorpora, como elemento sustancial, la investigación periodística: el rigor en la recolección y confirmación de los datos, el testimonio exhaustivo de los personajes, la identificación de fuentes -tanto testimoniales como documentales- y su evaluación; el cotejo de antecedentes, la ubicación en el contexto; y la profundización del análisis en busca de lo esencial. Porque como resultado de esa búsqueda, de ese recorrido por lugares y procesos, habrá algo esencial,

que uno descubre, define y comunica, por más que ese carozo, ese núcleo que muchas veces no se dice, simplemente se trasluce, tenga la apariencia compleja, diversificada, el ropaje de la técnica narrativa.

La crónica narrativa estimula la imaginación, bascula entre la información y la emoción, y por eso es la antítesis del periodismo neutro y aséptico. Pero sigue siendo periodismo; por lo tanto esos artículos deben ser muy fieles a la realidad, por más que la dimensión estética nos impulse, llegado el caso, a emplear esas técnicas de redacción y de descripción ejercidas por quienes escriben novelas y en especial cuentos. (La estructura de los cuentos —la anécdota lineal, el texto breve— impone ciertos requisitos, el planteo inicial para conquistar al lector, el cierre efectista, que se requieren también en el artículo periodístico, a menos que éste sea anodino y desprolijo, y por lo tanto descartable, como el envoltorio pringoso de una hamburguesa que después produce un sentimiento de culpa por la comida chatarra, o en lo que nos concierne, por el periodismo chatarra).

La pretensión estética en una crónica reclama tanto trabajo, preparación y esfuerzo como la investigación. La crónica narrativa combina la objetividad de lo real con la subjetividad de lo emocional y ese producto exige originalidad de enfoque y valor literario. Si no se describen los escenarios, se cuentan los procesos o se dibujan los personajes mediante una buena escritura, más vale desistir de la crónica. Pero eso es materia de la capacidad crítica del periodista.

Otro asunto es el tema que se elige para elaborar una crónica. De hecho, cualquier tema es apropiado, siempre y cuando se exponga de manera que provoque la reflexión y la emoción, que haga reír, llorar o indignar. Producto de esa subestimación de la crónica narrativa —que invariablemente es intencional en última instancia— el género ha sido circunscrito a los episodios

anodinos, a los llamados temas menores, a las anécdotas banales, en la certeza de que adquirirán relevancia por sus méritos literarios, pero eludiendo los asuntos urticantes, desde el punto político y social. Por el contrario, creo que la crónica narrativa debería aplicarse preferentemente a los asuntos más acuciantes, al poder que ejerce la corrupción, a las fuerzas que desencadenan golpes de estado, al terrorismo institucional que generaliza la tortura y la desaparición forzada, a las crisis financieras que multiplican la miseria de los más y el enriquecimiento de los pocos, a la explotación de los desheredados (los indios, los negros, los campesinos, los marginales de las grandes metrópolis) a todos esos asuntos que son determinantes para las sociedades de nuestro continente.

Porque, como se habrá advertido, la crónica narrativa es a mi juicio el elemento más significativo, más acabado, más efectivo, del periodismo, el que más puede aportar al compromiso periodístico con la verdad al servicio de la sociedad. Y en ese sentido, el nivel de la mayoría de los trabajos presentados al concurso organizado por CIESPAL, y en especial la calidad de los textos premiados, dan cuenta del desarrollo que esa disciplina periodística ha alcanzado en Ecuador.

De la crónica y el contagio: cuerpos, escenarios, miradas. Esta antología

Alicia Ortega Caicedo⁵²

1.- Aproximaciones

La crónica es un género híbrido y fronterizo: participa del reportaje periodístico, el testimonio, el diario de viajes, el ensayo, la ficción literaria. El clásico estudio de Susana Rotker, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, supo destacar las características de la crónica como género mixto y como lugar de encuentro del discurso literario y del periodístico. Su anclaje en el periodismo pone de relieve su sentido de referencialidad y actualidad, así como una noción de funcionalidad que a menudo dota a la crónica de una cierta vocación pedagógica en el esfuerzo por comunicar una verdad. El aquí y el ahora del lugar de enunciación se expresan en la formulación de un “yo” narrativo que habla, por lo general, en primera persona.

52 Ecuador, Jurado internacional

No hay que olvidar que usualmente las crónicas, a menudo, son publicadas primero en revistas y periódicos, para luego ser recogidas en formato de libros y antologías. Su vinculación con la literatura la convierte en una escritura flexible, con capacidad narrativa, sensible a descripciones y detalles, cargada de la subjetividad y los afectos del cronista. En este sentido, el cronista está preocupado en hallar un tono narrativo propio desde una clara voluntad de estilo. Así, y para acercarnos al escenario contemporáneo, señala Darío Jaramillo Agudelo lo siguiente: “los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada, simplemente contando en primera persona las realidades en las que se sumergen sin la urgencia de producir noticias”.⁵³ En esta misma línea de reflexión acerca del género latinoamericano, vale tener presente la creativa definición que propone Juan Villoro:

La crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debates [...]; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primer apersona. [...] Usado en exceso, cualquiera de estos recursos resulta letal.⁵⁴

53 Darío Jaramillo Agudelo, “Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo XXI”, en Diego Jaramillo Agudelo, editor, *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara, 2012, p. 11.

54 Juan Villoro citado por Diego Jaramillo Agudelo, en *Ibid.*, p. 15.

Susana Rotker señala en el estudio referido que “el dato es central para la definición del género”.⁵⁵ La centralidad del “dato” cobra especial resonancia si consideramos la propuesta del colombiano Alberto Salcedo Ramos: “Querer saber más siempre. Los buenos reporteros siempre encuentran nuevas razones para alimentar la curiosidad. Un dato genera nuevas preguntas, nuevas búsquedas”.⁵⁶ Salcedo Ramos llama la atención sobre la importancia de buscar y descubrir lo sorprendente, lo asombroso. La importancia del dato apunta a la exigencia de exactitud que, sin embargo, no exime a la crónica de una proyección simbólica. Es decir, que más allá de su puntual referencialidad, ella tiene una resonancia amplificadora a partir de la cual interpela e interesa a lectores de diferentes procedencias. En palabras de Darío Jaramillo, “¿Qué hay más allá de los hechos”? En suma, la crónica es un apasionante género que se mueve entre la ficción y la noticia, que participa de la historia y la literatura, con capacidad de informar, conmover, entretener y fabular. Me interesa cerrar este primer acápite con palabras de la periodista argentina Leila Guerriero, a propósito del oficio en los tiempos actuales: “Como periodista uno debe recordar siempre que uno no es lo que importa, que lo que importa es la historia”.⁵⁷

2.- Poner el cuerpo

Toda crónica porta un saber testimonial: es la mirada del cronista la que recorta un fragmento del mundo para ser relatado, la que descubre el acontecimiento extraordinario o banal que

55 Susana Rotker, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas, 1992, p. 133.

56 Alberto Salcedo Ramos, en <<http://www.clasesdeperiodismo.com/2013/05/27/los-secretos-del-cronista-alberto-salcedo-ramos-en-un-ebook-gratuito/>>.

57 Leila Guerriero, entrevista disponible en <http://www.cadenaser.com/cultura/articulo/leila-guerriero-nuevo-periodismo-viejo-hambre/csrsrpor/20131102csrsrreul_2/Tes>.

va a ser contado. Para el cronista, observa Martín Caparrós, “mirar con toda la fuerza posible es decisivo. Es decisivo adoptar la actitud del cazador”.⁵⁸ Desde esa mirada la vida entra en la crónica como relato. La vida capturada en situaciones mínimas y gestos casi imperceptibles de la vida cotidiana, o aquella que resuena en los grandes acontecimientos que suponen momentos de quiebre en la historia. Por tanto, la vida narrada en las crónicas se expresa siempre de manera corporal: en fisonomías urbanas o escenarios geográficos, en rostros y oficios de personajes anónimos, o en el protagonismo de quienes intervienen con fuerza de ruptura en el escenario público. La selección de espacios, cuerpos, hechos u objetos, implica una carga afectiva por parte del cronista. Quien escribe ha sido tocado afectivamente por aquello que seduce su mirada para ser convertido en crónica. Por tanto, la crónica, en tanto trabajo de escritura, está cargada con la subjetividad de quien la produce. La crónica, afirma Caparrós, “es el periodismo que sí dice yo”.

En su anclaje periodístico, toda crónica exige un trabajo de investigación: indagación en archivos, trabajo de campo, búsqueda de fuentes fidedignas, entrevistas y reporteo, desplazamientos, experiencia del propio cuerpo testificante o en cercanía de otros cuerpos. La crónica supone, por tanto, una inmersión/intervención en y sobre la realidad, en la medida en que exige un recorte de ella: la selección de un fragmento del mundo para convertirlo en objeto de reflexión y escritura. Dicha selección es, ante todo, resultado de una pasión, de una memoria afectiva, de un anclaje territorial, de una búsqueda, de una convicción política. La crónica evidencia una lectura hecha con el cuerpo –puesto que algo impacta, cautiva, indigna, conmueve, apela al cronista. Así mismo, ella está escrita con y desde el

58 Martín Caparrós, “Por la crónica”, en Miguel Silva y Rafael Molano, editores, *Las mejores crónicas de Gatopardo*. Bogotá: Random House Mondadori, 2006, p. 9.

cuerpo: evidencia una experiencia sensorial y cognitiva, unas trayectorias, un descubrimiento, lecturas, apuestas. De esta manera, la crónica hilvana, en su cercanía con el testimonio, cuerpo, memoria, afectos.

3.- Espacios

La ciudad ha sido escenario y objeto privilegiado de la crónica: la ciudad, sus rituales, las trayectorias de quienes la habitan y hacen de ella un lugar vivido. La ciudad se deja leer no solamente en sus calles y edificaciones, sino en los rostros e interacciones de quienes la caminan y se apropian de sus espacios. Así, en la crónica “En el Guasmo suena Mozart” entra Guayaquil, el barrio del Guasmo Central –barrio popular y marginal ubicado al sur de la ciudad–, pero desde una mirada que resignifica la tradicional imagen de violencia: la práctica y enseñanza musical provee espacios de calidez y seguridad, aún en situaciones de extrema pobreza y vulnerabilidad. La ciudad es siempre una totalidad compleja y múltiple. Es una y muchas al mismo tiempo, puesto que se estructura sobre la base de diferencias genéricas, sociales, étnicas, generacionales. Son estas diferencias las que determinan el sentido que le damos a los espacios, así como el modo en que nos apropiamos de ellos. No es lo mismo caminar la ciudad en el día o en la noche, vivirla desde la pobreza o la riqueza, percibirla desde la cotidianidad familiar o la extrañeza del turista, habitarla asumiendo una identidad de género u otra, nacer en ella o llegar como migrante. Cada experiencia define un modo de mirarla, de convertirla en memoria, de narrarla, amarla o resentirla. “Farrear en kichwa en plena Mariscal” propone una trayectoria alternativa para gozar la capital, en el trazado de un mapa que acerca el bullicio típico de la zona a sabores y sonoridades de diversas matrices étnicas. La ciudad que porta las marcas

de la migración reinventa los caminos al interior del espacio establecido.

La ciudad latinoamericana concentra diferentes tiempos de manera simultánea, puesto que en ella la modernidad convive con expresiones propias de la tradición y del pasado –“El ocaso de las cajoneras” es un buen ejemplo. El contrapunto urbano se expresa de múltiples formas, puesto que las horas del día y la noche propician diferentes prácticas en un mismo lugar, así como los espacios visibles muchas veces camuflan submundos marginales y prohibidos para los no iniciados. La ciudad se configura a partir de implacables mecanismos de inclusión y exclusión, que buscan fracturar cualquier posibilidad de proximidad entre sus zonas de riqueza y de pobreza. Pero, muy a pesar de la lógica institucional, no siempre hay que alejarse demasiado para encontrarse con los rostros de la marginación, la escasez y la desdicha. La crónica tiene cierta inclinación hacia el submundo urbano, un submundo que a menudo está en el corazón mismo de la ciudad –“El miedo es un muro que me impide conocerte (la vida en las colectivas)” da cuenta de una marginalidad instalada en el corazón de la ciudad.

No necesariamente el cronista narra su propia ciudad. El cronista de una u otra forma está siempre de viaje, en camino, en constante desplazamiento. Julio Ramos, en su lectura de Martí, habló de la crónica modernista como una suerte de “vitrina” de la modernidad.⁵⁹ En su filiación con respecto a la tradición latinoamericana, la crónica actual no ha perdido del todo esa función: mostrar el interior de los escenarios metropolitanos, sus conquistas y paradojas. Una voluntad pedagógica o política suele articular los sentidos de la crónica. El cronista acerca el mundo a su comarca, comparte sus asombros y descubrimien-

59 Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Tierra Firme, 1989.

tos, así como las estaciones de su ruta de viaje. Es el caso de varias de las crónicas seleccionadas para esta antología: “Limonos del huerto de Elisabeth” (Paraguay/Alemania), “¿Qué no ves que estamos en crisis?” (España), “SAPE: la sociedad de jueguistas elegantes” (París/República del Congo), “La meta es el camino” (Camino de Santiago).

Pero la crónica se desplaza también fuera de los límites urbanos al interior de las fronteras nacionales: pequeñas ciudades, pueblos y comunidades enclavadas en la montaña o en la selva, testimonian prácticas desconocidas u olvidadas, guardan antiguos saberes y oficios, visibilizan rostros de un pasado que guarda curiosos canales de contacto con el presente. “Se los llevó el tren” focaliza un pueblo de apenas setenta personas, “Estación Carchi”, que vivió la época de bonanza mientras el tren lo visitó. Desde una perspectiva parecida, leemos “Una comunidad que se desarrolla en el páramo”: Simiatug, un pueblo indígena ubicado junto al Chimborazo, que ha encontrado formas alternativas para vivir de manera autónoma. “Uno de los últimos fortines de las enseñanzas de Leonidas Proaño”, apunta su autor. Se trata de crónicas que dialogan con el dato histórico, la información etnográfica, las voces de quienes conforman los colectivos que habitan la geografía descrita, la riqueza patrimonial y el conocimiento local: se abren a una reflexión en torno a la relación entre espacio, cultura, identidad. “El Cajas: espejo partido” así como “El rey pasa penurias. Jaguares en Yasuní” centran su atención en la importancia del lugar para la cultura, la naturaleza, la economía. Trabajan desde una cuidadosa intersección entre ambiente y desarrollo –tal es el caso de “Los vestigios de Texaco aún están en la mente y la naturaleza amazónica”, que expresa el lado oscuro de una modernidad que rompe con los modelos culturales de naturaleza basados en el lugar.

En suma, son crónicas que enfatizan la dimensión cultural de la naturaleza y el paisaje, en tanto escenarios de luchas y negociaciones –en defensa no solo de la biodiversidad, sino de la riqueza simbólica de los lugares. El impacto de la tecnología, el turismo, el mercado, complejizan la representación de mundos locales no ajenos a las dinámicas de la globalización, el internet, los movimientos sociales. La pregunta, en diálogo con el antropólogo Arturo Escobar, es cómo relatar o construir una “defensa del lugar” sin naturalizarlo, feminizarlo o hacerlo esencial. En estas líneas de reflexión, sobresale “Vilcabamba: psicodelia y agua milagrosa”. Una crónica dinámica y divertida, que atrapa la atención del lector en el relato de un pueblo que aúna toda una “tribu multicolor y multiétnica”: allí interactúan célebres longevos, extranjeros en busca de la eterna juventud, shamanes y ex comunistas, saberes espirituales y científicos, preocupaciones ecológicas, hippies de todas las edades. Se trata de una narración que opaca la pregunta por lo auténtico y lo original, puesto que ceremonias y ritos procedentes de los mil focos de la cultura se encuentran y mezclan ante los ojos del cronista.

4.- Personajes, prácticas, desplazamientos

Imposible pensar lugares y espacios sin los rostros, los cuerpos, los hábitos y predilecciones de quienes los habitan. Son precisamente cuerpos, voces, profesiones poco comunes –“El maquillador de los muertos”–, personajes extraños que cautivan por lo insólito y la desmesura de sus actos –“El justiciero”–, personalidades que hacen historia –“El primer ecuatoriano en el espacio”– o héroes de la mitología y el santuario popular –“Prohibido prohibir lo Kitschpe”–, lo que llama la atención del cronista: es justamente lo asombroso, por insospechado o extravagante, aquello que apasiona y seduce la mirada del cronista. A veces se trata de sucesos que están allí

muy cerca, o escondidos por su extrañeza en los “bajos mundos”, o se trata de aquello que solo se habla en voz baja o, por el contrario, circula abiertamente y viéndonos las caras en el “maldito feisbu”, según la feliz expresión de Rita Indiana. A partir de la focalización de un personaje, la crónica avanza en el esfuerzo por articular una reflexión de largo aliento —el “tecno-folklore-andino”, por ejemplo, como punto de partida desde donde el cronista de “Prohibido prohibir lo Kitschpe” desmonta los mecanismos de racismo y odio, que se articulan en nombre de la cultura y el así llamado “buen gusto” — o una denuncia, como en el caso de “Adiós a los lobos”. El cronista es un mirón, un fisgón, que no deja nunca de observar y entrometerse, escudriñar y denunciar, escuchar y anotar, para poner al descubierto aquello que ha sido escasamente atendido, que ha pasado desapercibido o sobre lo cual se ha impuesto el silencio. Para quien callejea, lo más profundo está en la piel, puesto que superficies, rostros y exteriores son plenos lugares de sentido. En función de ello, el cronista es hijo del *flâneur*: siempre en pos del lado inquietante o sorpresivo de la vida urbana. Más importante todavía, contar algo conocido desde la oportunidad que ofrece un dato inesperado, el encuentro con voces y lecturas que colocan personajes o fragmentos de historias pasadas bajo una nueva iluminación—“Los limones del huerto de Elisabeth”. Es en ese momento cuando aparece la crónica, no para dar respuestas, sino para colar preguntas en el acto mismo de poner en narración un acontecimiento. Como señala Leila Guerriero: “Si hay algo que el ejercicio de la profesión me ha enseñado es que un periodista debe cuidarse muy bien de buscar una respuesta única y tranquilizadora a la pregunta del por qué”.⁶⁰

60 Leila Guerriero citada por Diego Jaramillo Agudelo, en *Antología de crónica latinoamericana actual*, p. 29.

5.- De la inocencia

Ciertamente, no hay crítica ni escritura inocente, puesto que interpelamos al mundo desde una biblioteca que nos antecede, desde un “círculo de resonancia”. Sin embargo, importa cuidar el sentimiento de asombro ante el deslumbramiento de aquello que nos impacta como una primera vez: el sentimiento del asombro lúdico que la inocencia infantil bien conoce, y desde donde aprende a explorar y conocer el mundo. El mexicano Alfonso Reyes, en “Aristarco o anatomía de la crítica”, recuerda que todo ejercicio crítico supone tres momentos: la impresión, la exégesis y el juicio. Aunque Reyes considera el juicio como la “corona de la crítica”, destaca la impresión como condición indispensable en toda producción de conocimiento: “Sin ella no hay crítica posible, ni exégesis, ni juicio; ni conocimiento, ni amor”. Pienso que en el proceso de escritura de una crónica, y en el tiempo de investigación que le antecede, vale cuidar al “aficionado” antes que al especialista. Es decir, importa, ante todo, situarse en calidad de amante ante aquello que captura la mirada. Resulta, entonces, un imperativo sacar a luz en la escritura al impresionista que todos llevamos dentro, para desde allí trazar las rutas de la observación, el diálogo y la investigación.

6.- Del contagio

Se ha dicho infinitas veces que la crónica es un género no solo híbrido, sino contaminado, precisamente porque se construye en el cruce de varios modelos discursivos. La crónica se ve contaminada por la subjetividad del cronista, que no esconde sus filiaciones y sus afectos. Contaminada por los cuerpos y los mundos a los que da cabida. Contaminada por el smog de la ciudad o por el barro de los caminos que hay que trasegar en pos de esas historias que se perciben dignas de ser contadas. Contaminada por el polvo de tanto archivo consultado. Conta-

mina la saliva de quienes hablan a través de la crónica. Contamina el mal denunciado y los secretos susurrados. Contaminan los humores del propio cronista y los sudores de su cuerpo en acción. Escribimos e indagamos expuestos al contagio de ideas. El mundo, en cierto sentido, se articula bajo la metáfora del contagio y el imperio de los miedos. No solo los cuerpos contagian enfermedades, sino que máquinas, tarjetas y documentos se ven de forma permanente expuestos al contagio de virus destructivos. El aire, el agua, los alimentos que ingerimos parecen estar cada vez más contaminados. Ante tal imperio, solo caben respuestas radicales: el encapsulamiento reticular para huir de la peste, o la exposición radical a la epidermis del mundo. La crónica siempre opta por esta segunda opción.

Premio CIESPAL de Crónica 2014

Veredicto del Jurado Internacional

(Bogotá, Montevideo, Quito, 10 de marzo del 2014)

Después de analizar los 44 textos preseleccionados para el concurso Premio CIESPAL de Crónica 2014, los miembros del jurado –Alicia Ortega Caicedo (Ecuador), Alberto Salcedo Ramos (Colombia), Samuel Blixen García (Uruguay) Alicia Ortega Caicedo (Ecuador), Alberto Salcedo Ramos (C decidieron por unanimidad otorgar los cuatro premios y las cuatro menciones especiales a los siguientes trabajos:

Primer premio: “Los limones del huerto de Elisabeth”, de Gabriela Alemán: esta crónica cuenta con excelente soporte histórico y una mirada perspicaz, que le permite a la cronista articular una historia alrededor del nazismo y el exilio en Paraguay.

Segundo premio: “Vilcabamba: psicodelia y agua milagrosa”, de Juan Manuel Granja: una crónica dinámica y divertida, que atrapa la atención del lector en el relato de un pueblo que aún

toda una “tribu multicolor y multiétnica”. Se trata de una narración que opaca la pregunta por lo auténtico y lo original, puesto que ceremonias y ritos procedentes de los mil focos de la cultura se encuentran y mezclan ante los ojos del cronista.

Tercer premio: “¿Qué no ves que estamos en crisis?”, de María Fernanda Ampuero: la crónica testimonia y problematiza los efectos de la crisis española contemporánea. Fluye con ironía y humor, a la vez que expone de manera contundente los datos que soportan la reflexión.

Cuarto premio: “SAPE: La sociedad de jueguistas elegantes”, de Santiago Rosero: es una crónica muy bien escrita, con una poderosa voz narrativa. La documentación para el manejo del contexto histórico es excelente. Muy buen trabajo de campo con los personajes, en el esfuerzo por mostrar la construcción de culturas en escenarios poscoloniales.

Menciones especiales:

“Prohibido prohibir lo Kitshe”, de Huilo Ruales: esta crónica revela el mundo de los así llamados héroes de la mitología y del santuario popular. A partir de la focalización de un personaje, la narración se adentra con fluidez y humor en el mundo de lo kitsch y el internet, a la vez que desmonta los mecanismos de racismo y odio, que se articulan en nombre de la cultura y el así llamado “buen gusto”.

“En el Guasmo suena Mozart”, de Ileana Matamoros: se trata de una crónica que narra la marginalidad urbana, pero desde una sensibilidad que resignifica la tradicional imagen de violencia: la práctica y enseñanza musical provee espacios de calidez y seguridad, aún en situaciones de extrema pobreza y vulnerabilidad.

“El miedo es un muro que me impide conocerte (La vida en Las Colectivas)”, de Elías Urdánigo: es una crónica que da cuenta de los denominados “bajos mundos”, de una marginalidad instalada en el corazón mismo de la ciudad. Crónica estupenda sobre dos mundos aparentemente distintos separados apenas por un breve callejón. La narración es ágil y el trabajo de reportero que hizo el cronista es solvente.

“El primer ecuatoriano en el espacio”, de Juan Fernando Andrade: esta crónica tiene pulso narrativo. Muy bien contada la historia de principio a fin. Plantea de manera acertada los conflictos del personaje tanto en su trayectoria vital como en la situación particular que le tocó vivir en Estados Unidos.

Firman

Alberto Salcedo Ramos (Colombia)
Samuel Blixen García (Uruguay)
Alicia Ortega Caicedo (Ecuador)

NOTA: El Jurado Internacional también recomendó la publicación de las siguientes crónicas:

- “El maquillador de los muertos”, de María Isabel Ponce
- “Adiós a los lobos”, de Ramiro Diez
- “Los vestigios de Texaco”, de Christian Ignacio Torres
- “El Cajas: espejo partido”, de David Parra
- “Guayaquil, la bibliofóbica”, de José María León

- “El justiciero”, de Jeovanny Benavides
- “El ocaso de las cajoneras”, de Juan Carlos Cabezas
- “La meta es el camino”, de Gonzalo Ortiz Crespo
- “Se los llevó el tren”, de Alexis Serrano
- “Una comunidad que se desarrolla en el páramo”, de Galo Vallejos
- “Farrear en kichwa en plena Mariscal”, de María Fernanda Mejía
- “El rey pasa penurias: Jaguares en Yasuní”, de Santiago Espinosa



1



Premio CIESPAL de Crónica 2014

Temas ecológicos, policiales, crisis sociales, personajes, costumbres, lugares de ensueño, entre otros, son parte de los 20 mejores trabajos del primer concurso de crónica en Ecuador, organizado por el CIESPAL



Carlos Iván Yáñez
(Editor)



Los limones del
huerto de Elisabeth

Gabriela ALEMÁN

Seudónimo: Charlie Brown

Los cinco patos que se bamboleaban entre las altas hierbas del terreno buscando comida no tenían idea dónde estaban. Aunque, habría que reconocerlo, nadie había hecho algo para hacérselos saber. No existía una puerta, ni candados y menos un cerramiento para mantenerlos fuera. Lo único que había era tres limoneros que daban a la calle de tierra y, al fondo, un aguacate enorme que fagocitaba el tronco de un árbol de limas. Monte alto, parches de tierra roja, frutas pudriéndose al sol. No queda nada de la antigua casa de los Förster-Nietzsche salvo el decrepito interior de un pozo seco, invadido por plantas trepadoras. No es mucho para reivindicar la fundación de una Utopía en el interior de la selva paraguaya hace algo más de un siglo. Si se toma en cuenta que la empresa nació del convencimiento de la supremacía aria, los limones del huerto deberían ser agrios. La casa, Försterhof, de la que Elisabeth Nietzsche se vanaglorió en cartas a su madre, “señorial, con altos techos, espaciosa y fresca”, ha sucumbido al paso del tiempo y de ella no queda nada. Ni ruinas. Si no fuera porque el resto del pueblo mantiene un trazado impecable y las veredas se encuentran deshierbadas y las bases de los postes de luz están pintadas con banderas paraguayas y alemanas, el contraste sería menor y el abandono del pasado no sería tan notorio. Queda poco en el pueblo, solo un cuarto con algunas fotos en la casa de un vecino con mente empresarial que, el día que fui, no había

abierto. Sus vecinos dejaron claro que su mente empresarial tendía a sucumbir bajo el calor de más de cuarenta grados y que apenas abría su casa para los poquísimos curiosos que llegaban buscando el pueblo fundado por la hermana de Friedrich Nietzsche. Para satisfacer a esos curiosos hay un letrero sobre la avenida principal que señala una calle secundaria: Elizabeth Nitzg Chen. Ni la palabra salva al pasado aunque es la única señal que apunta en su dirección.

En 1886 Paraguay era el futuro. La tierra donde se refundaría Alemania, lejos de la contaminación judía. Ese, por lo menos, fue el razonamiento que Bernhard Förster siguió y que su esposa Elisabeth Nietzsche alentó. Las catorce familias que llegaron al puerto de Asunción el 15 de marzo de 1886 siguiendo el descabellado plan de Förster simplemente se dejaron embaucar. Algunos porque creían en su ideal racista, otros porque huían de la crisis económica alemana, especialmente visible en la zona de Sajonia, de donde provenían la mayor parte de familias. Por la razón que fuere, para sobreponerse a la llegada al puerto de Asunción después de trepar cinco días por el Río Paraná desde Montevideo, luego de un mes de viaje desgastante desde Alemania, debieron creer en el discurso de Förster: “A pesar de las muchas dificultades los migrantes deberán saber que han tomado parte en un gran proyecto. Esta misión tiene un nombre: la purificación y renacer de la raza humana y la preservación de su cultura”. También Therese Elisabeth Alexandra Nietzsche había embarcado en Hamburgo en el Vapor Uruguay. Contaba con 39 años, menos de un año de matrimonio y sueños que abarcaban un nuevo Imperio en construcción. Tampoco había olvidado traer un piano. Había aprendido a tocarlo junto a su hermano Friedrich Wilhelm en su niñez en Röcken, un pequeño pueblo Sajón al sudeste de

Leipzig. A ella la habían bautizado con el nombre de la princesa de Alte-Saxenburg a quien su padre, el pastor de Röcken, había tutorado en su juventud; su hermano, dos años mayor, se llamaba igual al rey. Ambos aspirarían a la realeza en vida. Al quedar huérfanos de padre a temprana edad, se volvieron inseparables. El sobrenombre que Fritz dio a su hermana fue “llama”, la bautizó así cuando leyó que entre las características del animal andino se encontraba la terquedad. Le pareció muy adecuado. Friedrich era un niño introvertido y precoz que llegaría a ser la mente más brillante del siglo XIX. Era, además, un pianista virtuoso; no así su hermana que solo tocaba de una manera competente. Pero en todos los aspectos de su vida, su terquedad compensaría su falta de genialidad. Tanto así que, a pesar de que su hermano fue un prosista excepcional, fue ella, con su escritura sentimental, la que estuvo nominada tres veces al Premio Nobel de Literatura (en 1908, 1915 y 1923). Su falta de talento siempre se vio compensada por la existencia de su hermano. Si de niña lo veneraba, de adulta nunca lo abandonó; aunque él se hubiera distanciado. Elisabeth se convirtió en una devota religiosa al punto del fanatismo mientras él abjuró de la religión y la moral cristiana. Si Friedrich peregrinó durante años por Europa buscando la verdad, Elisabeth encontró su especial marca de ella en el nacionalismo y la pureza racial y viajó a otro continente para darle forma. A pesar de ello ambos estuvieron unidos todas sus vidas: él recurrió a su apoyo en varias de sus recaídas médicas mientras ella aprovechó su nombre para adquirir la notoriedad a la que siempre se sintió destinada. Cuando decidió viajar a Paraguay no dudó en pedir a su hermano que la acompañara y, a pesar de que se rehusó en más de una ocasión, nunca dejó de presionarlo; no solo para que fuera sino para que invirtiera con dinero en su empresa. Friedrich Nietzsche siempre le dio la misma respuesta: “Nuestros deseos e intereses no coinciden en tanto que tu proyecto es anti-semítico. Si el proyecto del Dr. Förster es exitoso seré

feliz por ti y, tanto como pueda, ignoraré el hecho de que será el triunfo de un movimiento que rechazo. Si fracasa me regocijaré en la muerte de un proyecto antisemita...”.

Hace 127 años el camino de Asunción a Nueva Germania era tortuoso. No solo eso, era peligroso e inseguro. Y, para los nuevos colonos alemanes, era tierra incógnita. Habían llegado confiando en la palabra de un iluminado pero una vez ahí, desprovisto del envoltorio publicitario, se dieron cuenta de que habían canjeado su futuro por tierras pantanosas y poco fértiles. Llegar a Nueva Germania ahora toma algo más de tres horas y media sobre una carretera asfaltada libre de baches. Se sigue la Ruta 3 desde Asunción y se sube en diagonal hasta San Estanislao, de allí una línea recta conecta la misma carretera con Nueva Germania. El paisaje de los 259 kilómetros que separa las dos ciudades es una sucesión de casas aisladas, campos de pasto, islas de palmeras y cultivos. La Ruta 3 no existía en 1886. La que tomaron las catorce familias junto al fundador del pueblo fue una ruta fluvial. Subieron el río Paraguay hasta San Pedro del Ycuamandiyú y de allí siguieron en carretas los 48 kilómetros restantes hasta Nueva Germania. Antes de que Bernhard Förster negociara las tierras de Nueva Germania para su colonia, hizo un viaje por el Paraguay buscando el paraje de su Utopía utilizando un mapa dibujado por el coronel y aristócrata húngaro Heinrich von Morgenstern de Wisner. Von Morgenstern había huido de la Corte vienesa bajo acusaciones de pederastia; era un personaje ubicuo que sobrevivió dos dictaduras, una guerra y varias revueltas civiles en Paraguay, donde vivió 46 años. Von Morgenstern llegó por primera vez a Asunción en 1845 como parte de una delegación militar brasileña de visita al dictador Carlos Antonio López. Una vez ahí se dio cuenta de que su pasado en la Corte Imperial vienesa

podría serle útil y, cuando asumió el gobierno Francisco Solano López, se convirtió en el confidente de la amante irlandesa del dictador. Eliza Lynch se encargó de que Solano López lo nombrara Canciller y que luego fuera su principal asesor militar. Von Morgenstern sobrevivió la debacle de la Guerra de la Triple Alianza, que ayudó a conducir, y se convirtió en ministro de Migración en sucesivos gobiernos. Su principal misión fue atraer a europeos con ofertas generosas de tierras y mucha desinformación sobre lo que encontrarían en el país. Fueron sus talentos propagandísticos resumidos en el “Reporte sobre el Estado de Paraguay”, publicado en varios diarios europeos, lo que llevó a Förster a Paraguay. Tras recorrer el país durante dos años con la ayuda del mapa de Von Morgenstern, Förster regresó a Alemania publicó un panfleto titulado “Colonización Alemana en el Distrito de la Alta Plata con especial referencia a Paraguay: el resultado de detallada experiencia personal, trabajo y viajes 1883-1885”. No pudo resistir convertirse en el héroe de su viaje: un súper hombre que había logrado sortear todo tipo de obstáculos. Como texto publicitario era un fracaso. Más que alentar, parecía espantar a posibles colonos. Esto fue lo que escribió sobre la zona que eventualmente vendió como el sueño ario:

“Mi primera preocupación fue encontrar la ruta más directa hacia San Pedro. Hasta ahora había escuchado que era imposible. Se suponía que todo el camino era un inmenso pantano, prácticamente impasable para una persona sola y lleno de peligros. Mi propia experiencia confirmaba estos reportes... los caballos debían cruzar profundos pantanos de lodo. Solo ocasionalmente se distinguían tierras altas, firmes bajo los pies. El área, además, estaba completamente inhabitada, y llena de gran número de venados, zorros, tigres, monos, avestruces, etc... Emigrar a esta zona sin duda sería una tarea hercúlica, aunque la tierra parece fértil. A lo largo del camino, unas pocas

casas con piso de baldosa, ahora derruidas, eran testigos de que aquí debió existir un poblado dependiente del ganado antes de la guerra... El jefe de ellos era un viejo negro que no entendía español ni ninguna otra lengua conocida. No se molestó en ayudarme así que me vi forzado a dormir al aire libre... los peligros aquí son tigres, indios y culebras... Los únicos indios que vi eran muy pobres y en un estado domesticado... los indios no son peligrosos y harían buenos sirvientes. Pero los Lengua son más peligrosos y ocasionalmente cruzan el Gran Chaco en grupos de asalto. Las verdaderas dificultades a las que debe enfrentarse un viajero que desconoce el terreno es perderse, toparse con mal clima en rutas solitarias y el sentimiento de soledad que despierta la completa belleza y horror del lugar y, no por último, algo menor, el hambre...”.

Pero su carisma personal y, posiblemente, la desesperación de las familias que lo siguieron fue mayor. El panfleto no solo describía la flora, fauna, sistemas fluviales y plantaciones de mandioca de la zona sino que divagaban sobre anti-semitismo, las ventajas del vegetarianismo, el luteranismo y Wagner. Bernhard Förster era un furioso wagneriano. Fue rindiendo culto al músico nacionalista que conoció a Elisabeth Nietzsche. Había intentado, durante años, entrar a su círculo íntimo pero Wagner nunca le había prestado atención. Fue solo cuando conoció a Elisabeth en la inauguración de Bayreuth, la casa de Ópera que Wagner concibió, que pudo acercarse a él. Elisabeth se sentía en casa entre los Wagner ya que durante varios años Nietzsche y Wagner mantuvieron una estrecha amistad que terminó en desastre; al acabarse, ambos borraron al otro de sus vidas. Pero en *Ecce Homo*, el libro autobiográfico de Nietzsche, nunca negó su admiración por el músico: “Mi juventud hubiera sido insoportable de no ser por la música de Wagner, pues yo estaba condenado a convivir con los alemanes... Wagner es el antídoto por excelencia contra todo lo alemán”. Pero el ambien-

te que vivió junto a él, en los años en que lo frecuentó y Elisabeth trabó amistad con su familia, terminó por alejarlo: “Lo que nunca le he perdonado a Wagner es haber condescendido con los alemanes, el que se haya convertido en un alemán del Reich... Tengo que atacar (...) a la nación alemana, que cada vez se está volviendo más perezosa (...) *más respetable*; dicha nación se sigue alimentando, con un apetito envidiable, de cosas contradictorias, e igual se traga, sin tener problemas digestivos, la “fe” que el cientificismo, el “amor cristiano” que el anti-semitismo, la voluntad de poder y de Imperio que “el evangelio de los humildes...”. A Nietzsche todo eso le causaba serios problemas digestivos y migrañas y depresión pero nada de eso molestaba a Förster. Que más bien se alimentaba de todo lo que el hermano de su futura esposa despreciaba. Cuando cayó en sus manos *Arte y Religión* de Wagner, donde llamaba a fundar una Alemania más pura en el Nuevo Mundo, saltó a la ocasión. Al leer, “Ciertamente debe ser correcto inculpar a esta torpe tontería de nuestro espíritu público la corrupción de nuestra sangre... no sólo por el abandono de la alimentación natural del hombre, sino sobre todo por la mezcla de la sangre heroica de las razas más nobles con la de antiguos caníbales que ahora son adiestrados para ser agentes de negocios de la sociedad”, encontró su llamado, era tan antisemita como vegetariano. Solo debía cruzar el mar y refundar Alemania. No resultó tan *fácil*. Supuso privaciones e innumerables dificultades y el temperamento de Bernhard no ayudaba. Tenía una personalidad nerviosa y constante mal humor. La tierra apenas rendía frutos y con los métodos de cultivo traídos de Alemania, ninguno. Los colonos debieron aprender de la experticia nativa para, aun así, lograr poco. No había ferrocarriles para unir la colonia con otras partes del país, ni una embarcación propia que los conectara por el río, la malaria atacó apenas llegaron y desistieron de construir caminos porque todo su tiempo lo emplearon en tratar de sacar algo de la tierra o en engordar al ganado. Förster había escrito

en su panfleto de 1885: “En todo Paraguay hay una creencia de que si hay suficiente carne cualquier otro tipo de alimento se vuelve innecesario”. Ante el hambre, traicionó a Wagner y, como los nativos, disfrutó del asado. Claro que Elisabeth, que siguió escribiendo para la prensa alemana en procura de reclutar a nuevos colonos, continuó insistiendo en lo nocivo de la carne, entre otras cosas, porque “calienta la sangre, lo que debe ser evitado en este país... mi esposo, yo y todos nuestros empleados vegetarianos hemos escapado de las enfermedades de la aclimatación, un mal que consiste en llagas en las manos y pies... en cada caso una dieta vegetariana será beneficiosa y ayudará para una pronta mejora”. Elisabeth trató de mantener las apariencias pero en las cartas a su madre se quejaba de su marido y el esfuerzo que significaba estar tan lejos. Llegó a escribir que había envejecido diez años en los dos que había vivido junto a Bernhard en Paraguay. El paraíso no existía, salvo en los comunicados de prensa. Allí, “el clima era tan benigno que tanto los hombres como los animales prosperaban en él”.

Viajé a Nueva Germania en verano, la temperatura rondaba los 36 grados y la humedad era del 55 por ciento. Lo que en sensación térmica se traduce en 46 grados. Viajé en un bus con aire acondicionado, pero en un lugar del trayecto lo abandoné para seguir la ruta en carro, para entonces el sol me hubiera podido atravesar el cerebro. Hay un momento del día, que comienza en las inmediaciones de las doce y termina por las cuatro de la tarde, cuando uno siente que se encuentra en el centro del sol. No se puede pensar, ni hacer, ni decir. Nada. Son horas que el calor le come al día. Los que no las respetan, pagan un precio. Insolación, migrañas, calambres y derrames cerebrales son solo epígrafes. Ningún temperamento, por más germano que fuere, tiene derecho sobre el calor, como debieron

aprender los habitantes de Nueva Germania. A las once paramos en una gasolinera sobre la ruta que tenía un mercado y una cafetería. Los dueños eran menonitas y parecían presagiar lo que esperaba del viaje. Adentro era el Ártico y uno apenas podía pensar sobre el zumbido del poderoso aire acondicionado. Me tomó más de media hora volver a sentir el cuerpo. O sentir algo más que calor o moverme fuera de una onda de aire ardiente y titilante. Cuando entré busqué una silla y el amigo que me llevaba a Nueva Germania regó una botella de agua helada sobre mi nuca. Luego de un momento pude alzar la cabeza y Douglas me tendió una bebida helada de soja con sabor a manzana. Me supo a gloria. No la bebí, la tragué y, cuando la acabé, me paré y busqué otra. Solo ahí pude ver a dónde habíamos entrado. Era un local enorme, como dos canchas de basquetbol juntas. De un lado se vendían implementos eléctricos de algún tipo; del otro, había góndolas llenas de productos. Leche, enlatados, fósforos, harina. Contra la pared posterior, varias refrigeradoras con puertas de vidrio exhibían bebidas de soja, agua y refrescos. A un costado se vendían embutidos, queso y pan. Atrás del mostrador, donde atendía un muchacho salido de la familia Von Trapp de *La Novicia Rebelde*, había tres enormes afiches con paisajes alpinos en invierno. Casi se podía tocar la nieve. Traté de mirar por la ventana hacia el carro pero el exterior había desaparecido. El contraste de la temperatura había empañado por completo los vidrios y lo único que se veía era una escarcha lechosa. Me sentí atrapada en una pecera con un montón de descendientes de Förster. Solo que Förster no había dejado ninguno. Y de lo que sabía, los descendientes de los otros colonos de Nueva Germania hacía años habían abandonado su proyecto de supremacía racial. Y, aun así, no podía quitar los ojos del afilado cuchillo del carnicero Von Trapp mientras cortaba lonjas de un salami rojísimo.

La tierra paraguaya tiene la consistencia y el color de la sangre seca. Sangre seca oxidada, acorde con la historia del país. Dos guerras sangrientas quedaron atravesadas en sus siglos XIX y XX. En la primera, perecieron las dos terceras partes de la población masculina del Paraguay; la segunda, la del Chaco, volvió a mermar drásticamente la población y a dar una estocada a la economía nacional. En la Guerra de la Triple Alianza el mariscal Francisco Solano López, con delirios napoleónicos, pensó que podría vencer a los ejércitos reunidos de Brasil, Argentina y Uruguay y llevó al Paraguay a una masacre. Durante las siguientes dos décadas la figura central del país fue el héroe de guerra general Bernardino Caballero, fundador del partido Colorado. Fue él quien puso a la venta las tierras fiscales (el Estado era dueño del 95 por ciento de las tierras paraguayas) para pagar las deudas contraídas en Londres, más sus intereses, utilizadas para financiar la guerra. La mayor parte de esas tierras fueron a dar a manos de grandes consorcios extranjeros y los campesinos que las trabajaban quedaron sin nada. También sirvieron para pagar deudas políticas hasta la época de la dictadura stronista. Para 1900, 79 familias eran dueñas del 50 por ciento del territorio nacional. El tema de las tierras, sus títulos y sus dueños aún gravita con fuerza en la política paraguaya y es la sombra que arrojó el golpe de Estado contra el presidente Lugo en 2012. En una de las pocas paradas que hizo el bus de Asunción a Nueva Germania vi una pintada con lápiz rojo en la puerta de madera del único baño de la estación de servicio donde nos detuvimos, ¿Qué pasó en Curuguaty? La tierra roja continúa teñida de sangre. Las que más baratijas han recibido, a cambio de todo lo suyo, siempre han sido las comunidades indígenas. Durante la época de la Independencia y del gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia no se necesitó título de propiedad para utilizar la tierra. Pero el presidente Carlos An-

tonio López, a través de un decreto emitido el 7 de octubre de 1848, suprimió la institución del *táva comunal*. Eso permitió al Estado apropiarse y disponer de las tierras de “los veintiún pueblos indios” del Paraguay. En trueque concedió a sus miembros la ciudadanía. Esa ganga se resumió en dos artículos: I) Se declara ciudadanos de la República a los indígenas de los veintiún pueblos siguientes: (...) II) Se declaran propiedad del Estado los bienes, derechos y acciones de los mencionados pueblos naturales (...) No hay que perder de vista el orden de los artículos, para despojarlos primero se les concedió la ciudadanía; así todo fue legal. Las tierras fiscales que se privatizaron en época de Bernardino Caballero provenían de esos nuevos ciudadanos de 1848. Förster negoció 600 km² en la zona llamada Campo Casaccia con el presidente Caballero. La zona había tenido alguna población antes de la guerra pero para 1886 se encontraba prácticamente desierta. Dos terceras partes eran bosque, el resto parecía tierra apta para cultivo. El dueño, Cirilo Solalinde, pedía 175 000 marcos alemanes por ellas, una cifra imposible de cubrir por Förster. Luego de una negociación que duró ocho meses se llegó a un acuerdo triangular entre Förster, Solalinde y Caballero: el Estado pagaría a Solalinde 80 000 marcos por 160 km² que éste luego entregaría a Förster mientras Förster haría un pago total de 2 000 marcos al Estado paraguayo. Se comprometía, a la firma, a que 140 familias alemanas llegarían a vivir en la zona en los próximos dos años o debería devolver el dinero y perder las tierras. Para noviembre de 1886 Förster vendía lotes a los colonos que habían llegado con él, aunque esas tierras siguieran perteneciéndole al Estado paraguayo.

La llegada a Nueva Germania no puede ser más ominosa. Luego del desvío en la Ruta 3, se sigue unos pocos kilómetros y un desteñido letrero junto a un mochado árbol seco es la primera

señal de que se está en sus inmediaciones. Es un panorama que cualquier director de arte escogería para una película de terror. La bienvenida, escrita sobre latón, está colocada lejos de la carretera en un terreno descuidado. El cartel está elevado sobre dos postes; su borde inferior roza el techo de zinc de una casa de ladrillo abandonada. El muro de otra casa, de apariencia más antigua, se derrumba a su costado. Alguien había borrado las tres palabras que se encontraban bajo las blanqueadas banderas de Paraguay y Alemania. Al continuar por el camino se llega a dos torres de apariencia medieval en construcción y luego, por fin, se llega al pueblo. Parterres centrales de concreto, postes de luz con banderas alemanas y paraguayas alternadas, mucho orden y limpieza. Ninguna pista de que la hermana de Friedrich Nietzsche alguna vez vivió allí. Tanto así que después de más de una hora de dar vueltas —llegamos a la hora de la siesta y estaba cerrado el Municipio, la escuela y toda institución que pudiera disponer de alguna información—, optamos por el único hotel del pueblo. Nos entusiasmos, en el patio había dos esculturas de ciervos europeos hechos en yeso que yacían entre la exuberancia de la vegetación paraguaya. El dependiente nunca había oído hablar de Förster ni de Elisabeth pero nos ofreció un refresco helado. Mientras iba a traerlo, contemplé en la pared otro paisaje alpino de lagos cristalinos, alta montañas y nieve. Afuera hacía 40 grados. Decidimos ir a la única gasolinera del pueblo, alguien debía saber algo allí. Entre los jacarandás, flamboyanes y lapachos del camino se podía distinguir algunos pinos que no hubieran desentonado en un bosque alemán. El dueño de la gasolinera, el señor Fischer, nos dijo sin pestañear que la casa de Elisabeth se encontraba a la vuelta, bajando hacia el río por un camino de tierra, cerca de la iglesia, frente al orfanato. Lo dijo como si diera direcciones a la casa de su tía. Mientras continuó despachando, me contó que era descendiente de uno de los primeros colonos. Que su bisabuelo se quedó en Nueva Germania y que si bien algunos

de sus parientes, que no se han mezclado con paraguayos, se fueron a vivir a las afueras del pueblo en una zona llamada Tacarut'y, su abuelo y su padre se casaron con paraguayas. A un costado de la gasolinera un grupo de gente tomaba tereré y el calor empujaba la sed. El señor Fischer me dejó tomarle una foto y me dijo que su nieta atendía en la cafetería de al lado. La única con aire acondicionado del pueblo. Una chica alta y rubia nos tendió dos botellas de agua helada. No sabía nada de Elisabeth Nietzsche y reconoció que no le prestaba demasiada atención a su abuelo. Cuando entré al baño descubrí que el ocupante anterior no había corrido la cadena. Con esa imagen en la cabeza salí a buscar Försterhof. Llegamos enseguida a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada. Atrás se distinguía el río Aguaray Guazú del que tanto hablaba Elisabeth en sus despachos a la prensa alemana. Lo que presumimos era la entrada al orfanato también estaba cerrado. En diagonal había una enorme casa de adobe que podía ser del siglo XIX. Dejamos el carro bajo la sombra de un árbol y entramos a la propiedad. No había nadie en los alrededores pero un niño de unos seis años comenzó una conversación con nosotros a través de una reja. Nos contó que su abuelo había salido y que su papá estaba trabajando. Y luego lo que desayunó, el programa que estaba viendo y entonces abrió la cortina para que viéramos la televisión junto a él. En eso llegó su padre, cuando le contamos que buscábamos la casa de Elisabeth Nietzsche bajó la guardia. Nos dijo que él no sabía nada pero que su padre sí y que debía estar por llegar. Entró a la casa y volvió a salir con una jarra de agua helada y una bombona llena de yerba mate. Cuando estaba por tenderme el tereré, llegó Juan Carlos León Hankle. Si su tío abuelo no hubiera sido un cacique aché (o lengua, no estaba seguro), quizá pasaría por un campesino alemán. Pero don Juan Carlos es el resultado de ese extraño experimento de fines del siglo XIX; un fracasado enclave ario que terminó por poner en contacto a campesinos sajones con indígenas achés.

Le pregunté si la convivencia fue buena y me dijo que no pero que terminaron compartiendo el mismo espacio y mezclándose. Me contó que su familia vivió del cultivo de caña y luego de la yerba mate pero que muchas familias regresaron a Alemania o simplemente se fueron de Paraguay. Me dijo que uno de los principales negocios fue la exportación de mariposas a Alemania y yo le pregunté si había algún libro que recogiera la historia de Nueva Germania y me dijo que no, que ya nadie se acordaba de los inicios ni parecía interesarles. Tanto así que podía asegurar que fue el 19 de julio, una noche de luna llena, cuando desembarcaron los primeros colonos en Nueva Germania pero que la fundación del pueblo se celebraba el 23 de agosto. Entramos a su casa, seis o siete grados más fresca que el exterior, techos altos, cuartos enormes, paredes gruesas, mucha sombra. Pensé en la descripción de Elisabeth a su madre, “No tienes idea de lo caliente que es aquí... El techo sobresale, lo que hace que sea agradablemente fresco a toda hora del día. Los tres cuartos en el centro son muy espaciosos y miden casi dieciocho pies de alto... Somos dueños de una magnífica propiedad”; le pregunté al señor León Halke si vivía en la antigua casa de los Förster-Nietzsche. Antes de responder me guió al exterior y señaló un terreno abandonado. No, me dijo, era allá pero se quemó hace varios años. La persona que la ocupaba dejó una vela prendida por la noche y se cayó y la casa se incendió y luego el monte creció. Ésta era la tienda donde se despachaban los productos para toda la colonia. Aunque también era de Förster, solo que no era su casa. Le pregunté por Förster. Comenzó por, cuando se suicidó. ¿Förster se suicidó?

Una de las últimas razones que decidieron a Förster por Paraguay fue la colonia alemana que existía desde 1881 al borde del Lago Ypacaraí en San Bernardino. Era una colonia próspera de

más de quinientos habitantes. En varias ocasiones se hospedó en el Hotel del Lago, inaugurado en 1888, cuando tenía que hacer algún trámite en la cercana Asunción. San Ber llegó a ser con los años uno de los principales lugares de descanso del país y sus aguas azules inspiraron la famosa canción *Recuerdos de Ypacaraí* que han interpretado tanto Luis Alberto del Paraná como Los Panchos, Julio Iglesias o Caetano Veloso: *Una noche tibia nos conocimos/ Junto al lago azul de Ypacaraí/ Tú cantabas triste por el camino/ Viejas melodías en guaraní*. Por el más cosmopolita de sus hoteles pasaron, en distintas épocas, Charles de Gaulle, Marlene Dietrich, Antoine de Saint-Exupéry, Isabel Sarli y Franklin D. Roosevelt. También fue donde llegó Förster cuando no pudo más con sus deudas. Las cosas no iban bien en la colonia. El autoritarismo de Förster y Elisabeth comenzaba a colmar la paciencia de los habitantes de Nueva Germania. No era solo que dos años después del desembarco solo los Förster-Nietzsche tuvieran una casa mientras los demás habitantes mal vivieran en chozas o casas comunales sino que los fundadores esperaban que se les rindieran honores constantemente. Förster había dado la orden de que si se encontraba con un colono mientras él paseaba en su caballo blanco, esa persona tenía que desmontar para saludarlo. También había dado la orden de que no se construyeran casas sino estaban por lo menos a una milla de distancia unas de otras para que así se pudieran desarrollar las virtudes alemanas en soledad. Los colonos estaban deprimidos. El calor era insoportable y cuando llovía los caminos se volvían intransitables, vivían picados de mosquitos, apenas había agua dulce y los pozos que cavaban se secaban de inmediato y la tierra era resistente a los cultivos que ellos conocían. El paraíso que se les había prometido era un fraude pero no tenían dinero para regresar y, a pesar de que habían pagado por sus tierras, tampoco tenían algún documento legal que probara que eran de ellos. En los primeros dos años habían llegado 40 familias más a poblar Nueva Germania pero

para julio de 1888, un cuarto de ellas ya había regresado a Alemania. Para ese momento Förster hubiera tenido que conseguir 110 familias en un año o renunciar a las tierras. Comenzó a pasar más tiempo en Asunción, tratando de obtener créditos y escribiendo a Alemania para conseguir inversores. La situación terminó por volverse insostenible con la llegada de Julius Klingbeil, un sastre de la zona de Antwerp que había viajado a Paraguay pensando que el clima le sentaría bien a su salud. No tardó nada en darse cuenta del timo. El vegetariano Klingbeil vio con horror cómo Förster, que seguía escribiendo en la prensa alemana que “la gente de Nueva Germania no consume la nauseabunda carne”, la comía y que los pocos colonos que aún insistían en su dieta original se veían reducidos a alimentarse de maíz, arroz y porotos. El queso y leche de la colonia, vendido a un precio exorbitante, solo se conseguía en la tienda de Förster. Tras unos pocos meses en Nueva Germania, regresó a Alemania y escribió un libro de 160 páginas denunciando a los explotadores Förster-Nietzsche. Se armó un revuelvo, Förster se entregó a la bebida y comenzó a pasar más y más tiempo lejos de la colonia mientras Elisabeth le mandaba cartas al Hotel del Lago. “Tu depresión me preocupa. Trata de calmarte, por favor. Aunque puedo admitir que la situación es precaria... las cosas mejorarán”. Mientras eso ocurría en Paraguay, Friedrich Nietzsche colapsaba en Turín, Elisabeth se encontraba desconsolada. El 2 de junio, Förster tomó un coctel de estricnina y morfina y murió. Su esposa trató de tapar el suicidio diciendo que había muerto de causas naturales pero nadie le creyó. Para 1890 la corporación Sociedad Colonizadora Nueva Germania formada por dos alemanes, un italiano, un español, un inglés y un danés compraba el título de las tierras y Elisabeth partía a Alemania a buscar apoyo financiero para rescatar a la colonia de manos extranjeras. Pero no solo hizo eso, aprovechó el viaje para tomar control de la obra de su hermano. La noticia de la enfermedad de Nietzsche había atraído interés sobre su obra y,

en el año que permaneció en Alemania, no solo publicó *La colonia Nueva Germania de Bernhard Förster en Paraguay*, una recopilación de artículos que tendía una luz favorable sobre el emprendimiento de su marido, sino que preparó una edición barata de toda la obra publicada hasta ese momento por su hermano. Regresó a Paraguay en agosto de 1892 con la oferta de traer un pastor y construir una iglesia. No cumplió con ella. Los colonos se marchaban en números cada vez mayores. Cuando comprendió que la situación era insostenible inventó una excusa que le dio una salida digna, le pidió a su madre que le enviara un telegrama diciendo que la salud de su hermano había empeorado. Vendió su casa y tierras y se fue de Paraguay para siempre. Era agosto de 1893. Una vez en Alemania hizo lo último que haría por la colonia, sirvió de intermediaria para que una sociedad completamente alemana comprara las tierras de la Sociedad Colonizadora Nueva Germania. Dijo que con eso completaba el trabajo de su marido y que con ello se encontraba en paz. Pero nunca dejó de interesarse por el destino de Nueva Germania; cuando supo que Fritz Neumann, uno de los primeros colonos, había logrado domesticar la yerba mate en 1901, se alegró por la suerte de la colonia. Desde la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII el cultivo de la yerba se había revertido a la recolección de yerba salvaje pero Neumann había observado que donde los pájaros hacían sus nidos proliferaba la yerba. Dedujo que su sistema digestivo jugaba un rol importante. Remojó las semillas en ácido y carbón y logró que germinaran artificialmente. Por unos pocos años, a principios del siglo anterior, Nueva Germania vivió una edad de oro y su población se dobló pero para la década del veinte el secreto de la domesticación de la planta se había regado y la singularidad de Nueva Germania había desaparecido. Desde su regreso a Alemania y por el resto de los 43 años que le quedaban de vida, Elisabeth se dedicó a crear el mito Nietzsche y a unir su nombre y su obra con la de su esposo y los nacionalsocialistas

alemanes. Comenzó por crear un selectivo archivo de los documentos de su hermano, continuó con dos tomos biográficos donde ofrecía su visión de Friedrich Nietzsche y terminó por dar la estocada a su pensamiento publicando *Voluntad de Poder*, un libro que ella preparó y editó con las notas sueltas que había dejado su hermano; un libro que él nunca concibió. Esa hábil construcción sirvió para que recibiera el aprecio de Gabriele D'Annunzio, Mussolini, los descendientes de Wagner y las pleitesías de Hitler que llegaron a involucrar una pensión mensual y donaciones para el mantenimiento del Archivo Nietzsche en Weimar. Su nombre, ahora Förster-Nietzsche, siguió ligado a la colonia y a Paraguay y por eso no fue una sorpresa cuando el primer partido Nazi que se fundó fuera de Alemania tuviera su sede en Paraguay, ni que en 1934 Hitler enviara una caja de tierra alemana a San Bernardino para que fuera regada sobre la tumba de Bernhard Förster, que miraba el lago. Aunque la tumba sigue ahí, el azul de Ypacaraí hace mucho desapareció. El lago ahora está contaminado por desechos cloacales e industriales y crecen algas tóxicas que han teñido el agua de verde.

Las huellas de Elisabeth Nietzsche y Bernhard Förster en Nueva Germania han ido desapareciendo. Son el ojo de un huracán que nunca logró desatarse, un punto muerto donde ni el aire circula. A los habitantes del pueblo no les interesa la supremacía racial que pretendieron fomentar y, si algo, recuerdan como una curiosidad, es que en la década del cincuenta Alfredo Stroessner le concediera la ciudadanía paraguaya a Josef Mengele, quien, al parecer, vivió en Nueva Germania por algunos años; ni que cazadores de nazis y la Mossad pasaran por sus caminos de tierras rojas buscándolo. Pero si algo sigue convocando a extraños a Nueva Germania es el nombre de Nietzsche, su nombre unido a la desaparecida selva para-

guaya. Ese, por lo menos, fue el punto de partida para que el compositor y dramaturgo argentino Santiago Blaum montara *Nietzsche Contra Wagner Nueva Germania Opera Tropical*, en Berlín este año. Desde que se abrieron los archivos en Weimar y los estudiosos tuvieron acceso a los documentos originales, la figura del filósofo que alguna vez escribió que solo creería en un Dios que bailara no ha dejado de crecer. Él es el huracán que destroza y arrasa con todo lo reconocible e ignora la calma que sujeta al centro. Él es el caos lejos de los patos que caminan sobre la tierra donde antes se asentó la morada de los fundadores de un Imperio fracasado, él es la confusión que reina lejos de los limoneros, que crecen indiferentes bajo el ardiente sol del Paraguay.

(Publicado en: <http://www.elpuercoespin.com.ar/>
diciembre 2013)

* Las citas provienen de *Forgotten Fatherland: The True Story of Nietzsche's Sister and Her Lost Aryan Colony* de 1992 de Ben MacIntyre. *Todas las traducciones son mías, excepto las del texto de *Ecce Homo*.



Vilcabamba:
psicodelia y
agua milagrosa

Juan Manuel GRANJA

Seudónimo: Yoesotro

En la pizarra que exhibe el menú de Juice Factory (un local bilingüe de bebidas orgánicas) se expresa mucho del imaginario que envuelve a Vilcabamba, el pueblo del sur del Ecuador conocido como el “Valle de la Eterna Juventud”. Vilca-Verde, uno de los batidos frutales, parece ofrecer en su fusión de kiwi, manzana, banana, naranjilla, spirulina y espinaca lo que muchos visitantes van a buscar al pueblo: vigor, salud, longevidad... o al menos su testimonio, su versión express. Sobre las letras de tiza que enumeran el contenido de otros dos jugos, El Longevo e Incan Berry, cuelga un par de papeles pequeños con letras rojas que dicen: “*SOLD OUT*”.

Todas las mesas y la barra de la tienda están ocupadas: se trata de un hervidero de clientes en busca de jugo energético para después del desayuno. La mayoría son extranjeros, sobre todo provienen de los Estados Unidos, y cada cual exhibe sus vestimentas estrafalarias en onda *peace & love*. Además, su ánimo festivo es como el de quien acaba de descubrir el tesoro que el vecino añoraba. Hablan, hablan sin parar, hablan, por ejemplo, de las bondades del agua del valle y sus propiedades curativas, del buen clima que ha permitido a una sorprendente cantidad de habitantes de Vilcabamba superar los 100 años de edad, hablan del festival *Water Woman* al que han venido a participar, de sus similitudes y diferencias con el gran festival estadouni-

dense *Burning Man* que ocurre por las mismas fechas en el desierto de Nevada. Hablan de meditación, de yoga, de vegetarianismo, de asistir a ceremonias shamánicas, de lo imposible que se ha vuelto llevar una vida plena en ciudades como Chicago y Nueva York o hablan de los terrenos que los lugareños están vendiendo, de los locales de *Real Estate* (porque así, en inglés, sus letreros llaman directamente a ojos extranjeros) que están repartidos por todo el pueblo.

Los ojos de los bebedores orgánicos van del vaso verde que tienen al frente, a los del interlocutor y, luego, como si solo se atrevieran a dirigirse de reojo al futuro común de la vejez, al parque que está al frente. Allí los célebres longevos de Vilcabamba fuman sus chamicos (variedad local del tabaco), se sientan bajo el sol atenuado por el ramaje de los árboles, caminan lentamente apoyados en sus bastones y reciben monedas de un dólar a cambio de una fotografía o unas palabras sobre la vida y los hábitos –alimenticios, físicos, laborales y hasta amorosos– que les ha permitido superar a algunos los 80 y a otros los 90 años. Su testimonio, más que como consejo de sabiduría, es tomado como evidencia de las cualidades benéficas de Vilcabamba, como curiosidad y como futura anécdota. El pequeño parque frente a la iglesia, el epicentro de la vida social del pueblo, es una asamblea de la experiencia y un espacio especializado en servir de postal. Pero se ve a muy pocos extranjeros sentarse en las bancas verdes del parque para hablar con los longevos.

Es como si todo este conjunto de “gringos” en excursión por tierras que suponen más espirituales que las suyas pertenecieran a una misma comunidad *New age* (si por esto entendemos preocupaciones ecológicas, intereses holísticos y cierta actitud anti-sistema). Lucen estampados hindúes, ponchos coloridos, sandalias, cabello largo, barba, vestidos holgados, licras floreadas de colores chillones, cargan guitarras, mochilas y niños que,

a su vez, llevan golosinas o comics que narran las aventuras de Krishna. Es como si a este grupo de personajes psicodélicos los hubieran trasplantado por un túnel del tiempo directamente del San Francisco de 1967: del *Summer of Love*, la cúspide del entusiasmo hippie, a la provincia de Loja, a sus noches de luna llena. Pero, claro, estos visitantes no han llegado al Ecuador gracias a sus intuiciones místicas o a su capacidad para sintonizarse con los lugares que el universo ha cargado de especial energía (como tradicionalmente, incluso desde la época de los Incas, se ha considerado a Vilcabamba). Toda esta tribu multi-color y multiétnica ha llegado siguiendo las señales de humo de la prosaica, electrónica y transaccional internet. Y esa es una de las paradojas: sin la tecnología no podrían haber llegado al lugar en el que pretenden desenchufarse de la metrópolis.

La agitación que causan los visitantes, por más que sea inusual, no sorprende ni alarma a la comunidad (Vilcabamba tiene cerca de 4 800 habitantes). “Hoy disque empieza un festival grande de gringos, han venido un montón, muchísimos hippies... harto fachoso viene por acá, pero hoy han venido muchos más”, me dice el taxista que conduce hacia Yamburara por un polvoriento empedrado para llevarme a la casa de Glenn Clayton. El tejano de 64 años, que lleva barba canosa y camina en sus zapatos de cuero oscuro sin calcetines, podría ser considerado como un pionero de esta suerte de hippiesmo holístico que ha marcado a Vilcabamba y que se ha convertido en un estereotipo, junto al de los longevos, para caracterizar y caricaturizar al pueblo. Él y su esposa Martha Menefee llegaron a Vilcabamba en 1975 y desde entonces viven en la casa que ellos mismos construyeron. En el interior de la vivienda de forma circular se destacan decenas de fotografías, algunas llevan el nombre del fotografiado en letras mayúsculas y negras: LAYLA, ALEX, DANIEL... La desnudez y las sonrisas infantiles de sus hijos,

el recuerdo de los parientes en Estados Unidos y los paisajes de los Andes cubren todas las paredes.

Glenn (músico, pintor y exgerente de planta de lo que en los 90's fue la empresa sueca de exportación de agua Vilcagua S.A.) es, según dicen en el pueblo, uno de los primeros estadounidenses que decidió afincarse en Vilcabamba. Él asegura, sin embargo, que cuando llegó con su esposa ya otros estadounidenses, el “Viejo Johnny” y sus seguidores come-frutas, vivían desde hace algunos años en la zona. “Ellos solo comían fruta, luego sufrieron muchos problemas de salud. Johnny era un déspota que maltrataba a sus discípulos, los criticaba, se burlaba de ellos. Murió en Quito, se había quedado totalmente solo”, dice Glenn con un muy fuerte acento estadounidense injertado con varios giros y usos del habla ecuatoriana.

Glenn Clayton llegó a Vilcabamba a causa de la guerra de Vietnam. Cursó varias carreras en EE.UU. pues quería seguir estudiando para evitar la conscripción: derecho, psicología, física... al final entendió que la universidad era solamente una fábrica de títulos y decidió lanzarse a la aventura, pues según su filosofía artística, lo que un creador necesita es aventurarse. Su camisa de mangas cortas con manchas verdes y su viejo pantalón caqui revelan que esta mañana la ha dedicado a pintar algún paisaje. Sus cuadros, por lo general abstractos o geométricos, reposan en el segundo piso, donde se encuentra su estudio y el dormitorio que comparte con Martha. A ella la conoció en Colombia, pues tras haber esquivado el reclutamiento de las fuerzas armadas, Glenn decidió festejar con un viaje para ver el paso del cometa Kohuotek con unos amigos. Allí se encontró con Martha y decidieron seguir el viaje hacia el sur. No sabían de Vilcabamba hasta que alguien les habló de un pueblo ecuatoriano en el que había sol todos los días, se quedaron no porque buscaran la longevidad sino porque querían

llevar una vida ligada a la naturaleza. Desde hace 35 años se dedican a lo mismo. Glenn recibe remesas que le envía su madre, se dedica a pintar y componer canciones, también repara pianos en Loja y Cuenca. Martha elabora pan integral, pan de banana y, entre otros productos naturistas, sal con vegetales.

“Entre los años 78 y 83 –cuenta Glenn– había una profunda preocupación por la longevidad natural. *National Geographic* hizo un reportaje sobre Vilcabamba a comienzos de los años 70’ y eso atrajo a muchas personas. La primera empresa de agua, Vilcabamba Internacional, trajo en 1982 a un médico investigador que hizo estudios sobre la quelación de minerales. La quelación es la absorción de los minerales de la dieta y es un proceso que ocurre de forma natural en Vilcabamba”.

La larga trenza de Glenn se ve sobre su hombro como una delgada serpiente gris. Él sigue hablando del líquido que le ha dado fama de Edén a Vilcabamba. “El agua de río contiene los elementos quelados (proceso que se da en las lagunas y páramos gracias a las algas). Ese mineral pasaba por el agua de riego a los cultivos como yuca, camote y, sobre todo, caña. La mineralización corporal, como consecuencia, era casi perfecta y por eso la vida se prolongaba”. Clayton añade que en 1995, en la revista *Longevity Magazine*, se publicó una entrevista con el doctor Alexander Leaf, quien había viajado a Vilcabamba en 1973. Leaf decía que en el pueblo no existe nada de importancia científica y que el verdadero experto en Vilcabamba era el doctor Richard Mazzess, quien prácticamente había hecho un censo y denunciado que la gente del pueblo estaba exagerando su edad.

“Yo conocí a Mazzess –dice Glenn–, era un científico de la Universidad de Wisconsin, él estuvo tres o cuatro años estudiando los huesos de la gente longeva porque aquí no sufrían de osteoporosis (ni entre las mujeres más ancianas había huesos

porosos). Los huesos aquí se condensan o reducen, la gente se hace más pequeña. El doctor Morton Walker dijo que esto se debía a la combinación de calcio, magnesio y manganeso en el agua. Mazzess vino a estudiar los huesos porque era experto en eso pero no en longevidad. Él dijo que no importaba si los longevos estaban exagerando su edad en cinco o diez años, lo que importaba es que se encontraban absolutamente saludables. Eso me lo dijo a mí pero las autoridades del pueblo lo declararon persona no grata porque él no había tenido tiempo de reparar sus declaraciones”.

Glenn observa un claro contraste frente a otros tiempos. “Ahora los extranjeros que llegan a Vilcabamba son, por lo general, personas adineradas. La mayoría vive en San Joaquín, que es una comunidad aparte, un conjunto residencial sobre todo de gente de California que llegó atraída por la promoción de una revista estadounidense que considera el lugar como uno de los mejores en el mundo para pasar la jubilación. Es una comunidad cerrada con guardia y reglas: solo para estadounidenses. Venden sus casas en Estados Unidos y la diferencia de precios les permite comprar aquí terrenos y casas a precios altísimos, han encarecido mucho la tierra. Hace 20 años aquí no existía la idea de bienes raíces pero hoy todo está medido en metros cuadrados”.

Buena parte de los extranjeros que han llegado este fin de semana a Vilcabamba, sin embargo, no se ven a ellos mismos como simples corderos del capitalismo –al menos durante su visita al “Valle de la Eterna Juventud” –. Han llegado a Water Woman y entrar al festival, luego de leer los letreros en la puerta de ingreso que rezan “No drogas”, “No mascotas”, “No alcohol”, es como sumergirse en una especie de Disneylandia *New age*: atracciones espirituales de todo orden y para todo público. Chicas malabaristas que parecen hadas recluidas detrás de sus

piruetas de fuego, meditaciones colectivas, DJs que pinchan archivos digitales con omnipresentes tambores orientales, es-culturas paganas que no apelan a ningún dogma, platos ve-getarianos servidos por Hare krishnas de Kazajistán, feria de artesanías (con empanadas chilenas y choripanes argentinos incluidos), voces amplificadas que explican posturas de yoga, incienso, un canadiense que vende chocolate con menta y spi-rulina, un alemán sesentón y sus pequeñas arpas, un chileno que ha viajado más de un año por todo el mundo gracias a las monedas que le da su violín, un cantautor de Canadá que toca batería, didgeridoo y guitarra hawaiana casi al mismo tiempo, indígenas del Perú que luego de protagonizar una ceremonia shamánica invitan a los extranjeros a darse una vuelta por su país (de la mano de ellos, claro), un guitarrista sospechosamente parecido a Carlos Santana que se viste como Jimi Hendrix y le roba arpegios a The Doors, carpas fosforescentes, un bus pintado de arco iris a lo *Magical Mystery Tour*, niños que se apropian de los domos de meditación luego de acabados los ta-lleres para dar brincos... En definitiva, psicodelia para todos sentidos, incluido ese olvidado ente que aquí, no obstante, se saca a relucir, el espíritu, o su excepcional versión de fin de semana en festival multicultural en Vilcabamba.

Akira Chan, canadiense de 31 años, es parte de transformationalfestivals.com y la mayor parte del año se la ha pasado de festival en festival filmando documentales. “Son festivales que combinan música y talleres pero cada vez se trata más de participar en ceremonias y rituales y ya no es tanto una fiesta. *Water Woman* es el único que hemos filmado fuera de Nortea-mérica (hemos estado en festivales como *Symbiosis*, *Diversity*, *Shambala*, *Beloved*, *Mystic Garden*, entre otros) pero este es el más increíble. Aquí tenemos representantes de los Q’ero, Ay-mara, Kogui así como indios norteamericanos. Es un diálogo con culturas nativas”.

Los talleres de los que habla Akira se realizan bajo amplias estructuras circulares hechas de tubo. De lo alto cuelgan telas que, en la noche, sirven para conjugar luminotecnia y música electrónica. Los talleres son, junto a las ceremonias, la oferta principal de *Water Woman*. Para entrar al festival que va de jueves a domingo hay que pagar una entrada cuyo precio depende de la procedencia. Para los ecuatorianos USD 75 y para los extranjeros USD 150. Los espacios destinados para los distintos eventos han sido bautizados para resaltar el bagaje transcultural y ancestral del festival: *Condor's Nest*, *Lotus Lounge*, *Quetzalcoatl Starship*, *Art Pavillion*, *Nostradamus Hide Out*, *Sol Sanctuary*, *Lunar Loft*... se tratan de las mismas estructuras circulares o de grandes carpas cerradas. Varios tableros y afiches anuncian los estrictos horarios de actividades. Estos son algunos ejemplos: oración mañanera del agua (8:30 am), enseñanzas de vientrología y transmutación (para mujeres y bebés lactantes, 3:00 pm) y movimiento intuitivo (6:30 pm). Asimismo, a lo largo del día, los asistentes pueden practicar, entre otras disciplinas: reiki (con Laura Alquimia), balanceo del aura, chi gong, lomi hawaiano, acro-yoga, masaje thai, masaje bambú, masaje japonés voga... Abajo, al borde de la mayoría de afiches, como resaltando el valor extra de lo holístico, dice: *Donations Accepted*.

Acaiah Moon es canadiense, veinteañera y enfermera de profesión, vive en Vilcabamba desde hace un año y medio. Su largo cabello castaño cae alrededor de su blusa crema sin mangas, lleva un adorno hindú sobre la frente, una licra negra de bastas anchas y patrones florales, una especie de mandala rojo cuelga de su collar. Junto a su pareja Pieter van Wensveen se les ocurrió crear el festival *Water Woman* durante un viaje al Perú. “He participado en varios festivales transformacionales –dice Acaiah con una voz gastada por el trajín de la coordinación del evento–, ahora me dedico a la curación energética y holística.

La idea era hacer algo inspirado en el festival *Burning Man* pero distinto: lunar en vez de solar, femenino en vez de masculino y en vez de desértico, casi selvático. El nombre mismo viene de una celebración que se realizó en el propio Burning Man durante los años 90”.

Acaiah adopta a veces una actitud ceremoniosa. Como cuando dice, por ejemplo, que todos somos uno o que el festival es parte de la profecía que habla del encuentro entre el águila y el cóndor. Es decir, entre el norte (gringos en busca del exotismo holístico) y el sur (nosotros, que tanto imitamos a los gringos). El objetivo del evento, según la organizadora, no es lucrar. Aunque participan alrededor de 75 artistas (desde escultores de madera hasta malabaristas pasando por DJs y pintores de luz negra) no todos cobran o, simplemente, se les apoyó con transporte, hospedaje y alimentación. “Si llega a sobrar algo de ingreso –continúa Acaiah– se lo destinará a un proyecto de una planta de tratamiento de agua o se lo donará a una comunidad de mujeres que ofrece empoderamiento y oportunidades de trabajo”.

Pacha Mama es la palabra que más se escucha en el festival, una y otra vez: Pacha Mama. La pronuncian los músicos, los que dictan los talleres, los artesanos, los asistentes, los padres a sus hijos, los vendedores de comida y, por supuesto, los shamanes. Celso Fiallo (Quito, 1940) siente cómo, al apenas pisar el suelo de Vilcabamba, le hormiguean los pies. “Es la densidad de la energía –dice el shamán y excomunista– no conozco otro lugar tan pequeño con tanta energía concentrada”. El comunismo condujo a Fiallo a las luchas indígenas y, de ahí, pero sobre todo debido al amor que su madre le inculcó por los indios, decidió interiorizar el saber ancestral y dedicarse al shamanismo. Luego de su charla sobre las líneas de energía que circulan por la Madre Tierra, se le acerca un chico descamisado

y de brazos tatuados, le hace un par de preguntas adicionales y lo abraza. Si bien la parafernalia es una parte importante del evento –por no decir fundamental– el jovial brujo es quien lleva la vestimenta menos llamativa de entre toda la congregación que ha escuchado sus palabras: jean, camisa a rayas y zapatos de goma.

Pero hay alguien más que, entre la despreocupada homogeneidad festivalera, expresa cierta disidencia. Se hace llamar Mofwoofwo y se acerca mientras habla por un *walkie talkie* ya que colabora con la coordinación del festival. El californiano vivió por siete años en Europa dentro de una comunidad intencional (agrupación que se aleja de la ciudad para vivir según reglas alternativas) ubicada en la frontera entre Holanda y Alemania. Además de mantener un semanario virtual en el cual plantea temas de discusión enfocados en la coyuntura de Vilcabamba, se encuentra armando un centro de artes circenses y clowns. Dice el muy delgado, canoso y barbado Mofwoofwo: “Quiero crear una comunidad en la que se hable español, se cultive alimentos orgánicos, se siembren árboles, se practiquen las artes, una fundación educativa sin fines de lucro que promueva la energía sustentable, las construcciones alternativas, una vida motivada por el amor y no por el dólar”. El estadounidense que no quiere revelar su edad, pues “el secreto de la eterna juventud –dice– no debe ser revelado”, fue un auténtico hippy de los años 60’ en San Francisco. Más tarde se convirtió en activista a favor de los pobres. Cuando su hermano –un emprendedor que inventó un cepillo de dientes de éxito mundial– decidió sorprenderlo y otorgarle la jubilación, Mofwoofwo pudo dejar el camión en el cual se dedicaba a hacer mudanzas (y el cual le permitió hacerse de todo lo que la gente desechaba y nunca tener que comprar ropa o muebles) y concentrarse en cumplir sus sueños.

Lo primero que quiso fue alejarse de las ciudades. Pero ni siquiera Vilcabamba le pareció lo suficientemente tranquilo. A su juicio, en el pueblo se hacen demasiadas construcciones, hay demasiado ruido y muchos ecuatorianos –en taxis, tiendas y servicios domésticos– se ven obligados a trabajar 16 horas al día porque, a causa de la presencia de tantos extranjeros, todo ha subido de precio. Por eso, el terreno que compró para crear su comunidad se ubica en Yamburara alto, a quince minutos del pueblo. Mofwoofwoo aún mantiene su espíritu activista e idealista muy vivo. Se nota en sus proyectos; él mismo los considera delirantes.

“Noté que no existe una relación de integración entre extranjeros y ecuatorianos, por eso creé mi semanario pero es necesario ir mucho más allá. Estoy pensando en traer paridad al pueblo, es decir, equidad monetaria. Los extranjeros que vienen a vivir a Vilcabamba tienen mucho más dinero que los ecuatorianos. El resultado es una forma de neocolonialismo no premeditado: los ecuatorianos terminan siendo una clase sirviente de los extranjeros. A los foráneos puede venirles bien contar con todos los servicios a un precio mucho menor que en sus países pero hay un lado oscuro en todo esto porque así no podremos integrarnos. Los ecuatorianos tienen los recursos pero no el cash, y el efectivo termina siendo más importante. Hay tres factores que evitan la integración: el idioma, las diferencias culturales (los occidentales llevan una vida muy distinta, mucho más agresiva) y la disparidad económica. Este último es un problema monumental. Se me ocurrió que se podría crear una moneda propia de Vilcabamba que tenga el mismo valor que el dólar, podríamos imprimir los billetes y darles mil dólares mensuales a los ecuatorianos. Eso tendrían que gastarlo aquí, seguirían empleados en sus mismos trabajos y ganarían mucho más, podrían unirse con los que tienen el mismo negocio y harían más en menos tiempo”.

Está claro que a Mofwoofwo le angustia la posible McDonaldisación de Vilcabamba, a fin de cuentas no dejó California para terminar metido en una colonia de gringos. También le preocupa que los locales no puedan dejar de ver al extranjero como una fuente de dinero a la que hay que exprimir. “Los gringos vienen con mucho dinero y los ecuatorianos que han trabajado toda su vida y no tienen ese dinero no pueden dejar de intentar sacarles todo el dinero que puedan. A veces se hacen amistades solo por interés”. Y también es por eso que la tierra se ha encarecido: la misma hectárea que hace un par de años costaba USD 40 mil en Yamburara alto, hoy cuesta cerca de USD 90 mil.

Ernesto Carpio, de 95 años, no piensa vender la finca que le sirvió de sustento durante buena parte de su vida adulta. Ernesto –en su cédula decía Néstor hasta que al fin este año se la arreglaron– ha decidido repartir la tierra entre sus hijos. El casi centenario se pasea por el parque del pueblo todos los días con su bastón, su sombrero ancho y sus lentes de fondo de botella. Dice que su padre, Miguel Carpio, vivió hasta los 130 años. “Antes sí había longevos, ya no, ahora hay mucho químico. El poroto, la carne, todo grano era sano”. Los visitantes, sobre todo ecuatorianos, se toman fotos junto a él y le dan unas monedas, él como todos los ancianos que andan por el pueblo anticipan a quien quiere hablarles que deben darles una colaboración, no una caridad. Un joven cuencano tiene que volver a preguntarle con un tono más alto de voz a qué se dedicaba. Ernesto responde bajito, las palabras fluyen con lentitud pero decididas: “Trabajaba haciendo cargas con mulas entre Cuenca y Loja. Llevaba mercadería, ropa, alimentos y hasta carros. También trabajé en agricultura: trigo, alverja, maíz, caña... trabajé desde los 12 hasta los 85 años”. En medio de la respuesta hay que volver a hacerle la misma pregunta. Así, con

paciencia, llegamos a saber que tiene ocho hijos, que su esposa Beatriz –a quien conoció desde niña– ya murió, que vive solo y que está seguro, de acuerdo a una especie de demonización muy habitual del extranjero, que es la presencia de los gringos la que ha dañado el agua.

“Deporte hacía muy poco –dice Carpio– no más pasaba solo trabajando yo. Mi papá era muy bravo pero, al descuido, de noche nos juntábamos con los amigos para costearnos botellas de aguardiente de caña, de repente ya nos amanecíamos. Cuando ya llegaba a la madrugada para acostarme, mi papá me llamaba para mudar las yuntas”. Cambia de tono para decir: “No me acuerdo en qué año nací. Desde hace tres años estoy enfermo, se me seca la respiración. Dicen que puede ser el pulmón, el corazón y no dan con lo que me pasa. Estuve cinco días en la clínica de Loja y les dijeron a mis hijos que no había más que hacer, que me traigan a morir a Vilcabamba, que me quedaban pocos días... de eso ya va a ser un año. El cristiano es más duro que el animal, tenía 12 hermanos y a todos los enterré”.

Mientras en el festival *Water Woman* se está realizando un temazcal (ceremonia de origen centroamericano que involucra piedras, vapor y fuego) me siento en el parque del pueblo, miro la pileta y trato de imaginar la pampa y la cruz de palo que, según Ernesto Carpio, ocupaban el lugar central del parque cuando él era niño. Es domingo y los creyentes ya están saliendo de misa. Los viejos apostados en las sillas del parque miran a la gente que sale y tejen historias alrededor de cada uno. “¡Ahí está Agustín Jaramillo, él sabe la historia de Cantinflas!”, me dice Agustín Gamboa, el encargado de información turística. En efecto, una de las leyendas que se cuentan en el pueblo es que el actor mexicano pasó alrededor de un año en Vilcabamba para curarse de sus males cardiovasculares. El señor Jaramillo, sin embargo, no recuerda nada. “Se cayó y tuvieron que

hacerle una operación”, dice la mujer que lo lleva del brazo. Si bien los rumores que logro recoger son un tanto inconsistentes, todos coinciden en que Mario Moreno Cantinflas pasó en Vilcabamba una temporada como incógnito, se curó y pudo volver a México, hablamos de los años 60'. Otros cuentan que Arnold Schwarzenegger también estuvo en Vilcabamba para curar sus males, así como algunos grandes empresarios de Quito y Guayaquil que no hallaron cura entre los doctores de la ciudad. Sin duda se trata de un pequeño pueblo que alimenta su propio mito para alimentarse de él.

El caso de Lautaro Brujas, por ejemplo, es sorprendente. El chileno de 80 años vive en una casa realizada con material reciclado: vidrios de botella, plástico, costales de arena, palos... Caminar por su casa es como entrar a una acogedora cueva hecha de materiales sacados de un basurero. “Esto es una escenografía”, dice el anciano rollizo cuya barba blanca le llega más abajo del pecho y que ha pasado más de 60 años fuera de su natal Concepción.

“Trabajaba como profesor de artes, enseñaba producción de cine y colaboraba como guionista y escenógrafo en obras de teatro, televisión y radio”. Él asegura haber llegado a Vilcabamba, hace ya siete años, con el único objetivo de morir. La leucemia mediterránea y el síndrome de mala absorción (incapacidad para asimilar el alimento) lo estaban matando a un ritmo acelerado. Lautaro enumera con cierto humor la larga secuencia de sus males (“Mamá –le dice a su mujer- ¿de qué no más es que sufro yo?”): neumonía crónica, fibrosis, lupus, hipotiroidismo y poliomielitis además de dos espolones calcáreos en el talón izquierdo.

Lautaro tuvo que enfrentar una infancia muy dura pues fue ocultado por su familia y recién pudo salir a la luz pública cuando había cumplido los diez años. “Era un descrédito tener

un hijo cojo, con parálisis, con polio... es como si solo sirviera el que sirve para el ejército”. Con semejantes antecedentes decidió buscar un lugar tranquilo para pasar sus últimos días, pues vivía en Quito, una ciudad que ama a pesar del frío y la altura. “Lo primero de lo que me di cuenta apenas llegué a Vilcabamba es que era fácil respirar. El aire está impregnado de los minerales que existen aquí, del magnetismo singular de este lugar. Si de todas formas iba a morir, decidí dejar las inyecciones, las pastillas, los medicamentos. Ni siquiera cambié de dieta y, poco a poco, empecé a mejorar. Yo llegué en muletas, ya no podía caminar. En menos de un año estuve bien, ahora me ves caminar —claro con cierta dificultad debido a mi condición— y estoy muy contento aunque vivo una vida muy pobre, terriblemente pobre”. Lautaro cuenta que vive con su esposa con más o menos USD 100 al mes, dinero que le envían desde Chile como una pensión de tercera edad que otorga el Estado. Al despedirse, Lautaro me cuenta, un tanto exaltado, que un equipo argentino del *History Channel* lo entrevistará la próxima semana.

Es domingo pasadas las once de la noche, es el último día de festival, las últimas horas dedicadas a la diosa femenina del agua creada con fines holístico-festivos. Aún hay personas que pasan frente a su escultura, una espigada pieza en madera de estilo africano que en el ritual inaugural recibió el agua traída por los asistentes desde sus distintos países, pero ya nadie se queda a mirarla. La música en vivo sigue sonando desde el escenario: una rubia que canta en inglés y hace percusión con recipientes de agua. Ya muchos llevan las camisetas celestes impresas con el emblema de *Water Woman*: la silueta de una mujer con alas, las manos recogidas y el cabello como si flotara hacia arriba. Hay una pareja que discute: él es un descendiente de indios norteamericanos —el encargado de la decoración

de las carpas— y ella, una DJ mexicana. De la ilusión a la extenuación: se percibe el cansancio en los rostros y en cómo los artesanos guardan lentamente los collares, máscaras y pulseras que no pudieron vender. Gopal (27 años), Hare krishna de Kazajistán que abandonó su carrera como ingeniero en telecomunicaciones, no puede disimular su hartazgo tras las grandes ollas de comida vegetariana —que se ofrecía gratis a los colaboradores del evento— y que debe acabar de limpiar. Su esposa Chandrika y su pequeña hija ya se han ido a dormir y un par de guardias del festival, dos colegas de Vilcabamba, se ríen junto a él mientras toman una taza de café: “Ahora que está dormida ya puedes buscar alguna otra, hay unas muy guapas” (risas).

Al siguiente día, a las nueve de la mañana, *Juice Factory* está cerrado, no se ve ni un gringo en el parque de Vilcabamba. Es el primer día de clases y esos dos jóvenes que ayer eran guardias de *Water Woman* lucen sus uniformes. No hubo clases, solo una asamblea inaugural entre profesores y alumnos. Ambos llevan en la mano una botella de cerveza. Su plan es unirse a la milicia apenas acaben la secundaria y así poder irse de Vilcabamba.

Publicado en: L’escalier magazine
(<http://blog.lescaliermag.com/>)
septiembre de 2013



¿Qué no ves que
estamos en crisis?

María Fernanda AMPUERO

Seudónimo: Delavega

Cada quien cuenta la feria según le va en ella
(Proverbio español)

La imagen de España en el mundo es más o menos así: paella, siesta, sol, vestidos estampados a lunares, toreros, sangría, castañuelas y olé.

Hoy, en cambio, o también, es más o menos así: desempleados, desahucios, endeudamiento, huelgas, indignados, déficit, recortes y caras de a-ver-cómo-salimos-de-esta.

Pero viajemos por un momento al año 2007 a.C., antes de la Crisis. Con un PIB mayor que el de Canadá, con silla en la mesa de los grandes y ya no en la de los niños, España juega en la *champions league* de la prosperidad mundial. La economía ha crecido a un ritmo feroz, la tasa de desempleo es de un ridículo ocho por ciento —la más baja desde 1978— y, por primera vez, recibe inmigración en cantidades importantes. La canción del verano, *Hot summer night oh la la la*, se baila en todos lados. España, en el año 2007, es una fiesta.

El *Milagro económico español*, que así se llamaba lo que empezó en 1998, estaba sostenido en ladrillos. Cientos de miles de ladrillos que formaron la estampa de un país boyante. El gobierno incentivó la construcción urbanizando áreas que nunca habían sido urbanas y los bancos prestaron millones a las inmobiliarias: la costa se llenó de edificios, el campo de chalés, los pueblos de guggenheims y las calles de nuevos ricos. Sólo en el año 2005, las ochocientas mil viviendas construidas en

España superaron a las levantadas en Alemania, Reino Unido y Francia juntos. Como esas casas había que venderlas, los bancos abrieron el grifo del crédito personal como quien abre una represa.

Con el parque inmobiliario más grande de la Unión Europea en plena construcción, la necesidad de mano de obra subió hasta el cielo y del cielo cayeron dos millones de latinoamericanos atraídos por el *spanish dream*. Por tierra y mar llegaron otros dos millones de africanos, europeos del este y asiáticos. Traían el casco y el mono de trabajo puestos. España se conjugaba en futuro perfecto.

Pero los precios de la vivienda –ay– estaban infladísimos: un departamento normalito en Madrid o Barcelona podía costar cerca de medio millón de dólares (la hipoteca media nacional era de 200 mil dólares). De todos modos, aun a esos precios, los pisos se vendían. La gente firmaba hipotecas a cuarenta años, con cuotas que representaban el 80 por ciento de su sueldo, pero había sueldo y todos lo hacían. Los vendedores inmobiliarios iban casa por casa con la suave tenacidad de ciertos grupos religiosos:

–Y usted, hermana, ¿sigue desperdiciando su fe en el alquiler?

Durante las vacas gordas se daban hipotecas como se da la hora. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, en 2007 fueron casi cuatro mil al día: 1,4 millones al año.

Entonces llegó 2008, año I de la era d.C (después de la Crisis).

El 17 de septiembre de ese año, allende los mares, quebró un banco estadounidense. Y esa caída, la de Lehman Brothers, fue como el dedo que toca la primera ficha del dominó. Años de créditos alegres a entidades y personas de dudosa solvencia pasaron –nunca mejor dicho– factura. La globalización es así: los bancos estadounidenses entran a cuidados intensivos y a los

españoles se les para el corazón. El grifo del crédito se apretó con llave inglesa: los bancos españoles dejaron de dar dinero. En cuestión de meses el consumo se desplomó, setenta mil empresas cerraron y sus trabajadores se fueron a la calle. Y, por supuesto, la gente que no trabaja deja de pagar sus deudas.

De 2008 a 2009 fue una barbarie: de dos millones y medio de parados se pasó a cuatro millones doscientos mil. Hoy, la pérdida de empleo sigue siendo una epidemia. Ahora mismo, en 2012, seis personas por minuto, trescientos setenta y cinco por hora, nueve mil por día recogen su carta de despido. En 2007 había cerca de dos millones de parados. En 2012, apenas cinco años después, hay cinco millones.

—Descubrimos que éramos pobres —dice el escritor y dibujante Aleix Saló en *Españistán*, un retrato penosamente cómico de la crisis— y, lo que es peor, que nunca habíamos dejado de serlo.

Francisco Hernando, *Paco el Pocero*, fue un niño dickensiano: pasó su infancia en una chabola y no tuvo techo hasta los 29 cuando compró su primera casa. Algo, dirían los psiquiatras, que tuvo que influir en su pulsión por construir a lo bestia.

Pocero, según la RAE, es el *encargado de limpiar pozos o depósitos de inmundicias* y eso era Paco hasta que salió del mundo subterráneo y subió a la grúa: se hizo constructor. El *boom* urbanístico aupó su ambición. En 2006 decía tener una fortuna de ochocientos millones de dólares, compró aviones y yates, escribió —es un decir— su biografía, *Memorias de un hombre que si no trabaja se muere*. Mientras unos lo acusaban de corrupción, otros admiraban a la encarnación ibérica del *self made man*.

De Hernando dicen que no sabe escribir, lee mal y llama *toballa* a la toalla, pero la urbanización que lleva su nombre escrito

en dorado es la mayor obra privada de la historia de España, con más de trece mil casas proyectadas y mucho delirio del yo: el parque lleva el nombre de su mujer y la calle principal una enorme estatua de sus padres.

Pero en el 2008, *annus horribilis*, cuando los bancos cerraron la llavecita de hacer nuevos ricos, ni el propio Hernando pudo comprar los pisos de Hernando. Tenía tantas deudas que *Pocerópolis*, apenas inaugurada, pasó a ser de las cajas de ahorro que financiaron el proyecto. Mejor para él. Al ver que España se hundía, Hernando, experto en pozos profundos, huyó. Hoy, a sus 67 años, dicen que construye como un poseso en África y no lidia con carteles de *Se vende* que amarillean en las fachadas. La urbanización Francisco Hernando, en Seseña (Toledo), es el museo de la crisis en todo su esperpento. Allí no vive nadie. Casi nadie.

Por una avenida vacía, post apocalíptica, el viento arrastra un vasito vacío de yogur y su troc troc troc es un escándalo. A veces pasa un carro, dos. De vez en cuando una persona. Anna, polaca, vive hace pocos meses en uno de los edificios de Hernando. Ante la falta de compradores, ahora hay alquileres convenientes para atraer a las familias. Anna dice que es *una lotería*: paga una mensualidad baja por un piso grande y flamante en un complejo con piscina, canchas deportivas y zonas ajardinadas. Todo hermoso. Lo que falta son vecinos. Los departamentos que hace cuatro años costaban trescientos setenta mil dólares, han bajado a noventa y dos mil. Pero ni así.

—Hay otra familia en mi planta —dice Anna—. Y luego allá, ¿ves?, parece que hay gente.

Anna trabaja, su marido también, pero tuvieron la suerte o la cabeza o ambas cosas de no hipotecarse y recién ahora, que los precios caen en picado, están pensando en comprar.

La sala de reuniones de la Federación de Vecinos de Madrid, donde entran unas veinte personas, ya le quedó pequeña a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), aunque han ganado algo de espacio quitándoselo al hall, a la entrada y a la acera. En una pared hay una placa: *Plaza de las Libertades*. En otra, una pizarra llena de carteles que invitan a actividades y manifestaciones contra el machismo, las nucleares, los bancos, los transgénicos, la reforma laboral. Uno de ellos, el de la Semana de la Lucha por el Derecho a la Vivienda, está repetido en dos paredes.

La convocatoria es a las siete, pero mucho antes las sillas ya están ocupadas. Los que se creían puntuales se suman a los que estaban desde hace rato y el grito *no se escucha* es la coletilla de toda intervención. Aumenta la temperatura, se improvisan abanicos, los niños lloran. Pero nadie se va. Pasan las horas y nadie se va.

Cada noticia de un desahucio detenido, cada novedad legal, es oxígeno puro para los que están ahogados por la deuda. Aquí no hay abogados ni expertos, sólo gente desesperada contándole su caso a otra gente desesperada. Jóvenes, jubilados, familias inmigrantes, madres solteras, recién casados, profesionales y gente que no terminó el colegio. Al que va a perder su casa se lo reconoce por una cara que trasciende la derrota, por unos ojos secos y expectantes, por la voz casi ajena con la que cuenta su historia.

Carmen –chaqueta de lana lila, falda abajo de la rodilla– ha llegado temprano y está sentada. Lleva el pelo rizado, corto: una amiga le diría que necesita retocar el tinte. Cuando quiere leer algún papel, trata de ponerse los lentes que lleva en el pecho, pero la mano le tiembla. Tras varios intentos se queda

sin lentes y sin leer. Esta ama de casa madrileña y su esposo jubilado vivían como suelen vivir los abuelos en Europa: sin sobresaltos. La pensión del marido, *ni mucho ni poco*, era suficiente para el día a día y *algún capricho*. La casa —su casa— la compraron con pesetas cuando el niño era niño. Ahora, Carmen y su marido están ahí porque quieren saber qué va a pasarles. El hijo, que trabajaba en una fábrica, decidió comprar un departamento hace tres años. Papá y mamá fueron los garantes. Al firmar nadie pensó que llegaría la crisis, pero llegó: un recorte de personal dejó al joven en el paro, le quitaron la casa por no pagarla y ahora el banco quiere la de los padres.

—Hemos recibido a mi hijo y a mis nietos en casa —dice mientras intenta abrir la carpeta, ponerse los lentes, leer su carta de desahucio—. Ahí doy de comer a mi hijo y ahora van a por nosotros.

—La ley hipotecaria de España es una de las más crueles del mundo —explican en la Plataforma—. El artículo 1911 del Código Civil establece que el ciudadano responde a una deuda ‘con todos sus bienes presentes y futuros’. Aquí la entrega de la propiedad no salda la deuda hipotecaria.

Funciona así: el banco embarga la vivienda por impago, pero la recibe a un valor menor del que tenía originalmente (lo que se llama *retasación* en términos financieros y *putada* en términos de la calle). Como la persona hipotecada prestó en su día trescientos mil y ahora la casa, para el banco, vale ciento cincuenta mil, esa diferencia hay que seguir pagándola. De modo que estás en la calle y, aún así, debes una fortuna. La estocada es que el banco tiene potestad de embargar todos los ingresos, sobre un mínimo, que una persona endeudada y sus garantes lleguen a tener. Eso incluye los bienes.

Por eso, si uno cae, caen también su familia, sus amigos. Por eso a Carmen le van a quitar su casa de toda la vida.

No será la primera ni la última. Según datos de la Plataforma, desde 2007 y hasta hoy se han ejecutado más de ciento setenta mil desahucios y otros trescientos cincuenta mil están en curso.

—Hay que luchar —dice con su voz de niña Aída Quinatoa, una ecuatoriana hipotecada que se ha convertido en la líder de la batalla por parar los desahucios—. Esto ha sido una estafa masiva y lo único que tenemos es la lucha, hay que negociar para no quedarnos con la deuda: si el banco quiere, puede.

Juanjo, un camarógrafo treintañero, no ha vuelto a encontrar trabajo luego de que la CNN hiciera recortes de personal. Si este fuera un documental de la crisis y él estuviese filmándolo, haría un *close up* de sus uñas hundidas en la carne. Si este fuera un documental, se verían sus manos mordidas y se escucharía su voz de fondo:

—Antes de esto yo era una persona normal, ¿sabes?, un tío con su piso, con su coche, con su curro.

Juanjo intentó encontrar otro trabajo, mandó currículos, pero nada. Vivía del subsidio por desempleo, pero ya se agotó. Su casa es un local comercial que era de sus padres. Era. Porque con él avalaron el restaurante de su hermana y su hermana quebró y el banco se está cobrando con lo que puede.

—El otro día volví y me habían cambiado la cerradura. Ahora cuando tocan no abro. Paso el día sin luz, en silencio, como un ratón: sólo salgo de noche. Si me echan no tengo a dónde ir. No hablo con mi hermana porque es la que nos arruinó, mis padres están en casa de una tía —dice Juanjo mientras nos alejamos de la reunión de hipotecados—. De verdad, no tengo a dónde ir.

Madrid se despereza y al pie de la casa de Uddin y Hafiz, en el barrio de Lavapiés, ya hay unas cincuenta personas. Uddin ha comprado bizcochos de coco y hay chocolate caliente para todos. Parece una fiesta popular, pero es un desahucio.

Esta pareja, inmigrantes bengalíes con cuatro niños, compró hace tres años un modestísimo piso tan sobrevalorado que resulta inverosímil. A pesar de su español chapurreado, sus condiciones laborales de baratija y unos garantes en la misma cuerda floja, el banco les prestó trescientos treinta mil dólares con la soltura con la que se presta un bolígrafo.

En este país, el que Uddin y Hafiz eligieron como hogar, las cosas iban bien, el trabajo no faltaba y un detalle: los alquileres eran tan altos como las mensualidades de las hipotecas. Dijeron, como tantas familias, por qué no.

Pero cuando ella perdió su empleo en el servicio doméstico y a él le bajaron el sueldo en el restaurante en el que trabaja como camarero, las cuotas, de dos mil dólares mensuales, se hicieron imposibles. Al dejar de pagarlo, el banco retasó la vivienda en doscientos mil. Ahora tienen que pagar la diferencia. Más intereses. Más gastos de gestión: en breve estarán sin casa y con una deuda de trescientos diez mil dólares.

La multitud, al grito de *este desahucio lo vamos a parar*, logra que se aplase el desalojo de Uddin y Hafiz. Hay aplausos y abrazos: otro triunfo del colectivo popular Stop Desahucios. Pero es sólo una tregua. Al cabo de pocos meses volverán los jueces y la policía a sacar de la casa a Uddin, Hafiz y los niños.

El segundo intento de desahucio es casi siempre definitivo.

Ana Rosa Quintana es la Oprah ibérica.

Tiene programa, productora, revista (AR), perfumes, libros y la fundación La última frontera *para los más desfavorecidos*. Ana Rosa convierte en noticia todo lo que toca y ha decidido tocar un comedor social infantil recién inaugurado.

En el pequeño salón de la ONG Mensajeros de la Paz hay más cámaras que niños. De pronto, una bandada de fotógrafos empieza a aletear sin descanso. Ha llegado otra presentadora maravilla: Anne Igartiburu, *la de Corazón*, pasea su chaqueta de cuero naranja entre las mesas con manteles plásticos.

—¡Qué guapos sois todos!

La apertura del *primer comedor infantil de la crisis*, más el dato de Unicef de que hay dos millones de menores en riesgo de pobreza en España, hizo reflotar la postguerra en la prensa. Desenterraron palabras como miseria, desnutrición, drama.

Ana Rosa, presurosa, dedicó programas a recaudar dinero para alimentar a esos *pobres críos*. Hubo mujeres al borde de un ataque de llanto.

Que vuelve el hambre, señores, que vuelve el lobo. Porque en España, hace menos de cien años, hubo un hambre perversa. Así describió el periodista Claudio Grondona, colaborador del diario *Sur* de Málaga, esos tiempos: *Madres y hermanas, esposas e hijas en una paciente, sufrida, dolorosa y desalentadora tarea de hogar y de familia. Llegaron a confeccionar tortillas sin huevo, guisos sin carne, fritos sin aceite, dulces sin azúcar, café con trigo tostado; hicieron pucheros con huesos, cocidos sin semilla ni patatas, embutidos de pescado.*

Tras la Guerra Civil, en 1939, los campos españoles, como su gente, estaban arrasados y, además, el gobierno de Franco ha-

bía impuesto una política de sustitución de importaciones por producción nacional que fue un fracaso épico. Para repartir lo poquito que había, se implantó un sistema de racionamiento por cartillas caótico, absurdo y que permitió una de las corrupciones más perversas de la historia del país. Cuenta Miguel Ángel del Arco Blanco en *Morir de hambre: autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo* que muchos ciudadanos se vieron obligados a cambiar joyas de oro por un trozo de pan negro, otros acudían a los cuarteles a pedir sobras, unos más desenterraban animales muertos para comérselos y muchas mujeres tuvieron que prostituirse para dar alimento a sus niños.

—España era horrible, tan pobre y tan hundida que la gente parecía azul y hambrienta —describió un viajero portugués, según se puede leer en el *Informe sobre las condiciones económicas de España en 1941*.

Pero hoy no es así.

El *Informe del Consumo Alimentario en España en 2011* revela que el año pasado se gastaron casi noventa mil millones de dólares en comida, es decir un 0,6 por ciento más que en 2010. Hablando en kilos, la del 2011 fue la caída más suave desde que empezó la crisis: de los 664 kilos de comida que nos metimos entre pecho y espalda en 2010, se pasó a 660 en 2011. Cada persona gastó una media de mil novecientos dólares en alimentos en 2011: apenas cien dólares menos que en 2008, el año en que se empezó a desmoronar la economía.

Mercadona, una cadena de supermercados españoles conocida por sus precios bajos, batió récords de beneficios en 2011, un aumento del 19 por ciento en relación a 2010. Y un dato más: según un informe de enero de 2012 de Unilever Food Solutions, más de sesenta y tres mil toneladas de comida (sesenta y tres

mi-llo-nes de kilos) van a la basura, cada año, en los restaurantes y bares españoles. Al día son más de ciento setenta mil kilos que, a dos por persona, podrían alimentar a ochenta y seis mil comensales.

En el comedor social de Ana Rosa nadie parece *azul ni hambriento*. Unas voluntarias traen enormes bandejas con la cena de los niños, la mayoría hijos de inmigrantes que están ahí no por desnutrición, sino porque, mientras sus padres trabajan, les ayudan a hacer las tareas.

Todos, explican los mayores, han sido derivados por un trabajador social del distrito que ha certificado que la familia no tiene medios para que alguien cuide a los niños por la tarde o que refuerce alguna materia en la que tiene dificultades.

—Lo de dar la cena es una ayuda más a esas familias a las que, por la crisis, se les hace cada vez más difícil llegar a fin de mes —dice el padre Ángel de Mensajeros de la Paz.

El menú es macarrones con tomate de primero y albóndigas con papas de segundo. Pan para todos. Torta de chocolate de postre.

—Córtala más pequeña porque tan grande no la comen —pide alguien a la cocina.

Los educadísimos hijos de Sulficar, un inmigrante de Sri Lanka moreno, alto, esperan mientras el padre cuenta que es jardineiro y que gana bien, pero que como él y su mujer trabajan, los niños pasan la tarde en el centro social.

—Ahora con la cena es mejor: los llevo a casa listos para el baño y dormir.

En otra sala, separada de los niños por un cristal, los VIP (Igar-tiburus, Anarrosas) comen las tapas de diseño que ha traído un catering.

El avispero mediático se marcha tras las famosas.

Una voluntaria tira lo que no comieron los niños en un cubo forrado con plástico negro. Al poco rato la bolsa está a reventar. La cambia.

Gloria, una dominicana de 27 años, madre soltera con dos hijos, pide llevarse algo para el día siguiente. Trabaja medio tiempo en un supermercado y el dinero le llega *justito*. Se zampa, antes de que se lo lleven, lo que han dejado sus hijos.

Termina de masticar una albóndiga y cuenta que el padre de los niños se volvió a Santo Domingo cuando se quedó en el paro. No quiere saber de ellos. Ni de España.

—Él dijo que aquí ya se había acabado todo.

“Quien regala caviar honra al receptor”, leo en la entrada del Salón Gourmet de Ifema, el recinto ferial de Madrid.

El stand de caviar iraní Caspian Pearl es el más grande y más suntuoso de una feria grande y suntuosa. La encargada frunce un poco los labios antes de responder si la crisis ha afectado el consumo de caviar en España.

—Ha bajado un poquito, pero vamos, no es una bajada que se considere importante.

Hablar de precios es del vulgo.

Despliega una sonrisa, entrega un folleto. El folleto dice:

—Recuerde que nunca debe utilizar cubiertos de plata con las preciadas huevas del esturión, las cucharillas de nácar son idóneas para su correcta degustación.

En otro stand dicen que 100 gramos de buen caviar iraní pueden costar hasta tres mil dólares.

Según un estudio de la Asociación Española del Lujo, Luxury Spain, en 2011 las ventas de productos exclusivos en el país subieron un 25 por ciento en relación a 2010. Los pasillos de la feria están llenos de gente que ha pagado 40 dólares para estar aquí. Alfredo Martín es uno de ellos. Trabaja en una importadora de productos gourmet y explica que el primer termómetro de la economía es la alimentación. Con la crisis, ha notado que el carro de la compra es más reducido, pero no la calidad de los productos que van en él.

—Ahora mismo se está vendiendo muy bien esta agua que viene de un glaciar finlandés, tiene unas características de calidad inmejorables.

Ahí al lado, Serena de Gold Gelato, ofrece cucharitas de helado de mejillones en escabeche, berberechos, pimientos asados o chistorra. Se acerca un señor y pide probar el de turrón. No hay.

—Son helados de autor, señor.

A la pregunta de si les está yendo bien, Serena responde con un sí vital, genuino.

—Hemos hecho negocios buenísimos. Es que, ¿sabes?, muchos restaurantes con estrellas Michelin tienen mal helado.

En esta feria, ancha y ajena, todo es *deluxe*: aquí la crisis es un runrún.

Entre jamones de bellota expuestos como obras de arte, aceite de oliva en botellitas de perfume, chocolate con copos de oro de 23 quilates y agua marca Porsche, pasea malencarada Marisa Varona. Dueña de un catering de lujo, los proveedores no la han atendido *de forma profesional* y ha tenido que hacer fila *como una hambreada* para probar algún producto.

—Hay que recuperar el glamour de otros años. En la feria y en el país: hace falta glamour.

Si a Bruno Jeanroy, representante del champagne Lallier en España, se le pregunta por la crisis, sonríe. Habla como Pepe le Pew.

—Querida, no hay que castigarse más.

Levanta su copa de Lallier y bebe hasta el fondo.

No ofrece ni una gota.

En el paseo del General Martínez Campos, una de esas zonas de Madrid donde los edificios tienen portero uniformado y entrada de mármol, está el comedor de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Son las dos de la tarde de un día de perros y el viento acosa los árboles con ferocidad de octubre, aunque es abril. El guardia, un gigante bueno de nacionalidad rumana, cuenta que ha visto cómo cada vez llega más gente a la hora de comer —*gente de todo origen, de toda condición social*—. Detrás de él, en un baño con la puerta abierta, cinco hombres se lavan los dientes y la cara.

Del comedor sale una mujer. Se agacha y huele una flor, una pequeña flor roja. Se llama Milena y está cubierta por un largo abrigo de piel marrón, tiene los ojos pintados, medias y botas de caña alta. Es de esas mujeres de buen tipo que pasan de

los sesenta, pero aparentan diez años menos. Con su pañuelo estampado y sus gafas grandes, podría pensarse que acaba de salir de cualquiera de las cafeterías caras de la zona y no del comedor de unas religiosas.

—Yo también estoy en este barco —suelta con el tono con el que se dicen las cosas que empiezan por “aunque no lo creas”.

El almuerzo de hoy ha consistido en fiambres —*pero buenos, ¿eh?, por lo menos doscientos gramos de queso y pavo*—, papas fritas, arroz, un bollo de pan y mandarinas. Milena cuenta que tuvo dinero, que la suya fue una familia adinerada, pero que, por la crisis, le toca pedir ayuda —*yo que siempre di, di, di y mírame ahora*.

Cuando la economía iba como la seda, esta madrileña pidió créditos y más créditos para *poner negocios* y para *mantener el estilo de vida* al que la herencia del padre —*que gasté sin pensar*— la tenía acostumbrada. Pero los negocios, esos que no explica del todo —*tú escribe que eran entre inmobiliarios y financieros*—, se hundieron con la crisis. Hace tres años se declaró en bancarota.

—Ahora no tengo la casa que tenía antes, ni la asistenta, pero, y disculpa que lo diga así, me importa un carajo porque verdaderamente eso se va a quedar aquí, yo no quiero ser la rica del cementerio, quiero a los pobres, sobre todo ahora, que los he visto muy de cerca.

Milena usa palabras como *taxativamente*, *ruina económica*, *austeridad* o *fehaciente*. Llama por su nombre a los ministros de Economía de Zapatero y de Rajoy, al director del Banco Central Europeo, a los empresarios más importantes del país y a los representantes del FMI. Ahora también llama por su nombre a sus compañeros de mesa en el comedor. Como lleva tres

años viniendo a diario, le pregunto si ha visto aumentar el número de españoles necesitados:

—Mucho más, mucho más, gente con carreras, gente que no te imaginarías que por la situación han tenido que... Es así, pero no hay que sentir vergüenza, sino dar gracias a Dios que hay personas que nos ayudan tantísimo, ¿no?

Este comedor se ha hecho famoso en estos días porque un importante publicista español, Alejandro Toledo, acaba de donar un spot —*Los nuevos pobres*— para Cáritas. El anuncio nació de su *sorpresa* al encontrarse con un excolega del mundo del marketing que ahora, al no encontrar trabajo, debe almorzar allí. En el spot, un treintañero español con una niña rubia, de unos siete años, vagan por las calles con una maleta a cuestas, duermen en un cajero automático y comen en Martínez Campos.

Toledo dijo en una entrevista que lo que más le sorprendió en el comedor social fue que los comensales no se correspondían con *la gente que esperábamos. Eran gente muy como nosotros, era gente como yo, vestidos perfectamente, que acudían porque no tenían dinero.*

Mercamadrid es una ciudad de comida.

La llaman *La capital de los mercados* porque, dicen, es la plataforma de distribución alimentaria más grande del mundo, y también *El puerto de Madrid*, porque a las gigantescas naves llegan vivitos, fresquísimos, el Atlántico, el Mediterráneo y el Cantábrico. Es tan grande que tiene semáforos, bares, bancos y hasta un hotel. Todos, de una forma u otra, comemos de ahí.

Jimena es boliviana y Genaro dominicano. Se han hecho amigos *de recogida* porque coinciden cada semana en Mercama-

drid. Jimena, que cuidaba a una señora, se quedó sin trabajo el año pasado: los hijos de su jefa ya no podían pagarle. En casa, donde sólo queda el sueldo del marido –un extrabajador de la construcción que hoy hace pequeñas reformas– para ella, su madre, su hermana y dos niños, hubo que hacer ajustes: se acabó la costumbre de pagar por verduras y frutas.

Jimena lleva el carrito repleto de tomates, cebollas, papas, manzanas, mandarinas. Todo lo ha recogido de la *basura* de Mercamadrid porque allí si una caja tiene un par de productos estropeados, se tira toda. En el suelo se ensucian tomates hermosos, pimientos, naranjas, mangos en su punto, plátanos: cosas por las que se paga en el mundo real.

–Yo me ahorro 120 euros a la semana –dice Jimena–. No me da vergüenza porque esto se iba a tirar y mis hijos tienen que comer.

Genaro hoy sólo ha recogido lo que le gusta a su gente: yuca, plátano verde, cilantro, limas. En el camino ha encontrado unas peras gorditas, perfectas. Se las ofrece a Jimena. Las rechaza: ya no le cabe nada.

Carlos, trabajador de Mercamadrid, cuenta que antes los guardias echaban un químico rosado sobre los *desechos* para que no los recogieran. Ahora hay manga ancha.

–De todos modos no he visto que con la crisis venga más gente. Aquí hay una nave a la que vienen los comedores, los curas, la Cruz Roja, las ONG a llevarse comida y las reparten en barrios. Esto queda lejos de todo –dice Carlos, mezcla de James Dean y Javier Bardem, mientras fuma sentado en unos palés–. Aunque no lo creas ahora se tira más porque, por la crisis, no hay tanta venta y el distribuidor prefiere tirarlo. Fliparías con

la cantidad de comida que se desperdicia al día aquí. Vete a ver los contenedores.

En toda la geografía de Mercamadrid unas retroexcavadoras cogen los *desperdicios* del suelo y los depositan en grandes vagones. Ahí dentro una ensalada gigantesca, como una pesadilla de Archimboldo, se pudrirá.

Y mañana. Y pasado. Y el día después.

Una madre y su hija, peruanas, pasan cerca de las peras huérfanas de Genaro. Les digo que están en perfecto estado. Sacuden el índice: buscan lechuga y no tienen tiempo para conversar. Desaparecen tras unas cajas como el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*.

Antes de subirse al autobús con la caja de mercadería, Jimena, la mujer boliviana, dice:

—Aquí en España el que pasa hambre es porque quiere.

Camino por la Gran Vía. Zara ya exhibe la primavera en famélicos maniqués con pestañas postizas y ropa turquesa, fucsia y naranja. Decenas de personas —mujeres, admitámoslo— salen llevando la característica bolsa azul marino de la tienda gallega.

Inditex, dueña de Zara (más Bershka, Lefties, Pull & Bear, entre otras) incrementó en 2011 un 12 por ciento su facturación mundial y un 1 por ciento la local. Sólo en España vendió casi cinco mil millones de dólares. La crisis no va con ellos. Desde Inditex explican que esto se logra gracias a la suma de varias estrategias que tienen que ver con el control de costes de producción para mantener los precios, la venta por internet y la gran acogida de las colecciones.

Muy cerca de Zara he quedado con Eduardo Arcos, fundador de Hipertextual, un blog de blogs de temas tecnológicos que recibe al mes doce millones de visitas. El blog de Eduardo es el más leído en América Latina. La cita es en Le Pain Quotidien, una cafetería belga de la Gran Vía donde el café viene en un tazón sin asa.

A Eduardo, barbita candado, gafas de pasta, camiseta negra, *piercings*, le gustan los tazones sin asa y le gusta Bélgica, donde vivió. Este ecuatoriano, nacionalizado español, sonríe como sonríen los prósperos y, de vez en cuando, como un tic, se quita un mechón de pelo rojizo de la cara. Cuenta que su empresa está inscrita en España porque aquí está su principal inversor, Martín Varsavsky, un argentino de 45 años que en los últimos veinte ha fundado siete empresas, una de ellas Jazztel, de telefonía e internet, valorada en un billón de dólares. A Martín Varsavsky le interesó Hipertextual cuando aún era pequeña. Invirtió en ella. Tuvo olfato: los clientes, de mayo de 2011 acá, se han cuadruplicado y, con ellos, la facturación. En su mayoría, los que compran publicidad en Hipertextual son de Latinoamérica. Pero, y esto no se lo esperaba Eduardo, muchos son de España y han llegado en los peores meses de la economía. Resumiendo: le va *de puta madre*.

—Este va a ser el mejor año de Hipertextual *ever*.

El informe *La Sociedad de la Información en España 2011* de Fundación Telefónica asegura que los hogares con acceso a internet desde el celular subieron un 218 por ciento en relación al 2010: el 91 por ciento de los españoles tiene un teléfono desde el que se conecta a la red.

La madrugada del 23 de marzo, primer día de venta del iPad 3, cientos de personas hicieron fila para ser los primeros en tenerlo —a pesar de que cuestan entre seiscientos y novecientos

dólares—. Según un empleado de Apple en Madrid, desde entonces se venden setecientos iPad 3 diarios.

—¿Y la crisis?

Eduardo pone cara de chupar limón. Juega un segundo con el *piercing* de la lengua.

—Los españoles aún tienen cierto nivel de comodidad. Tú dices, tampoco se están muriendo de hambre. Vas a un bar un viernes por la tarde y está a reventar. En Andalucía se nota más: hay más desempleo, es más evidente. Pero, oye, nada como un país latinoamericano, que la gente está pidiendo en la calle, desesperada, que ves miseria. Eso aquí no existe.

Eduardo no habla de cifras —*no puedo dártelas ahora mismo porque está por pasar algo de lo que ya te enterarás*—, pero en una entrevista de 2011 soltó una y gorda: Hipertextual ingresa más de un millón de dólares al año por publicidad.

¿Cómo es que un chico de clase media, ecuatoriano para más inri, ha llegado a tener una de las empresas de internet más importantes de la España de la crisis? Según él porque vive persiguiendo esta frase de Ray Bradbury, su cita favorita: *Primero lánzate al precipicio, construirás las alas en el camino hacia abajo*. Eduardo cree que la razón del enorme desempleo está en que los españoles hacen lo contrario: quieren que alguien les construya las alas, entonces ven si saltan.

—España vivió una época de comodidad absoluta. La generación entre los 20 y 35 años fue muy sobreprotegida. Entonces, salvo que tú les des condiciones sumamente óptimas dicen: *¿por qué tengo que trabajar? Tengo el paro, estoy en casa de mis padres*. Yo todavía no he visto en España una persona que me diga *mañana no tengo nada que comer*. Y no creo que la vea.

—Aquí pasan cosas con la vida de uno.

Koka a veces se queda en silencio. Con las manos en la cara, los labios entreabiertos y los ojos vacíos parece un Guayasamín. Prefiere hablar del presente y repetir mucho las anécdotas que hacen reír. Koka, que se llama Jaime Andi y dice que tiene setenta años sólo para que le respondas que se conserva bien porque parece de cuarenta, prefiere reír a recordar. Le dicen así por la ciudad de Coca, en el oriente ecuatoriano, donde nació. Allí, hace diez años, dejó madre, padre, hija de ocho años y un país atontado por la moneda prestidigitadora: el dólar transformó a los sueldos en calderilla, a la clase media en pobres y a los pobres en pordioseros. O en emigrantes.

—Las noticias que llegaban eran de que aquí se ganaba bien.

A Koka al principio le fue mal. Mal de llorar toda la noche murciana después de un día despiadado recogiendo naranjas. Luego le fue bien. Bien de ganar unos 3.700 dólares en una empresa de construcción. Pero él tenía una estrategia traicionera:

— Pensé que no iba a pasar esa crisis que está ahora y yo, en 2009, teniendo trabajo, me boto al paro. Sabes que así es la vida, yo nunca pensaba que iba a pasar esto. Yo así hacía: cuando no quería ese trabajo porque me cansaba o me aburría, me botaba y encontraba otro, pero en el último no pasó así.

El último coincidió la crisis que dejó en la calle a un millón y medio de trabajadores de la construcción. Desde entonces no ha vuelto a trabajar. Al quedarse desempleado, dejó de pagar el departamento de cuatro habitaciones que se había comprado, él solo, cuando se creía rico, cuando el banco le hizo creer que siempre lo sería, cuando tenía *ropa cara y cuatro y cinco chicas*. Ahora, Koka vive en la calle como otras treinta mil per-

sonas –el 45 por ciento de ellos son inmigrantes, según cifras de Cáritas–. Duerme en el portal de El Corte Inglés de la calle Preciados. Allí mismo, en El Corte Inglés, va al baño por la mañana.

–Como los ricos.

Los días de Koka empiezan igual: a las nueve un policía lo despierta. El resto es aventura. Ir a comedores a ver si hay sitio, buscar las mejores ollas de todas las que *las cristianas* reparan por Madrid y, *ay madre mía*, esperar ese sábado de gloria en el que el restaurante de la Plaza Benavente regala paella. Le gusta la paella porque le recuerda al arroz marinero y le recuerda a él mismo cuando tenía llaves de casa, nómina y *plata en los bolsillos*. Cuando mandaba 300 dólares al mes a su hija y comía todos los días el menú de 20 dólares del Malecón 2000, el restaurante ecuatoriano de la Gran Vía. No le gustan los albergues.

–Una vez me fui, un solo día. Ahí había rumanos, polacos, moros, todo. Son problemáticos: te sacas los zapatos, al otro día no hay. Peor que en la calle. Entonces prefiero estar en la calle.

Koka va limpio y afeitado. Fue a la Casa de Baños donde cobran 15 céntimos por ducha. Es coqueto: lleva un sombrero de lana de rayas celestes y blancas que no se quita porque se lo regaló una voluntaria *simpática*. En un bolso negro tiene cinco pares de medias con etiqueta. Usa un par y, como no tiene dónde lavar, los tira.

–Como los ricos.

Le pregunto por qué no regresa a Ecuador, como esos treinta mil inmigrantes agobiados por el desempleo que, según el Instituto Nacional de Estadística, se han ido desde que empezó la

crisis. Allá tiene una hija y un nieto bebé que no ha visto ni en fotos.

—Por motivos personales.

El 4 de mayo de 2011 el dueño de Novapress, una empresa editorial, llamó, uno a uno, a sus empleados. Hacía calor y hasta la pequeña oficina —decorada con las mejores portadas de su periódico— subían las voces y las risas de las terrazas abarrotadas. Una banda sonora extrañísima para las palabras que salen de la boca de un hombre en quiebra. Al regresar a su puesto, los trabajadores ya eran desempleados y la incertidumbre, como un taladro, les impedía pensar.

El ruido de la crisis rebotando en la cabeza: otro parado en un país de parados. Pero, un año después, sólo una de las dieciséis personas despedidas ese día ha tenido que volver a casa de sus padres. El resto está trabajando. Varios encontraron otro empleo. Uno tiene dos de medio tiempo, otro ha montado su propio negocio editorial, otra va de reemplazo en reemplazo como quien va de liana en liana, otro está en una ONG. Hay varios *freelance* que, con los sobresaltos de la condición, se confiesan mejor que antes. Lo sé bien: yo soy una de ellos.

Si alguien llegara ahora mismo a Madrid desde, digamos, una isla sin contacto con el mundo exterior, no entendería nada. El isleño vería en los quioscos de prensa titulares como estos:

La Vanguardia: *El FMI advierte que esta crisis será más “dolorosa y duradera” que otras.*

El Mundo: *El New York Times cree que España será el próximo país en caer.*

El País: *Rajoy prepara “medidas contundentes” para espantar el fantasma del rescate.*

El País: *Todos desconfían de España.*

Diario de Jerez: *España entra en un callejón sin salida.*

Diario de Navarra: *Suiza vuelve a acoger la emigración española.*

El Periódico de Aragón: *Un fantasma recorre España.*

Todo el tiempo, todos los días, en todo formato, estas son las noticias, las únicas noticias. Pero ese visitante, *acojonado* por la prensa, pensando que lo asaltará en breve una masa de desesperados —*azules y hambrientos*— para rogarle por un mendrugo, caminaría un par de pasos y vería esto: terrazas (las famosas mesas en la calle) llenas, restaurantes llenos, tiendas llenas, supermercados llenos, filas para comprar artefactos tecnológicos, gente saliendo de los teatros y de los cines. El isleño sólo podría pensar en una palabra: esquizofrenia.

Josep–Francesc Valls, catedrático de la Esade, universidad de negocios con sede en Barcelona, y prestigioso analista del consumo en España, me explica esa esquizofrenia por teléfono.

—Aunque el nivel de consumo se ha reducido en forma considerable, cuando uno va por la calle uno sigue viendo que la gente compra productos caros, productos medianos y productos muy baratos. ¿Cómo se explica? Por una parte, el número de personas que no han perdido trabajo es muchísimo más elevado que el de personas que lo han perdido y, segundo, las familias se están convirtiendo en un poder de resistencia que hace que muchos miembros que se han quedado en paro puedan seguir alimentándose de forma normal. Cabe destacar el papel de muchos jubilados que gracias a su pensión son capaces de mante-

ner a la familia. Así que esto no es, para que nos entendamos, el corralito de Argentina ni ninguna otra crisis de Latinoamérica.

Para Valls, que acaba de publicar un informe sobre comercio y crisis en Barcelona, la diferencia de los hábitos de compra antes de la crisis y los de ahora es que se miran más los precios, se compara. Consumo inteligente después del despilfarro. Se ve gente en las tiendas, sí, explica Valls, pero tal vez no todos están para comprar, sino para tomar nota *y entonces se van a otra tienda y ahí donde lo encuentran más barato, compran*. Los comerciantes se dan cuenta de eso y entonces *voilà*: ofertas, promociones, descuentos. Los precios bajan.

—Si los españoles antes de la crisis se tomaban cuatro cervezas, hoy qué pasa: a) Ahora toman tres. B) Ahora toman dos. C) Ahora toman una. D) Ahora no toman ninguna.

—Ahora toman cuatro, pero buscan comprar donde están más baratas —dice Valls.

Antes de despedirse, Valls insiste en que la situación de España no es dramática, en que hay muchas familias con grandes dificultades, *“pero la economía sigue tirando en términos normales”*.

“En plena crisis, la asistencia a los estadios crece en medio millón de entradas”, tituló, hace poco, El País. Casi diez millones de personas acudieron en la temporada 2010–2011 a los estadios de primera división, la cifra más alta de la última década (igual a la asistencia de 2005–2006, en los tiempos del *gastemos, somos ricos*). Según los datos de la Liga de Fútbol Profesional (LFP), en las pasadas tres temporadas los estadios han ganado medio millón de espectadores.

“La productividad española crece un 11,1% desde inicio de la crisis”, publicaba Europa Press. El Observatorio Económico de

España dio el 10 de abril pasado el dato de que la productividad española registró un crecimiento del 11,1% desde 2008, el mayor incremento entre los países de la zona euro, gracias a sus elevadas tasas de exportación y a la mejora de la competitividad.

¿Y qué pasó con el visitante isleño? El pobre, después de ver tantos titulares catastróficos sobre un país en ruinas y una población desesperada, creería, con lógica, que en España le van a robar hasta los órganos para venderlos en el mercado negro. Pero no. Los robos no han crecido. El último informe *Evolución de la Criminalidad* de la Secretaría de Estado de Seguridad, publicado en 2010, reveló que si en 2002 hubo dos millones de delitos y faltas en el país (un 51,5 por ciento), esa cifra a 2010 bajó a un millón setecientos mil (un 43,9 por ciento). Eso, traducido, quiere decir que tras la crisis la criminalidad bajó un 15 por ciento y España es hoy un país más seguro que hace diez años.

¿Entonces?

—Es fácil afirmar que hay una vivencia subjetiva de crisis, probablemente independiente de la situación socioeconómica de la persona —dice Ricardo López, psiquiatra de un hospital público de Castilla La Mancha—. Para explicar esto podemos quedarnos en una visión simplista y considerar que los medios de comunicación y los políticos transmiten una imagen apocalíptica y esto genera temor o considerar que hay un fenómeno de retroalimentación.

La retroalimentación consiste, según López, en que existe un grupo importante de personas sin trabajo (un 25 por ciento de la población), otro de gente con deudas que no pueden asumir (quizás un 35 por ciento) y un 12 por ciento de personas con empleo que sienten que su puesto está amenazado por mala

situación económica de la empresa o, en el caso del empleo público, por los recortes del gobierno.

—Podemos considerar que un 47 por ciento de la población activa se encuentra en una situación como mínimo de incertidumbre.

—¿Pueden 10 millones de personas, en una población de 45 millones, crear un estado de pánico generalizado?

—En la medida que la masa crítica es lo suficientemente alta como para que todos tengamos en nuestro entorno próximo alguien afectado por la situación socio-económica, nos va a influir y, a su vez, nosotros vamos a influir en otros. Todos influimos en todos e incrementamos la vivencia del miedo.

Crisis de esto-es-lo-que-hay es como la define Verónica Vicente, periodista de 29 años, que sospecha que su futuro, como el de trescientos mil españoles que han salido del país desde que empezó la crisis, está allá fuera. Esta alicantina recibió su título el mismo año en que España recibía el suyo como país en crisis. Encadenó trabajos de becaria, mal pagados o directamente gratuitos, con un trabajo en un periódico al borde de la quiebra y otro que, sin cierre a la vista, exige mucho por muy poco sueldo (otro resultado de la crisis: mucho profesional y pocas empresas).

—Nunca he trabajado tanto por tan poco y claro, hambre no paso, no, pero ni me compro ropa, ni voy al cine, ni viajo, vamos, que no derrocho. En este sentido ahí es cuando digo que no es apocalíptico, pero no podría plantearme tampoco construir nada por mi cuenta si mi familia no estuviera ahí como respaldo. Mi situación familiar es privilegiada, pero por otra parte la vida que llevo no es mía, sino fruto del sueldo de mis

padres. Y yo: ni casa, ni hijos. Es decir, no podría ni plantearme tener un bebé, pese a estar en edad de hacerlo. Lo deirme a parir a Canadá lo digo entre risas, pero entre broma y broma, la verdad asoma.

A Verónica, nieta de obreros, le vendieron el mismo sueño que a todos los jóvenes de su generación: termina una carrera, sé alguien, llegarás alto.

—Nos dijeron que si estudiábamos tendríamos contrato, buen sueldo, catorce pagas y un mes de vacaciones al año. Pero ya no viviremos como nuestros padres. Esa es nuestra crisis: la frustración.

A la gente como Verónica los medios les han dado un mote: *nimileuristas*. Gente preparada, incluso preparadísima, que no gana ni mil euros. Pero el bajo sueldo no es lo peor, sino las perspectivas. En un país cada vez más envejecido y con tanta gente joven que no cotiza a la Seguridad Social, el famoso estado de bienestar español (salud gratuita, educación gratuita, pensiones para los mayores) peligra.

—Los latinoamericanos decís que esta crisis no es para tanto. Que nosotros los europeos no sabemos lo que es una crisis. Sin embargo, yo a las cifras me remito. En este país cada vez hay menos niños y más ancianos y la teta del Estado ya no da para todos. Paralelamente, los jóvenes no curran y sin curro no hay impuestos que sigan alimentando las arcas del Estado.

Luis Leoz tiene esa edad crítica, 20 años, en la que el paro es una ruleta rusa.

Eurostat, el organismo estadístico de la Unión Europea, difundió que el dato de febrero de 2012 de desempleo juvenil, 50,5

por ciento, es el peor desde que en España hay registros. Uno de cada dos jóvenes está desempleado. Luis es el uno malo: no encuentra trabajo ni en el *Burger King*, a pesar de que ha falseado el currículum quitando cosas en lugar de ponerlas. Antes de que a la suya la empezaran a llamar *La generación perdida*, Luis quería estudiar Bellas Artes. Tercero de tres, sus hermanos son:

Gonzalo, el médico.

—Ese vive muy bien, muy muy bien.

Ignacio, el licenciado en historia.

—Ese no trabaja de lo suyo, sino en la lavandería de un hospital y ha vuelto a casa porque no le llega el sueldo.

Y Luis, el que quería ser artista y aprenderá un oficio civil.

—Soldador o calderero, algo que dé de comer.

La generación anterior a la de Luis, acunada por la bonanza, estudió carreras larguísimas, hizo maestrías y doctorados, fue a la universidad en masa. Según un informe de la Fundación Conocimiento y Desarrollo (CYD), el paro afecta a uno de cada diez licenciados universitarios.

—Esto de que te llamen la generación perdida es desolador. No es nuestra culpa. Y, a ver, eso es verdad en ciertos estratos sociales: ya no hay ni súper nobles, clase alta, media y baja como antes. Ahora, después de la crisis, hay clase alta y clase baja. Punto. Pero tú dices, me cago en la puta, no voy a dejar que me deprima esta gentuza que nos está dirigiendo. Yo sigo adelante, hay que espabilar. Creo que todos saldremos adelante.

—Tienes un visado de turista, no sé qué te esperas, nadie te va a dar trabajo.

Xemein Goñi, una arquitecta vasca de 29 años, escuchó esas palabras de una colega francesa en un parque de San Francisco, Estados Unidos. Tragó espeso. Era diciembre de 2011. Acababa de llegar.

—Y yo qué coño hago aquí, pero también y yo qué coño hago allá.

Hablo con Xemein por teléfono. Está contenta —debería decir eufórica— porque el estudio en el que estaba haciendo prácticas gratuitas, *de nueve de la mañana a seis de la tarde*, ha decidido hacer el trámite de su visado de trabajo.

—La Green Card de los cojones.

Xemein es una de los 3 576 arquitectos parados por la crisis y una de los trescientos mil españoles que han salido a trabajar al extranjero en los últimos cuatro años. Diez años de estudio, especialización, idiomas, contactos: nada le sirvió para encontrar trabajo en el exreino del ladrillo. El pinchazo de la burbuja inmobiliaria mandó a volar a los arquitectos españoles: están en Noruega, China, Brasil y Estados Unidos. Ninguno quiere volver.

—Sé que en los próximos diez años no voy a poder trabajar en España. Es duro porque tengo dos sobrinas y me lo estoy perdiendo todo.

Xemein tuvo que recordar varias veces, cuando escuchaba críticas a la inmigración en los años en los que la España del ladrillo todavía era *El Dorado*, que hace apenas 30 años los emigrantes eran ellos, los españoles.

—Y todo vuelve.

Ramón Tamames, gafas de pasta a lo Yves Saint Laurent, chaleco turquesa, traje de tweed y pelo cobrizo de un vigor sospechoso, es, además de dandi, Premio Nacional de Economía, catedrático de la Sorbona, académico del London School of Economics, miembro del Club de Roma.

—¿Está grabando? Yo sólo hablo una vez como el oráculo de Delfos.

El octagenario gurú ve el futuro desde su oficina. Al otro lado de la calle se escucha el chillerío de los niños en recreo.

—Es el único ruido que no me molesta.

Otros ruidos sí le molestan, como el que se ha montado en la opinión internacional con la crisis española.

—Que vengan a verlo. El país no está postrado ni colapsado, el país está viviendo. Tú sales y las carreteras están bastante activas y los teatros están bastante llenos, los restaurantes también. El paro es muy duro, sí, la situación es problemática, pero tampoco es desesperada.

En lo que va de crisis, Tamames ha sacado tres libros. Uno clave *¿Cuándo y cómo acabará la crisis?* resume eso que se llama La Gran Recesión que, en economía pop, es la colosal resaca con la que amaneció el mundo después de demasiado Wall Street adulterado. Para saber más de la crisis global: tome un antiácido y vea *Inside Job*. Para hablar de la crisis española está Ramón Tamames. Rodeado de fotos con Bush —a ver si sabes quién es este señor—, con Álvaro Uribe, con el rey Juan Carlos, acaba de decir que la situación no es desesperada.

—Pero a los cinco millones de parados sí les debe parecer desesperada.

—Sí, pero nadie habla, mi querida, de los dieciséis millones y medio de personas que están trabajando, porque ustedes los medios tienen una obsesión con la crisis porque tiene morbo. Sólo hablan de los cinco millones de parados. Además, fíjese, aquí hay mucha gente trabajando que no está en las estadísticas: como un millón de personas sin papeles, otro millón de parados cobrando subsidio que también hacen trabajos en economía sumergida. Y luego esos más de setecientos mil entre jubilados, pensionistas y personas del trabajo doméstico que no cotizan, pero por supuesto que trabajan.

Tamames está seguro de que en España hay casi tres millones de personas que, aunque engorden la cifra del paro, no están sin ingresos. Ve el vaso medio lleno.

— Soy optimista porque yo he vivido momentos peores que este. Yo creo que en dos, tres años estaremos en una situación de una economía más dinámica, más flexible, más internacionalizada y más competitiva.

Es domingo y es primavera.

La calle Argumosa, más que calle, terraza, más que terraza, verbená, no puede más de gente. Los camareros salen de los bares con bandejas llenas de cervezas, aceitunas y papas fritas. Ante los vasos helados, suele volver la palabreja: crisis. En la edad media se decía que una ardilla podía cruzar España de norte a sur sin tocar el suelo, saltando de árbol en árbol. Ahora dicen lo mismo, pero la ardilla tendría que saltar de conversación sobre la crisis en conversación sobre la crisis.

La ardilla atraviesa el país, pero también el buen tiempo. Y el invierno ha sido antipático y ahora el sol calienta que da gusto.

En las mesas se ríe y se blasfema como sólo se ríe y se blasfema en España.

Este domingo de primavera lo único que tiene de amargo es la cerveza.

Publicado en: Gatopardo, junio 2012



SAPE: La sociedad de juerguistas elegantes

Los *sapeurs* congolesees y el poder
colonizador de la elegancia.

Santiago ROSERO

Seudónimo: Agapito Plúas

El *Licenciado* está contento: es viernes, una mujer que llegó a visitarlo de sorpresa coquetea con él, y un periodista está interesado en los entresijos de su elegancia. Jocelyn Almir, alias el *Licenciado*, tiene cincuenta y un años, mide un metro con sesenta y cinco centímetros y bajo un traje de tres piezas de corte ceñido oculta muy bien una barriga apenas pronunciada. Es, en ese mundo del vestir refinado, una autoridad y un motor. Habla con elocuencia, se apasiona, gesticula con manos, ojos y caderas. Posa ante la cámara con alarde de rapero viejo.

En su tienda, un local modesto con piso de baldosa y anaqueles de aluminio copados con trajes, camisas, corbatas y zapatos que cubren todo el espectro de la paleta cromática, el volumen de un televisor permanece a tope. Las imágenes se suceden en bucle mostrando, con el registro viscoso del video casero, orquestas de africanos con trajes y camisas floreadas que tocan algo parecido al calipso. Cada tanto, mientras no hay clientes, el *Licenciado* se mira en un espejo, se pone las manos en la cintura y arranca un bailecito rústico como el de “El meneío”: dos pasitos para un lado, dos pasitos para el otro, media vuelta, saltito. Cuando entra alguien, para y saluda diciendo: “Buenos días, el venerable *Licenciado*”.

Él es el propietario de la marca y la boutique Connivences. Si las matrices de Dior o Chanel son templos de la alta costura, su tienda es un santuario de la SAPE: un culto a la elegancia con adeptos que lo practican como estilo de vida.

Sape es una palabra del argot francés utilizada de manera general como sinónimo de vestimenta, pero que, retomada por ciertas poblaciones de África Central y sus comunidades asentadas en Europa, designa a un fenómeno sociocultural en el que el éxito y el prestigio se miden en función de la belleza del atuendo. Su puntal es el *sapeur*, individuo apasionado por el buen vestir que lleva a la SAPE en el alma y la conciencia. Ésta, nombrada con mayúsculas, es la Société des Ambianceurs et des Personnes Élégantes, algo así como Sociedad de Juerguistas y de Personas Elegantes, una institución simbólica pensada para otorgarle solemnidad a la pasión. Sin sede ni estatutos. Puro honor y pura gloria.

No cae sobre París un invierno despiadado, pero hay en el ambiente una lámina grisácea y la gente aún no se ha desprendido de sus abrigos oscuros. Por eso él resalta como la luna en plena noche.

La zona de Château Rouge es el núcleo donde se junta la diáspora africana diseminada en París y su cinturón periférico. De la estación de metro que lleva el mismo nombre se accede al exterior tomando la que debe ser la escalera mecánica con mayor densidad de población en Francia y la forma más directa de llegar a África. Afuera, en cualquier época del año, los gritos se escapan hasta de las alcantarillas. Se ofrecen frutas, pescado, carne de borrego, bolsos falsos de marcas fastuosas, películas piratas, hachís, tabletas de Subutex para soportar la abstinencia de un piquete de heroína. Pero apenas a la vuelta de ese epicentro, en el número 12 de la calle Panama, el *Licenciado* se

ve muy fresco bajo el umbral de su tienda, jugueteando con su Samsung Galaxy última versión. Viste un traje azul topacio, un chaleco rojo escarlata y una corbata celeste con la tersura del algodón de azúcar. Mientras las calles del contorno –que llevan nombres como Oran, Tombouctou o Suez– se tiñen de grises, él resalta como el lunar oscuro en el níveo rostro de Marilyn. Pero al revés.

El *Licenciado* llegó a París en 1977 para buscarse la vida y entregarse a la moda. Como miles de jóvenes de su generación, salió del Congo-Brazzaville con el sueño de alcanzar esa elegancia que los abuelos habían traído de la majestuosa Francia. Lograrlo significaba alcanzar un estatus privilegiado en la esfera social de su país.

–En una escala de diez razones para salir del Congo y llegar a París, la SAPE estaba en la segunda posición –me dice mostrándome dos dedos.

Luego, duda si no debió haber sido uno solo.

Hacia fines del siglo XIX, Alemania cumplió un papel rector en la repartición del continente africano, y el canciller Otto von Bismarck hizo de mediador para que todos se llevaran su porción. Así, Leopoldo II de Bélgica se hizo del territorio del llamado Congo Belga, que luego se llamó Zaire (1971-1997) y hoy Congo-Kinshasa u, oficialmente, República Democrática del Congo (RDC); mientras que los franceses se quedaron con el Congo Francés, denominado después República Popular del Congo (1970-1991) y actualmente Congo-Brazzaville o, a título oficial, República del Congo.

Al tiempo que la colonización emprendida por el reino de Bélgica ostentaba la acumulación de territorios en beneficio del rey, Francia imponía su presencia como Estado y encomendaba

a sus delegados, entre ellos el elegante explorador Pierre Savorgnan de Brazza, la firma de tratados de cesión de soberanía. Debido a esa penetración dispar, el asentamiento europeo en el llamado Congo Belga habría provocado un rechazo más enfático que en los territorios aledaños, y ya en la etapa independiente, el régimen local quiso cobrar revancha sobre ciertas imposiciones que había dejado la colonia. En 1972, el dictador Mobutu, primer y único presidente de Zaire, en el marco de la “zairenización”, proceso que promulgaba el regreso a la “autenticidad africana”, impuso la doctrina indumentaria llamada *abacost*, una abreviación de *à bas le costume* (abajo el traje), mediante la cual impidió el uso del traje y la corbata por considerarlos símbolos de la cultura invasora y una marca del *mundele ndombe*: el blanco-negro.

Mientras tanto, en la ribera izquierda del río Congo, los pobladores de Brazzaville habían desarrollado lo que el antropólogo francobeninés Brice Ahounou, especialista en los entretelones de la SAPE, llama fenómeno de atracción entre colonizados y amos, una consecuencia del sostenido contacto con huestes europeas, particularmente portuguesas e italianas, que los pueblos de esa zona mantuvieron incluso antes de que los franceses se instalaran en su territorio. Ese contacto, a pesar del irreductible choque cultural y a que siempre se gestaron focos de resistencia, habría incentivado una cierta admiración por la vestimenta del colono y por varias formas del estilo de vida europeo, lo que en adelante permitiría que en especial ahí la elegancia fuera ansiada como un símbolo de poder.

En Brazzaville se levantaron casas, comercios, panaderías, y los nativos fueron quedándose con ciertas prendas occidentales de sus patrones. “Pero no se trataba de imitar, sino de adoptar a su propia manera el vestido europeo –dice Ahounou–. Rápidamente, los congoleses inventaron una manera de vestirse

que se hizo evidente y apetecible en su entorno, y así empezó a nacer algo especial”.

Hacia inicios del siglo XX, la sofisticación del hombre blanco se volvió una obsesión; las chaquetas cruzadas con tres botones y los pantalones con pinzas no sólo encantaban por su estética, sino que atraían como representaciones de supremacía. Al entenderse que era en París donde se gestaba esa moda, en el imaginario de los congoleses la capital francesa se convirtió en una suerte de Meca pagana. Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, ya se había constituido el ejército de los llamados *tirailleurs sénégalais* (tiradores senegaleses), un cuerpo militar que reunía a alrededor de doscientos mil nativos de todo el imperio colonial francés, en su mayoría enviados como carne de cañón a Europa. Al término de los combates, algunos de los sobrevivientes regresaron a casa con prendas elegantes donadas por los superiores del ejército. La fascinación por el estilo europeo empezó a consolidarse con la ida y vuelta de los soldados entre Europa y el Congo.

Durante el periodo de entreguerras, André Matsoua, un ex combatiente de los *tirailleurs sénégalais*, llegó a París para fundar la Société Amicale des Originaires de l’Afrique-Équatorial Française, un movimiento social y político con tintes religiosos destinado a luchar por la descolonización del Congo-Brazzaville. Además de su compromiso libertario, Matsoua sería recordado por haber sido el primer congolés en volver a Brazzaville, directamente desde París, trajeado como un *vrai monsieur français* (un verdadero señor francés). Era 1922, Matsoua apareció vestido con un impecable traje negro con rayas blancas y zapatos a dos tonos con los colores de la salamandra. Pero estaba esposado. Los franceses lo habían expulsado por subversivo. Más adelante, en 1942, según dice la versión oficial, moriría en una prisión de Chad, pero para los congoleses

el recuerdo de su lucha y la estampa de su elegancia resultarán indelebles. Décadas después, la SAPE se referirá a él como al primer *sapeur* del mundo.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Brazzaville se convirtió en un centro administrativo, con ribetes parisinos, de la Francia liberada. Los vestidos ya no sólo se heredaban de los patrones sino que el segmento aventajado que se había instalado en la función pública los pedía cada tanto a los comerciantes que navegaban por las aguas del río Congo, y así se empezó a entender de materiales, colores y diseños. Pero no fue sino hasta iniciada la década de los cincuenta que el fenómeno estalló y una fuerte ola de emigración, de jóvenes de entre veinte y veinticinco años, desertores del liceo, desempleados tempranos, considerados ya *sapeurs* en Brazzaville, llegó a París para beber de la fuente. Se les llamó “aventureros”. Creyeron –y creen– que van a conquistar el mundo.

En 1968, el Congo-Brazzaville abrazó el comunismo de horma soviética con el arribo a la presidencia de Marien Ngouabi, lo que sentó las bases para el emprendimiento de ciertas conquistas sociales, pero que también forzó la partida de más “aventureros”. En París, todos se reunían en la MEC, la Maison des Étudiants Congolais (Casa de Estudiantes Congolese), un edificio de cinco pisos adquirido a inicios de los años sesenta por el Estado congolés –recién independizado– para albergar a sus becarios residentes en Francia. “No era la Meca de Arabia –dice Brice Ahounou–, pero se le llamó así pensando en un santuario parisino de la SAPE”.

En la MEC, el hacinamiento se hizo norma y los periodos de hambre un sacrificio voluntario: para los “aventureros”, satisfacer las necesidades básicas significaba empezar a acumular prendas de calidad. “La presión era muy fuerte –dice Jean Marc Zyttha-Allony, *sapeur* de cincuenta y nueve años, que

durante los setenta frecuentó la MEC y que hoy se dedica a investigar sobre la SAPE—, nadie se podía quedar por detrás de otro. Si uno se compraba un traje, el otro también tenía que hacerlo, y si para eso teníamos que quedarnos sin comer, lo hacíamos. Era la época de la *folie* [la locura]. Todos los *sapeurs* vivimos esa época.

En su libro *En el corazón de la Sape* (1984), el antropólogo congolés Justin-Daniel Gandoulou se refiere a los “aventureros” como “una fracción minoritaria de jóvenes dispuestos a adquirir, a cualquier costo, los signos exteriores que les permitan parecer personas que pudieron acceder a la cúspide de la escala social en Brazzaville”. Zyttha-Allony concuerda parcialmente.

—Tenía veintiún años cuando salí de Brazzaville para encontrar la moda en París. Ya en ese momento, la SAPE era un fenómeno nacional y una herencia que los mayores de la familia nos habían entregado. Es cierto que procura la distinción dentro de la sociedad congoleña, pero no es en absoluto un asunto aislado. Desde entonces y hasta hoy, tres de cada cinco jóvenes salen del Congo para perseguir esta pasión.

La mayoría de los “aventureros” encontró sustento en labores de mantenimiento, limpieza, construcción o como *personne à tout faire* (multioficios), pero hubo también, como relata Gandoulou, los que deliberadamente renunciaron a la opción de trabajar y prefirieron dedicarse a la pequeña ratería. Por cualquier vía, el objetivo se iba cumpliendo.

En París se empezó a hablar de un dandismo congolés que funcionaba a manera de clan. Sin otra apuesta que la de vivir en la elegancia y afirmar una identidad en apariencia próspera, a mediados de los sesenta los cofrades crearon la *Société des Ambianceurs et des Personnes Élégantes* (SAPE), y se dedicaron a pasear engreídos por Saint-Germain-des-Prés para poner

en escena su unidad. Llevaban trajes de tres piezas en lana italiana y corbatas anchas de seda lacada. Vestían Torrente, Valentino Uomo, Pierre Cardin, Christian Dior y los J.M. Weston, esos zapatos aristocráticos franceses que costaban la vida. Entre tanto, en medio del decorado derruido de las calles de Brazzaville, los *sapeurs* fueron reuniéndose en clubes: nacieron los *Lutteurs*, los *Viveurs*, los *Cracks*, los *Playboys*, al tiempo que empezaron a registrarse para la historia de la SAPE las primeras leyendas. A Fulbert Youlu, sacerdote y primer presidente del Congo-Brazzaville independiente (1960-1963), se le atribuye la debilidad por las sotanas Christian Dior, y al *Changeur*, *sapeur* ilustre de las primeras camadas, se le cuenta la audacia de ser el único en cambiarse de vestidura cuatro veces al día. En el recuerdo están también Ambroise Moumazalay, primer portador de *blue jeans* en la ciudad, y Alexis Gabou, primer valiente en ceñirse un pantalón de terciopelo.

En Brazzaville, en el bar Macedo, y en París en el prestigioso Rex Club –todos los sábados, de 1976 a 1978–, se organizaban concursos para elegir al hombre más elegante de la noche. Los *sapeurs* desfilaban haciendo alarde, mostrando la marca de las prendas. Eran batallas por el prestigio y por la clase, de las que salieron los primeros nombres que marcaron los ochenta: Kalafatah, Maverick, Mister, Prince, Ya Francos, y el legendario Djo Ballard, bautizado para la posteridad como el Rey de la SAPE.

“Para los concursos, todas las semanas creábamos una estrategia nueva. Había que innovar, descubrir a los diseñadores que iban surgiendo –decía, en una entrevista de 2005, el hoy octogenario *sapeur* Titi Nzoso–. Fuimos nosotros los que apoyamos en sus inicios a Jean Paul Gaultier, Roberto Cavalli y Dolce&Gabbana”.

Pero además de adquirir prendas finas, ser *sapeur* significaba tener las destrezas para experimentar con modelos propios mandados a hacer bajo medida y con combinaciones de colores impensables en el repertorio de la moda tradicional. Con ese desafío creativo de por medio, a juicio de los adeptos, la SAPE pasó a tener el estatus de arte. Entonces se acuñó el lema: “El hombre blanco inventó la vestimenta, pero nosotros la convertimos en un arte”. Papa Wemba, uno de los cantantes africanos más populares de todos los tiempos y *sapeur* de las grandes ligas, se encargó de esparcirlo por el mundo. Luego, el fenómeno se extendió hacia Senegal, Costa de Marfil, Sudáfrica y Zaire —como un gesto de rebeldía contra el régimen de Mobutu—, y se instaló también en Bruselas y en el sur de Londres, alimentándose de la moda italiana, inglesa y japonesa, pero el tándem Paris-Brazzaville se consolidó como eje del fenómeno.

En la capital francesa, los *sapeurs* llenaban las cabinas telefónicas de la zona de Strasbourg Saint-Denis para llamar al Congo y describirles a primos y compadres lo que llevaban puesto y lo que guardaban en sus dormitorios comunales. Los “aventureros” habían conquistado el mundo.

Ahora les quedaba la verdadera prueba: el *bon retour* (el buen regreso). Si París era el examen, la consagración se vivía en el Congo.

En barrios populares como Makélékélé y Poto-Poto, pero sobre todo en Bacongo, por donde atraviesa la avenida André Matsoua —el legendario primer *sapeur*—, se organizan desfiles con incentivo del gobierno para que los caballeros sometan a juicio público el calibre de su éxito. Son los años ochenta, en Brazzaville apenas hay señal de televisión y los partidos de fútbol van cediendo espacio a la SAPE como atractivo popular mayor. El espectáculo está en la calle, los *sapeurs* salen en procesión desde sus barrios hacia el centro de la ciudad. Los niños los

persiguen como a héroes de historieta, y los jóvenes, maravillados con los ajuares, los acarician como a esculturas santas. Marcando un contraste impúdico con el paisaje de chabolas, los dandis avanzan bailoteando con sus bastones, levantándose las bastas para mostrar la finura de los calcetines y el destello de los Weston o los Capobianco de piel de cocodrilo. La ciudad se aposta en ventanas y aceras para presenciar cuando los distintos clanes se encuentran en las esquinas y se enfrentan en duelos mudos. Al cruzarse entre ellos, los *sapeurs* se congelan como adonis de turmalina para que el cielo los admire. Luego giran sobre sus mocasines y continúan la marcha.

Quienes al salir fueron llamados “aventureros”, a su regreso se les dice “parisinos”. Todo un país asume como señal de triunfo la finura de sus trajes. El mismo Denis Sassou-Nguesso (presidente del país entre 1979 y 1992 y luego desde 1997 hasta el presente) y su séquito de autoridades se acicalan con esmero de *sapeur*.

Pero tras el apogeo, el fulgor de los ochenta empieza a ahogarse. En 1993 estalla en el Congo una guerra civil, el tránsito migratorio hacia Francia se restringe y el flujo comercial se debilita. En ambos núcleos se cierran bares y boutiques, y las obligaciones familiares ya no les permiten a los *sapeurs* –que han crecido– destinar 80% de los ingresos al atuendo.

La SAPE no muere, pero se agobia.

Los noventa en el Congo transcurren a fuego. Luego de un acuerdo nacional que abre una efímera vía al pluralismo político y a las primeras elecciones libres, el país se destroza con tres guerras (1993-1994, 1997 y 1998-1999, aunque algunos autores extienden el conflicto hasta 2003) enrarecidas por reivindicaciones étnicas y la rapacidad de los principales líderes. Cada uno arma una milicia para defender su feudo y se desata

el caos: los “Cobras” –del presidente saliente, Sassou-Nguesso–, los “Ninjas” –de Bernard Kolélas, principal dirigente de oposición y alcalde de Brazzaville– y los “Zoulous” –del entonces mandatario Pascal Lissouba–. Muchos jóvenes que soñaban con la aventura de París terminan uniéndose a los ejércitos. Para entonces, en Brazzaville desfilan soldados vestidos con ropa de camuflaje. La guerra deja al menos cincuenta mil muertos.

A inicios de la década de 2000, la SAPE entra en una etapa de recuperación. El comercio de vestimenta se reactiva, el *Licenciado* se vuelve un referente porque crea la primera marca congoleña y porque, para incentivar aún más el destaque social del colectivo, empieza a ofrecer en sus escaparates trajes celestes, rosados, amarillo yema de huevo, verde piel de limón.

–La SAPE no es necesariamente sinónimo de colores fuertes –dice el *Licenciado*–, pero vestirlos significa transgredir lo clásico de la moda. Yo milito por la causa de exponer en la elegancia los colores amarillo, verde y rojo de las banderas africanas, esa elegancia que no se encuentra en la oferta de vestimenta de París.

Además de él, otros *sapeurs* se integran a la faceta productiva de la SAPE creando pequeñas colecciones que exportan a Brazzaville, Londres y Bruselas, y en esa dinámica se van definiendo los patrones que particularizan la moda congoleña: uso preferente de lana virgen y algodón y de telas sintéticas como la *Super 140*, la *polilana* y la *poliviscose*, para asegurar brillo prolongado y fluidez; *slim fit* para el corte entero; doble bolsillo con tapas inclinadas sobre el costado derecho de la chaqueta; forro interior de tela estampada o de terciopelo, para que cuando se muestre la marca de la prenda incluso el interior provoque impacto; cuatro o cinco botones sobre los puños con ojales también inclinados y ribetes de hilo vistoso, y doble

corte vertical de treinta y un centímetros en la espalda baja de la chaqueta para que las nalgas pronunciadas de los africanos puedan manifestarse a placer.

La SAPE se consolida como fuerza creativa y como un fenómeno preponderantemente masculino. A pesar de que a la pregunta básica todos responden que sí, que la SAPE es también un asunto de mujeres, la bibliografía y los registros documentales que existen acerca del fenómeno las mencionan someramente. El término *sapeuse*, que debería ser la derivación femenina, no tiene presencia sostenida. De otra cuenta, el original carácter público de la SAPE se vuelve un asunto privado y específico. Ya no será frecuente ver a los *sapeurs* en el álgido decorado de Château Rouge, sino que habrá que encontrarlos en los desfiles que se realizan esporádicamente, en fiestas privadas, en velorios, en misas.

J.C. Koyi es un obrero de la SAPE y un cordero de Dios. Comercia el mismo tipo de trajes que viste y asiste todas las semanas a un templo evangélico en París. “Te invito a la iglesia el domingo para que conozcas a algunos *sapeurs*, el mismo pastor lo es”, me dijo cuando lo conocí arreglando negocios con el *Licenciado*. Luego me enseñó una corbata fucsia con lunares blancos, de esas tejidas en algodón y con la punta mocha. “Mira este bombón”, me dijo mientras la acariciaba como a una mascota.

La iglesia, un cuarto en un galpón que la congregación alquila cada domingo durante dos horas, se estremece cuando los fieles responden “amén”. Sobre la tarima, el pastor; a su diestra un pianista, un baterista y un coro de mujeres de curvas góspel. La comunidad es enteramente africana, pero no todos se ven como *sapeurs*. Nadie escapa a la sobriedad, pero algunos van de protocolo y etiqueta.

–¡Tenemos necesidad de la unción para alcanzar la misión! – dice el pastor al arrancar la prédica.

–¡Amén! –responde el auditorio.

El pastor dirá que el individuo, para alcanzar la felicidad, necesita desarrollar su visión. Precisaré que no se trata del órgano de la vista, sino de la capacidad de ver más lejos para lograr una victoria espiritual. Dirá que la visión nos muestra la dirección, que la visión genera motivación, que la visión brinda protección.

–¡Alguien diga más fuerte amén!

–¡Amén!

El pastor encomendará a su gente plantearse objetivos dignos para 2012 y dirá que está bien querer comprarse un auto y una casa y que está bien querer vestirse con buenas prendas, pero exigirá que cada uno se pregunte en qué estado está su alma. Todos dirán muy fuerte “¡amén!”.

Cuando la misa termina, los congoleses suben a una *mezzanine* para tomar té y comer pastelillos; los fieles de otras nacionalidades se marchan. El pastor viste un traje azul índigo estampado con vírgulas blancas como llovizna fina, camisa roja rayada y un pañuelo para chaqueta a juego. Sus zapatos son unos mocasines puntiagudos del color de la caoba.

–En su sermón dijo que es normal anhelar el bienestar material y querer vestirse bien, pero invitó a cada uno a revisar el estado de su alma, ¿qué significa eso?

–Los bienes materiales, como el vestido, dan placer al cuerpo, pero el alma debe nutrirse de la palabra de Dios. Está bien que los congoleses puedan embellecer su cuerpo, que puedan comprarse trajes y zapatos caros, pero yo los invito también

a nutrir su espíritu por medio del evangelio, porque la Biblia dice que si el hombre no salva su alma podría ir al infierno, y no sirve de nada vestir bien si el alma no está salvada.

—Pero la SAPE, al ser un culto a la imagen, ¿no se contrapone a esa idea de enriquecimiento espiritual?

—No, la SAPE es muy importante porque también hace parte de los valores humanos. Un hombre debe saber vestirse, debe saber “sapearse”, armonizar los colores. Yo quisiera recalcar que Dios no está en contra de la SAPE, él nos incentiva a estar limpios y a vestirnos de manera sobria. Es cierto que se dice que el hábito no hace al monje, pero una persona que está bien vestida puede dar una idea de la clase social de la que viene y de qué tipo de persona es.

—Eso podría marcar diferencias sin fundamento.

—La SAPE no crea diferencias, todos están llamados a “sapearse”. La SAPE no se trata solamente de vestir con ropa cara, sino de vestirse bien con los medios que Dios nos da. Es una cuestión creativa, vestirse es un arte, no todos pueden hacerlo, hay gente que puede comprarse mucha ropa, pero que no sabe cómo armonizar los colores.

—¿La capacidad de hacerlo brinda alguna gratificación espiritual?

—Así es, porque es el santo espíritu el que nos brinda la creatividad para poder armonizar los colores. Yo puedo decir, incluso, que Jesús era un *sapeur*, porque él vestía con lino fino, y la Biblia dice que cuando él murió, la gente se peleó por su túnica, que era extraordinaria, hecha con lino fino.

Al terminar la charla, el pastor me pide que no cite su nombre, no quiere que el sentido de su labor se tergiverse por su afición a la elegancia.

En la *mezzanine* me espera Malonga Nazaire. Durante la misa vi que su chaqueta tenía dos cortes verticales en la espalda baja y que, en efecto, ese diseño permitía el ágil contoneo de su retaguardia cuando, con más entusiasmo que cualquiera, bailaba las canciones de alabanza. Para conversar tenemos que abandonar el templo porque en el galpón le toca el turno de alquiler a una ceremonia de candomblé.

Malonga Nazaire tiene treinta y seis años, llegó a París hace nueve para —dice— comprender la realidad del buen vestir. Es alto, delgado, habla con calma, como recién nutrido por una unción de dicha. Lleva un terno gris trazado con cuadros sutiles, camisa celeste y corbata azul, lo que los códigos de la SAPE marcan como una fórmula clásica. Dice que la última vez que vistió esas prendas fue hace seis meses. Cuando Malonga estaba en la escuela, vio a su abuelo volver de París vestido como un caballero, entonces se prometió que, al crecer, seguiría sus pasos. No vislumbraba otra opción, sus compañeros de escuela y sus vecinos de barrio pensaban hacer lo mismo.

—Es sencillo, Brasil tiene el fútbol, ahí todos sueñan con ser futbolistas, nosotros tenemos la SAPE.

A varios *sapeurs*, esa analogía les parece pertinente. Olivier B., *sapeur* parisino de treinta y ocho años, creador de sape-BZ.com, principal sitio web de referencia sobre el tema, dice en una entrevista de 2011: “Los brasileños tienen el fútbol, ellos bailan, comen y respiran fútbol. Es lo mismo en el Congo con la SAPE. Los presidentes y los senadores son *sapeurs*, los niños son *sapeurs*, hay cuatro millones de habitantes, hay cuatro millones de *sapeurs*. Todos sueñan con tener un armario lleno de prendas de marcas como Weston”.

Malonga cumplió su sueño, y le perdió la cuenta. No sabe exactamente cuántos trajes y camisas tiene. Dice que deben ser

más de cincuenta y menos de cien, los suficientes como para no tener que reutilizarlos sino dentro de meses. Según su concepción de la SAPE, es pecado repetir las prendas al poco tiempo de usadas. Al retirarlas de la lavandería, las pone a hibernar en el placard para que se recuperen.

Para mantener ese ritmo, Malonga le dedica a su vestuario el 20% de su salario de mil seiscientos euros (doscientos más que el básico legal en Francia) como agente de logística en una empresa exportadora de aparatos tecnológicos. Al recibir su pago, se compra, al menos, dos camisas, dos pantalones o un traje. Sus compras son en promedio de trescientos euros. El periodo más riguroso de su disciplina indumentaria es el invierno, porque entonces utiliza a diario traje y corbata, pero a partir de la primavera el atuendo se aliviana, y tiende a combinar las prendas con mayor flexibilidad.

—Así como otras personas destinan una parte de sus ingresos a sus vacaciones o ahorran para comprarse una casa, nosotros gastamos en nuestra vestimenta, pero ahora que tengo una familia ya no puedo abusar, porque también tengo que comprarle buena ropa a mi esposa y mis hijos. No es posible que la familia de un *sapeur* esté mal vestida, la SAPE es una herencia que uno deja a los hijos mientras se está vivo.

No abusar significa dejar en el pasado la época de locura en la que el alimento diario, la renta mensual y el futuro planificado a largo plazo eran tareas para otra vida. Malonga, el *Licenciado*, J.C. Koyi, Jean Marc Zyttha-Allony, todos pospusieron alguna vez el pago de un arriendo para comprarse un traje más. “La preocupación central del *sapeur* —dice en uno de sus textos sobre la SAPE el escritor congolés Aimé Eyengue, quien además se define como cronista consagrado de los eventos de la

SAPE en París— es satisfacer instantáneamente su arte, lo que quiere decir, sin más, vestirse bien para hacerse ver, para que se hable de él y se lo analice”.

—Al *sapeur* le gusta que lo admiren y que le pregunten sobre la ropa que lleva puesta -dice Malonga.

—¿De qué marca son tus zapatos?

—Son Weston.

—¿Cuánto cuestan?

—Setecientos euros. Como ahora tengo una familia y ya no puedo abusar, tuve que resistir a las ganas de comprarme los de piel de cocodrilo, que cuestan más de mil.

Es sábado en la noche, Le Comptoir Général, un enorme bar parisino que se define como ecorresponsable y abierto a las manifestaciones más diversas de las culturas del mundo, está repleto de una juventud de aire hipster. A eso de las diez de la noche, la música, el electropop de la francesa Yelle, se funde con el ajetreo sincopado de la rumba africana que suena todo el día en la boutique del *Licenciado*. Las luces del salón se van casi a negro y, desde una *mezzanine*, desciende él, con micrófono en mano, anunciando el inicio del jaleo. En medio de la penumbra, el *Licenciado* resalta como un faro. Lleva un traje naranja con enmallado café, camisa blanca y corbata celeste, y en lugar de cinturón tiene ajustada una corbata del color del salmón fresco. En la *mezzanine* le ayudó a vestirse su esposa, le acomodó el cuello de la camisa y le enderezó la corbata. Antes de que descendiera por la escalera, le dio un último chequeo a la armadura. Ella, una mujer guapa y más joven que él, va sencilla, con una blusa blanca y un pantalón oscuro y liviano.

—Confieso que ella es más elegante que yo, pero en realidad la SAPE no es su afición —dice el *Licenciado*, mirándola, y le guiña el ojo.

Como maestro de ceremonias, el *Licenciado* es grandioso. Con un saludo de su voz algodonosa arranca uno de los desfiles —esporádicos—, en los que actualmente es posible ver a algunos *sapeurs* en su prestancia. El *Licenciado* lo organizó directamente con los encargados del bar. Más que una exposición sobre los entretelones de la SAPE, es una promoción de su marca. El primero en desfilas por entre las mesas que han abierto un callejón es el *sapeur* llamado Modero: traje gris, camisa celeste, corbata, tirantes y pañuelo en rojo mate. El *Licenciado* lo presenta como el patrón de la elegancia clásica. Luego aparece Mika: traje azul, camisa blanca y corbata con los colores de la bandera francesa. Cuando se levanta la basta derecha muestra un calcetín con un estampado de la Torre Eiffel. Una mitad del auditorio festeja como ante un show de rarezas, la otra cruza miradas que mezclan desconcierto y desdén. El *Licenciado* se entusiasma, pide aplausos, más cariño. Pasa luego Fuluz: gafas de sol, traje rosa discreto, un desafío prudente a lo convencional. En la mitad del recorrido, Fuluz abre una sombrilla que tiene el mango como el de una muleta: una evocación grandilocuente a la protección que se debe el caballero ante los embates del temporal. La mitad entusiasta del público guarda las escenas en sus teléfonos móviles, la otra empieza a moverse inquieta para llegar hasta la barra. El *Licenciado* pide aún más cariño para recibir el plato fuerte. Taconeando contra el piso y extendiendo los brazos para recibir el calor aparece Norba de París: lentes oscuros, chaqueta niquelada, pantalón gris metálico, chaleco negro, pajarita y pañuelo en rojo burdeos, una simbiosis sonriente de Lenny Kravitz y Dennis Rodman. Cuando Norba llega a la mitad del recorrido, el *Licenciado* se tira boca arriba, a sus pies, y deja caer su cabeza hacia un costado:

la pinta de Norba de París lo ha aniquilado. Por último salen seis muchachos blancos y espigados vistiendo trajes de colores pastel, entre ellos dos hermanos con el talante de los gemelos Winklevoss de The Social Network. “Mis pequeños”, dice el *Licenciado* cuando presenta al grupo. A uno de ellos, que lleva como parte del atuendo un *pith helmet*, el sombrero clásico que los colonos europeos utilizaron en tierras tropicales a fines del siglo XIX, le ganó la novelería cuando se enteró de la SAPE en una exposición que organizó en 2009 el museo parisino Dapper, y luego se la contagió a sus amigos. Cada uno se mandó a hacer un traje con el *Licenciado* para ir todos “sapeados” a la boda de un amigo común. Fueron la sensación de la velada.

Los desfiles en los que antes los *sapeurs* ponían a prueba el *savoir faire* de su credo como una forma de alcanzar distinción en su comunidad y como un signo de experiencia acumulada —repertorio propio de gestos, lenguaje oral incluido—, hoy son puestas en escena rimbombantes compartidas con un entorno extraño que reacciona ante ellas como ante un espectáculo de variedad exótica.

Ciertas referencias sobre la SAPE la separan en dos corrientes: la centrada en los códigos de un dandismo burgués que prefiere la elegancia clásica, los colores conservadores y el adecuado uso de determinadas telas según las estaciones del año, y la exhibicionista, que tiene como preocupación constante el hacerse notar, para lo que juega con la cromática más extravagante. Los artífices del desfile de este sábado son parte de la segunda tendencia. Los entresijos de la SAPE no conforman un manual unificado, sino más bien una pequeña enciclopedia con tomos diversos.

En una entrevista con el sitio Sape-BZ.com, el escritor Aimé Eyengue resalta la dificultad para trazar una panorámica unificada sobre la SAPE, dado que cada *sapeur*, dice, se cree de-

positario de las “verdades verdaderas”, lo cual, a la vez, juzga como normal, ya que “el papel de ellos es vivirla más que reflexionar sobre ella”.

Salvo por los lentes de carey –redondos y pequeños–, que hoy son tendencia para el *look* intelectual entre ciertos *sapeurs* de edad madura, el atuendo de Jean Marc Zyttha-Allony no reporta mayores señas particulares. Habiendo cedido a cuanta locura le demandó la SAPE, hoy está centrado en la primera corriente: lleva la elegancia con sobriedad y sin aspavientos y, más aún, dedica parte de su tiempo a indagar acerca de ella: escribe de a poco sus reflexiones sobre una vida como *sapeur*, y espera poder realizar un documental que exlique todas las honduras del movimiento.

Las reflexiones de Zyttha-Allony pueden ser contradictorias.

–¿Cómo gran parte de un país de más de cuatro millones de habitantes, con 42% de ellos viviendo bajo la línea de pobreza (según datos de 2007 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), puede plantearse como objetivo militar por la elegancia?

–*C’est la folie!* Una vez tomada la opción, se transforma en un compromiso que se impone sobre lo esencial. Pero no se puede hacer de esto un proyecto de vida, no puede ser que tres de cada cinco congolese vengán a París pensando en trabajar solamente para comprarse ropa, en lugar de pensar en construir el país y asegurar su futuro.

Zyttha-Allony ya no ve a la SAPE como un dogma que debe ser inculcado a las nuevas generaciones, pero a la vez la asume como la posibilidad de vehicular la complacencia que dicta el deseo. Cuando habla en esos términos, dice apoyarse en el pensamiento de Spinoza.

—La SAPE es la gracia de existir, constituye la búsqueda constante de la perfección.

Para un *sapeur* como él, la perfección puede plasmarse en el cotidiano acto de seleccionar las prendas adecuadas, haciendo que el ordinario gesto de vestirse se convierta en un evento extraordinario. Todo eso, dice, sin caer en la vanidad placentera del *yo*.

La SAPE es paradójica, excesiva, inconmensurable. Se reivindica como una respuesta optimista de alcance nacional a un pasado de colonización y guerras civiles, y a la vez enarbola el más individualista empeño por la exaltación del ego.

Al buscar reforzar en el imaginario social esa pretendida reivindicación optimista, dice Zyttha-Allony, la esfera política ha cumplido un papel destructivo.

—Los políticos congoleños que se dicen identificados con la SAPE se equivocan de misión. Por supuesto que no les está prohibido interesarse en la elegancia, pero dado que ellos asumieron una misión de servicio al pueblo, deberían evitar hablar de la SAPE, de lo contrario, ¿qué ejemplo le van a dar a la juventud?

El escritor e historiógrafo congolés Ngombulu Lascony, en su texto “La juventud congoleña atrapada”, va más lejos. “Para eternizarse en el poder —dice—, Sassou-Nguesso ha adoptado una nueva estrategia: incentivar a un segmento de la juventud congoleña (instalada en los bastiones hostiles a su régimen) a divertirse en lugar de educarse, para que así no piense en pretender un día el trono que él espera legar a su descendencia”.

“La SAPE y la política son dos dominios incompatibles”, insiste Zyttha-Allony, pero su fe en la primera como sustento de una afirmación colectiva, capaz de superar cualquier diferencia, le lleva a matizar la sentencia.

—Imagínese a dos congoleses, uno frente a otro. Uno aprueba la gestión política del gobierno y otro está en contra. Esas dos personas, más allá de la política, pueden acordar en la belleza de la corbata o de la chaqueta del presidente.

La SAPE retomó fuerzas a inicios de 2000, no sólo porque existían suficientes militantes a ambos lados del Estrecho de Gibraltar, sino porque empezó a ser abordada desde diversas ópticas. Se interesaron por ella la sociología, la antropología, la literatura, el periodismo, la fotografía y la alta costura. En 2009, el Museo Dapper, de París, le dedicó una exposición y un ciclo de conferencias y, en 2010, el diseñador inglés Paul Smith presentó su colección de primavera inspirada en el libro *Gentlemen of Bacongo*, del fotógrafo italiano Daniele Tamagni. Pero antes de instalarse en esos espacios, una suerte de subfenómeno intrínseco le ayudó a levantarse del letargo. El popular cantante congolés Rapha Bounzéki lanzó el tema “La Sapologie” (“La Sapología”), una rumba africana que habla del movimiento y en la que se repasan los nombres de los *sapeurs* más célebres y se citan las marcas más apetecidas en su repertorio de consumo. Max Toundé, productor de Bounzéki y sagaz hombre del *showbiz* (para algunos una suerte de Timbaland congolés), pensó en montar el tema a manera de videoclip con escenas de *sapeurs* regodeándose de su finura y sumarle al producto entrevistas breves, escenas de desfiles y fiestas privadas y testimonios de gente de la comunidad alabando su iniciativa. Toundé armó un pastiche audiovisual bien condimentado, lo llamó *La Sapologie* volumen 1 y lo vendió como roscas frescas. Luego todos los *sapeurs* quisieron tener sus quince segundos de alarde frente a la cámara. Ahora circula *La Sapologie* volumen 5.

Pero para que *La Sapologie* se volviera notoria, hubo primero que inventarla.

Ben Moukasha es un *sapeur* famoso que se hace llamar el Millonario del Vestido. Millonario no es, pero como propietario y administrador de un pequeño restaurante y una peluquería de moda afro –llamados ambos La Sapologie, uno frente al otro a pocas cuadras de la boutique del *Licenciado*–, tiene tiempo para meditar sobre su invento. Suele hacerlo –como cuando me lo explicó– sentado en su despacho: un escritorio tosco y una silla de plástico apostados a la entrada de la peluquería. Ben Moukasha, en su despacho, va siempre de traje y corbata, y a veces toma vino en copa de champaña.

Una tarde de 1999, habiendo considerado que hasta entonces la SAPE era una “concha vacía carente de discurso”, pensó que había que asumirla como una energía positiva que ayudara a su comunidad a sacudirse las cenizas de las guerras y a ofrecer a los niños soldados otras huestes donde alistarse sin armas. Buscó en el diccionario la definición de la palabra ciencia. Pensó que la SAPE, efectivamente, demanda un conocimiento ordenado y experimentado de las cosas. *Voilà!*, se dijo, la SAPE es una ciencia, por lo tanto ya no será la SAPE, será la sapologie. Compartió el entusiasmo con Rapha Bounzéki y, entre éste y Max Toundé, le pusieron música a la idea. Luego él se ocupó de construir el sentido. Primero estableció correlaciones y diferencias. Si el *sapeur* es a la SAPE, a la *sapologie* le será el sapólogo, ser superior que ha desarrollado las más finas habilidades para combinar prendas y colores, y así hacerle hablar al cuerpo elegante con un lenguaje legible sólo para los iniciados. No todo *sapeur* podrá ser un sapólogo. Tampoco todos querrán a Ben Moukasha.

“La *sapologie* no es la SAPE –dice el escritor Bedel Baouna en un artículo de 2009–. Muy al contrario, es una desviación, una caricatura. Ese neologismo falaz derrapa en una dictadura de

la expresión gestual. La *sapologie* es una trasgresión nauseabunda, la SAPE una tradición agradable”.

—Como Jesús, yo también soy incomprendido —dice Ben Moukasha .

Los fogonazos de claridad sobre su invento le venían a Moukasha mientras almorzaba en su restaurante o cuando descansaba en su despacho. Primero se aseguró de tener siempre a la mano papel y lápiz, pero luego se dio cuenta de que le resultaba más cómodo usar una grabadora. Y así, hablándole al aparato, fue montando el decálogo para su nueva cofradía. Uno: “sapearás” en la tierra con los humanos y en el cielo con tu Dios creador. Dos: domarás a los *ngayas* (ordinarios), a los *nbéndés* (ignorantes), a los *tindongos* (habladores sin propósito) por encima y por debajo de la tierra, en el mar y en los cielos. Tres: honrarás a la *sapologie* en todo lugar. Cuatro: los caminos de la *sapologie* resultarán impenetrables a todo sapólogo no conocedor de la regla de los tres colores, acabados e inacabados (el *sapeur* se guía por una regla general que dice que en el correcto vestir se deben combinar tres colores entre todas las piezas. “Inacabado” se refiere a las diversas combinaciones básicas del vestir cotidiano, aquel que no despierta ninguna admiración particular. Es correcto, sobrio, pero usual. “Acabado” es el nivel máximo de la experimentación cromática, es la audacia vuelta éxito, lo nunca antes visto, tanto así que al propio Ben Moukasha le cuesta explicar cómo se alcanza). Cinco: no cederás. Seis: adoptarás una higiene corporal y de vestimenta muy rigurosa. Siete: no serás tribalista, nacionalista, racista o discriminatorio. Ocho: no serás violento ni insolente. Nueve: obedecerás los preceptos de civilidad de los sapólogos y respetarás a los ancianos. Diez: mediante tu oración y tus diez mandamientos, tú, sapólogo, colonizarás a los pueblos sapófobos.

—¿Además de los diez mandamientos existe también una oración?

—Sí. ¿Quieres escucharla?

—Por favor.

—Gloria a ti, *sapologie*, bendita sea tu ciencia. Oh, gran maestra de mi universo, tú, que llenas mis días de alegría y de vacile; tú, que llenas mis días de mimos y de labia; tú, a quien he ofrecido mi corazón, mi alma, mi espíritu, te doy también las gracias. Oh, ciencia de la SAPE, tú, que eres aplaudida sobre todos los podios del mundo; tú, que con tu belleza iluminas los corazones de hombres y mujeres, sobre esta tierra yo te venero, desde lo más profundo de mi ser. Pon en mi camino a todos los *ngayas*, los *nbéndés*, los *tindongos* para que sean domados, a fin de que tu voluntad sea hecha. Quitá de mi camino a todos esos bandidos que quieren hacer daño a mi vestimenta. Protégeme de todos esos sapófobos que no quieren a los sapólogos, para que reine así tu ciencia por los siglos de los siglos. Que la *sapologie* esté contigo y en el corazón de todos los sapólogos.

—Amén.

—¡No! Nosotros nunca decimos “amén”. Nosotros simplemente hacemos tronar contra el piso los tacos de los Weston.

Publicado en: Gatopardo, mayo 2012



Prohibido prohibir
lo Kitschpe

Huilo RUALES

Seudónimo: Bartleby el Escribiente

– 1 –

¿Pero qué le pasó al último vástago de la familia Quishpe, aquella de San Antonio de Encalado, terruño ubicado al fondo, a mano izquierda de Guamote, donde el frío del Chimborazo no besa sino que muerde? ¿Qué ocurrió con el sobrino de los Apugllón que tienen su chacra bien sembrada, un digno elenco de animales, incluido un cuarteto de vacas lecheras, una casa a colores con pinta de barco de medio calado, dada la conjunción y yuxtaposición de mediaguas? ¿Pero qué pito le tocó a este muchacho que en su etapa imberbe vendía ajos y más tarde billeteras, gafas y correas y, más tarde, zapatos ambateños en las ferias de los pueblos aledaños? ¿Qué vuelco sufrió su espíritu para que un día cualquiera, sin avisar ni pedir permiso a nadie, por las puras y santas, como llevado por el mal, como aupado por el diablo, se le ocurriera estrellarse contra los cristales?

– 2 –

Pero vamos por partes, como dicen que decía Jack el destripador. Cabe reconocer que este muchacho fue vacunado con aguja de vitrola, razón por la que tenía el gusano de la música desde que era un escolar ecuatoriano. Su familia y sus allegados re-

cuerdan que los fines de semana y los días festivos se desataba como un trompo a punto canto y baile, y amorío prematuro. Ya para la edad de la conscripción era pato de toda boda o bautizo o festividad, puesto que era músico y cantante, y hasta se le había dado por hacerse un nombre con algunas piezas musicales brotadas de su puño y letra, dedicadas a las gracias y desgracias materiales o amatorias del terruño. Todo eso, claro, con la infaltable alusión a la bebida, aguabendita para las penas y las alegrías del corazón. Tecnofolkloreandino, en suma.

– 3 –

Qué es eso de tecno-folklore-andino, pregunta la damita. Pues, señorita, es lo mismo que la tecnochicha o la tecnocumbia o, como yo lo bautizo en este momento para no complicarme la vida, tecnoandina. Música chola posmoderna. Música andina *underground*. Melaza de música que no es solamente para el oído sino para el cuerpo entero y de carambola para el alma. Nada que ver con la música rokokera, tan tristonera, tan para cantina, tan recontraespecializada en asuntos amatorios, tan directa a la vena entre amigos y tan llena de infidelidades sobre todo femeninas, ya que los varoncitos siempre han sido unos santos. En cambio, la tecnochicha o tecnocumbia o tecnoandina es música que se te pega empezando por los ojos. Música que necesita de tarima bien holgada, a fin de que las chicas de la coreografía bailen a gusto, sin codearse ni ponerse el pie, sin escatimar movimientos impúdicos ni dejar de exhibir sus encantos gracias a la mezquindad generosa de sus minifaldas y minichalecos y minitodo. Alegría erótica tan saludable en los pueblitos andinos tan dedicados al rito, al viento, a la zozobra. No se diga cuando el campesino, porque así de dura es la vida, se desprende de la tierra y termina perdido en el cemento, la estridencia y el espanto de ese monstruo comegente que se lla-

ma ciudad. ¿Qué otra música alcanza y sobra para cantar y bailar —puesto que hay que sacudir el cuerpo— el sufrimiento ante la pobreza o la nostalgia ante la familia fragmentada a causa de la migración?

– 4 –

Claro que muy poco de eso lograría la tecnoandina si no estuviera navegando a sus anchas en el siglo 21. Cada pieza se empapa, se baña y por poco se ahoga en música electrónica, desde luego andina —lo que antes brotaba de la magia de pingullos y zampoñas—, intercalando como hebritas de arco iris un sinfín de melodías latinoamericanas y, por qué no, ciertas chispas, que a veces tienen más de burbujas, del mero rock. Neta evidencia de que la globalización se ha tomado no solamente el esmog metropolitano sino también el aire puro del páramo. Además, como toda música que se precie de actual, la tecnoandina no estaría satisfecha ni completa si careciera del videoclip. O, dicho en otras palabras, videokitsch. Así es que no te lo pierdas, si quieres ver una cuajada muestra del barroco andino posmoderno, allí tienes los videos tecnoandinos: textos tan de la tierra, como decir de la mata a la boca, bailarinas frescas y carishinas, íconos religiosos lentejuelados, animales propios en paisaje propio y efectos especiales que convierten la realidad en un sueño tipo algodón de azúcar a colores.

– 5 –

Pero volvamos al último de los vástagos de la familia Quishpe Apugllón. Su nombre ya sonaba en Guamote, en las otras parroquias de Chimborazo, y un trío de sus piezas musicales se oían en ferias y fiestas de otros puntos del callejón andino. Di-

cho en otras palabras, todo iba bien para el muchacho con nombre de pez inteligente. Incluso disfrutaba ya la satisfacción de haber creado, y con su respectivo videoclip, *La oveja*, *El gallito bandido*, *El delfincito*, *Cuando me vaya*, *Cuaya huay*, piezas que evidencian su fidelidad al terruño. Piezas salpicadas de tristura, humor y vitalidad, un ejemplo de constancia creativa y buen encaminamiento de sus ambiciones artísticas. A decir verdad, ninguna de estas modestas piezas tenía las agallas requeridas para convertirse en *hit*. Tampoco el muchacho, que a esas horas aún estaba en sus cabales, no tenía para nada tales pretensiones. Pero, así es la vida, el 13 de diciembre de 2006, sin pedir permiso a nadie y casi sin saberlo, amaneció en YouTube.

– 6 –

Nata, Tuli, Kris, vengan a ver esto, putakénota. Karkajadotas. No puede ser, karkajadotas colectivas, de dónde salió esta güebada, karkajadotas. Repítele, repítele, loko. Karkajadotas. Aló, kefué Nuti, entra en el yutube, ya te puse el *link*. Hola, Kata, mira lo que te puse en el *link*. Kiubo Sebas, métete en el yutube. Las karkajadotas se multiplican. Las entradas se multiplican, se expanden, salen del país y dos meses más tarde, aupado sobre todo por sus mismos detractores, el video termina siendo visto por más de un millón de personas.

– 7 –

Después del caguederisa, cada karkajiento se encierra en su habitación, se clava ante la compu y se repite el videoclip *Torres gemelas*, sin carcajada alguna, sin la menor sonrisa. Después, doblándose como jockey en la última vuelta, abre el espa-

cio *Comentarios*, se apropia del teclado cual novelista en trance o, más bien, cual enajenado con metralla en el estreno de *El caballero de las tinieblas*.

—8—

“... Engendro mal formado, tienes una mierda de voz, no sabes bailar, eres ridículo, tus canciones son una porquería, no sabes rimar, cantas a las desgracias, te vistes como pordiosero, en vez de música haces comedia, haces quedar mal al país. Jajaja, todos se burlan de este cholo miserable/ Patético, semejante grado de bestialidad no tiene comparación, esto solo puede ser producto de la ignorancia y la imbecilidad/ Andate a ser albañil, mitayo cara de verga/ Alguien me dice por qué permitimos que esta gente siga respirando/ Yo soy tu patrón, tú eres el indio/ Maten a este indio payaso hijoeputa/ Maldita sea, por culpa de Delfín Quishpe todo mundo cree que la gente del Ecuador somos así/ Desde mi concepto antropológico del hombre, puedo decir con claridad que... maten a este hijo de puta antes de que tenga alguna cría/ Por culpa de indios como vos piensan que este país esta lleno de indios/ ¿Te demandaron por escándalo público en la prisión de maricones que estabas?/ Hasta tu apellido lo dice todo, eres indio...”

— 9 —

El odio es la otra cara del miedo. ¿Miedo a qué? ¿Al espejo? ¿A la oscuridad? ¿Al exceso de luz, esa que se filtra en nuestros intersticios y camina debajo de nuestros zapatos y se encarama en nuestras uñas azules? ¿Miedo a que, en efecto, todo sea cierto dentro de nosotros? ¿Miedo a que no seamos ciertos de

tan ciertos que somos? ¿Miedo del secreto a voces? ¿O dolor del dedo con el que solemos tapar el sol?

– 10 –

La globalización está en todas partes y sí se la puede ver y hasta tocar. Ella nos ha dotado de alas y, a su vez, nos ha atado la pata a la pata del diablo. Entre paréntesis, damita, caballero, no deje de viajar por la Sierra ecuatoriana. Así tendrá la ocasión de ver, en el tramo Riobamba-Azogues, la belleza del paisaje andino salpicado de suntuosas casas, todas muertas, abandonadas, desoladas, picoteadas por las gallinas y mordidas por la mala yerba. Mansiones inverosímiles que no son sino el símbolo del sueño imposible: el retorno del héroe que las ha financiado. El retorno triunfal de los migrantes campesinos. El feliz cabo de la madeja que empezó con una punta envenenada: el viaje clandestino a manos de la mafia, a través de Centroamérica, hasta ingresar en el callejón del terror mexicano, que es la travesía en tren rumbo a Estados Unidos. Ruleta rusa que dura semanas, de la que uno que otro campesino sale vivo y entra indocumentado a Estados Unidos. Eso significa que el Sueño Americano se halla más allá de la Muerte. Que, precisamente, para los campesinos es el Más Allá.

– 11 –

En cuanto a alas, la globalización nos ha acercado el mundo hasta tal punto que por fin en algo nos parecemos a Dios: ahora gozamos, aunque también sufrimos, de ubicuidad. A través de Internet por poco ya podemos, cuerpo a cuerpo, amarnos o matarnos. Ahora, todos podemos estar al mismo tiempo en el mismo sitio. Por eso, también en Guamote y sus contornos, se

pudo ver en vivo y en directo, al igual que en París o Teherán o Bangladesh, la hecatombe lenta, apocalíptica, supraperfecta como una sinfonía del terror, de las Torres Gemelas disolviéndose igual que dos cubos de azúcar en unas gotas de agua.

– 12 –

Total, el Delfín hasta el Fin, con su *Torres Gemelas*, topó el cielo nunca imaginado ni soñado y hasta el sol de hoy su videoclip ha sido visitado por más de nueve millones de internautas. Todo un milagro que más o menos nació así: Delfín Quishpe, músico campesino inquieto, singular, atrevido, con olfato, a la manera de los poetas, más que ver, intuyó en esa catástrofe mundial una alucinante metáfora del mal contemporáneo que aqueja a su pueblo: el éxodo hacia las metrópolis, causa directa de la fragmentación irreversible de la familia y la comunidad. De allí que, en la canción, las torres del mito occidental se convierten en polvo, llevando en su vientre al ser amado. Metáfora del sistema depredatorio inherente a la migración.

– 13 –

Nada hubiese sucedido con la canción y videoclip —muestra excelsa del *kitsch* tecnoandino— si aquel acontecimiento que sacudió al planeta, del que también forma el mundo campesino, no fuese narrado desde su prisma cultural: 1. Lenguaje español gestado desde el quichua. 2. Alusión y cuestionamiento a Dios por haber permitido tal tragedia en la que perece el ser amado. 3. Vestimenta campesina —sombrero, botas, zamarro— globalizada y singularizada en su propio concepto *kitsch*. 4. Como fondo e ineludible cosmos la presencia del campo. 5. Uso explícito del orgullo identitario ecuatoriano. 6. Ocupación

del espacio estético y comunicacional propio del mundo campesino: abierto, dadivoso, ilimitado, barroco, yuxtapuesto, ritualístico. Para contratos llamar al 032952680 o al 0993148076, sobre fondo de hecatombe. Y, para cerrar, el eslogan de oro: Delfín hasta el Fin.

– 14 –

Así como entró de pronto en el escenario yutubesco, el inquieto y anacobero Delfín Quishpe entrará de pronto en el olvido. Sin embargo, quedará como una leyenda, para nada musical, por haber tocado el nervio preciso. Por haber pulsado accidentalmente la tecla que abre el cofre en el que duermen plácidamente los reptiles identitarios. Pues ha bastado que un campesino se arrogue el derecho de usar con sus códigos propios un acontecimiento mundial, para suscitar una estremecedora reacción de racismo, xenofobia, odio capaz de encender sentimientos genocidas, complejos peludos como tarántulas, fragilidad identitaria, miedo, mucho miedo. Y, por otra parte, más bien en el ámbito internacional, un sentimiento de burla y desprecio — racismo bonachón, a la final, que suele ser el más execrable— hasta en el ámbito televisivo y de grandes festivales. Como si Delfín Quishpe y su cultura campesina, a través de su música tecnoandina, fuese la expresión de un mundo sumido en la ridiculez, la torpeza, la inferioridad.

– 15 –

Pero Delfín Kitschpe no se arredra por nada. Su ímpetu de cholo *underground*, halagado por su rotunda fama y robustecido por su alegre inocencia, más bien le ha conducido hacia adelante, aunque implementando una fórmula demasiado simple: tomar

otros acontecimientos mediáticos del mundo para convertirlos, por arte de su magia, en éxitos. Por ahora le funciona la elemental trampa. Pero pronto ocurrirá lo que es inevitable: dejará de producir el efecto excepcional, tremebundo, humorístico que ha suscitado, sin habérselo propuesto, con su tema *Torres Gemelas*. Lo demás es autoplagio. A su vez, la conmoción racista, violenta, denigrante y triste se irá flaqueando y flaqueando. Quién sabe, el cofre de los reptiles no vuelve a ser clausurado y nuevos delfines nos van enseñando lo que la enseñanza y la sociedad nos han soslayado: que lo maravilloso de este horrible mundo es su incontenible mestizaje. Que la mezcla de culturas y razas enriquecen y otorgan mayor belleza a la especie humana. Que lo mejor de nosotros proviene precisamente de nuestro mestizaje. Ha sido buena cosa, en suma, que nos haya ocurrido el Delfín hasta el Fin. A la final, su singularidad, su humor y su inocencia muestran la fuerza de nuestro campesino: su autenticidad.

Publicado en: Diners, diciembre 2012



En el Guasmo
suena Mozart

Ileana MATAMOROS

Seudónimo: Kathy

*El Centro de Expresión Musical de la Fundación Huancavilca
cumplirá 10 años. Allí se forman los integrantes de la Sinfónica
Juvenil del Guasmo.*

Eduardo tenía seis años cuando su joven madre se enamoró de nuevo y se fue definitivamente de aquella pequeña casa del Guasmo Central, en el extremo sur de Guayaquil. Él quedó al cuidado de su abuela, Daisy Lino, a quien ahora llama mamá. Fue ella quien por esos días se enteró de que una fundación estaba abriendo un curso vacacional de música, y lo llevó “para que se entretenga, para que no esté aquí en la casa llorando, extrañándola”.

Eduardo ahora tiene 16 años, toca el clarinete en la Orquesta Juvenil del Guasmo y es uno de los solistas. El adolescente es de poco hablar, tímido con los extraños. Su hermana mayor, María Fernanda, cuenta como quien explica: “Él es así. Imagínense, no le gusta bailar, ni la salsa, ni el merengue, ¡no le gusta ni el reguetón! Pasa en su cuarto, leyendo sus cosas, tocando o escuchando su música. Ah, y viendo las caricaturas, eso le encanta”.

Logramos que Eduardo se sienta cómodo preguntándole sobre el clarinete. Nos habla de las partes que lo componen, de su geometría, de la función que cumple en una orquesta sinfónica, de la sonata 120 de Brahms... y cuando es evidente que la información supera el entendimiento de sus interlocutores, concluye sonriente: “es el instrumento que toca Calamardo, el vecino de Bob Esponja”.

En febrero se cumplirán diez años de aquel día en que su abuela lo llevó al naciente Centro de Expresión Musical de la Fundación Huancavilca (CEM). “Nos pusieron frente a una mesa larga. Era como un bufet, allí estaban todos los instrumentos y del otro lado de la mesa los profesores. No sé por qué fue, pero apenas vi el clarinete me gustó”, recuerda Eduardo.

Hoy, 190 niños y jóvenes estudian en el CEM. Cuando adquieren la destreza suficiente pasan a formar parte de la orquesta más conocida como La Sinfónica del Guasmo, aunque desde hace año y medio se abrió la sede de La Prosperina (otro gran barrio popular, al norte de la ciudad), y el nombre oficial de todo el conjunto se haya ampliado a Orquesta Sinfónica Infanto-Juvenil del Guasmo-Prosperina.

Vivianne Almeida, directora ejecutiva de la Fundación Huancavilca, recuerda que cuando el proyecto empezaba la agencia de publicidad les recomendó buscar otro nombre. “Nos dijeron que sería mejor si no se posicionaba su relación con un sector marginal. ¡No entendieron que eso era justamente lo que queríamos!, que se sepa que es una orquesta sinfónica formada con niños y jóvenes de este barrio, del Guasmo”, dice Almeida.

Para ubicarse en El Guasmo desde cualquier parte del mundo —estimado lector— vaya a Googlemaps: hacia el sur de Guayaquil encontrará fácilmente el Parque Forestal, la última gran área verde de la ciudad en esa dirección. Conservando la escala haga el ejercicio de desplazarse abajo, hacia el Puerto Marítimo. Notará que en cada clic los árboles van desapareciendo, hasta que lo único que registra la foto satelital son los reflejos de los techos de zinc sobre pequeñas y humildes casas.

El Guasmo le debe su nombre a que en el sector abundaban esos árboles, paradójicamente hoy, allí, prácticamente no existen espacios verdes. En los años cincuenta, el Guasmo, que ha-

bía sido una gran hacienda propiedad de acaudaladas familias, empezó a ser “invadido”, ocupado informalmente por migrantes del interior del país, sobre todo de la Sierra. Fue territorio de caudillos, líderes barriales, traficantes de tierras que parcelaron los terrenos sin consideraciones urbanísticas y muchas veces a punta de bala. Cientos de miles de familias se formaron en este barrio que nació de la necesidad y la falta de recursos. Con el pasar de las décadas llegaron el asfalto y los servicios públicos, incluso la Metrovía. Pero para solucionar los problemas sociales de las zonas urbano–marginales más densamente pobladas de Guayaquil, no es suficiente.

Según la Dirección Nacional de Policía Especializada para Niños y Adolescentes (Dinapen), el Guasmo y La Prosperina son los sectores donde más se registran robos y asaltos perpetrados por menores de edad. Daisy no necesita leer las estadísticas que publican los diarios para saber que “en este barrio no abundan los buenos ejemplos... Por eso es que yo a Eduardito no lo suelto, quizá por eso es tan tímido –reflexiona–, pero tengo que ser dura, porque si él se me tuerce, entonces sí van a aparecer mamá y papá a reclamarme. Por eso es que yo lo apoyo con su música, eso es lo que le gusta, lo único que le gusta”.

El talento no discrimina

El propósito del CEM es la inclusión, generar en los jóvenes un sentido de pertenencia a través de la oportunidad, rompiendo el mito que la educación musical es un privilegio de las élites económicas.

“Una o dos veces al mes tenemos presentaciones públicas o privadas: conciertos didácticos, actividades de promoción cultural. Visitamos escuelas para enseñar qué es una orquesta sinfónica o la historia de los instrumentos”, explica Jorge Layana, concertista de oboe y maestro de música graduado en

el Conservatorio P. I. Tchaikovsky de Moscú; él es el actual director del CEM.

Según Layana, el mayor logro de la Sinfónica del Guasmo es haber demolido un prejuicio implícito: “Antes ni se consideraba que un chico de barrio marginal podía ser un músico académico. Claro, la música sinfónica es históricamente elitista, se empezó a tocar en los palacios. Mozart, Haydn componían música para la corte... pero la verdad es que el talento no discrimina clases sociales”.

Además de las obras de autores clásicos, la orquesta incluye en su repertorio temas de música popular y contemporánea. Para la foto Eduardo se arrima en una pared de su cuadra y empieza a tocar el famoso tema de La Pantera Rosa. Algunos vecinos que pasan se detienen para escucharlo desde la vereda de enfrente.

A Daisy se le humedecen los ojos de emoción cuando habla de su nieto y su vocación por la música. Recuerda que cuando Eduardo era chiquito un buen día se empezó a colgar con insistencia de los pasamanos de los parques, le habían dicho que tenían que crecerle los dedos para poder alcanzar las últimas clavijas del clarinete, pero Eduardo no quería esperar. “Tomaba leche y se estiraba los deditos”, cuenta Daisy con ternura.

El CEM no es el único espacio para el desarrollo de la comunidad que tiene la Fundación Huancavilca, hay un centro de estimulación temprana, escuela de fútbol, de danza, un centro de desarrollo microempresarial... “Pero sin duda la orquesta es la que más trasciende —acepta Vivianne Almeida, la directora ejecutiva de la Fundación— y es también lo que mayor inversión necesita”, añade con cierta preocupación.

Los instrumentos y su mantenimiento son caros (un violín puede llegar a costar USD 350, las trompetas 800, un clarinete

800, un contrabajo 1 100...), y se requiere un profesor para cada instrumento. Otra necesidad urgente es adquirir instrumentos especiales para los más pequeños, a los que, como le sucedía a Eduardo, no les alcanzan los deditos para tocar. A inicios de año, el CEM atravesó una crisis financiera que puso en jaque su gratuidad y ocasionó que decenas de niños abandonaran su educación musical.

Estudiar

Daisy ha acompañado a su nieto en cada viaje con la orquesta. A excepción de aquella vez que se fue a un encuentro de sinfónicas juveniles en Mar del Plata, Argentina. “Fue una lucha conseguir que los padres le den permiso de salida. Al final hasta yo dudaba. Pero mi comadre me convenció, me dijo: ‘déjelo, déjelo ir, si no se va ahora, ¿cuándo lo va a poder mandar usted a un viaje así?’ Y tenía razón. Me puse a sacar cuentas y ni ahorrando cuatro años alcanzaría a pagar el pasaje”. La Fundación se ocupó hasta del costo del pasaporte.

Desde hace tres años Eduardo no va al colegio, un bus lo atropelló y perdió el año por faltas. Los gastos médicos del accidente se sumaron a los de la diabetes de Daisy y su frágil economía se vino a pique. Ahora él trabaja como ayudante en un taller de carpintería, pues los ingresos que recibe su abuela como empleada doméstica ya no alcanzan. Por la noche estudia mecánica a distancia. Pero está decidido que el año que viene volverá al colegio. “Un músico analfabeto no sirve para mucho, él no puede andar por el mundo ignorando tanta cosa”, dice Daisy.

Eduardo Camina 25 cuadras hasta la Fundación para sus clases, “llueva o haga sol”, como dice su abuela, 50 centavos de bus resultan un lujo para esta familia. Eduardo señala que sus amigos Pedro y Carmen Guamán, compañeros clarinetistas

desde el comienzo viven en Durán y atraviesan la ciudad para ir a sus clases.

Ni la carpintería, ni la mecánica, ni regresar al colegio parecen entusiasmar a Eduardo; su única ilusión es llegar, algún día, a formar parte de la Sinfónica de Guayaquil. El maestro Layana cuenta con orgullo, pero con cierta pena, que muchos de los alumnos más sobresalientes, cuando llegan a los 20 y pico, se unen a otras orquestas, se convierten en profesores particulares y algunos incluso forman sus propios grupos musicales. No niega que quisiera que todos se quedaran en el CEM. “Pero justamente ese es nuestro propósito: formar instrumentistas con la experiencia necesaria en el ámbito académico para que puedan aplicarla en futuras actividades profesionales. Darles la oportunidad para que vuelen por sí solos”,

Recuadro

Pequeñas historias musicales

- Kerly Veloz Cortez tiene 11 años y toca el contrabajo desde hace un año y medio. A veces se cansa de cargarlo y le duelen las ampollas que se le forman en los dedos, pero no se arrepiente de haber escogido este instrumento: “Son pocas las mujeres que tocan contrabajo, de ley que me gusta”, dice. No ha descuidado los estudios, tuvo las mejores notas este año y siempre ha estado en el cuadro de oro en la escuela.
- Las hermanas Salazar Paris–Moreno son de La Prosperina. Las gemelas Kerly y Allison tienen seis años y tocan la trompeta.
- Lisbeth de 11 años y Marjorie de 20 tocan el trombón. Les gusta la salsa, el merengue y, en general, la música baila-

ble. “Me encanta cómo tocan los salseros, yo también quiero ser famosa”, dice la mayor. Sus preferidos son Héctor Lavoe y Joe Arroyo.

Publicado en: Diners, febrero 2012



El miedo es un muro
que me impide
conocerte
(La vida en Las Colectivas)

Elías URDÁNIGO

Seudónimo: Joe Christmas

A Las Colectivas les dicen el Bronx. Dicen que es peligroso como el barrio neoyorquino. Lo dicen los taxistas, las recepcionistas de hotel, los periodistas, los policías.

–Le decimos El Bronx– corroboran los más jóvenes, que con orgullo pendenciero reclaman el título de tugurio, ganado a pulso según las leyendas. Una dice que aquí vivió Gustavo Párraga, alias La Rana, uno de los delincuentes más buscados de su época, acribillado en 1994 por fuerzas especiales de la Policía. Otra leyenda dice que esto es un fumadero, y los fumaderos acarrearán problemas a la comunidad y a los periodistas metiches.

–Si quiere hacer un reportaje es mejor que entre con un policía– me dijeron en la Unidad de Policía Comunitaria (UPC) 30, ubicada en una esquina de Las Colectivas. Eso fue lo que hice, aun sabiendo que era una tontería. Esto no es Afganistán y yo no soy un corresponsal de guerra.

Sábila para la suerte 1

Una sartén quemada, bañada en aceite, le sirve para freír una tortilla de harina. Lo hace en la única hornilla de su cocineta eléctrica, apoyada en la ventana del departamento: un cajón de dos metros de ancho y tres de largo, sin contar el baño. La

masa frita es el almuerzo –a las cuatro de la tarde– para su hijo de ocho años, pelo rapado, piel cobriza, vivaracho y de palabra rápida, llamado Adoni.

Dime Rosario

Rosario lleva un vestido celeste sin mangas. Debajo de los ojos el negro del rímel o algo parecido al rímel. La mirada bailarina, loca. La mala vida. Las manos flacas brotadas de venas. Los movimientos nerviosos de un adicto. 45 años.

Rosario vive en Las Colectivas con su marido, un hombre retorcido como alambre, bigote canoso, ojos hundidos, ademanes ásperos, voz rasposa; que alarga la S al final de algunas palabras. 44 años.

–Cómo para qué mi nombre... No, no me saque fotos.

En Las Colectivas, según Rosario, se vende de todo.

–Y se consume pero tenemos respeto con las otras personas. No se atenta contra el pudor de nadie. La gente compra sus notas pero todo con la plata de su trabajo.

– 2 –

Las Colectivas son dos bloques de concreto acoplados entre la avenida Del Ejército y la calle Gómez Rendón, en el centro sur de Guayaquil. Cada bloque tiene un edificio de cuatro pisos dividido en dos secciones, construidos hace más de 70 años como parte de un plan de vivienda para los afiliados al IESS. Los divide un callejón de unos 50 metros. Hoy, entre comerciantes formales e informales, profesores jubilados, ancianos abandonados, amas de casa prematuramente desesperadas, niños duros y lolitas explosivas, vive gente sin empleo, drogadictos, uno

que otro adolescente descarriado y, según los vecinos, también uno que otro policía.

Unos viven aquí desde hace años, otros se han tomado apartamentos abandonados. Nadie paga arriendo ni servicios básicos, el IESS dejó de cobrarles y suspendió los servicios con la intención, dicen los inquilinos, de que abandonen el inmueble para subastarlo y construir un hospital o un centro comercial. De esto hace más de ocho años, más o menos el mismo tiempo que estos vecinos llevan robando electricidad y recibiendo agua potable sin cancelar tarifas.

Hay ventanas que conservan sus antiguos marcos de madera, otras tienen rejas, vidrio y aluminio. Se ven surgir antenas de televisión por cable y caras de cansancio y aburrimiento.

Se han tumbado y levantado paredes. En la parte baja de uno de los bloques, se ven retazos de cemento enlucido, boquetes que se abrieron para invadir tal o cual departamento y que luego fueron parchados chapucemente. Las paredes están cruzadas de grafitis, inscripciones amorosas, amenazantes, religiosas. En ciertos pasillos, la luz es escasa y para subir por la noche hay que iluminar con la pantalla del teléfono o conocer de memoria el camino. Un collar de calzones coloridos cuelga entre las galerías.

En un artículo publicado el 29 de octubre de 2007, en diario El Universo, el IESS negó haber dejado de cobrar las mensualidades, asegurando que eran los inquilinos quienes no asumían sus compromisos. Se explica, además, que si no llegaban a un acuerdo con los ocupantes del inmueble se daría un desalojo. Obviamente el desahucio no se cumplió, tampoco hubo acuerdo, sin embargo, hoy no existen medidores de electricidad y la estructura del edificio va en declive. Tal como están las cosas,

según el mismo artículo, el IESS estaría perdiendo 200 mil dólares anuales.

Sábila para la suerte 2. Bloque Uno

Rosario se sienta en un colchón de dos plazas tirado en el piso. Aquí duermen ella, su marido y Adoni.

—No es Adonis, es Adoni. Ese nombre lo saqué de la Biblia. Era el hombre más bello.

En la Biblia existe un personaje llamado Adoni-bezec, quien les arrancaba los dedos de la mano a sus enemigos, pero ella confunde al Adonis griego con el Adoni bíblico. Su confusión proviene de una mala interpretación de las sagradas escrituras y de una referencia mitológica hecha por una amiga.

En el baño, el agua sale por un tubo de más o menos una pulgada de diámetro y el espacio para ducharse es del porte de una baldosa. No todos los departamentos de Las Colectivas son de estas dimensiones. Este en particular fue reducido por los vecinos, que decidieron reformar su vivienda tumbando una pared y rebanando el de Rosario, que por entonces estaba vacío.

—Mi marido era guardia de seguridad, pero lo botaron, porque solo hasta los 38 años nomás reciben.

Tienen dos hijas, casadas, que los ayudan, mientras el padre intenta ganarse la vida vendiendo chucherías en las vías de la ciudad.

De una de las paredes cuelga un cuadro de plástico con una foto.

—En esa estoy yo con mis hijas— dice Rosario.

Extiendo el brazo y lo retiro de la pared. En la foto hay tres mujeres sentadas en sillas de plástico, en medio de una fiesta. Son robustas y van maquilladas. A simple vista, ninguna se parece a la mujer que está sentada sobre el colchón. Le pregunto cuál de todas es ella.

—La de en medio— me dice.

La que está en medio es una mujer de pelo largo y ondulado, ligeramente rubio. Una mirada limpia, piel saludable. La foto es de hace tres años. Entonces su marido tenía trabajo y vivían en otro barrio, en un espacio más grande. La adicción a la pasta base, el desempleo y la mala alimentación han ido deteriorando sus cuerpos, consumiendo sus ambiciones y trastocando sus personalidades.

La habitación de Rosario da al callejón y tiene una puerta sin cerradura. Un día tuvieron que romperla para entrar porque le habían puesto un candado, según Rosario, porque quieren sacarlos y quedarse con ese espacio. Para cerrar arriman lo que quedó de puerta al boquete. La ventana la cubren con una hoja de pleibo. Del dintel cuelga un manojo de sábila marchito. Se supone que la sábila recoge las malas energías y trae buena suerte.

— 3 —

Estaba alojado en un hostel para gringos frente al Malecón 2000, con más o menos la dinámica de una casa de alojamiento: desayuno self service y baños compartidos. Mi habitación, de hecho, era una de las pocas con baño privado. Por la mañana desperté sintiendo esa leve desorientación al abrir los ojos en un lugar ajeno, hasta que calibré dónde estaba. Entré al baño que quedaba al pie de la cama, cubierto por una mampara de

vidrio oscuro. Alcé la tapa del inodoro y me senté. Después de accionar la palanca descubrí que 50 dólares por noche no garantizan nada en un hostel para gringos. Una mañana sin agua, el producto de mi digestión flotando en la taza. Prendí el aire acondicionado para que la atmósfera se mantuviese mínimamente respirable. Para bañarme tuve que desfilarme por la recepción y el comedor con mi toalla al hombro. Luego anoté en mi libreta: “¿Cómo se las arreglan con el agua la gente de Las Colectivas?”

Aparentemente, el agua les llega todos los días a las cisternas –sin cargo– y con ayuda de bombas es distribuida a los departamentos. Cada bloque tiene su cisterna pero no siempre una bomba, el mantenimiento de la misma corre por cuenta de los inquilinos, cuando se organizan, cosa que sucede poco. En varios departamentos, se ven mangueras entrando por las ventanas porque las viejas tuberías internas han dejado de funcionar. Las cajas de revisión están ubicadas en los patios interiores de cada bloque; en el patio que comparten la primera y segunda sección, la caja está averiada, líquidos negruzcos y mojoneros de un extraño color alfalfa flotan alrededor de la tapa. Cuando las bombas dejan de funcionar no queda de otra que acarrear el agua en baldes.

Es como habitar un cuento de Pedro Juan Gutiérrez. Pero aquí nadie conoce al escritor cubano, todo es Daddy Yankee, Ñengo Flow, J. Balvin, Jorge Celedón, programas concurso y telenovelas.

El hombre que ríe. Bloque Uno

–Me llamo Mireya Bautista.

Mujer pequeña, facciones duras, maquillaje suave y pelo templado hacia atrás en un moño. 53 años.

Mireya no vive en Las Colectivas ni es enfermera, pero atiende a un hombre de 90 años que tiene su departamento en el bloque uno y está confinado a una silla de ruedas debido a un derrame. Por 150 dólares al mes ella prepara las tres comidas diarias, le da de comer, vigila su estado de salud, lo ayuda con el aseo y de vez en cuando colabora con la terapia de ejercicios que consiste, básicamente, en hacerle dar unos pasos sobre un sendero de madera descolorida con pasamanos a los costados, como los que se utilizan en los centros de cuidados para parapléjicos. El anciano se llama Rubén, tiene dificultades para hablar y quizá para comprender lo que le dicen. De su garganta salen ruidos chillones y sonidos donde apenas se distinguen las palabras bien, hola, bueno. En los gestos está concentrada su capacidad de expresión. Se nota ansioso por mi inesperada visita.

Su departamento también es pequeño, pero al menos entra bastante luz natural. Un espacio escueto, sin muebles a excepción del pasamano donde hace terapia, y la cama de una plaza y media en la división del dormitorio. Por ahí se ve una silla de plástico, una mesa patoja y un refrigerador pequeño marca Sanyo.

—Vivía con el hijo, pero él se fue a Manabí— dice Mireya.

Quien suele visitar al anciano es su hermana, y es ella quien paga el sueldo de Mireya y quien hizo elaborar el pasamano de ejercicios. Pero viene solo de visita.

Rubén intenta aplaudir, entonces comprendo que su excitación nace del desorden de su memoria. Me confunde con su hijo.

Hace cuatro años que está solo. Desde que le dio el derrame son él, su silla de ruedas y la ventana que da a la avenida Del Ejército, desde donde se ve un letrero que dice Sociedad de To-

pógrafos del Guayas. El anciano se agita tratando de articular. La mujer le dice con tono severo: “Quédate tranquilo, Rubén, no vayas a ponerte a llorar”. No, Rubén no llora, ríe o hace un gesto parecido, bate las manos, se pone rojo–colorado.

—Él es como un niño, sonrío mucho pero a veces se pone triste o no quiere comer— dice Mireya.

La mayor parte del tiempo Rubén se las arregla solo. Mirando un viejo televisor que tiene en el cuarto, entreteniéndose, supongo, con los recuerdos. Trato de imaginar la vida de Rubén con unos años menos y sano, quizá si hubiese sido escritor su vida espartana y solitaria fuese la deseada. Pero Rubén seguramente fue un funcionario público, algún oficinista que se jubiló sin el consuelo de llevar un diario como el personaje de La tregua, de Mario Benedetti.

—4—

Antes escribí que entrar en Las Colectivas es meterse en la ficción de Pedro Juan Gutiérrez, pero ahora recuerdo Los inquilinos, de Bernard Malamud. La historia de un escritor judío llamado Lesser que está en proceso de escribir su tercera novela y ha decidido no abandonar un edificio de departamentos, a punto de demolición, hasta terminarla. Los demás inquilinos se han marchado pero él siente que, si se muda, perderá la concentración, el hilo de su historia y lo que más quiere es escribir ese punto final que lo libere. Lesser aguanta en ese edificio vacío, de cristales rotos y puertas arrancadas, con las tuberías inservibles y gente que entra de noche a drogarse o robar los alambres de cobre. Además, debe soportar el acoso del dueño del edificio que no puede desalojarlo, pero insiste en que salga por su propia cuenta. La cosa se complica más cuando llega

al edificio Willie Spearmint, un afroamericano con intenciones de escribir su primera novela. Lesser y Spearmint primero se hacen amigos, comentan sus obras, se dan consejos, hasta que empieza entre ellos una lucha de egos, y claro, hay una mujer de por medio.

—Realmente, Harry, no haces otra cosa que estar sentado sobre el culo escribiendo. Cuando vienes aquí, te sientas sobre el culo y lees.

—Pero no cuando estamos en la cama.

—Las cosas van así. Primero escribes, después lees, luego dedicas un poco de tiempo a echar un polvo, después vuelves a casa. Pero, ¿qué vida hago yo? ¿Por qué no te tiras al libro y así ahorramos tiempo?

¿Qué pasaría si un escritor ecuatoriano se metiera a vivir en Las Colectivas para no tener que luchar por un arriendo y comiera solo mandarinas y leche, y se dedicara a escribir?

—5—

Marco Martínez trabaja como corrector de estilo en un periódico de Guayaquil, se autopublicó una novela llamada Culo flaco y años atrás ganó el concurso de Novela Corta Medardo Ángel Silva con El enemigo necesario. En Culo flaco, Martínez menciona a Las Colectivas en un par de capítulos. Uno de sus personajes va a comprar pasta base a ese sector.

Nos encontramos la noche posterior a mi primera incursión en Las Colectivas. Me dijo que conocía a alguien que había vivido en uno de esos departamentos durante dos años, comerciando pasta base. “Él se metió en uno que estaba vacío y allí vendía, todo súper frío. La gente no tenía necesidad de salir, ahí mismo

era todo (distribuía a inquilinos y gente de fuera). Antes vendían unas hayacas inmensas de cinco mil sures que no conseguías en ningún lado”.

Hacemos un tour a pie por calles oscuras de la Zona Rosa, el olor picante de la marihuana en el aire. Se supone que el sujeto cuida carros por aquí, pero no hay indicios de él por ningún lado. “Tengo chance que no lo veo pero el man rodaba por aquí”, comenta Martínez.

Añade que hay otras Colectivas, pero que en esas sí cobran un mensual, algo irrisorio. Me cuenta historias siniestras de tipos que llevan a esos cuartos a los niños betuneros. Se me revuelve el estómago.

Nos sentamos frente al malecón a beber cerveza y conversar de estimulantes. Martínez es una especie de erudito de la droga de baja estofa: “Antes el polvo era más hijodeputa. Había un polvo amarillo, uno gris, uno blanco, dependiendo si era boliviano, peruano o corroncho. Uno más rico que otro. Después empezaron a vender craqueta. Fue rápida la transición. Ibas y te preguntaban si querías triqui o craqueta, hasta que dejaron de comercializar definitivamente triqui y solo vendían craqueta. Pero todo el mundo le siguió diciendo triqui. Ahora el ploplop (coca cocinada) es todo. Es crack o tirada para atrás que también le dicen. Y una mierda que le dicen ‘la sucia’, más barata. Elías, tengo que decirte, ya no fumo esa mierda”.

Al final nos despedimos cerca del hostel donde me alojo, me regala un poco de “mango” y una pipa fabricada con el papel metálico que viene en las cajetillas de cigarrillos. Subo con la intención de quemar la mango y despejar el aire viciado de mi habitación pero cuando abro la puerta me doy cuenta que el problema del agua está solucionado. Me recuesto y enciendo el aire.

No queremos vivir gratis 1. Bloque Dos

Alex Tapia.

Cara redonda y piel color de barro, usa un pantalón corto y zapatos deportivos.

Por la mañana vende encebollados cerca del Municipio y al mediodía los vende en un pequeño restaurante que ha montado en su departamento. Me enseña la sala, estrecha, con paredes pintadas de amarillo ocre, ordenada, limpia, casi llena con un congelador donde mete la cerveza, que desde luego vende a sus vecinos los fines de semana. En Las Colectivas hay casi de todo, hay inquilinos que poseen teléfonos adaptados para que funcionen con monedas, como una forma de ganarse unos centavos. Desde unas ventanas se venden empanadas y de otras, bolos y helados. La tierra de nadie es tierra de oportunidades: el desierto florece si es habitado por una tropa de necesitados. Y cuando las autoridades, como el casero de Lesser, acosan a los inquilinos quitándoles los medidores, estos se prenden de las redes eléctricas y ponen a funcionar sus canales de cable y su refrigerador lleno de cerveza. La salsa no se detiene. La fama oscura que trae la pobreza, infundada o cierta, se deshace en algarabía y en pactos vecinales improvisados.

—Lo que pasa es que tienen mala fama Las Colectivas por los pasadizos. La gente roba en las busetas, y viene y se mete por un lado y sale por el otro. De ahí, es como en todo Guayaquil, que hay delincuencia donde sea. Pero no todo es malo, aquí hay gente que trabaja y suda. Nosotros no pagamos porque no nos quieren cobrar, eso no más. No queremos vivir de gratis. Si quieren sacar a la gente de aquí tienen que reubicarla, ayudarla de alguna forma. No ve que aquí hay gente que vive más de 50 años en estas casas, no pueden botarlos como perros.

Recorremos los pasadizos donde según Alex se ocultan los pillos que vienen de afuera. Estos pasadizos atraviesan por la mitad a cada bloque e interconectan la avenida Del Ejército con la calle José Mascote. Para un primerizo puede ser una experiencia vertiginosa, pero después del segundo recorrido el desconcierto queda anulado. Ambos bloques se conectan por medio de un callejón que ha sido utilizado en videos musicales de Gerardo Mejía y Jorge Luis del Hierro. Es la estética de la pobreza que atrae, ese aire al Bronx neoyorquino que dicen tienen Las Colectivas.

No queremos vivir gratis 2. Bloque 2

“María”.

Usa un vestido verde agua pegado al cuerpo, un cuerpo de unos 45 o 48 años, al que envuelven argollas de grasa. Es blanca, tan blanca que sus ojos son verdes, el cabello teñido de negro petróleo. Nariz pequeña y labios rojos. En sus manos, lleva una tarrina con estofado de pollo, el almuerzo para el esposo que trabaja a unas cuadras del sector. Tiene prisa.

—Viene mucho fumón— señala una esquina del pasillo, encima hay una ventana con rejas y como si esto fuera un documental sobre la manifestación divina un rayo de luz cae sobre un montón de colillas amarillentas.

—De noche esto apesta. Aquí se vive en la insalubridad, como no pagamos nunca vienen a fumigar ni hacen algo por el mantenimiento del edificio. No sé si los drogadictos vienen de otro lado o viven aquí, pero al principio esto era bonito. Solo podían tener departamentos los que eran asegurados al IEISS o los familiares, después ya vino gente a cogerse los departamentos vacíos. Anteriormente, no se veía la calidad de gente que hay ahorita; ya se ve, como le digo, gente ordinaria, que hace escán-

dalo y todo eso. Antes esto era limpio, con guardias y puertas... Hay vecinos que pintan sus paredes pero enseguida las manchan, entonces ya para qué arreglar.

–6–

En la cancha de cemento que está a un costado de Las Colectivas, Adoni, el hijo de Rosario, juega a los penales con dos niños. Uno de ellos, pequeño, pelo corto y camiseta blanca colgando del hombro, grita: “A mí qué chucha me importa, me toca”. Es soberbio. No tiene más de 10 años pero en cada una de sus palabras y sus gestos se vislumbra una experiencia que sobrepasa su edad cronológica. Los demás no se quedan atrás. Los observo discretamente durante un rato. Son prodigios de la supervivencia, se han adaptado a ese entorno rudo, taimado, sagaz de los adultos. Adoni es más suave a la hora de hablar pero no menos firme, cuando se cansa de tapar, deja el arco y ni las burlas ni los insultos lo hacen cambiar de parecer. “Ahora tapa tú”, le dice a uno de sus compañeros. Durante unos minutos nadie acude, después el de la camiseta en el hombro se encamina a la portería: “maricones”.

Publicado en: Diners, agosto 2013



El primer
ecuatoriano
en el espacio

Juan Fernando ANDRADE

Seudónimo: Rubemor

Dos horas antes de que el huracán Sandy llegara a Nueva York, a finales de octubre del año 2012, el cineasta ecuatoriano Sebastián Cordero salió a pasear en bicicleta. Cuando llegó a Central Park, vio cómo las autoridades evacuaban a la gente y supo que la ciudad había sido declarada en emergencia. Cordero dio media vuelta y regresó al lugar de donde había salido, el Hotel Cassa, en Times Square, el corazón de Manhattan. Subió hasta el piso 17, entró en su habitación y siguió teniendo uno de los peores momentos de su vida.

El hotel, en la calle 45, se había salvado del apagón que oscureció a la Gran Manzana desde la 40 hacia abajo; los cuartos tenían agua caliente, luz eléctrica, y sólo habían perdido el servicio de Internet; algo que, en este siglo, no deja de ser grave. Cordero pensó en aprovechar la crisis para refugiarse en el cine y ponerse al día en la cartelera, pero todas las salas estaban cerradas y lo único que encontró abierto fue una librería Barnes & Noble en la que compró 15 películas en DVD.

Durante su encierro vio, entre otras, *Saló*, la cinta de Pasolini en la que un grupo de adolescentes es torturado física, mental y sexualmente; y *Deep Water*, un documental sobre la carrera de yates que, en 1968, convenció a varios hombres de abandonar a sus familias para tratar de darle la vuelta al mundo en una competencia de consecuencias desastrosas. Sus horas de

aislamiento se repartían entre películas duras y un diario que había empezado a escribir en su computadora, varias páginas dedicadas a las muertes que le ha tocado ver de cerca: la de su padre, la de su hermano mayor, la de uno de sus mejores amigos; y la más reciente, la de Mónica, su madre, que falleció semanas antes del huracán, el 6 de octubre, tras poco más de un año luchando contra el cáncer. Cordero estuvo en Quito para presenciar su último suspiro y después volvió a Manhattan para seguir trabajando en una cinta de ciencia ficción llamada *Europa Report*.

La primera vez que abrió el guión de su nuevo proyecto fue en octubre del 2010. Un productor de Los Ángeles lo llamó por teléfono, le preguntó si le interesaría leer algo de bajo presupuesto en lo que tendría espacio para mucha creatividad, y resumió la historia como “pocos personajes en un espacio reducido”. Cordero aceptó enseguida.

Tras el estreno de *Crónicas*, su segunda película, en el festival de Cannes del 2004, el director parecía haber cumplido la fantasía del joven cineasta latinoamericano: conseguir un agente y escoger su próximo proyecto de entre los guiones escritos en inglés que le llegaban cada semana. Uno de esos fue *Manhunt*, la historia de los hombres que cazaron al asesino de Abraham Lincoln en 1865. La cinta se hizo un asunto de interés público cuando Harrison Ford, el mismísimo Han Solo de *La Guerra de las Galaxias*, empezó a figurar como protagonista. La noticia apareció en todos los periódicos, casi siempre acompañada de una aduladora entrevista al director, que estaba a punto de entrar a Hollywood por la puerta grande de la mano de una celebridad. Luego, como dicen los cineastas, “el proyecto se cayó”. Semanas antes de empezar el rodaje, mientras Cordero afinaba los últimos detalles, los productores de *Manhunt* cancelaron la película. Según él, jamás llegaron a un acuerdo monetario

con Han Solo. Sebastián abrió la boca antes de tiempo, un error que nunca se perdonará y que nunca más volverá a cometer.

El guión de *Europa Report* llegó a su *mail* como habían llegado antes una docena de posibles proyectos en Estados Unidos que no se concretaron por distintas razones. Empezó a leerlo en la sala de pre embarque del aeropuerto de Cuenca, donde esperaba el vuelo que lo llevaría a recibir el premio que *Rabia*, su tercera película, había ganado en el festival 0 Latitud de Quito como favorita del público. El avión se retrasó por mal clima y él siguió leyendo, “enganchadazo”. Cuando el capitán recibió autorización para elevarse, el tiempo no había mejorado gran cosa. El vuelo, desde el despegue hasta el aterrizaje, fue una gran turbulencia que duró 45 minutos, una pesadilla que Cordero logró evadir concentrándose en otra historia: seis científicos viajan a bordo de una nave espacial rumbo a Europa, la luna del planeta Júpiter.

Casi un año después, en junio del 2011, mientras estaba en el Instituto Sundance (el rancho de Robert Redford en Utah) como asesor de un taller de guiones, Sebastián Cordero recibió una llamada de su hermana Lorena: su voz estaba destruida y traía malas noticias. Por esos días, Mónica, su madre, tenía prevista una cirugía menor para retirar un pequeño quiste alojado detrás de la lengua; antes de la operación los doctores habían dicho que el tumor era benigno, pero el diagnóstico era equivocado y a la hora de intervenirla descubrieron que se trataba de un cáncer a la tiroides en estado avanzado, inoperable.

Sebastián regresó al Ecuador días más tarde. Para esto ya había estado trabajando en el *look* de *Europa Report* con el mexicano Eugenio Caballero, director de arte de *Crónicas*, *Rabia*, y ganador de un Oscar por su trabajo en *El laberinto del fauno*. Tras varios días en Ciudad de México, viendo cómo la nave que llevaría a los astronautas de su nueva película al espa-

cio cobraba vida en bosquejos de papel, Cordero siguió camino a Nueva York, donde presentó esos diseños a los productores de la película, y triunfó: tenía luz verde para rodar en Estados Unidos. Su madre, que siempre estuvo cerca de él y de sus proyectos, que leyó varios de sus guiones antes de que fueran filmados y socorrió emergencias económicas, lo sabía. Por eso cuando Sebastián le dijo que aún podía bajarse de esa película y quedarse cerca mientras durara la enfermedad, ella le dijo: estás loco, ¿cómo vas a perder una oportunidad como esta? Y añadió: ¿acaso sabes algo que yo no sé? Cordero no lo sabía, no tenía forma de saberlo, y volvió a Nueva York para empezar la pre producción.

Europa Report tuvo problemas desde el principio, desde que se propuso llegar donde nunca nadie había llegado, a la luna de Júpiter, con dos millones de dólares por todo presupuesto. Dos millones puede sonar a mucho, pero en cine es poco y en Estados Unidos es casi nada. Eugenio Caballero y Enrique Chediak, el director de fotografía ecuatoriano a quien Cordero llama su hermano creativo, le advirtieron que tratar de hacer la película con esa cantidad de dinero era una locura. Caballero venía de rodar *The Impossible*, con Naomi Watts y Ewan McGregor, en la que se había dado el lujo de construir todo un set para recrear los efectos del tsunami ocurrido en Tailandia en 2004; y Chediak ya había sido contratado para fotografiar *RED 2*, con Bruce Willis, John Malcovich y Helen Mirren, una película cuyo presupuesto estimado superaba los 80 millones de dólares.

El dinero no era el único problema. La producción contaba con 19 días para el rodaje, 19 días de doce horas cada uno, y ni un segundo más. Sebastián Cordero tenía que filmar la película más grande de su carrera en tiempo récord.

Uno de los argumentos que utilizó para convencer a los productores de que le dieran el trabajo, fue la promesa de respetar los principios científicos y realistas planteados en el guión. La película sería filmada con ocho cámaras de monitoreo instaladas en el interior de la nave y unas pocas más para exteriores y puntos de vista de los astronautas. Este formato, casi documental, le daría a la misión un tono de fidelidad que aumentaría el drama de sus descubrimientos. Los productores se emocionaron con la idea y lo enviaron al Jet Propulsion Laboratory, en Pasadena, California, el laboratorio de la NASA donde se construyen los prototipos y las naves que van al espacio. Durante esa visita, Cordero sometió la veracidad de su próxima película a los conocimientos de astronautas de verdad y vio, a través de una ventana, el *Curiosity Rover* que hoy recorre las carreteras irregulares del planeta Marte. Luego llamó a su mamá para contárselo. Mónica no lo registró del todo y Sebastián le pidió que hablara con el tío Rubén, su hermano menor, un matemático puro que diseña sistemas de seguridad para reactores nucleares en Estados Unidos. “Mami, pregúntele a él qué es, díglele que le diga”, fueron sus palabras.

La producción de *Europa Report* sucedió entre el 14 de noviembre y el 13 de diciembre del 2011 en un estudio de Brooklyn, Nueva York. Las ocho cámaras de monitoreo fueron colocadas horas antes de la primera toma, cuando Eugenio Caballero terminó de construir los interiores de la nave espacial, que puestos en posición vertical medían lo mismo que una casa de dos pisos. Cordero sabía que tenía el tiempo en contra y para las dos de la tarde del primer día de rodaje ya había despachado todo el trabajo de la jornada. Aquella fue una pequeña victoria que casi enseguida se volvió frustración. No podrían rodar nada más porque nada más estaba listo y la producción no podía permitirse el lujo de pagar horas extra para esperar. Sin importar cuán duro estuviera dispuesto a trabajar, el director

ecuatoriano tenía que ir al ritmo de la industria y bailar la que le pusieran.

La industria es Estados Unidos y allá el director es un empleado de los productores, que son los verdaderos dueños del circo. Mientras ajustaba la historia a sus expectativas trabajando con el guionista Philip Gellat, Cordero tuvo que acostumbrarse a algo que en su país no le pasaría jamás: tenía que presentar esos cambios a varios productores divididos a su vez en dos bandos, los de Los Ángeles y los de Nueva York, y responder a memos de más de diez páginas con notas y comentarios que el director estaba en la obligación de atender aunque le parecieran absurdos.

Mientras su hijo daba vueltas en el espacio exterior, Mónica Espinosa recibía prolongadas sesiones de quimioterapia y radioterapia en el Hospital Metropolitano de Quito. Nunca perdió el contacto con ella, aún en los días más intensos del rodaje de *Europa Report*, hablaban por teléfono con frecuencia y se contaban cosas. Entre visita y visita, Sebastián vio envejecer a su madre de un día para el otro; la vio primero con todo el cabello blanco y después usando una peluca. Y fue durante una de esas visitas, en la que Mónica atravesaba una internación de varios días, que Sebastián la acompañó en el cuarto del hospital, sentado a un lado de la cama. Mientras su mamá dormía él descargaba en su computadora secuencias de la película que duraban minutos –a veces sólo segundos– y traían efectos visuales aún en trámite. En cuanto pudo, Sebastián le mostró a Mónica los primeros 20 minutos de su nuevo trabajo, tratando de explicarle lo que pasaba en cada escena y cómo se vería cuando estuviera terminada. Mónica estaba débil y apenas alcanzó a verlos antes de arrimar la cabeza a un costado de la almohada y seguir durmiendo. Poco después perdió la voz.

Las últimas conversaciones que tuvieron fueron por mensaje de texto.

El 13 de septiembre del 2012, en un centro comercial de Paramus, Nueva Jersey, 300 personas que ese día andaban de compras vieron en el cine una versión –un prototipo, digamos– de *Europa Report*. El experimento es común en Estados Unidos y su propósito es conocer las reacciones del norteamericano promedio. La cinta se proyectó sin que los efectos visuales estuviesen terminados y con música de referencia tomada de otras películas de ciencia ficción. Al final de la función, los asistentes respondieron a una serie de preguntas y dejaron, entre muchos otros, los siguientes comentarios: “la película es pobre”, “una pérdida de tiempo”, “no se la recomendaría a nadie, nunca”, “sobre todo, aburrida”. Sebastián Cordero estaba en la sala de incógnito, y tras evaluar los resultados de las encuestas, los productores le dijeron que su nueva película había sacado los puntajes más bajos que hubieran visto en todos sus años de experiencia.

Los días siguientes fueron terribles. Cordero viajó a Quito a principios de octubre, encontró a su madre ya inconsciente, la acompañó hacia la muerte y se quedó con su familia hasta poco después del entierro. En algún momento, su tío Rubén, el matemático puro, le contó que sí, había logrado explicarle a su madre el privilegio que significaba una visita al laboratorio de la NASA, y sí, ella lo había entendido perfectamente y se había puesto muy contenta.

De vuelta en Nueva York, *Europa Report* agonizaba. Sebastián había trabajado en el montaje con tres editores distintos y ni él ni los productores estaban contentos con el resultado. La película aún no definía su identidad, era, a medias, un *thriller* de horror en clave de ciencia ficción y una cinta realista sobre la exploración espacial. Los productores de Los Ángeles em-

pujaban hacia el *thriller* y los de Nueva York hacia la ciencia; Cordero también luchaba por defender el propósito explorador de la misión, pero no tenía la última palabra ni mucho menos.

En un intento por salvar a la película de lo que ellos pensaban sería un fracaso, la gente de Hollywood contrató a Craig McKay, veterano editor de *El silencio de los inocentes* y *Filadelfia*, para que se hiciera cargo y “arreglara” la cinta. Sebastián tenía prohibido entrar a la sala de edición mientras McKay estuviera trabajando y gastaba las horas en otro cuarto, dentro de la misma oficina, editando por su cuenta secuencias que por lo menos en su cabeza estaban claras: una forma de lamerse las heridas. Era como ver a la mujer que amas acostándose con otro y poder, apenas, acariciarle las plantas de los pies. La frustración que sintió en ese momento no la había sentido nunca antes, Cordero, amo y señor de sus películas, no pudo relacionarse con el vacío de la distancia y un día, en horas de la tarde, explotó. Desesperado, pensando que el proyecto se le había escapado de las manos y que la película ya no era suya, ese día enfrentó a uno de los productores y le dijo “¿si no me dejan trabajar entonces qué estoy haciendo aquí?” Éste, más bien calmado y con tono de burócrata, como quien dice hace frío o ya mismo llueve, le respondió que ya había cumplido con su trabajo como director y mucho más, que si quería, podía irse. Fue entonces cuando el huracán Sandy llegó a Nueva York.

La rutina de Sebastián Cordero en el hotel Cassa de Times Square era, por así decirlo, deprimente: veía películas duras, escribía entradas en su diario de la muerte, se asomaba a la ventana, observaba a Manhattan partida entre los que tenían luz y los que no. Pero quizás lo más doloroso era lo que ocurría al menos una vez al día cuando llamaba a Ben Browning, productor financiero de *Europa Report*, y hablaban sobre el destino incierto de la película asumiendo la derrota como una posi-

bilidad cada vez más cercana. Los cajones de Hollywood están llenos de películas que nunca fueron, y en ellos siempre, *siempre*, habrá espacio para más: según la lógica de la industria, es preferible desaparecer una cinta a estrenarla y perder aún más dinero que el invertido en su producción. En algún momento, *Europa Report* flotó en el espacio como un astronauta que viaja sin rumbo y sin remedio hacia el silencio del infinito.

El editor Craig McKay había dicho que podría “arreglarla” si le daban seis semanas para hacerlo, pero el presupuesto, que había aumentando de dos a ocho millones de dólares en el proceso, no daba para tanto y apenas pudo trabajar durante quince días que, según Cordero, ayudaron pero no hicieron *la* diferencia. La luz se hizo con una idea del productor Browning y llegó recién después del huracán. Él propuso editar la película una vez más, pero de manera no lineal, es decir, desordenar la cronología de la historia para aumentar la intensidad del relato, y apoyar el peso de la aventura en las ambiciones científicas que la tripulación lleva a cabo contra toda recomendación. Cambiar el orden de los factores no altera el producto, pero puede transformar una ecuación matemática en un espectáculo majestuoso. Sebastián y su asistente de edición, Alex Kopit, terminaron de montar la película por sí solos, con libertades enmarcadas en el acuerdo previo y finalmente la encontraron: debajo de capas y capas de dudas y derrotas, en el núcleo del sacrificio irracional, había vida.

En julio pasado, en el auditorio principal del Comic Con de San Diego, California, Sebastián Cordero y parte del equipo presentaron avances de la cinta ante más de 6 000 personas que esperaron horas para verlos. El Comic Con es algo así como un encuentro mundial de fantasía y ciencia ficción que reúne a los fanáticos más exigentes y a los nerds más ilustrados. La presentación se llamó “La ciencia detrás de *Europa Report*” y fue

un éxito absoluto en el que estuvieron presentes los científicos de la NASA que asesoraron el proyecto. La película se estrenó oficialmente días después, primero en Internet bajo el sistema *video on demand* (con un éxito inesperado que sorprendió a todos los involucrados) y luego comercialmente el 2 de agosto de este año en las principales ciudades de Estados Unidos. No llegó a ningún festival grande, no estuvo en Cannes o Venecia, donde Cordero había estrenado anteriormente, pero las críticas la han convertido en la cinta mejor recibida de su carrera. Esto quiere decir, por ejemplo, que el New York Times la escogió como recomendación durante su semana de estreno y que en Manhattan la gente hizo una larga fila que dobló la esquina de la cuadra alrededor del cine donde la estrenaron.

El cineasta ecuatoriano ya no escribe el diario de las muertes que le ha tocado ver de cerca, la de su padre, la de su hermano mayor, la de uno de sus mejores amigos; y la de Mónica, su madre. Ya no lo escribe o por lo menos ya no habla del tema. Sólo dice que su vida comenzó el día de la primera muerte, cuando su padre tuvo un accidente en el que dejó de ser lo que antes era y se transformó en parte de la nada. Esto ocurrió cuando Sebastián tenía nueve años y desde entonces, dice, sabe que no puede perder ni un segundo, que el tiempo es lo único que tiene y que en el tamaño de la eternidad su existencia es poca cosa. Lo sabe. Lo dice. Y vive bajo esas reglas.

Cuando visitó el laboratorio de la NASA supo de misiones espaciales que planean llegar a Marte en un futuro cercano, misiones que, por ahora, no contemplan la posibilidad de un regreso. Cordero les preguntó a los astronautas si había alguno dispuesto a embarcarse en algo así, y todos respondieron que serían capaces de irse mañana mismo. Él no. No sería capaz de volar al espacio sabiendo que nunca va a volver, pero ha sido capaz de abandonar el planeta por filmar, lo que quizás no sea

tan distinto si nos ponemos a pensar en ello. Es así, trabajando, como ha escogido hacer lo que hacemos todos de distintas maneras, huir de la muerte, sobre todo de la propia.

Publicado en: SOHO Ecuador, noviembre 2013

El maquillador de los muertos

¿Es la tanatopraxia la última vanidad
de los seres humanos?

María Isabela PONCE

Seudónimo: Sodnam Lamo

Un auto gris se estaciona en la 18 de Septiembre, una calle llena de funerarias y florerías en la zona del hospital del Seguro Social en Quito. Es domingo, son las 8:30. Hugo, el tanatopracta, lleva ya dos horas despierto. Lo llamaron antes de las siete para un trabajo y a eso ha llegado.

Del auto saca una de esas cajas de herramientas con tapa transparente que dejan ver en el contenido algo que parece una bomba de fumigación pequeña y una funda blanca. Sonríe y, como lleva las manos ocupadas, extiende el brazo y me ofrece la muñeca para que lo salude.

—Sígame.

Entramos a una de las salas a la funeraria por el garaje. La puerta está abierta. Adentro, cinco sillas —de las cien que se cuentan— están ocupadas. Tres señoras, un hombre y una joven; todos vestidos de blanco y negro.

—Buenas tardes, vengo a hacerle el trabajo al difunto.

Las cinco personas asienten. Uno de ellos debe haber contratado el servicio. Ese servicio para conservar el cuerpo “un poquito más”.

En la prehistoria, se creía que la conservación del cuerpo era necesaria para no perder el alma. En la antigua Persia se re-

cubría el cadáver con cera; en Etiopía, con goma transparente; en Cartago, el embalsamiento, una técnica que para el siglo IXX incluía el uso de alcoholes, sales de arsénico y mercurio. En 1868, el científico alemán William Hoffman descubrió el formaldehído y cambió la historia de la conservación de cadáveres.

Hoy el proceso es más rápido y menos sofisticado que en la antigüedad. No existe un motivo religioso, espiritual ni cultural. Las razones son –podrían ser– la dignidad, quizás la vanidad, tal vez el apego.

Hugo, tanatopracta, se gana la vida maquillando y formolizando muertos.

En el medio de la sala está el ataúd. Es café y tiene unos broches dorados que combinan con los candelabros que lo flanquean. Tiene una parte abierta, por la cual –a través de un vidrio– se puede ver lo que hay dentro. Junto a los candelabros, hay tres ramos de rosas con girasoles y tarjetitas con mensajes de pésame. Al fondo de la sala, una señora llama a un amigo para avisarle. Solloza.

El tanatopracta –de pantalón negro, camisa a rayas y corbata concho de vino– abre el cofre que deja ver, de cuerpo entero, al muerto. Regresa a su caja de herramientas. Saca dos mascarillas celestes, se coloca una y me entrega la otra. Se pone una bata de doctor del mismo color y material, y un par de guantes de goma.

Regresa a la caja café y entre los pies con medias del paciente coloca lo que parece una bomba de fumigación para patios.

Es el formol, me dice, mientras saca una piola blanca y una tijera y corta dos pedazos del mismo tamaño. Los deja junto a la “bomba” del líquido que es su principal material de trabajo.

Dirige su mirada hacia el rostro del cadáver y con una pinza extrae dos bolitas de algodón de las fosas nasales. Le quita la venda que rodea la cara y, con delicadeza, le afloja el nudo de la corbata y le desabotona la camisa.

Agarra un rollo ancho de algodón y corta pequeños pedazos. Con una mano sostiene la rígida boca del muerto y la estira para abrirla; con la otra, aprieta su nariz tapando las fosas nasales. Con la pinza coloca pedazos de algodón encima de la lengua, sobre las encías. “Es necesario que la garganta quede sellada para que el formol no pase por ahí, no se regrese”. Mete algodón en la boca hasta que queda completamente llena pero sin abultarle las mejillas y al final pone un trozo pequeño y delgado en forma de labios.

“Cuando son más viejitos”, dice el tanatopracta, “ya no tienen dientes y la boca está como metida, para eso sirve el algodón, para que se vea mejor la expresión”. Horas más tarde, en una cafetería, con un pan en la mano, Hugo me dirá que esa es la motivación de su oficio: que el muerto luzca bien en su último momento, para que sus seres queridos lo recuerden así. Pagan entre 60 y 100 dólares para que la persona que acaban de perder luzca decente en su último día en la Tierra. La tanatopraxia es la vanidad que la familia impone al muerto.

El tanatopracta es cuidadoso y delicado en su acción. Con una toalla de papel limpia el rostro y sacude los alrededores del ataúd para que queden libres de pelusas de algodón. Sostiene un empaque plástico plateado con verde, lo abre y saca una afeitadora. La pasa sobre las mejillas, mentón, bigote. Lo afeita por última vez.

La cara pálida y amarillenta queda más despejada. Con su dedo índice le arregla las despeinadas y canosas cejas, en las que se revelan los 70 y tantos del cuerpo. Rocía un spray, una suerte

de desinfectante, en todo el rostro y espera a que se seque. “Ese líquido hace que luego el maquillaje se quede por más tiempo”.

Las manos arrugadas del difunto están entrelazadas a la altura del ombligo. Una de ellas aún tiene restos de esparadrapo y catéter, que algún descuidado en el hospital olvidó retirar. Con la pinza, quita las tiras y el pedazo de tubo transparente. En el pequeñísimo orificio de la mano, por donde pasaba la medicina, deja caer una gota de pegamento líquido. De nuevo, explica que es necesario tapar todos los orificios del cuerpo para evitar que el formol “se salga”.

Cuando termina el rostro y las manos, le saca el cinturón y le desabrocha el pantalón negro a su paciente. El tanatopracta no se detiene mientras trabaja. Sobre la piel flácida y blanca, en la parte superior del muslo, hace una incisión con un bisturí. Entre las piernas, justo a lado de la bomba de formol, está el equipo quirúrgico.

La incisión deja ver carne viva y sangre. Pocas gotas salen de la herida. Una sensación que no logro terminar de describir, como repulsión, me obliga a mirar a otro lado. Me alejo y acerco al ataúd, midiendo mi resistencia.

Introduce sus dedos índice y medio en ese hueco y los mueve, hurgando. Me alejo a una esquina y observo cómo recoge dos pedazos de piola y mueve sus brazos como si estuviera haciendo un nudo. Espera. Vuelvo a acercarme, la curiosidad le gana a mi estómago. Veo ese orificio, como llaga abierta, presionada por las piolas hechas nudo. Justo ahí, el tanatopracta coloca la delgada y transparente manguera conectada a la bomba de formol.

Para quitarme la crudeza de la escena de mi mente, veo a mi alrededor. Me fijo en la enorme imagen de Jesús que cuelga

detrás del ataúd, en la tela blanca y transparentosa que recubre el cofre por dentro, en las doradas y brillosas bases que sostienen el féretro. No me calma pero me distrae. Todo está perfectamente arreglado, ordenado, decorado para despedir a alguien que nunca apreciará lo que le han preparado.

El formol debe pasar por todo el cuerpo, por eso el tanatopracta palpa la arteria femoral, usada con frecuencia como puerta de acceso para los catéteres en operaciones. Allí introduce el delgado tubo y se asegura que esté ajustado. Alza y baja una palanca que, con presión, saca el líquido que contiene la bomba. El formol empieza a recorrer el cuerpo. El tanatopracta usa entre dos y tres litros por persona.

Cuando el tanatopracta termina de irrigar el veneno que retardará la putrefacción del cuerpo, saca un hilo y sutura la herida. Las puntadas son irregulares, como si estuviera consciente que no importa si le deja una cicatriz. Para asegurarse de que quede bien cerrada y no haya riesgo, la retoca con unas gotas de goma. A veces, al momento de morir, los ojos y la boca quedan abiertos, por eso durante el esparcimiento del formol aprovecha para cerrarlos.

Las pinzas, tijeras y bisturí, también manchados de sangre, están sobre una toalla de papel. Con otra igual, embebida en alcohol, limpia los utensilios y los guarda. Enrolla la manguera de la bomba en la tapa y la coloca en el piso.

“Está casi listo”, dice, “solo falta la estética”.

Los familiares contrataron formolización y estética, dos servicios que se ofrecen por separado. La formolización evita que el cuerpo se pudra muy rápido, que cambie de color, que apeste;

el maquillaje intenta disimular cualquier rasgo que revele lo obvio: quien ahí yace es un cadáver.

De la misma caja, donde guarda el “equipo de cirugía”, los guantes, el algodón y el alcohol, saca una esponja pequeña, blanca y triangular, mojada en una crema color beige. Esparce el maquillaje por el rostro y el amarillento se va transformando en crema, parece que le está devolviendo la vida, aunque siga sin respirar.

Después de la base líquida, esparce otra en polvo, con una brocha y, al final, un poco de blush. Los maquillajes disimulan los tonos de la muerte pero no logran ocultar las arrugas y ojeras de la vejez. Los polvos vuelven al contenedor multifuncional. Podría ser de un médico, un enfermero, un maquillador, o de un estilista. Saca una peinilla y un spray en frasco azul y rocía el cabello del difunto, lo peina y –como si se ganara la vida haciendo tocados– se aleja y se asegura de que se ve bien.

Dentro del ataúd, ya no queda algún utensilio junto al cuerpo. Todo está guardado. El trabajo está hecho. El tanatopracta, cierra la caja de herramientas, la levanta y se aleja de la sala de velación. Se despide mirando a los familiares:

–Ya está. Sintiéndolo mucho– dice y camina hacia la puerta.

–¿No le afecta?– le pregunto impulsiva.

–A veces, pero ya estoy acostumbrado– responde. –Venga, acompáñeme, que tengo otro.

La siguiente sala es más pequeña pero tiene más ramos. Los arreglos florales, colocados en el piso, compiten por su variedad de hierbas, colores y tamaños. Hay un Jesús más grande y unos candelabros más brillantes. Es una sala más decorada.

En el ataúd está una mujer que pasó los noventa. “Una abuelita. Es más fácil cuando son de edad avanzada, uno sabe que los familiares no han sufrido tanto”.

Una bufanda blanca enmarca el arrugado rostro de la anciana, como si fuera una caperuza. Él retira la tela y acomoda la cabeza sobre la pequeña almohadilla que la levanta. Esta vez solo es formolización, no estética.

Con el bisturí, la tijera, las piolas, las mangueras y la bomba de formol, repite la acción. Esta vez, las toallas de papel tienen menos sangre.

Termina de formolizar y baja la enagua y falda de la señora, que ha debido levantar para poder hacer la incisión para que entre el formol. Junta las piernas y mueve el cuerpo para cuadrarlo dentro del ataúd, para que esté simétrico. Limpia con las toallas de papel los alrededores y acomoda las manos juntas sobre el ombligo. Sostiene la bufanda blanca que le quitó y la vuelve a acomodar, procura que esté mejor puesta. Hace su trabajo en silencio pero su mirada, a ratos, revela cierta ternura.

Termina y le dice a los familiares que esperan afuera que pueden entrar.

Guarda en la cajuela de su carro gris la bomba de fumigación, la caja de herramientas y la funda. Dice que no sabe si su día acabará ahí. Tiene entre uno y diez trabajos diarios. Lleva ya cinco años así, como tanopráctica independiente. Lo llaman de cinco funerarias distintas, a cualquier hora, cualquier día. Por eso no ha tenido vacaciones desde entonces. Si su familia le insiste en salir de paseo, elige destinos cercanos y si lo llaman, deja lo que está haciendo y va. No delega su trabajo, no confía en que lo hagan igual, no quiere quedar mal. Es un freelance siempre disponible para arreglar muertos.

Hugo, el tanatopráctica, trabajó durante 20 años en una funeraria grande, importante. Empezó como guardia y llegó a ser auxiliar de servicios. Movilizaba cuerpos de la clínica a la funeraria, de la funeraria al cementerio; hacía trámites, tareas de laboratorio. Ahí empezó a experimentar con cuerpos. Viajó a Colombia y Venezuela para asistir a seminarios y talleres de tanatopraxia. No es un oficio que pensó haría, solo surgió. Su padre también laboraba en esa funeraria y cuando él tuvo edad para trabajar, lo llamaron.

En Ecuador no hay formación en este oficio, en otros países existen carreras universitarias. Hay un submundo de la tanatopraxia, hasta un referente mundial: Jean Monceau, el hombre que “preparó” a Lady Di, Jacques Costeau y Bette Davis.

En los 90, cuando a Hugo le ofrecieron el trabajo, no le molestó hacerlo, ni le tenía miedo a la muerte. No le tiene miedo a la muerte. “Cuando formolizo o maquillo siento energías, siento que me están observando, es como si quedara algo de esa persona ahí. Pero no me asusto”. Ha tenido pocos episodios que lo han dejado intranquilo, pero han sido pasajeros, de una noche, esa que coincide con el día que manipuló un cuerpo. En una ocasión atendió a una señora gorda. Para que entrara en el ataúd hubo que extraerle líquidos, un procedimiento más complicado, de esos que se hacen en esos laboratorios oscuros, con camas de metal, que están disponibles en las funerarias más costosas.

Mientras formolizaba y arreglaba a la difunta sintió una “energía fuerte” y al llegar a casa, de madrugada, se acostó y abrazó a su delgada esposa. Al hacerlo, sintió que estaba sujetando a una mujer mucho más robusta.

Eso no lo asusta, lo que le da miedo es hacer mal su trabajo. Las dos incisiones que realiza ahora con tanta tranquilidad, le causaban mucha ansiedad al inicio de su carrera. “La arteria está muy cerca a las venas y me pasó que toqué una y empezó a salir mucha sangre que no podía controlar”, cuenta con un poco de vergüenza.

El tanatopracta no cuestiona las razones por las que lo contratan. No cree que sea vanidad ni apego, sino dignidad.

—¿Dignidad de quién?— pregunto.

— Dignidad. Dignidad de los familiares que quieren ver bien a su difunto.

Publicado en: <http://gkillcity.com/>, diciembre 2013

Adiós a los lobos

Ramiro DIEZ

Seudónimo: Ekinoxius Ekinoxius

A pesar del frío y de la nieve, Joe Deag se levantó aquella mañana más temprano que de costumbre, revisó el poderoso fusil de mirilla telescópica preparado desde la noche anterior y, dando saltos para evitar algo del agua empozada, cruzó el patio de su granja. Entonces trepó al helicóptero que lo esperaba con los motores encendidos.

El piloto gruñó, como saludando, y enseguida levantaron vuelo. Sobrevolaron el bosque, acariciando casi las copas de los árboles, haciendo cabriolas para seguir el curso de los riachuelos congelados, y a los pocos minutos el piloto salió de su mutismo y señaló a lo lejos.

“Allá, Joe –gritó emocionado– esa sombra, detrás de los peñascos. ¡Son ellos!”

Un rápido viraje del timón enrumbo la nave hacia un claro del bosque. Allí, una loba gris jugueteaba con sus cuatro cachorros. Joe Deag enfiló su arma, contuvo la respiración, y disparó.

El primer balazo despedazó al pequeño de los lobeznos. La madre enfrentó todo el terror que le producía el rugir tenebroso de las aspas, e intentó poner a salvo a los sobrevivientes. Pero el segundo disparo, certero, en el vientre, fue para ella. Medio minuto después, los otros cachorros yacían sobre la nieve, casi

en el mismo lugar donde los había descubierto el ojo experto del piloto.

El helicóptero se alejó, dejando atrás cinco cadáveres que nadaban en charcas de sangre. Era necesario seguir buscando. Más tarde regresarían por las piezas. La mañana de caza y diversión había empezado bien para Deag y para otras decenas de granjeros del norte de los EE.UU.

Un largo trago de whisky y risotadas de celebración llenaron de euforia al cazador y a su piloto que, en forma temeraria, continuaba el vuelo rasante, deslizándose entre los árboles, buscando cualquier cosa que se moviera y pudiera recibir un balazo de Joe Deag.

Era importante aguzar la vista. A esa hora el resplandor de la nieve engañaba, y los lobos eran veloces, astutos. Tanto, que aún quedan algunos en el norte de los Estados Unidos, a pesar de hombres como Deag y sus amigos que cuentan con equipos sofisticados para exterminar cualquier forma de vida natural.

Tres tragos de whisky más tarde, encontraron una pareja de lobos muertos. Aunque estaban separados el uno del otro, les unía una línea de sangre, recta al principio y luego irregular y ondulante. Era de suponer que estaban juntos e intentaron huir ante el estallido fatal del fusil de otro cazador temprano.

Pero después de un momento, la euforia empezó a decaer en la cabina. Estos no eran buenos tiempos. Cada día los lobos eran más escasos, la competencia entre los cazadores era más desalmada, y encontrar un solo ejemplar era como un milagro que solo le ocurría a los expertos.

Pero sucedió el milagro. La cabina se llenó de alegría, otra vez. Descubrieron a una loba, con su pequeño, retozando en la nieve. El primer balazo, errático, dejó mal herida a la madre que,

con todas sus defensas derrumbadas, lanzaba inútiles gruñidos al helicóptero. Este gesto de la hembra no asustó, por supuesto, al bravo piloto ni a Joe Deag que con dos balazos más pudo matarla. Mientras tanto, el cachorro encontró refugio entre los arbustos, lo que llenó de ira al cazador.

—Tenemos que echar más ojo, y menos whisky—, dijo el piloto.

—Por todos los demonios, —respondió Joe Deag—, te juro que no escaparé. Déjalo que crezca. Tal vez mañana mismo lo vuelva a encontrar. Solo te digo dos cosas: voy a ganarme el torneo y voy a demostrarle a todos que en este Estado no quedará ni un solo lobo ni nadie que compita conmigo si tengo un fusil en la mano.

Horas más tarde, cuando la luz, las balas y el whisky llegaban a su fin, se decidía el retorno, deshaciendo la ruta para recuperar las piezas propias. Las ajenas eran celosamente respetadas porque en la moral de estos autodenominados deportistas, nadie puede alardear de crímenes que no sean propios.

Ya en el pueblo, y antes de que cayera la noche precoz de los inviernos nortños, se iniciaba la fiesta: sobre una rústica tarima un hombre de rostro colorado, voz chillona y enfundado en gruesas pieles, anunciaba la evaluación de la jornada:

—Johnson: Trece piezas... !Campeón!

Y la turba explotaba en aullidos, aplausos, silbidos de alegría, botellas y disparos al aire.

—Boby: Once piezas... de las cuales, siete eran cachorros...

Menos euforia, menos gritos que se desvanecían cada vez más rápido a medida que las cifras perdían importancia.

—Deag... seis piezas...

Hasta llegar al último:

—Peter: ¡Dos piezas!

Entonces se escuchaban otra vez los aullidos, pero ya de burla contra el torpe cazador que, en medio de carcajadas y maldiciones de borracho, prometía el primer lugar para la próxima ocasión.

Después, cuando caía la noche y la nieve, los hombres se retiraban al calor de sus hogares a soñar, acompañados de su familia, con la jornada del día siguiente.

Mientras usted leía este relato testimonial, los pocos lobos que viven en las zonas norteanas de los EE.UU y de otros países, están siendo exterminados. Se ha autorizado la cacería desde helicópteros y, para los menos ricos, desde motos de nieve.

Poderosas agencias de turismo promueven este tipo de ¿cómo llamarlas?... Ellos las califican como “turismo de aventura”. Y esto sucede a ambos lados del Atlántico: algunas firmas de Alaska, Minnesota, Columbia Británica y también de distintos lugares de Rusia y la antigua URSS, organizan excursiones donde se alcanzan hasta ochenta inscripciones de cazadores en un mes. La tarifa más baja supera los cinco mil dólares. La más alta, incluyendo la filmación del cazador dando el tiro de gracia o patadas y culatazos a los cadáveres de las víctimas, puede llegar al doble o al triple. Países como China, Noruega y España tampoco escapan a distintas formas de cacería, que incluyen trampas de especial crueldad. Y a esta modalidad de turismo macabro, se suman algunos países africanos. No hace mucho tiempo, el mundo vio, estupefacto, la mirada ausente y la sonrisa sospechosa del Rey de España: orgulloso, posaba al lado de una hembra de elefante que él mismo había abatido. La

factura de aquel jolgorio superaba los ochenta mil euros. Y no era la primera vez.

Es urgente detener el exterminio de los lobos y de todas las especies que están en peligro. Es inaplazable hacer algo urgente, original, coordinado, para sumar esfuerzos y detener esta barbarie.

Mientras tanto, si guarda un minuto de silencio por el hermano lobo, y por nuestros otros hermanos amenazados, y aguza los oídos, sentirá que allá, a lo lejos, se acaba de escuchar un disparo. Y otro más.

Publicado en: El Telégrafo, diciembre 2013

Los Vestigios
de Texaco aún
están en la mente
y la naturaleza
amazónica

Christian Ignacio TORRES

Seudónimo: CIT

Emilio Lusitande tiene en su piel incrustada la milenaria sabiduría de los pueblos amazónicos. Camina descalzo y da pasos lentos por la selva. Lo hace como si conociera cada sendero. Desde niño, su padre le contó todos los favores de las plantas y sus manos son diestras para extraer su sumo, su medicina.

Sentado en la orilla del río Aguarico, dice que sus ojos han visto 80 años de historia de su pueblo Secoya, en la provincia de Sucumbíos, y cómo su convivencia con la naturaleza cambió. No habla español, pero sin la necesidad de una traducción seis palabras revelan el origen de esa transformación. En su lengua Secopai aparecen palabras como: helicóptero, pistas, la compañía, Texaco, petróleo y cáncer.

En la década de los sesenta, la poderosa petrolera estadounidense Texaco empezó sus operaciones en la Amazonía ecuatoriana. Cinco millones de hectáreas del nororiente amazónico, de lo que hoy es Sucumbíos y Orellana, fueron su centro de operaciones.

En esos años no había carreteras y los primeros pozos se hicieron gracias a los helicópteros que llevaban a los petroleros. Emilio Lusitande dice que el sonido era como de un zancudo, no sabían qué pasaba, pero que su pueblo huyó selva adentro.

En febrero de 1967, por primera vez el crudo se disparó en el Oriente, en lo que hoy se conoce como Lago Agrio. El nombre de la ciudad no viene de la tradición ancestral, sino de la estadounidense: Sour Lake, la casa de Texaco en Texas.

Cinco años después, una serpiente de metal recorría con vaivenes los recónditos de la selva. Era el oleoducto, construido por la compañía y el Estado ecuatoriano, con el cual se empezó la explotación masiva y constante de los pozos en la Amazonía. La transnacional estadounidense perforó 387 pozos en Sucumbíos y Orellana desde 1967 hasta 1990, año en el cual dejó de operar en Ecuador.

Ahora, el pueblo de Emilio Lusitande vive en San Pablo, un antiguo campamento de la petrolera, ubicado a dos horas y media de Lago Agrio. A orillas del Aguarico, el sabio anciano, con ayuda de un compañero de la comunidad que traduce su relato, cuenta que con la explotación del crudo empezaron a ver como por el río venía un líquido espeso que no sabían qué era, pero que cada día aparecía más.

Marcelo Piaguafe, presidente de la comunidad, evoca esos días y termina el relato del shamán Lusitande. Él era un niño y con ese aceite se pintaba su cuerpo y lo llevaba a las chozas para recubrir los árboles.

Hicieron lo mismo que los quiteños, quienes en 1972, como se ve un documental de los hermanos Cuesta Ordóñez, se untaban petróleo el día que se terminó el oleoducto y llegó el primer barril de crudo desde la Amazonia.

Hoy el Aguarico es un río triste. El anciano y el líder comunitario dicen que antes en sus aguas jugaban los delfines y que en la tarde podían atrapar un bagre del tamaño de la mitad de un hombre.

Actualmente, aunque usted no lo crea deben esperar horas para agarrar algún pez. Los animales de la selva poco a poco escasearon, lo que les ha obligado a convertirse en agricultores y ganaderos, igual que los colonos que trajo el boom petrolero.

El frente de afectados de Texaco, como se llaman los demandantes de la petrolera, sostiene que las operaciones de Texaco derramaron un coctel tóxico en afluentes, vertientes y ríos, en el suelo de la Amazonia.

Donald Moncayo, quien llegó con sus padres para vivir en Sucumbíos, explica que Texaco construyó 22 piscinas de separación de aguas de formación (líquido que se encuentra en el subsuelo antes del crudo y de alta toxicidad) y 880 piscinas de mantención del crudo. Pero lo que hicieron fue derramar sin control más de 16,8 millones de galones de petróleo en el ecosistema; 18,5 mil millones de galones de aguas tóxicas (agua de formación) arrojadas a los suelos y aguas y 235 mil millones de pies cúbicos de gas quemados al aire libre.

La petrolera estadounidense descarta esa versión. Esta sostiene que remedió las piscinas donde se depositaba el crudo, que hubo un manejo de las aguas de formación y que la demanda presentada por los amazónicos es una estrategia que busca una multimillonaria indemnización.

Esa reparación, según dos instancias judiciales ecuatorianas, es de 19 mil millones de dólares. Donald Moncayo sostiene que el perjuicio al sensible ecosistema amazónico no tiene precedentes, ni comparación, como tampoco la afectación a las comunidades indígenas y colonos de la zona.

Luis Soto también migró con sus padres hacia la Amazonía. Ellos vivían en una pequeña casa de madera junto a un pozo petrolero. Él recuerda que para beber agua, que la obtenían de

pozos y una pequeña vertiente, su padre separaba el líquido aceitoso con la mano y la tomaban.

Su hermano y su padre murieron con cáncer. La casa de los Soto aún se encuentra a pocos metros de una piscina de crudo que supuestamente fue reparada por la petrolera. Él dice lo contrario, para demostrarlo hunde una pala unos 30 cm, retira un poco de tierra y aparece crudo.

Su olor es intenso, como si se permaneciera por horas detrás de un tubo de escape de un antiguo vehículo. Él no cree en Texaco y dice que la ausencia de sus seres queridos es por el derrame sin conciencia de los desechos petroleros.

En otros sectores donde operó la transnacional sucede lo mismo, dicen los denunciantes. Moncayo asegura que puede caminar sobre algo que parece un reservorio de agua. Al paso de sus 200 libras esa piscina se mueve como un flan, pero no se hunde, a pocos centímetros de esa agua hay petróleo. Para verificarlo mete su mano, cubierta por un guante quirúrgico, y saca una textura pegajosa con aroma a combustible.

Los afectados dicen que toda esta sopa de material contaminante trajo el cáncer a la Amazonía. El shamán relata que antes no veían enfermedades tan raras, que en tiempo de sus padres lo más grave que padecía era una llaga que dañaba la piel; pero eso se curaba con plantas ancestrales.

Al centro de salud de San Carlos acuden muchos de los colonos e indígenas a revisar sus dolencias. Marco Caballero, un novel médico que cumple su rural en la zona, dice que no puede confirmar con certeza que la explotación de crudo sea el detonante de enfermedades letales. Sin embargo, él ha sido testigo de que las personas que viven cerca de los pozos deben curarse constantemente de enfermedades alérgicas y estomacales. Que sus

cuadros de atención superan a la media nacional en dos a uno. Y que si esas afecciones no son tratadas a tiempo pueden acarrear más problemas. Pero no se atreve a decir que el cáncer vino con el petróleo.

El shamán de los Secoyas no sabe lo que es cáncer; pero dice que una enfermedad extraña se está llevando a los suyos y que no hay cura; que el remedio saldrá de la propia selva, pero que se necesita más sabiduría y sus ancestros aún no le han hablado para encontrar la medicina.

Publicado en: El ciudadano, mayo 2013

El Cajas:
espejo partido

David PARRA

Seudónimo: ETI 4

Santa Ana de los Cuatro Ríos de Cuenca es una de las ciudades más agradables del Ecuador, en gran medida gracias a que decidió integrar sus puentes y balcones coloniales a los ríos que la atraviesan y le nombran. De alguna manera se salvaron de ser rellenados, canalizados o entubados como ha sucedido en otras ciudades de la Sierra. Lo cierto es que Cuenca es Cuenca (y también cuenca) gracias a sus ríos. Sin embargo, cuando uno camina sumergido en el paisaje fluvial/urbano, rara vez alza la mirada hacia el discreto macizo montañoso de donde viene toda esta agua: el Cajas.

Un manto perpetuo de nubes lo delata. Es un lugar azotado por aguaceros y granizadas que alimentan una reserva de más de doscientas lagunas conectadas por redes de riachuelos cristalinos. Algunos fluyen hacia la Costa y otros hacia el Amazonas, pasando primero por la cuenca del río Paute al que se vierten los cuatro ríos de Cuenca. El Cajas es fuente de agua potable para la ciudad, el principal contribuyente de la represa hidroeléctrica Paute, inspiración para artistas y leyendas populares y el hogar de cientos de especies de plantas y animales. También es imán de amantes de la montaña que peregrinan a su encuentro para respirar la libertad como solo se respira en el aire frío y húmedo del páramo.

La marca del hielo

El Parque Nacional Cajas no cuenta con los volcanes coronados por hielo perpetuo que adornan otras reservas, pero su paisaje es obra del antiguo manto blanco que lo cubrió durante la última era del hielo. Desde el cielo o desde algún cerro se puede imaginar claramente el trabajo de los glaciares, esculpiendo la roca al avanzar e inaugurando lagunas al retroceder.

Es que aunque el agua esté en forma sólida, no deja de moverse. La pesada masa de hielo se desliza, camina lenta pero implacable siguiendo la pendiente, cavando valles y cortando montañas. Durante decenas de miles de años los glaciares se dedicaron a roer la roca, esculpiendo un paisaje irregular, agreste, formidable. Cuando el clima empezó a calentarse hace unos 10 mil años, la cubierta de hielo fue retrocediendo y parte del agua derretida quedó empozada en las infinitas cavidades que hoy forman las lagunas.

La retirada del hielo también permitió que el páramo invadiera los espacios disponibles entre la roca y el agua con todos los matices entre el verde claro y el dorado. En quebradas y hondonadas prosperaron bosquetes de árboles de papel, o *Polylepis*, conocidos localmente como **quinuas** (aunque nada tengan que ver con la nutritiva semilla andina), agregando manchones de verde intenso a la cubierta paramera. Como es sabido, la capacidad del páramo para retener agua es excepcional, de manera que amortigua su carrera cada vez que esta, ahora líquida, cae del cielo.

Así, tenemos una escena fabulosa de ondulaciones bordadas en verde y oro, esculturas rocosas en tonos grises y brillos plateados de agua. Los cóndores, que aún frecuentan estos parajes,

estarán de acuerdo en que el Cajas es, en esencia, eso: un tapete verde y arrugado sobre el cual se ha roto un espejo en mil pedazos

Lagunas, espíritus y tesoros

Son 221 las lagunas de más de media hectárea de extensión que se han inventariado en el Cajas, y se han contado 786 cuerpos de agua de todos los tamaños. Son tantas, que no es sorprendente que algunas lagunas no tengan nombre. Otras, en cambio, reciben nombres grupales, como “Las Burines” o “Lagunas Unidas”. Las más grandes son las de Luspa, Sunincocha, Osohuayco, Lagartococha, Llaviucu, Toreadora y Mamámag o Taitachungo. Esta última es la única que cuenta con dos nombres, el segundo de los cuales tiene su explicación apropiada. Se dice que alguna vez se asentó en sus orillas un solitario anciano que llevaba el apodo de Taitachungo, seguramente derivado del kichwa *taytashungu*, “corazón de padre” o “tayta corazón”. Y así, casi cada laguna guarda, además de agua, alguna historia. No sabemos cuál será la que está tras otro curioso nombre, las “Cuchichaspanas”, que podría significar, elucubrando sobre su etimología, “mirador de puercos”.

Hay leyendas de lagunas encantadas que aparecen y desaparecen, que se tragan a los curiosos o que esconden tesoros y animales fantásticos. Se dice que algunas anuncian sus riquezas con insólitas llamaradas en medio del agua. Como es lógico, cuentan con guardianes sobrenaturales, como el indio del monte, la mama Huaca, los soldados encantados y los usuales chuzalongos y zhiros. Estas y otras historias se han tejido a lo largo de los siglos en el paisaje, naturalmente mágico, del Cajas. Son también el resultado de los enredos entre relatos de caminantes de diversos tiempos y procedencias.

Historias de viajeros

Hasta inicios del siglo pasado, atravesar el Cajas era una verdadera aventura. Nombres como “la cueva del muerto” hacen referencia a los viajeros que, sorprendidos por la noche en las alturas, no alcanzaron a ver el amanecer. Caravanas de arrieros recorrían desde Guayaquil llevando a lomo de mula todo tipo de productos para los pudientes cuencanos por el camino conocido como “de García Moreno”. Varias trochas paralelas servían para el paso de licores de contrabando, cuando su comercio era ilegal. Esto es parte de una larga tradición de viajeros comerciales que pagaban con *achachayes* el tiempo ganado o el ahorro de impuestos. Y es que resulta más rápido cruzar el Cajas que rodearlo por el cañón del río Cañar o del Girón.

Mucho antes de que los arrieros de la época republicana, los mercaderes cañaris subían y bajaban por el Cajas intercambiando productos entre el valle del Paute y el puerto de Bola, en la actual provincia de El Oro, frente a la isla Puná. Con la llegada del Incario la ruta comercial se mantuvo, el camino se ensanchó al estilo inca y el tambo de Molleturo (al oeste del Parque) se convirtió en un importante paradero. No contamos con detalles de estas travesías, pero quedan como recuerdo veintiocho sitios arqueológicos, entre caminos y cimientos, de los cuales los más antiguos datan de 1 800 a.C.

Los viajeros actuales, que recorren el páramo por deporte o simple placer, pueden tomar varias rutas bien definidas, algunas de las cuales incluyen tramos del camino inca y del de García Moreno. Las caminatas pueden ser de un par de horas o un par de días, con su respectiva acampada.

En los últimos años, el Parque Nacional Cajas se ha convertido en destino obligado de los aficionados a las aves. “Pajareros” nacionales y extranjeros acuden al encuentro de aves

típicas de páramos y humedales, migratorias como el playero de Baird (*Calidris bairdii*), especies raras como la xenodacnis (*Xenodacnis parina*), amenazadas como el cóndor (*Vultur gryphus*), el loro cachetidorado (*Leptosittaca branickii*) y el famoso colibrí metalura de garganta violeta (*Metalura baroni*), exclusivo del macizo del Cajas.

El tapete vivo del Cajas

Los científicos han identificado al parque nacional Cajas como un importante refugio para la vida silvestre. Han registrado 572 especies de plantas, 157 de aves, 44 de mamíferos, 5 de reptiles y 17 de anfibios. Algunos son comunes a todos los ecosistemas de altura, como el venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*), el lobo de páramo (*Lycalopex culpaeus*) y la chuquiragua (*Chuquiraga jussieaui*). Pero lo más interesante es que también cuenta con un buen número de especies endémicas, es decir que se encuentran exclusivamente en este macizo montañoso. Aparte del mencionado colibrí de garganta violeta, tenemos al ratón de agua del Cajas (*Chibchanomys orcesi*), la musaraña marsupial de Tate (*Caenolestes tatei*), la culebra del Yanuncay (*Philodryas simonsi*) y varias especies de ranas de altura (jambatos y cutines), que en otras partes del país han sufrido dramáticas declinaciones.

Cada una de estas especies tiene sus particularidades y su propio valor como obra única de la evolución, multiplicado cuando consideramos la sinfonía de interacciones que interpretan a diario en los sistemas que conocemos como páramo, bosque de quinuas y bosque altoandino. Son la parte viva del paisaje que, además de ofrecernos visiones inolvidables, mantienen la calidad y cantidad de agua desde el comienzo de esta historia, cuando el hielo terminó su intervención.

Agua pasa por mi casa...

Más del 60% del agua potable consumida en la ciudad de Cuenca viene del parque nacional Cajas. Por tal razón, el parque, junto con el vecino bosque protector de Mazán, es administrado por la Empresa Pública Municipal de Telecomunicaciones, Agua Potable, Alcantarillado y Saneamiento (Etapa). Esta entidad busca asegurar un suministro indefinido de agua de calidad para la ciudad. Por otro lado, luego de ser usada por sus habitantes, el agua pasa por una planta de tratamiento antes de ser devuelta al río. De esta manera, Cuenca ha hecho honor a su nombre convirtiéndose en la primera ciudad del Ecuador que realiza un manejo integral de la cuenca hidrográfica de la que forma parte. Aunque puede no ser un proceso perfecto, es un precedente valioso para tener en cuenta. Podría ser coincidencia, pero es inevitable pensar que, tal vez, el disfrutar cotidiano del canto del agua en la ciudad haya influido en esta actitud responsable.

Publicado en: Ecuador terra incognita, noviembre 2012

Guayaquil,
la biblifóbica

José María LEÓN

Seudónimo: Nolito

Cuando Julio Villanueva Chang me preguntó si lo podía llevar a las “librerías de viejo” de Guayaquil no tuve más remedio que mentirle y decirle sí. Villanueva Chang es el editor fundador de *Etiqueta Negra*, la revista más linda del mundo según *La República de Italia*, y está en la ciudad para dictar “De cerca nadie es normal”, un taller de perfiles.

Hace dos noches ha llegado de Quito. En la capital ha dictado el mismo curso y había preguntado también por las librerías de viejo. Villanueva Chang tiene dos intereses rectores cuando viaja: comer y buscar esas librerías. En Quito dio con dos y de ellas se había traído, entre otras cosas, una primera edición de *Historia de la Noche*, de Borges.

La verdad es que las librerías de viejo en Guayaquil no existen. No por lo menos en el sentido más exquisito del término, que designa a aquellos bancos literarios dirigidos por un viejo librero que cuida y preserva los antiguos libros que tiene ordenados bajo una clasificación lógica. Quienes están a cargo saben que el proceso de escoger puede tardar horas y que ojear detenidamente los volúmenes de la librería es un proceso minucioso. No se llega con el propósito de encontrar determinado libro; es, más bien, zambullirse con la ilusión de encontrar algo maravilloso e inesperado. Es igual que buscar un tesoro. Las librerías

de viejos son, en pocas palabras, anticuarios dedicados a los libros.

-Día 1-

En Guayaquil lo que hay es un puñado de bodegas de libros de segunda, amontonados, magullados y polvorientos. Se lo explicó a Julio con algo de vergüenza –especialmente después de que me enseñara lo que había conseguido en Quito–. Él decide no perder la esperanza de encontrarnos con algo que valiese la pena, así que salimos un martes de junio a buscar libros en la ciudad más grande del Ecuador.

La primera parada es un puesto de libros usados frente a la Plaza Rodolfo Baquerizo, al pie de la Universidad Estatal de Guayaquil, donde lo más revelador que encontramos es el nombre de su propietario: Adán Inca. Adán Inca no es un librero de viejo, ni siquiera es un librero viejo. Es el dueño cascarrabias de un corredor de unos siete metros de profundidad por unos tres de alto donde ha apiñado cientos de libros, discos de vinilo y casetes de toda índole. La bodega de Adán Inca es húmeda y está mal iluminada (al punto de que a ratos hay que ayudarse con la luz de los teléfonos celulares). Los libros, que a veces no muestran el lomo, están apilados contra las paredes, lo que hace que el espacio para caminar sea aún más angosto. Inca, insiste en que nos apuremos “Dígame qué libro está buscando y yo le digo si lo tengo o no lo tengo” exige con dicción andina. Nos pide, además, que nos comprometamos a comprarle algo. Al mismo tiempo nos invita a su nuevo local, al que dice estarse mudando, donde tiene más libros. No sabemos si este hombre nos está botando o pidiendo que nos quedemos. El discurso se repite una y otra vez. Llega a decirnos que “si no va a comprar nada, qué tanto miran” y, de nuevo, que le digamos a él qué estamos buscando, para él conseguírnoslo. Al final, decidimos

salir de la bodega de Inca sin nada. Yo me he encontrado con un libro llamado “Sala de Emergencias” de Jean Raad, médico quiteño. Lo compro, porque me parece que podría regalárselo a su hermano, Henry, querido amigo y político guayaquileño. Eso y el nombre del dueño de la bodega –me cuesta llamar librería a un espacio como aquél– es todo lo que de ahí sacamos.

En las bodegas de libros viejos de la ciudad, lo que más hay son viejos textos escolares. La Anatomía de Villé, viejas ediciones de Álgebras de Baldor y subrayados, manchados y rotos ejemplares de literatura ecuatoriana de colecciones como Ariel abundan. También pueblan las desordenadas estanterías libros de administración, contabilidad y noventeros manuales para aprender a manejar distintos tipos de software. No falta un puñado de revistas viejas. El factor común es el deterioro en que se encuentra todo. Tal vez sea el clima. Tal vez sea el desdén.

Julio Villanueva Chang busca una edición más o menos decente de Las Catilinarias de Juan Montalvo. Se ha interesado en Montalvo por algún tiempo ya y, además de todo lo que le han contado en Quito sobre él, nos hemos divertido recordando su lapidaria frase “Dios, dame corazón para perdonar a mis enemigos y concédeme la gracia de verlos ahorcados un día”. Así que, aunque no estamos buscando nada en particular, sino buceando entre el polvo y la polilla, dar con la obra de Montalvo en más o menos buen estado sería ya un triunfo.

Así, continuamos nuestro peregrinaje, en dirección al mercado de las Cuatro Manzanas, donde hay, también, varios puestos de libros usados. Junto a los bazares de novedades y chucherías, los puestos de sombreros y tejidos y no tan lejos de fondas y juguerías están los libros viejos, dispuestos sobre una mesa, el piso y unas repisas. Villanueva hace el esfuerzo, se sube a una escalera, revisa a profundidad el puesto que atiende una

pareja de esposos. No tienen mayor idea de literatura, ni de bibliotecas. Nos dicen que lo que vemos es lo que hay y que la mayoría de gente busca libros de colegio usados. De nuevo, las colecciones estudiantiles de “Los Sangurimas” y “A la Costa” aparecen varias veces. Esos libritos rojos de la colección Ariel son un inconfundible recuerdo de la época colegial.

Damos vueltas por el extenso mercado, cuyos pasillos de concreto y techos de zinc reverberan por el sol del medio día. Hay dos puestos que encontramos con las cortinas de aluminio bajadas. Son casi las dos de la tarde y a las cuatro la selección nacional de fútbol juega con su par argentino por las Eliminatorias al Mundial de Brasil 2014, “Por eso la gente ya se fue, nomás”. Insistimos en nuestras esperanzas y caminamos un poco más por el mercado. Los resultados son idénticos. Más libros carcomidos por la polilla, llenos de polvo y duros por la resequedad. Tres horas después del inicio de nuestra búsqueda, casi a las dos de la tarde, la ciudad ha comenzado a bajar la marcha. Todo el mundo tiene sus complacencias puestas en la Tri, como se conoce al equipo nacional. Así que decidimos batirnos en retirada, pero, después de una cazuela de pescado que nos devuelve la moral, convenimos intentarlo al día siguiente. Hay todavía una librería que no hemos visitado y, se supone, es la más grande de la ciudad, con cerca de veinticinco mil libros usados. A ese dato se aferra nuestra esperanza.

-Día 2 -

Las librerías de viejo son toda una institución entre los bibliófilos. Es cierto que para saber si una ciudad ama la lectura basta con ver cuánta gente va leyendo en el transporte público. El número de gente que lee en los buses o metros del mundo es proporcional al número de librerías de sus ciudades. En Guayaquil, los buses van cargados de salsa, payasos improvisados, ladrones camuflados como payasos, lagarteros, vendedores de

golosinas y oficinistas fastidiadas pero casi nadie va leyendo. A Guayaquil no le gusta leer. A Guayaquil no le gustan los libros. Guayaquil padece de esa extraña condición conocida como la bibliofobia.

Es verdad. Y no debería extrañarnos. Según los estudios de la UNESCO y la Cámara del Libro del Ecuador, en este país se lee apenas medio libro al año. Es lógico que la ciudad más grande y densamente poblada del Ecuador sea, también, la que proporcionalmente lea menos.

Las librerías de viejo son relicarios que revelan el más alto grado de devoción por la literatura. En Madrid, por ejemplo, son tantas que están federadas en la Agremiación Madrileña de Librerías de Viejo. No son pocas las ciudades latinoamericanas donde abundan —o por lo menos existen—. Bogotá, Buenos Aires, México. Será en el D.F. donde algunas semanas después, Julio Villanueva Chang encontrará *Las Catilinarías* de Juan Montalvo “Montalvo feroz, panfletario, sarcástico. Tiene algo en común con nuestro González Prada”, me dirá en una conversación futura. Esas conclusiones no las sacaré de un libro conseguido en una librería de viejo en el Ecuador.

En Quito hay dos, en Guayaquil, este miércoles, tenemos la esperanza de dar con la única de la ciudad.

La tarde anterior, Ecuador empató a uno con Argentina. Así que el festejo que se tenía previsto y que ya se había retrasado por la derrota ante Perú, en Lima, se ha archivado definitivamente. Nos juntamos con Julio en el céntrico hotel en que se hospeda. Nuestro destino es la librería de los veinticinco mil libros. El oasis en medio del desierto, el arca de la alianza nueva y eterna entre Guayaquil y la literatura, la librería Nuevos

Horizontes, en Seis de Marzo y Diez de Agosto, frente al Mercado Central. Si no es ahí, no es en ningún lado.

Y no, no es ningún lado.

Salimos desilusionados, pues no es sino una repetición ampliada de lo que habíamos visto el día anterior. Cerros de libros apilados, la mayoría versiones escolares y uno que otro libro destacable pero que, como en la mayoría de los casos, está bastante estropeado como para que valga la pena comprarlo.

Ya en la calle, Julio se entretiene grabando con su smartphone a uno de los camiones recogedores de Puerto Limpio -concesionaria municipal del servicio de recolección de basura- que está siendo cargado con los desperdicios del mercado, al son de su tonada infantil. Hay que admitir que deben ser pocas las ciudades del mundo en que la basura se recoge con tan optimista acompañamiento.

Un instante después, recibe la llamada de Juan Fernando Andrade, escritor ecuatoriano, autor de la crónica en la que se basó la película Pescador, de Sebastián Cordero. Villanueva Chang le cuenta la tragedia en que estamos sumidos. Juan Fernando nos recomienda intentar en la Biblioteca Municipal de la ciudad para dar con una colección de obras editadas por la Dirección de Cultura y Promoción Cívica de la alcaldía, en colaboración con el escritor Javier Vásconez. La llamada es como una gota de lluvia en el desierto que nos ha dado en la boca.

Caminamos hasta la biblioteca municipal. Ahí, pedimos nos den una lista con los libros editados por la Dirección de Cultura que están a la venta. Detrás de las ventanillas que separan las mesas de lectura de los libros, una de las dependientas nos contesta que ahí “no se va a comprar libros, sino a leerlos” y, como Adán Inca, nos ordena “Dígame qué libro está buscando

y yo le digo si lo tenemos”. Le explicamos que no queremos sentarnos a leer, sino ver qué libros publicados por el Municipio están a la venta. Nos dice que vayamos a la Sala Ecuador y en la Sala Ecuador nos dicen que preguntemos en información. El puesto de información está vacío, así que damos un par de vueltas y bajamos a la oficina de la Dirección de Cultura. Un grupo de empleadas municipales detienen su conversación para preguntarnos en qué pueden ayudarnos. Son amables y diligentes, pero su respuesta es, básicamente, la misma: pregunte en información.

De regreso al escritorio de información –cuya encargada ha retornado–, el panorama se aclara: hay que ir al Municipio a la ventanilla cuarenta y dos, porque es ahí donde se compran los libros editados por el Municipio. Salimos y caminamos la cuadra y media que hay entre la biblioteca y la hermosa sede administrativa municipal diseñada por Francesco Macaferri. En la esquina de Diez de Agosto, pegado sobre una puerta de vidrio ahumado hay un letrero hecho en computadora “Venta de libros”.

En la ventanilla cuarenta y dos nos atiende una mujer sonriente. Nos dice que los libros que están a la venta son los de la lista que nos entrega. Le pedimos unos cuantos títulos, para ojearlos. Nos entrega un par y nos dice que las obras completas de Medardo Ángel Silva no las tiene sino selladas “Pero si quiere ojearlo, tiene que irse a la biblioteca de regreso, revisarlo allá y de ahí volver acá”. Cualquier lector menos empecinado que Villanueva hubiese optado por dejarlo todo ahí. Esta ciudad de verdad aborrece a los libros.

Cuando nos decidimos por los libros que queremos, la dependiente de la ventanilla cuarenta y dos nos advierte “Mire, yo le vendo los libros, pero aquí no los puede pagar. Tiene que ir a la ventanilla doce”. Julio y yo nos miramos, entre divertidos

y descorazonados, y le decimos que bueno, que nos venda los libros que pagaremos en la ventanilla doce.

Con la proforma en la mano le damos la vuelta al Municipio y entramos por una de las puertas que miran hacia la Gobernación. Hacemos una fila de veinte minutos, como si fuésemos a pagar los impuestos prediales, hasta que llegamos a la ventanilla. Es un esfuerzo desproporcionado para veinticinco dólares en libros. Le pregunto a quien nos atiende dónde debo retirar los libros y me contesta que no sabe, pero que regrese a preguntar a la ventanilla cuarenta y dos. Antes de despedirnos, le pregunto cuándo fue la última vez que facturó un libro. “No sé” me dice al tiempo que me entrega la factura “pero fue hace más de un mes que vino un señor, así, como ustedes, a pagar unos libros”. Hay gente que aparece de mes en mes en el Municipio de Guayaquil para comprar libros. Una regularidad más digna de las visitas a un interno del manicomio.

De vuelta en la ventanilla cuarenta y dos, la funcionaria nos espera con los libros y una sonrisa. Se disculpa con nosotros por el tortuoso recorrido que completamos, nos da un papel que lleva un sello que dice “Entregado” y, en efecto, como si fuese una recompensa por un gran sacrificio, como si se tratase de un premio por salvar a unos niños atrapados en un incendio, nos entrega los libros.

Salimos del Municipio y decidimos caminar hasta el hotel de Julio, bajando por la Nueve de Octubre, avenida principal de esta ciudad donde no hay librerías de viejo, no se lee en el transporte público y donde comprar un libro puede tardar más que pagar los tributos municipales.

Publicado en: <http://gkillcity.com/>, julio 2013

El justiciero

Jeovanny BENAVIDES

Seudónimo: Rudkin

“Poetic justice”. El inglés Thomas Rymer acuñó esta expresión en 1678 para referirse a la posibilidad de hacer justicia sólo en el mundo de la ficción. Más de tres siglos después, Mauricio Montesdeoca Martinetti empieza a construir su historia a raíz de esta premisa y convierte la fantasía en realidad, alimentado por la venganza, dejando un legado de cientos de asesinatos regado en una fría e inolvidable ola de sangre, rencor y pánico en los cabecillas de las bandas del crimen organizado situadas en el corazón del mundo: el Ecuador.

Antes de que su cuerpo fuera abatido por 13 balas y muriera el 16 de julio del 2009, ya era conocido como El Justiciero, el criminal disfrazado de agente del grupo de operaciones especiales de la Policía más temido del país.

La leyenda comienza a consolidarse cuando apareció en la lista de los ecuatorianos fallecidos en los atentados a las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, el origen de su historia (la pública) se cuajó años antes. Para ser exactos el 28 de diciembre de 1997. La brumosa noche trágica de aquel día, Mauricio se encontraba fumando con sus dos hermanos mayores: José Rey y Nicola. Los acompañaban José Aveiga y Joseph Zúñiga, dos amigos de la familia. Quienes los conocían solían referirse a ellos como “los niños ricos” de la ciudad que se daban cualquier tipo de lujos extravagantes

como pasear las tardes de los sábados en avionetas privadas, manejar diversos tipos de Mercedes Benz y BMW, vestirse con ropa de moda importada de Estados Unidos y usar gruesas cadenas de oro que les colgaban hasta el ombligo. Sus fiestas se caracterizaban por el despilfarro y la extravagancia. La familia Montesdeoca siempre tuvo una buena condición económica en Portoviejo, su padre, Reinaldo, fue dueño del cine Roma y representante en Manabí de los productos La Universal.

Pese a la ostentación de lujos y riqueza, José Rey y Nicola odiaban que los trataran como idiotas a la hora de hacer las cuentas. En esto Mauricio siempre quedaba al margen, pues prefería dedicarse a sus dos grandes pasiones: el rock y el deporte. En los negocios de su familia: ropa, alcohol y autos a sus dos hermanos siempre les gustaba sacar ventaja con el dinero. Aunque nunca traficaban drogas, sí las consumían. Su distribuidor era un hombre al que ni la madre lo conocía por su nombre (Daniel Bravo Pisco), sino por “Chani”. Aquella tarde de diciembre de hace quince años, fue él quien decidió hacerles una visita en una camioneta blanca, junto a tres encapuchados. Saltaron las verjas sin problemas y los encañonaron casi sin que se dieran cuenta. Justo antes de que ellos llegaran, Mauricio tuvo ganas de orinar y fue a una habitación contigua. Desde ahí escuchó cómo empezaron a discutir. La razón: las últimas cuentas por la venta de tres kilos de marihuana no cuadraron. Mauricio, de 27 años, tuvo ganas de salir, pero no lo hizo. Todo ocurría en el hall de la casa, mientras conversaban y escuchaban música de un convertible Ford Mustaine, color negro. Eran las 23:30. Un año antes Nicola había sido detenido por estafa al cambiar billetes falsos de cien dólares a unos comerciantes de camarón y, luego de haber estado preso un tiempo, lo dejaron en libertad condicional. Al parecer, en el último intercambio drogas-dinero los hermanos Montesdeoca deslizaron billetes adulterados. Aquello no le hizo gracia a Chani, quien fuera de sí gritó que a

él nadie le veía “la cara de pendejo”. Insultos y reclamos, antes de que se hiciera medianoche todo era un caos. Según relatará Mauricio años más tarde, José Rey les dejó claro que no les iban a pagar y que los dejaran en paz de una buena vez. Fue ahí, en ese fugitivo instante, cuando el mundo se detuvo para quien la posteridad conocería como “El Justiciero”. Los encapuchados sacaron una cartuchera calibre 12, un revólver calibre 38 y otra arma calibre 22 y vaciaron en reiteradas ocasiones sus cartuchos sobre los cuerpos de los cuatro “niños ricos”.

José Aveiga y Joseph Zúñiga murieron de contado, mientras que José Rey y Nicola fueron trasladados al hospital donde solo se comprobó su deceso. Con los cadáveres de sus hermanos en las manos, Mauricio prometió vengarse. Jura que ni esa noche ni nunca derramó una sola lágrima. En cada uno de los cuerpos la Policía encontró más de cincuenta impactos de bala. Por ello, en un informe definieron el sangriento hecho como “una auténtica masacre” y confirmaron, tras las investigaciones, que el múltiple asesinato se debió a una deuda por drogas.

Aquel momento se quedó alojado nítido en la memoria de Mauricio, porque no solo eran sus hermanos, sino sus amigos y una gran parte de su vida la que murió la medianoche de aquel 28 de diciembre de 1997. Desde entonces nunca fue el mismo. Su mirada se volvió distante, profunda y evasiva. Quiso morir, pero el odio fue más fuerte. Lo único que lo mantuvo vivo en los posteriores años de intensa soledad en Estados Unidos (adonde fue primero) e Israel (donde se especializó después en el manejo de armas) fue el rencor y el irrefrenable deseo de venganza.

Se trasladó a Estados Unidos junto a su madre, Peggy Marti-netti, y su hermana Karla. Alrededor de seis meses más tarde, retornó a Portoviejo (350 kilómetros al norte de Quito, capital del país) para, supuestamente, ayudar a la Policía en la identificación y captura de los responsables de la muerte de sus

hermanos. Antes del retorno hizo una escala en Israel para aprender técnicas especializadas de combate, uso de repetidoras y armamento sofisticado.

Coincidentalmente, por la misma época, empezaron a aparecer muertos varios de los antisociales más peligrosos del Ecuador. A algunos de ellos, además, se los relacionaba con los homicidios sucedidos en la residencia de los Montesdeoca.

Nadie sabe a ciencia cierta cómo consiguió aliarse al grupo de élite policial, específicamente con el Grupo de Intervención y Rescate (GIR), pero fue en noviembre de 1998 en que empieza hacerse sentir su furia contra los delincuentes. A manera de “El Cobrador” en el cuento de Rubem Fonseca en el que el protagonista siente que la humanidad le debe algo, Mauricio siente en cambio que son los criminales quienes le deben aquella felicidad no vivida y cortada de raíz a fines de 1997.

Si bien decenas de cadáveres de criminales habían despertado la curiosidad en todo el país, el origen de la leyenda se forja cuando por fin, y tras una búsqueda incesante de cuatro años, encuentra a Chani en un sitio inhóspito de la provincia de Bolívar, en Ecuador. Uno de los acompañantes de Mauricio dirá que antes de dispararle por sesenta ocasiones, le extirpó los genitales y le obligó a comérselos en un baño indiscriminado de sangre que en lo posterior aumentó el apetito desmedido de matar criminales los sábados en la noche sólo por no perder la puntería. La tarde del 3 de noviembre del 2002, que terminó con la muerte del principal culpable de la muerte de sus hermanos, Mauricio llevó un cartel hecho de espuma flex y encima adhirió una hoja bond en la que se dio modos para escribir estas palabras: “Ha llegado el tsunami para los delincuentes: El Justiciero”.

La Fiscalía concluyó en un informe que todos los delincuentes implicados en la matanza de su familia fueron asesinados.

En todos encontraron los cadáveres con la misma leyenda. Su *modus operandi* era calcado en casi todos los casos: se ponía el uniforme de la Policía y una capucha, subía a sus víctimas, amenazándoles a punta de pistola, en una camioneta doble cabina. Después, esas personas aparecían abandonadas en terrenos baldíos con un número similar de tiros con los que mataron a sus hermanos. Además de Chani se le atribuyeron los crímenes de “El Chico del Millón”, fallecido el 6 de noviembre de 1998, “Chico Nike”, Kléver Auncacela y el “Loco Joffre” acribillados el 20 de diciembre del 2005, 9 de abril del 2008 y 1 de agosto del mismo año, este último antes de ser asesinado se enfrentó a balas con El Justiciero, dejándolo herido.

Hacia el 2008 un avezado reportero le preguntó: ¿Eres El Justiciero?, ¿has asesinado a más de 100 personas? “El Justiciero somos todos. Todos y cada uno de los ecuatorianos que reclaman justicia. El Justiciero está en el corazón de todos”.

Entonces usaba ropa policial, un chaleco con la palabra SWAT, botas negras, guantes, pantalones militares. Del cuello le colgaba un collar con una cabeza pequeña de Eloy Alfaro, un revolucionario político ecuatoriano.

A inicios del 2004 la Policía menciona que operaba con su respaldo, aunque lo reconocía con el enigmático apelativo de “un informante clave”. Diputados de ese entonces como el socialcristiano Simón Bustamante e incluso el presidente del Congreso Jorge Cevallos, solicitaron formalmente a grupos policiales de élite que incorporen a sus filas a Mauricio “por ser experto en seguridad”.

Él tenía uniforme y armamento oficial. Y hasta dormía en los cuarteles de los grupos de Intervención y Rescate (GIR) y de Apoyo Operacional(GAO) en Manta. Y entonces, cuando la prensa hizo la denuncia, la Comandancia General de la Policía

anunció una investigación. Pero, en la práctica, lo que sucedió fue que arrinconaron a El Justiciero y la policía después de tanta presión pública decidió quitarle el apoyo.

Fue a fines del 2006 que Mauricio supo que debía cambiar de estrategia o, de lo contrario, sería hombre muerto. Paradójicamente lo que hizo dejó perplejos incluso a sus más íntimos amigos.

Nadie sabe qué le dio por convertirse en un hombre público o en qué momento le picó el bicho de la política. Lo cierto es que un buen día de marzo del 2006 empezó a hacerse visible ante el miedo, la veneración y el desconcierto de todo un pueblo. Primero en centros comerciales, luego en sitios concurridos y avenidas... su paso no dejaba indiferente a nadie. Incluso había quienes lo trataban como un estrella de cine y le pedían autógrafos que él daba con la paciencia y el afecto de un anciano recluido en un asilo, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si acallara las voces de un pasado que no hacía otra cosa más que gritarle las múltiples muertes de decenas de pedófilos, criminales y traficantes internacionales de drogas. Sin embargo, el tiempo dirá después que aquella fue la peor decisión de su vida.

Formó el Movimiento Justicia Libertaria Alfarista, por el cual encabezó la lista como candidato a la Asamblea Nacional Constituyente en el 2007. Quería ser asambleísta, porque creía que si el Ecuador iba a cambiar necesitaba hacerlo por medio de una nueva Constitución que se iba a redactar en Montecristi un año después. Él quería estar ahí. ¿Por qué? “Deseo combatir la impunidad y la corrupción. Mi propuesta de seguridad integral está basada en tres ejes: seguridad jurídica, económica y ciudadana. Quiero incluir estos puntos en la nueva Constitución. Estoy a favor de la pena de muerte para asesinos y políticos corruptos, siempre que se despoliticen las Cortes”.

Los otros candidatos le temían. Y contrario a lo que sucede en cada lid electoral ecuatoriana (y en cualquier parte del mundo, en realidad) en que unos descalifican a los otros y el pasado vergonzoso de un político es sacado a la esfera pública sólo para restarle votos, todos (sin excepción) respetaron a Mauricio. Consultaban sus recorridos para no tener la desafortunada coincidencia de cruzarse con él en los mítines.

“Más seguridad, menos delincuentes, seremos un látigo contra las injusticias y barreremos las ciudades de toda la escoria que tanto daño ha hecho al país y la humanidad”. Sus palabras seducían, conmovían a miles. Pese a la fuerza y originalidad de sus ideas, no logró su objetivo. Perdió. El cómputo oficial arrojó 13 763 votos a su favor. Su slogan “Protegido por el Justiciero” acaparó la atención. Mauricio salía vestido de negro, armado con pistolas automáticas, subametralladoras y hasta con granadas. También usaba guantes, gafas y un pañolón para cubrir su rostro. Su figura era un imán para miles de personas que se aglomeraban en los mítines y que veían extasiados cómo su ídolo, el que había barrido con más de la mitad de los delincuentes más temidos del país, estaba ahí, junto a ellos. Apretó miles de manos, recorrió con su equipo las calles del cantón, buscando un voto y ofreciendo seguridad, sobre todo. Caía el mito y se levantaba la leyenda. Disfrazado, Montedeoca recorría Manabí para pedir votos. Saludaba a la gente desde el balde de la camioneta, aunque siempre con un pañuelo que sólo dejaba ver sus ojos verdes. Más de 100 escoltas lo acompañaban. Eran sus guardaespaldas, algunas de los cuales estaban mejor armados que él.

En plena campaña, el Grupo de Intervención y Rescate (GIR) detuvo a Mauricio con varias armas de fuego y municiones: una pistola 9 milímetros con dos alimentadoras.

Luego del incidente su discurso pretendía conquistar a los jóvenes, hizo popular la canción *Somos de calle* del reggaetonero

Daddy Yankee, la que fue adaptada con su nombre y sus propuestas. Los sábados colocaba parlantes en las avenidas más populares para que la gente baile. Sus marchas denominadas Por la justicia fueron multitudinarias; incluso cuando terminó el conteo y vio que no ganó, organizó otra, con igual cantidad de asistentes.

Dos años más tarde, alcanzó la tercera posición cuando se postuló a alcalde de Portoviejo. Esta vez el cómputo oficial arrojó un total de 21 459 votos a su favor. Por entonces, cientos de stickers con ojos dibujados, con la consigna “Yo estoy con el justiciero” o sencillamente “Mauricio alcalde” se encontraban en todo lugar. Su campaña fue muy llamativa, los colores rojo, blanco y azul invadieron la capital provincial. Pero esta última campaña fue distinta: ya mostraba su rostro. Lo tuvo que hacer obligado. Meses antes, en una comparecencia judicial, un fiscal le exigió que se quitara el pañuelo de la cara. Empezaba a diluirse el mito. Todos los diarios y noticieros lo mostraban: el atlético hombre de 1,90 era como el resto de gente.

Aún en campaña seguía practicando el vóley, su deporte favorito, en canchas públicas. Rara vez perdía y, cuando se subía a su camioneta, instalaba a todo volumen los altoparlantes con la música que siempre le gustó: el heavy metal.

Aunque andaba resguardado con gente de su confianza, todos sabían que en algún momento lo iban a matar. Y aunque él fuera también consciente de que aquello iba a ocurrir tarde o temprano, acallaba las voces de su interior exhibiéndose aún más en entrevistas y encuentros con jóvenes y líderes barriales. Unas semanas antes de morir hasta se había despojado del chaleco marrón que lo había acompañado durante el tiempo que la gente lo conocía con la leyenda forjada de “El Justiciero”.

¿Quiénes? ¿De dónde provino la venganza? Familiares de los antisociales acribillados lo acusaron ante la Fiscalía de ser

un asesino, demandas que no progresaron y terminaron en el archivo del olvido.

El mismo Mauricio recibió varias amenazas de muerte que provenían no solo de familiares de delincuentes asesinados. En octubre del 2008 acusó a la Policía de persecución y de querer atentarse contra su vida. Denunció que varios integrantes de la institución eran cómplices de bandas delincuenciales. Acusó a uniformados como Luis Martínez, oficial del GOE, de estar involucrados con la banda “Los Choneros”, la organización criminal más temida del Ecuador, y hasta los responsabilizó de su posible muerte. Y en el medio, el presidente de la República, Rafael Correa Delgado, cuestionado por la opinión pública, ordenó el 22 de noviembre del 2008 quitarle los permisos para portar armas. Un año antes, el 7 de julio del 2008 el fiscal Agustín Zamora anunciaba que Mauricio afrontaba por primera vez una investigación por asesinato.

De la noche a la mañana empezó a estar expuesto, era consciente de que se había exhibido más de lo necesario y, por ello, empezaba a ser más precavido de lo usual. Y sin embargo, pese a todo, la madrugada del 16 de julio del 2009 estaba sin la custodia con la que siempre vivía. Tomaba precauciones como ir a su casa por un camino diferente, pero esa noche se le durmió el diablo. Mauricio regresaba de una reunión social en el hotel Ejecutivo. Trataba de conformar un plan con el que se buscaba repeler la inseguridad en el Ecuador. En esa reunión y ante dirigentes sindicales expresó: “Por mi experiencia estoy convencido de que esta criminalidad es cambiante, sanguinaria y sin límites, y para combatirla se necesita mano dura, sin contemplaciones, eliminando sus bases”.

Iba a bordo de su automóvil Pathfinder Nissan, sin placas, cuando a cien metros de su casa, fue interceptado por dos camionetas Chevrolet D’max de color blanco y gris. 15 hombres

armados y con el rostro cubierto con pasamontañas bajaron de los vehículos y lo emboscaron cuando iba a ingresar a su vivienda, localizada en la urbanización Ceibos del Norte. Los encapuchados rodearon el automóvil y comenzaron a disparar en cuestión de segundos. Fue un baño de sangre y una lucha desigual, porque mientras Mauricio se defendió con una pistola 9 milímetros, los agresores, en cambio, portaban fusiles 5.50, subametralladoras y pistolas.

Pedro Vera, guardia de seguridad, al escuchar los estruendos se lanzó al piso. Y desde ahí, temblándole todo el cuerpo, lo vio todo claro: un Mauricio jadeante y con el cuerpo cocido a balazos que, aun así, se logró poner de pie y empezó a disparar; sin embargo, un proyectil le perforó la pierna derecha. Con ello perdió estabilidad y cayó para no volver a levantarse nunca más. “Allí fue que lo remataron sus asesinos”, relató un testigo. Un amigo de la familia indica que llegó con vida hasta el hospital de Solca e incluso expresó que le dolía la pierna.

Ante la balacera, Luis Alfonso Espinoza, de 22 años, chofer y único acompañante de Montesdeoca, no atinó a reaccionar. “El guardia se demoró en abrir la puerta. Entonces el jefe se bajó a repartir bala y fue allí que lo mataron. No pude hacer nada”, relató días más tarde.

Lo llevaron hasta el hospital de Solca, a pocas cuadras de la masacre, pero todo fue en vano.

Respecto a si llegó o no con vida al hospital hay otra versión: médicos del área de emergencia manifestaron que Mauricio Montesdeoca llegó sin signos vitales. Su corazón dejó de latir a las 00:30.

La noticia técnica de los peritos policiales fue contundente. Las balas fueron dirigidas al hombro derecho, muslo derecho, mus-

lo izquierdo, intercostal derecho, brazo derecho, 2 en el abdomen, 2 en la región dorsal y 4 en la pierna derecha. Una lesión en la vena aorta fue la causa de su muerte tras recibir trece disparos, que en su mayoría presentaron orificios de entrada y salida.

Luis Espinoza resultó con heridas en el antebrazo izquierdo y codo derecho; mientras que el vehículo recibió 44 disparos en los parabrisas delantero y posterior, es decir del lado en que se movilizaba Mauricio. Había cumplido los 38 años.

El funeral fue fastuoso. Lo enterraron como un líder. El sacerdote Edmundo Viteri presidió la plegaria. Unas tres mil personas se aglomeraron en la Catedral para escuchar una corta liturgia. Terminada la misa, la caja de dos metros de longitud, donde guardaron el cadáver de Mauricio, fue retirada de la Iglesia y subida a la plataforma con destino al cementerio. Ahí, su esposa, María Fernanda Solórzano, lloró desconsoladamente. Frente al edificio de La Fiscalía el alboroto de quienes acompañaban el cortejo fúnebre se detuvo. ¡Justicia!, ¡Justicia!, ¡Queremos Justicia! Sin embargo, en estos tres años de su muerte el crimen sigue impune. Aquella tarde lúgubre del 17 de julio de 2009, perdido de todo, en un fragmento de realidad diferente, tres amigos de Mauricio se apartaron precipitadamente del ataúd: arrojaron al aire dos palomas blancas que no quisieron volar.

Publicado en: fundaciontem.org, febrero 2013

El ocaso de las cajoneras

Juan Carlos CABEZAS

Seudónimo: Ray Montag

En un cajón de madera astillada habita, algo arrugada, la memoria. A veces se pierde entre la multitud de alfileres, hilos, alcancías, cortaúñas y otras decenas de objetos, que las dos últimas cajoneras de Quito ofrecen a sus clientes en la plaza de Santo Domingo.

Las hermanas Ana y Lucía Claudio son las herederas de un oficio que prosperó en el siglo XIX y que ha sobrevivido al tiempo como al surgimiento de tiendas y bazares que, en la actualidad, inundan el centro histórico.

Ellas todavía ofertan los accesorios tradicionales para los indígenas que llegaban a Quito rumbo a los mercados y al antiguo terminal terrestre.

Hasta los años 50 el negocio progresó; había tantas cajoneras que ocupaban hasta los exteriores del Municipio y del Palacio Arzobispal. Las restricciones a las ventas informales, las chicherías y caballerizas que abundaban en el casco colonial afectaron a estas vendedoras que fueron desalojadas de la Plaza de la Independencia.

Santo Domingo es ahora su último reducto. El reloj de la torre marca las 10:10. Es la hora de abrir el “almacén”, como llaman a su negocio, ubicado en la pared posterior del Colegio Sagrados Corazones de Rumipamba.

El tráfico sobre la calle Guayaquil, el interminable desfile de trolebuses y el caminar cimbreado de las prostitutas contrastan con el ritmo de Anita, la mayor de las hermanas. Tiene casi 75 años y el dolor en sus piernas le obliga a descansar aun antes de empezar la jornada.

Huele a esmog y a ceniza en el triángulo que forman la plaza y la calle Bolívar, uno de los puntos de mayor circulación del centro. Aquí la ciudad muestra su rostro libre del maquillaje oficial para turistas. No se observan extranjeros tomando fotos, alertados probablemente por la presencia de un grupo de jóvenes que merodean de un lado al otro. La iglesia, construida en 1581, muestra en su fachada la fatiga por el paso del tiempo, de su interior salen temerosos unos pocos sacerdotes dominicos, que retornan al convento inmediatamente después de recibir la luz de un sol que anticipa lluvia.

La Policía se ubica en la esquina más visible de la Plaza; los agentes parecen relajados, se podría decir que lucen felices de haber encontrado para ellos un punto seguro. Justo frente a los tres motorizados, en la parte más occidental del largo zaguán, está Anita. No ha esperado a su hermana para abrir el negocio y tras las puertas de madera flageladas con clavos aparecen decenas de pomos de gel llenos de alfileres, peinillas alineadas como para una marcha, cintas coloridas que se derrumban sobre la puerta, aretes huérfanos de percha y esas diminutas trampas de oso a las que se asemejan las vinchas para el pelo.

Hay tantas cosas dispuestas en este caos, que ningún extraño podría descifrar el laberinto. Nada tiene precio, todo está revuelto y mal empacado. Viene a la mente el contenido de los veladores domésticos, donde conviven facturas, lápices, migajas, chocolates y monedas en absoluta promiscuidad. El desorden es otro nombre de lo íntimo.

Para un ojo inexperto, es mandatorio fruncir un poco el ceño para precisar la forma de cada objeto. Y eso que ahora, como explica Lucía, la menor de las hermanas, ya no venden alpargatas (zapatillas para indígenas).

La mercancía que ofrecen ambas es idéntica. En cambio, entre ellas, existen profundas diferencias de personalidad: a Lucía le encanta abrir las cerraduras de su corazón. Recuerda cuando había cerca de 40 cajoneras disputándose los pocos espacios libres, el negocio era tan rentable que a finales de los 60 las vendedoras formaban un centro comercial callejero.

En esas épocas, como se narra en una desgastada placa ubicada en una esquina, las cajoneras eran conocidas por las muñecas de trapo, utilizadas como juguetes. Ahora, para encontrarlas, Lucía debe hurgar en las profundidades de su cajón mágico, donde se refugian esos monigotes de tela de unos 12 centímetros de alto. Las figuras solo tienen compradores en diciembre, cuando algunas familias las ubican en el pesebre.

El producto más solicitado, aparte de los cigarrillos que venden al menudeo, son las máscaras de malla para las fiestas de San Juan. No se las encontraría en otro lado, al menos no las elaboradas por manos indígenas del cantón Otavalo, provincia de Imbabura. Artesanos de esa zona las proveen tanto de las máscaras como de los collares de mullos (cuentas) de coralina, las fajas para apretar los anacos, las riatas para adornar 'los guangos' y las cintas para los bordes de las faldas.

Con los bolsillos vacíos

Las ganancias no estimularían para nada el aparecimiento de la competencia. En un buen día, una de las hermanas puede volver a casa con 10 dólares, pero con frecuencia terminan su jornada con un dólar.

Además, existen gastos inevitables. Deben pagar tres dólares para que un cargador transporte sus cajones diariamente a una bodega ubicada en las cercanías y 36 dólares mensuales por el almacenaje de la carga que llega a los 40 kilogramos.

Empieza a llover y los posibles compradores pasan corriendo por las calles; las gotas hacen una curva inaudita hasta llegar dentro del zaguán por debajo del techo. Lucía explica que durante todo este mes no han trabajado más que unas pocas horas por el clima. Nadie se acerca y, para colmo, el frío aumenta las molestias en las articulaciones de Ana, quien solo atina a buscar más abrigo y a hacer círculos con tobillos y muñecas.

Antes de las 13:00 almorzarán para retornar a las 15:00 a sus viviendas. La mayor vive a pocas cuadras de su trabajo; a la menor, en cambio, le espera un viaje de una hora hasta llegar a su barrio La Gatazo, ubicado al suroccidente de la ciudad. Lucía tuvo cinco hijos, el último aún vive con ella en una pequeña pieza alquilada. Una vez a la semana su hijo mayor, un pastor evangélico que vive en los Estados Unidos, la llama para compartir la palabra de Cristo. Lucía tomará su Biblia y reflexionará en su amorosa compañía. Después mirará en la televisión alguna novela con su hija y se acostará antes de las 22:00.

Los domingos son diferentes. Lucía se viste de amarillo y se va al estadio para ver a su querido club Aucas. Si juega en Machachi, ahí estará; si juega de local comprará, como acostumbra, una ‘tribuna’ con descuento para la Tercera Edad.

“Aucas, Marañón o la Guerra” es el antiguo eslogan del equipo que, a pesar de jugar en la segunda categoría y de no haber clasificado a una Copa Libertadores, está invicto en el corazón de la gente. “Aucas es pueblo” dicen los hinchas y ahora, después de cuatro años de no sumar puntos en la primera categoría, afi-

cionadas como Lucía mantienen a esta institución tan vigente como antes.

La última cajonera le pide a Dios que se club vuelva a la serie A, para amargarle la vida de nuevo al Deportivo Quito y a la Liga. Mantiene frescos sus recuerdos de épocas gloriosas del club cuando jugaban César Garnica y Gonzalo Pozo. Confiesa que extraña al ‘Tín’ Delgado y todavía reclama con furia a la Federación Ecuatoriana de Fútbol por haberles “robado” al entrenador Luis Fernando Suárez en el 2004, cuando pintaban para la final del torneo.

Como guardianas del patrimonio intangible de la ciudad, las cajoneras han recibido varios homenajes y beneficios. Su trabajo se ha immortalizado en obras como la de Oswaldo Viteri; uno de los cuadros más conocidos es el que se exhibe al interior del edificio antiguo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

En el año 2000 el Municipio les eximió del pago de impuestos, pero esto no ha sido suficiente para darle esperanza a este oficio.

Otro día termina. Lucía y Anita, las amas de llaves de la memoria, cierran los armarios del ayer hasta una nueva jornada. El ocaso de las cajoneras parece algo inevitable y si esto ocurre un retazo de la historia quiteña se extraviará para siempre.

Publicado en: Revista Nuerstro Patrimonio,
diciembre 2012

La meta
es el camino

Gonzalo ORTIZ

Seudónimo: Peregrino

*La experiencia de ir a pie 174 km por el Camino de Santiago,
una de las rutas más famosas de peregrinación de la cristian-
dad.*

El camino de Santiago es una metáfora de muchas cosas pero una que se descubre con claridad es que la meta es el camino. Claro que hay que llegar a Santiago y abrazar al apóstol, y estar en la misa del peregrino y ver funcionar el *botafumeiro* –inmenso incensario de plata que como péndulo describe, por acción de una sogá halada por cinco personas, una parábola que parece querer tocar el tumbado de la altísima basílica–.

Pero el asunto no es solo llegar, porque, a lo largo del camino, se va llegando a cada piedra, a cada mata, a cada árbol. Y a cada ermita, arroyo, puente o pueblo. Más que la compostela, el documento redactado en latín que entregan desde la Edad Media y certifica que el peregrino ha caminado al menos cien kilómetros, lo que cuenta es el compromiso personal de recorrer la ruta.

Con sus altibajos, sus recodos, sus túneles de vegetación, su esplendorosa floración primaveral, el recorrido es desafío y goce; oportunidad de admirar el paisaje cuando es posible, u ocasión de sufrir la rotunda lluvia, la húmeda niebla y el inevitable cansancio físico.

¿La meta? Se la intuye. Se sabe que será grandiosa. Pero, mientras tanto, hay dar ese siguiente paso, sin el cual no se arribará jamás.

¡Buen camino!

“Buen camino” nos desean todos. Es la expresión que sustituye al saludo. Estamos Norma y yo en el mítico Alto de O Cebreiro, en la víspera de emprender la aventura, con Carlos Jaramillo, compañero de escuela y colegio y médico endocrinólogo, y su esposa Cruz de León, quienes más se demoraron en proponérselo que nosotros en aceptarlo. “Es ahora o nunca”, nos dijimos, pues hemos deseado hacerlo desde hace 35 años, sin haberlo podido concretar por las mil esquinas que tiene la vida.

Tras el entrenamiento –durante cuatro meses hemos caminado una hora al día y varias los fines de semana–, sabemos que nuestro ritmo será de cuatro kilómetros por hora y que solo haremos de 20 a 25 km cada día, en jornadas de cinco a seis horas.

Desde Madrid hemos ido por tren a Astorga, donde pernoctamos, y hoy hasta Piedrafita en autobús y los últimos 10 km, en taxi. Mañana empezaremos a caminar y siento una emoción como en la víspera de ascender a una cumbre.

En el límite entre León y Galicia, esta es una aldea como brota del suelo, agarrada a una cornisa, a 1 000 metros de altura. No son más de 20 casas y una iglesia. Todo muy viejo, todo muy rústico, de una belleza auténtica, elemental, que sobrecoge. Nuestro alojamiento, que es una casa rural con tres habitaciones de alquiler, está donde se detuvo el taxi, en una plaza diminuta, frente a la iglesia.

El caserío tiene 29 habitantes (“y ni siquiera estoy segura de que lleguemos a 29”, dice la dueña del mesón). La iglesia es del siglo XI, tan vieja que es pre-románica, también de piedra y con techos de pizarra, igual que las casas del pueblo. Consta que ante su crucifijo y su imagen de la Virgen oró San Francisco de Asís, cuando hizo el camino de Santiago en 1213.

No somos los únicos que hemos decidido partir de aquí. A las 7 de la tarde las bancas de la vieja iglesia se llenan para la misa del peregrino. Asistimos unas 40 personas, con las que conversamos después de la bendición. Además de las que comienzan el camino aquí, hay otras que llevan días o semanas. Lucas, un brasileño, ha comenzado en Piedrafita y ha hecho hoy 11 horas de camino. Otros vienen desde Burgos, Pamplona o más allá. Pero nuestro asombro es mayúsculo al conocer a un francés: salió hace dos meses de Notre Dame de París y ha caminado ya 1 400 kilómetros.

Al salir al día siguiente de O Cebreiro no descendemos, como creíamos; al contrario, ascendemos por una línea de cumbres hasta el Alto del Poyo, a 1 335 m. Lo hacemos envueltos en niebla y frío, sin poder ver nada alrededor. Cuando empieza a despejarse la niebla reparamos en que dominamos varias cadenas de montañas, las que en sus hondonadas acunan verdes potreros entre bosques de hayas y encinas. Pero eso es allá abajo, ya que las tierras que atravesamos tienen una vegetación de páramo comparable a la de los 3 500 m. del Ecuador.

Luego el camino se hace muy placentero, no solo porque requiere menor esfuerzo y empieza a descender, sino porque cesa la lluvia, se despeja la niebla y nos permite gozar de magníficas vistas, mientras los bordes del camino tienen los colores amarillo y morado de las matas florecidas. A ratos uno piensa estar caminando por un jardín, pero nos vuelve a la realidad el “¡Buen camino!” con que nos saludan otros peregrinos. Nos topamos con franceses, alemanes, estadounidenses y, por supuesto, españoles.

Tricastela aparece como un punto blanco entre el verde de los potreros, al pie de una montaña impresionante, el Oribio, que lo tendremos a la izquierda por dos horas de una bajada pronunciada. Allá, al fondo del valle, está la población de 300

personas, pero antes de entrar a ella, en el caserío de Ramil, nos espera un castaño que tiene 800 años, todo él ancho, viejo y retorcido, pero de cuyas ramas ya salen los renuevos primaverales. Está vivo y es tanto o más impresionante como los monumentos e iglesias románicas que vemos en cada pueblo.

El segundo día empieza frío, con lluvia y viento. Escogemos la variante más larga de la ruta para poder visitar el monasterio benedictino de Samos. El camino transcurre en medio de un robledal, bordeando un río. El verdor es intenso: proviene de helechos, hiedras y todo tipo de plantas colgantes y trepadoras. De vez en cuando atravesamos pequeños caseríos (no más de cinco o seis casas, algunas de ellas abandonadas).

Al final de dos horas y media de caminata solitaria, nos hemos juntado unas 10 personas, y avanzamos por otra bella senda boscosa. De pronto, por una hendidura de la vegetación, descubrimos, abajo, el inmenso monasterio que podemos abarcar de una sola mirada. Nos extraña su planta barroca. ¿Cómo así, si tiene más de mil años de existencia?

La respuesta nos la darán los monjes, que abren a las 12 del día para una visita guiada. Este monasterio, cuyos orígenes se remontan al siglo VI, ha sido atacado, incendiado, saqueado, y reconstruido, sin jamás dejar de atender a los peregrinos. Por esa convulsa historia muestra todos los estilos posibles: tiene un exterior barroco, una iglesia con fachada neoclásica, claustros góticos, románicos y prerrománicos, e incluso una capilla mozárabe.

Seguimos la ruta y como cada vez tenemos más hambre, buscamos un mesón en Frollais, que nos recomendaron en Samos. Solo tras mucho caminar, cerca de las cuatro de la tarde, damos con él y nos dejamos estar como una hora, gozando de los

entremeses, el potaje de garbanzo, las chuletas de res y el insuperable queso local con dulce de membrillo.

Sarria, nuestra meta del día, nos parece triste y monótona: sus calles con grandes edificios de ocho pisos abruman como un Gran Cañón. Vamos directo a la habitación del hotel, donde un largo baño de tina y el mentol chino calman en algo los adoloridos pies. La mala impresión se borra al día siguiente, al atravesar el casco antiguo, con sus callejuelas coquetas y repletas de hospedajes.

Todos los tonos de verde

El día transcurre en una sinfonía de colores: todos los tonos de verde –prados verde brillante, árboles verde profundo, malezas verde ocre– y, espolvoreado encima de todo, como confeti, miles, cientos de miles de flores silvestres, azules, rosadas, rojas y amarillas. Para que todo sea completo en este día primaveral, refulge el sol en un cielo de azul purísimo. Caminamos agradecidos del regalo, después de dos días de lluvia y niebla.

El cuerpo va resintiéndose, pero coge nuevos bríos al arribar, hacia mediodía, al mojón que señala que faltan 100 km hasta Santiago. Al avanzar entre prados cercados con bajos muros de piedra, nos encontramos, como todos los días, con las “rubias gallegas”, las típicas vacas de color canela, arriadas al establo. Cae la tarde y vemos a lo lejos el embalse del río Miño, pero llegar cuesta mucho. Nos sorprende lo cansados que estamos y nos amedrenta pensar en cómo vamos a resistir los cuatro días que aún quedan.

Entramos por fin a Portomarín por un largo puente que atraviesa el embalse. Esperando que el sueño oxigene los músculos y al día siguiente tengamos fuerzas, nos vamos a la cama, no sin antes cenar merluza y probar un Ribeira Sacra Lucense,

denominación de origen, cuyas parras, como hemos comprobado en el último trecho, ya han echado sus primeras hojas.

Al otro día salimos temprano, en medio de una cerrada niebla, pero dos horas después aparece el sol, que nos acompañará el resto de la jornada, jugando al escondite con las nubes. La ruta es exigente: en el hotel nos han dicho que son 9 km de subida, pero en realidad son 14, y agotadores. El esfuerzo no es recompensado luego con territorio plano. Al contrario, nos topamos con cuestas y descensos exigentes.

Llegamos, al cabo del día, a Palas de Rei, en cuyo hotel nos espera otra pareja de ecuatorianos: Camilo Vintimilla y su esposa, Luisa Salvador, quienes han acordado hacer con nosotros las últimas tres jornadas del camino.

Encuentros y esfuerzos

La mañana siguiente, al dejar Palas de Rei —un pueblo feúcho con casas despintadas—, volvemos a encontrarnos con peregrinos de otras latitudes con los que compartimos un café, un refresco o simplemente un trecho del camino. La jornada es larguísima: más de 30 km, aparte de la parada para el almuerzo, en la gastronómica Melide, para probar un buenísimo pulpo a la gallega.

El terreno es más quebrado que el día anterior: hay muchos ríos y sus vaguadas nos obligan a bajar largos trechos hasta el puente, algunos medievales... lo que no es sino el preludio de duras cuestas al otro lado.

Con el cansancio acumulado, las piernas no responden. Y eso que, de nuevo bajo un cielo azul inmaculado, el paisaje es otra vez hermoso, con coquetos campos de labranza, potreros y bosques. Al bajar por un camino asfaltado hacia el río Iso, nos des-

prendemos de los cuatro compañeros de ruta, que se quedan descansando en un café. Seguimos con Norma, paso a paso.

La llegada a Arzúa se hace eterna. Cuando finalmente llegamos a las primeras casas y pedimos direcciones, nos llevamos la sorpresa de que el Pazo de Santa María, que es nuestro hotel, queda alejado del pueblo, fuera de la ruta. Debemos caminar más kilómetros. “Pazo” en gallego es palacio, o mejor dicho propiedad feudal. Este de Santa María, del siglo XVI, ha sido restaurado y convertido en hotel de lujo. Al llegar, nos sorprende encontrar a nuestros compañeros: no pudieron seguir a pie y pidieron al hotel que les recogiera en vehículo. Es una lección de lo que significó la revolución del transporte automotor: seis kilómetros en vehículo los han hecho en cinco minutos; seis kilómetros a pie nos ha tomado hora y media.

Al límite

Iniciamos el penúltimo día de nuestro camino con la ilusión de que la meta está más cerca. Pero pronto las limitaciones físicas nos vuelven a la realidad. Los pies duelen a cada paso. Norma y Carlos van especialmente afectados con sus ampollas, aunque avanzan venciendo a sí mismos.

El paisaje vuelve a ser delicioso, con prados y bosques bajo un sol tibio. Nuevos túneles boscosos, debajo de robles, castaños y nogales y, como desde el inicio, muchos hórreos, estrechos silos sobre bases de piedra y con paredes que dejan correr el aire para almacenar el maíz o madurar quesos.

La aproximación a O Pedrouzo es interminable. Nos engaña la perspectiva y los ascensos son más abundantes. Norma tiene las piernas inflamadas, como reacción a un ungüento a base de árnica, y le molesta su ampolla en el tobillo derecho. El ritmo de marcha ha bajado, por lo que nos demoramos más de seis

horas en cubrir los 21 km de la etapa. En medio de un denso bosque de eucaliptos pasamos el mojón que indica que solo nos faltan 20 km para Santiago.

Al día siguiente Carlos resuelve que avanzará a Santiago en autobús, pues sus ampollas le impiden caminar. La que Norma tiene en su talón está muy grande y la piel de sus piernas sigue inflamada. Dudo si llevarle en autobús o acudir al centro médico a que le atiendan. En eso, cerca de las 11 de la mañana, me dice, con decisión: “Vamos a pie. Ambos nos propusimos caminar toda la ruta y no vamos a abandonarlo tan cerca. Solo te pido que camines a mi ritmo y aunque nos demoremos mucho, lo lograremos”.

La marcha es una mezcla de esfuerzo e ilusión, de cansancio y deseo de seguir. Con lo tarde que es, casi no hay peregrinos a pie. Sí, en cambio, nos alcanzan, nos echan un “¡Buen camino!” y continúan veloces, varios grupos de ciclistas, que vienen de más lejos, de Arzúa o más allá, en su última etapa.

Al rodear el aeropuerto de Santiago, nos sobrecogen decenas de pequeñas cruces hechas con palitos entrelazados en la malla metálica, y en las que se pone fotos, cintas o medallas —exvotos por los emigrantes de esta tierra—. Descendemos hasta el arroyo de Lavacolla, lugar donde los peregrinos se despojaban de sus sucias vestimentas y se lavaban para entrar más decentes a Santiago.

Pero todavía faltan 9 km para la ciudad. Con una joven irlandesa que se ha quedado retrasada, y bajo un cielo nublado, llegamos al Monte del Gozo, apropiado nombre porque desde allí ya se divisa la ciudad de Santiago. Pasamos luego al lado del albergue (que puede alojar hasta 800 peregrinos) y vemos por primera vez las torres de la catedral. El sendero discurre los últimos cinco kilómetros al lado de la carretera asfaltada. En

el cruce con semáforos donde está el mojón del kilómetro cero nos despedimos de la irlandesa.

¿Cero? Sí, esto es Santiago. Y sí, hay un monumento a los peregrinos. ¡Pero no estamos en la basílica! Tenemos que caminar todavía, atravesar unos barrios modernos y el centro histórico. Nos habían dicho que en 19 km estábamos en Santiago, pero no que había que caminar otros cuatro para llegar a nuestra meta. Lo hacemos, resignados: rúa de Casas Reais, plaza de Cervantes, rúa da Acibechería, praza da Inmaculada, monasterio de San Martín Pinario, originario del siglo X. Sin distraernos por nada más, cruzamos bajo el Arco del Palacio, un pasadizo medieval donde hay unos músicos callejeros, y de golpe estamos en la Plaza del Obradoiro.

Es inmensa y de una piedra amarilla, casi dorada. Instintivamente caminamos hacia el centro para ponernos de frente a la gran fachada barroca de la catedral, con sus dos altísimas torres y su cuerpo central en punta. Nos acercamos como hipnotizados hacia ella, mientras la piedra se vuelve rojiza con el sol, que por fin asoma. Norma llora y yo estoy a punto de hacerlo. Es difícil no emocionarse, al concluir, superándolo todo, un viaje de verdad mágico.

Recuadro 1

¿Qué es el Camino de Santiago?

El Camino de Santiago es una de las más antiguas y principales vías de peregrinación de la cristiandad. Es la ruta que se recorre (a pie, en bicicleta o a caballo) para llegar a la ciudad de Santiago de Compostela, en España, donde se veneran unas reliquias que la tradición católica considera del apóstol Santiago el Mayor. Durante 500 años, toda la Edad

Media (del 800 al 1400), fue muy concurrido, después cayó en el olvido pero, en el último cuarto de siglo, lo recorren cada año decenas de miles de peregrinos.

¿Por qué se hace el Camino de Santiago?

Por varias razones: *religiosas* (junto con Roma y Jerusalén, Santiago de Compostela es uno de los tres principales destinos de peregrinación de la Cristiandad, un imán para los creyentes desde hace 1 200 años); *culturales* (la ruta está llena de hitos arquitectónicos y artísticos; fue declarado por el Consejo de Europa Primer Itinerario Cultural Europeo y por la UNESCO, Patrimonio de la Humanidad.); *turísticas* (los paisajes son hermosos y se come bien, sencillo y bien), y hasta *deportivas* (el senderismo ha tomado gran auge). Pero, en el Camino de Santiago siempre hay un sentido *espiritual*: es una oportunidad de introspección y de desafío personal.

Recuadro 2

Las rutas

A lo largo de los siglos, los peregrinos de toda Europa fueron definiendo varios itinerarios de llegada a Santiago. El que obtuvo mayor concurrencia y relevancia, tanto socioeconómica, como artística y cultural, fue el denominado “Camino Francés”, que entra en España desde Francia por los montes Pirineos y en Galicia por el mítico Alto do Cebreiro. Pero otros itinerarios lograron hacerse un lugar dentro de las peregrinaciones jacobeanas: Camino Primitivo, Camino del Norte, Camino Inglés, Camino Portugués, Ruta de Fisterra-Muxía, Camino del Sudeste o Vía de la Plata, Ruta del Mar de Arousa. Los caminos Primitivo y del Norte consiguieron fama desde los primeros tiempos de la peregrinación, con

dos trazados principales que entran en Galicia procedentes del País Vasco y Cantabria. El Camino Inglés era seguido por los peregrinos que llegaban desde Inglaterra por mar y desembarcaban en los puertos de A Coruña y Ferrol.

Las etapas

Día	Desde	Hasta	Km
1	O Cebreiro	Triacastela	21,1
2	Triacastela	Sarria	24,7 (*)
3	Sarria	Portomarín	22,4
4	Portomarín	Palas de Rei	25
5	Palas de Rei	Arzúa	33 (28,8) (**)
6	Arzúa	O Pedrouzo	23,3 (19,1) (**)
7	O Pedrouzo	Santiago de Compostela	20 + 4 urbanos
	Total del recorrido		173,7 km

(*) Por Samos. La otra variante es 5 km más corta.

(**) El Pazo de Santa María, donde nos alojamos, está a 4 km del Camino.

Publicado en: Diners, enero 2014

Se los llevó el tren

Alexis SERRANO

Seudónimo: Alí

Existe un pueblo, enclavado en las montañas de la frontera entre Imbabura y Carchi, que vivió una época de bonanza mientras el tren lo visitó. Luego el río se llevó gran parte de los rieles y convirtió a este lugar en un pueblo fantasma.

El tren se llevó todo cuando se fue. Desapareció aquella mesa gigante en la que decenas de turistas, hambrientos y bulliciosos, comían en cada parada. Los hombres jamás volvieron a preparar fundas llenas de granos para vendérselas a quienes llegaban en los vagones, y los niños dejaron de recoger tunas verdes que tanto les gustaban a los gringos. Cuando el tren se fue, lo único que le heredó al pueblo fue su nombre: Estación Carchi.

Es casi un pueblo fantasma. Un pequeño asentamiento de 70 personas, casi todos negros, enclavado en las montañas y bañado por un río caudaloso y lleno de rocas gigantes, al que todos conocen como “Amarillo”, aunque se llama Mira. Son tres calles empedradas: dos forman una V y una da al borde del río... Una destruida cancha, un terreno empantanado a manera de plaza central, y en el fondo, en el vértice de la V, aquel mítico edificio celeste de tejas cafés que otrora fue la Estación Carchi del Ferrocarril y el corazón que a estas personas les dejó de latir.

Todas las casas son diminutas. Ninguna debe tener más de 10 metros cuadrados y parecen cajitas de fósforos, colocadas una junto a la otra. Muy pocas están habitadas. Las otras no sólo están vacías sino destruidas, en ruinas. Sólo se alcanza a

ver sus esqueletos: paredes incompletas de adobe o de ladrillo, huecos gigantes donde alguna vez hubo ventanas, pintura destrozada, maleza, plantas y cactus en el interior y uno que otro retazo de puerta tirado en pleno empedrado.

Es como si todos los días fueran domingo. No hay nadie en las calles, nadie juega en la cancha, nadie hace nada. A un visitante le cuesta creer que alguien viva en ese lugar. Para llegar, uno tiene que pasar por un puente sobre el río en el que apenas puede cruzar un carro a la vez. Luego un estrecho camino de tierra, lleno de inmensas formaciones rocosas con formas extrañas, como globos gigantes.

En el lugar, todo el tiempo hay un silencio tan sepulcral que lo único que se escucha es la corriente del río, que en ese mediodía lluvioso y nublado no logra romper la quietud. Hasta los tres perros residentes prefieren dormir en un rincón de la cancha antes que ponerse a correr. De vez en cuando, alguien se atreve a dejar su cama por unos instantes y salir a dar un pequeño paseo, pero la imagen no mejora del todo, porque ese alguien camina de aquí para allá en movimientos repetitivos y en un silencio casi tan absoluto como el del pueblo. Es tal la calma, que cuando uno se acerca al río puede escuchar con absoluta claridad el trino de los pájaros “conversando” unos con otros y esto produce un efecto adormecedor.

El sitio ha contagiado a todos este letargo. En Estación Carchi uno se da cuenta de que los niños son niños únicamente por su tamaño. Por lo demás, nunca corren, casi nunca ríen, nunca gritan y lo más cercano a una travesura es cuando andan de arriba para abajo con sus catas lanzando piedras al aire.

Nadie recuerda cuándo fue, pero la llegada del tren a este pueblo le cambió la vida. Para finales de la década de 1940, este sitio, aún sin nombre, era un minúsculo poblado de tres familias. “Allá, en esas tres casas que están al fondo, vivían los primeros habitantes”, dice uno de los ancianos de la comunidad, un afro alto, espigado y lleno de barbas blancas.

De lo que se conoce, el tren llegó a este sitio en los primeros años de la década de 1950. Cuando los moradores de los pueblos aledaños se dieron cuenta de que ahí había una oportunidad de negocio, apresuraron su mudanza. Llegó gente de La Concepción, de Santa Ana, de La Loma... Entonces, las mujeres comenzaron a sacar su mejor sazón, comenzaron los olores de secos de pollo, fritada, hornado, cuyes... Los hombres fueron construyendo, muchos con sus propias manos, las casas que hoy están destruidas y abandonadas.

Al principio, el tren era sólo de carga. En el fondo de la estación estaba la bodega, un espacio amplio en el que los bultos estaban siempre apilados. El vagón llegaba, descargaba, volvía a cargarse y se iba.

Con los años, llegaron los turistas. Gente que había oído del pueblo, de la comida, de los granos... Durante décadas el lugar estuvo siempre lleno. Había ruido, mucho ruido... música, fiesta, jolgorio. El pueblo llegó a tener más de 200 habitantes, lo que para esa zona era casi una ciudad.

Fue en esa época cuando llegó Luis Echeverría, un hombre que hoy tiene 82 años y entró en las montañas hace 53 para nunca más salir. Es pequeño, delgado, de cabello cano, piel llena de surcos y bastón, porque tiene débil su rodilla derecha. Vive en una de las casas que dan al río. Un lugar en donde apenas entran dos camas de una plaza, una pequeña cómoda, una silla y una mesa de madera, que no usa para comer sino para apilar

papeles. Dos de las paredes están llenas de fotografías de mujeres, de esas de “Lunes Sexy”, jóvenes semidesnudas en todo tipo de posiciones. Frente a estas mujeres, una imagen de la Virgen iluminada por una pequeña lamparita verde. Junto a la cómoda, una escopeta que le sirve para la única afición que le ha quedado: la cacería.

Ahora, sus días transcurren entre la cama y el baño. Ni siquiera es muy amante de los paseos, aunque bien podría salir a recorrer el lugar. El pueblo le contagió su letargo. Pero no siempre fue así. “Llegué acá en el 59 para trabajar como reparador de telecomunicaciones en el tren. Básicamente tenía que ver que el teléfono funcione bien y cuando se dañaba un foco en alguno de los postes que iluminan los rieles, tenía que volar para arreglarlo”.

Su inicio en el mundo de los trenes fue algo fortuito. Nació en Chambo, un cantón de Chimborazo. Cuando estaba cerca de los 30 años, un familiar lo recomendó para que lo remplazara en ese trabajo. Duró 15 días. Les convenció a sus jefes y le pidieron que se fuera a Carchi para hacer otro remplazo. “Al principio no fui muy bien recibido. Siempre había cierto rechazo en el norte para los que veníamos del sur”... Resultó que la persona a quien estaba remplazando nunca volvió y él se quedó con el trabajo. Luego, se enteró de que su antecesor había sufrido un accidente y ya no pudo regresar.

Allí se casó con una negra y tuvo cuatro hijos: “pintaditos, como todos aquí”. Su esposa murió hace 25 años a causa de un cáncer que nadie pudo detectar y todos sus hijos viven ahora en Quito. Él se jubiló como trabajador del tren y vive gracias a su pensión.

Sentado entre la Virgen y sus mujeres desnudas, recuerda esa tarde lluviosa y nublada, aquellos días del tren. “Las calles estaban siempre llenitas. Los vendedores gritaban unos más fuerte que otros para que los pasajeros los escucharan. El tren comenzó a llegar cada vez más seguido. Vino la época de bonanza. La gente se dedicó a construir más casas, todos ganábamos un dinerito”.

Incluso los pocos jóvenes que aún viven en el lugar lo recuerdan. Bryan Santacruz tiene 18 años y ha vivido aquí toda su vida. Él vio el tren hasta cuando tenía cuatro y todavía guarda algunas imágenes. “Era una fiesta cuando llegaba el tren. Los niños más grandes nos enseñaban a que recolectemos ‘tillos’ de colas (tapas de refrescos). Todos teníamos un montón. Cuando veíamos que el tren venía, poníamos los tillos en los rieles. Salían volando y botaban chispas”.

Luego de ese espectáculo, todos corrían a los bosques que rodean el pueblo para cortar las copas de los cactus y vendérselas a los extranjeros. “A los gringos les encantaban –recuerda el joven–, pagaban nomás lo que les pedíamos”.

Y justo cuando parecía que este era un pueblo destinado al desarrollo llegó el día en el que todo terminó. El hombre alargado de barba blanca cuenta esa historia sentado en una pequeña banca de madera fuera de su casa, que da a la plaza central, justo frente a la estación, como si aún siguiera sorprendido por lo que pasó. “Ni siquiera había llovido aquí, pero al río se le dio por crecer. Lo que pasa es que el río crece cuando en la cima de la montaña llueve. Eso pasa sólo de vez en cuando... Ese día el río creció y se llevó una gran parte de la montaña donde estaban los rieles”. El tren nunca más volvió.

La fecha la recuerdan a la perfección: 31 de mayo de 1998. “Justo era día de votaciones. No me acuerdo por quién estábamos

votando, pero fue precisamente en un domingo de elecciones”, narra el hombre alto y barbado.

Se acabó el ferrocarril y vino la calamidad –continúa Luis Echeverría–. Ya no había trabajo, ya no se le podía vender nada a nadie... Vino el silencio, la quietud. Realmente el pueblo se murió”.

Entre semana, a las dos de la tarde, llega un pequeño bus amarillo que deja a cuatro jóvenes que estudian en el colegio de La Concepción, al que asisten los muchachos de Estación Carchi y de todos los pueblos aledaños. Ese es, quizá, el único momento en el que hay algo de bulla, mientras estos cuatro colegiales se despiden de sus compañeros del bus. Sin embargo, el ruido es efímero porque luego corren desaforados a esconderse en sus casas.

Los 11 niños del pueblo, en cambio, estudian en la única escuela del lugar, una habitación pequeñita apenas ocupada por sus pupitres, rodeada de un patio verde, junto a la iglesia. Para todos los niños hay una sola profesora, una mujer que vino de San Lorenzo hace más de 45 años, también para quedarse.

Pero el principal “fantasma” de lo que fue este pueblo está en plena plaza central. La estación del ferrocarril está destrozada. Por fuera, una mano de pintura azul disimula en algo la destrucción y llama la atención un dibujo mal hecho de la Virgen Dolorosa, con una frase que dice: “aquí estaré para cuidarles a todos”. Pero por dentro la situación es otra: las paredes roídas como en las casas abandonadas, los pisos picados y llenos de tierra y piedras, el techo atestado de grandes agujeros por donde pasan tenues rayos de luz que rompen la oscuridad.

Las habitaciones también son diminutas. La que era la boletería, la que era la sala de telecomunicaciones, las oficinas administrativas. En algunas hay rayones y grafitis incomprensibles. El único espacio grande sigue siendo lo que fue la bodega. Junto a ella está un cuartito lleno de moho, tierra y tejas amontonadas en mal estado, que Luis Echeverría recuerda en voz baja. “Este era mi cuarto. Aquí viví quince años. Me asignaron aquí mismo para que esté siempre disponible, por si me necesitaban”. En la que era la sala de telecomunicaciones, en cambio, aún está clavada sobre la pared la tabla en donde estaba el teléfono. La madera está llena de rayones con números telefónicos y nombres. En la pared del fondo, un calendario de 1999, el último recuerdo de cuando hubo gente en la estación y que nadie se ha atrevido a quitar.

Esporádicamente, los niños suelen entrar a recorrer el viejo edificio. Más como aventura que nada. Dicen que nunca han visto ni oído nada extraño y lo que más les llama la atención es un hombre que debe tener algo más de 80 años, que, según dicen, también trabajó en el tren pero se quedó sin habla. Él camina siempre de un lado al otro de la estación, mirando hacia las paredes, hacia el techo, encorvado y con un pausado caminar.

De nuevo en el exterior, el riel es el único recuerdo tangible que la gente tiene del tren. Del un lado conduce directamente a la estación y se pierde en las montañas. Del otro lado, llega, tras un sendero metido en el bosque, hasta el abismo que dejó el río cuando creció. La hierba le ha ganado la batalla al hierro pero todavía el riel sigue siendo una especie de eje central para todos.

Cuando el tren se fue, todos comenzaron a irse. Como vieron que el negocio terminó, muchos regresaron a sus comunidades de origen, otros se fueron para Ibarra o para Quito y, poco a poco, Estación Carchi se fue quedando sin vida. “Es un lugar aburrido, yo ya no sé qué hacer. Todos los días son iguales. Estoy esperando solamente a graduarme del colegio para irme a Quito, donde están todos los hermanos de mi mamá”, confiesa Bryan Santacruz, el joven de 18 años que alguna vez recolecto tillos con sus amigos. Todos los jóvenes salen huyendo apenas cumplen la mayoría de edad y los que se quedan viven básicamente del dinero que les dejan los que se fueron. El pueblo se va quedando únicamente en compañía de los ancianos y los pocos niños que esperarán su momento de partir.

Aún hay unos pocos, como Bryan Santacruz, que se dedican a la agricultura. Aunque más como un pasatiempo y para su propio consumo. Su familia tiene un terreno más arriba en la montaña, justo donde la niebla comienza a tornarse más espesa. Ahí siembra maíz y fréjol, al que él siempre llama poroto. Según el Municipio de Mira, existen planes para reconstruir esta estación, pero los habitantes de la Estación Carchi prefieren no hablar de eso. “Nosotros no tenemos ayuda de nadie, ni del Gobierno, ni de la Prefectura, ni del Municipio”. El pueblo tiene luz eléctrica, un casi imperceptible alumbrado público, también herencia del tren, y no tiene agua potable. Hasta hace un par de años tenían teléfono, pero un aguacero se llevó las redes y el cableado, y el teléfono se fue tan repentinamente como los rieles. En la página de internet del Municipio dice que la reconstrucción de la estación se haría en el 2012, pero, para estas alturas, es otra promesa sin cumplir.

Cuando comienza a oscurecer, la soledad se acentúa. Los pocos ancianos que a esa hora deambulaban por las tres calles de Estación Carchi comienzan a apresurar el paso para entrar a sus

casas y acostarse nuevamente. El pueblo muere una vez más entre la añoranza de los días de tren y de jolgorio y el vaticinio del hombre alto de barba blanca de que, con los años, a medida que los ancianos vayan muriendo y los once niños que quedan salgan huyendo, este pedazo de tierra se convierta de a poco en un absoluto desierto.

Publicado en: SOHO Ecuador, diciembre 2012

Una comunidad
que se desarrolla
en el páramo

Galo VALLEJOS

Seudónimo: Rodolfo Red

Simiatug, un pueblo indígena y apacible junto al Chimborazo, ha encontrado alternativas de manera autónoma. En medio de nubes y pajonales, el lugareño ya no solo se dedica a tareas del campo. Es uno de los últimos fortines de las enseñanzas de monseñor Leonidas Proaño.

Es más del medio día, pero en Simiatug apenas se nota. Como la mayoría de días en el año, en las tardes, el pueblo está nublado, con el cielo encapotado y un viento que mueve los cabellos y hace chasquear los dientes. Como de costumbre, las calles, lucen vacías, pero en el parque del pueblo, junto a la iglesia, hay un ruido inusual. Decenas de niños y jóvenes uniformados, que acaban de dejar sus clases, corretean, juegan, ríen; los varones simulan pelear, se empujan, se lanzan unos contra otros, se caen, se levantan; las niñas murmuran entre ellas y se divierten al ver a los chicos, a quienes lanzan sus miradas de tanto en tanto. Es la hora más bulliciosa de esta parroquia de Guaranda, enclavada en los Andes centrales del Ecuador.

En las viviendas, mientras tanto, la vida de los adultos del pueblo transcurre apacible, silenciosa. Los talleres de artesanías funcionan como un reloj, donde las manos de hombres y mujeres trabajan desde temprano. Aunque, claro, a esa hora del día, madres artesanas como María Carmita Toalombo deja por un momento su rutina para encontrarse con sus pequeños y velar porque tengan su almuerzo. Como ella, al mediodía, la gente se moviliza presurosa, en la hora bisagra del día para los lugareños.

En las poblaciones de los alrededores la vida pasa aún más lenta, pero con una dinámica particular. Los campesinos—pastores

de llamas, los camélidos andinos –que se encuentran en buen número en la zona y son muy preciados por todo lo que le dan a la gente–, transitan despacio con su rebaño en los caminos de tierra que rodean al pueblo, mientras los pequeños y adolescentes que viven en el medio rural inician su caminata a sus casas, que durará minutos y hasta horas.

Simiatug está a media hora de la Costa y a escasos kilómetros del Chimborazo, el macizo de roca y hielo que prácticamente marca todas las actividades de esta parroquia, la cual, paradójicamente, se encuentra alejada del cantón al que pertenece: la capital de la provincia de Bolívar (a algo algo más de una hora por un camino lastrado y en algunos tramos de complicada circulación, debido a los baches).

El cronista gráfico que me acompaña por la aventura en estas tierras altas (nos encontramos a unos 3 500 metros sobre el nivel del mar) hace su trabajo y entabla rápidamente conversación con los adolescentes que acaban de dejar las aulas. Les pregunta de qué manera se divierten y ellos ríen sin rubores en lugar de contestar. El fotógrafo, inquieto por no obtener una respuesta, vuelve a la carga: ¿Qué hacen además de estudiar? Nada, responde uno de los muchachos, de tez trigueña y cabello engominado, desafiante y a la vez sonriente, casi divertido, mientras el resto de adolescentes lo miran con una especie de orgullo.

La versión del adolescente en realidad no es tan exacta. Porque se trata de un pueblo productivo, tanto que las artesanías que realizan sus habitantes se exportan, prácticamente sin intermediarios, a Europa, a precios que, si se los compara con las artesanías promedio que se encuentran en el resto del país, pudieran considerarse altos.

Rocío y Mónica, dos jóvenes universitarias, han sabido de Simiatug por escuchas a conocidos y se aventuraron a mirarlo

de cerca. Con mochila en mano y sus ropas cubiertas de polvo, luego de dejar el bus que los llevó durante casi dos horas desde Ambato, dan fe de aquello.

“Venimos para mirar de cerca un pueblo que surge por sí mismo. Por iniciativa de la propia gente, además que queremos llevar unas artesanías y hospedarnos y comer los platos de acá”, dice la primera, mientras ve maravillada cómo las llamas circulan tranquilamente por las calles de tierra.

Se trata de una población que se ha convertido en una especie de fortín para la población indígena quechua que vive en los alrededores del Chimborazo y se concentra en uno de los extremos de la provincia de Bolívar. Un colectivo humano que es amplia mayoría frente a los mestizos, por lo menos en una proporción de nueve a uno (buena parte del grupo de mestizos que poblaban la zona la fueron dejando paulatinamente a lo largo del siglo XX). Se estima que en Simiatug y en las comunidades de sus alrededores viven unas 18 000 personas.

En el pasado fue uno de los puntos clave en el intercambio de mercancías entre la Costa y la Sierra, en épocas de los recordados arrieros. Hablamos del siglo XIX e inicios del XX, cuando el ferrocarril y luego las carreteras aún no se habían instalado en el país. Entonces era parte de la provincia de Chimborazo.

De ahí que la imagen y el discurso de monseñor Leonidas Proaño (1910–1988), el principal exponente de la católica Teología de la Liberación en el Ecuador, quien se hizo llamar el Obispo de los Indios, tuvo gran acogida entre la población de Simiatug a lo largo del último cuarto del siglo pasado. Tanto, que atrajo a personas del otro lado del planeta como la suiza Cornelia Kammerman, quien vino al Ecuador para apoyar la candidatura al premio Nobel de la Paz de Proaño en los ochenta. Ella se ha

quedó en Simiatug, atraída por la singularidad de geografía de la zona y sobre todo los seres humanos que la habitan.

El cielo bajado a Simiatug

Cornelia es comadre de medio pueblo, por lo menos. Su activismo en Simiatug (que en quechua significa “boca del lobo”) la ha convertido en la vocera del desarrollo de la comunidad, la cual, de una manera autónoma, ha logrado concretar proyectos productivos. La helvética, delgada, canosa y de verbo fácil, recuerda cómo le afectó constatar la pobreza de la zona cuando llegó, pero sobre todo la situación de la mujer, relegada por valores culturales y ancestrales.

Con su español particular, con rasgos del castellano de los indígenas, la europea recuerda que le asombraron dos aspectos en el momento que arribó a los andes ecuatorianos: la discriminación femenina y la indiferencia de los indígenas con lo que pasaba fuera de su tierra. De cómo se aferraban a sus tradiciones, a sus costumbres, a las prácticas de sus antepasados. Ella se propuso ayudar a las mujeres de Simiatug y, con paciencia y empeño, lo fue logrando, sobre todo con los habitantes que eran niños cuando Cornelia llegó y que actualmente son los adultos del pueblo.

El colectivo Simiatug Samai, formado íntegramente por mujeres, es resultado de la persistencia de la helvética y de un grupo de voluntarios europeos que ella ha liderado a lo largo de tres décadas. Las trabajadoras de este grupo elaboran varias de las artesanías más preciadas de Simiatug en base a la cabuya, que la tratan durante varios días antes de transformarla en bolsos, portafolios, billeteras, mochilas, muñecas, entre otros objetos. Es materia natural fruto del páramo que rodea todas las actividades humanas en este paraje andino, que se ha convertido en un ícono del trabajo de la gente. “La tratamos por días, hasta

que se pudra y se deje trabajar. Después damos la forma que queremos, de lo que hacemos todos los días, en el campo, con los guaguas, con la familia”, dice Juana Chimborazo, mientras muestra una muñeca de una lugareña cargando un niño sobre sus espaldas.

A quien escribe estas líneas le interesó un multicolor portafolio, elaborado por María Carmita Toalombo durante las tardes frías de Simiatug. Pese a mi insistencia, la creadora de la artesanía no accedió a bajarla de precio ni un solo dólar. El costo solo suele bajar cuando se vende al por mayor, en especial a Italia y Suiza, dos mercados que se han interesado en el trabajo de la gente de esta parroquia de Bolívar.

Además de Samai, existen grupos de artesanos denominados Sisapakari, Tsawar Maki, Simiatug Llakta y Rayo Uhsca, los cuales compiten y se ayudan entre sí, sobre todo a la hora de repartir las ganancias, siempre de manera colectiva y equitativa.

La idea de proyectos como los talleres de artesanías, a decir de Cornelia, fue construir uno de los pilares para el desarrollo integral de la población, con la idea de que pudieran trabajar y crear a la vez. Ingresar a ellos es tener acceso a una suerte de ritual, a un entorno de silencio y complicidad, como Samai, donde las nativas de Simiatug dan rienda suelta a una actividad que, además de que reivindica sus orígenes, les permite sacar su vena creativa.

Opción turística

El trabajo voluntario extranjero incentivó a los indígenas a que se muestren al mundo. De ahí que en Simiatug existen opciones para hacer lo que se conoce como turismo comunitario, es decir hospedarse y hacer recorridos junto con representantes

de la propia comunidad. Entre las casas de barro y teja, salpicadas en medio del paisaje nublado del pueblo, se destaca un edificio de cuatro pisos que se ha convertido en hostel, fruto de la organización local. Es el Sisapamba, donde se pueden encontrar habitaciones cómodas por ocho dólares. Los desayunos, que tienen como novedad el cereal suizo conocido como *mueli*, se sirven desde dos dólares. Hay una opción incluso más económica, que es el Hostal de los Italianos.

Pudiera decirse que más allá de conocer un pueblo con las singularidades de este, quien la visita llega a tener facilidades, en un rincón hasta hace no muchos años olvidado como Simiatug. Sin embargo, la cabecera parroquial es apenas el inicio. Hay más de una docena de comunidades a su alrededor, varias de las cuales poseen atractivos de páramo, como lagunas, pajonales, bosques, flora y fauna nativas, además de contacto directo con la gente que habita en cada lugar. Hablamos de sitios como Pímbalo, Cocha Colorada, Mindina, Tingo, Padrehuasi, Rayopamba, Santa Teresa, Cutahua, Churo Luzán, Pampa de Allago, Potrerillos o Santo Domingo. Los miércoles, que son días de feria en Simiatug, decenas de personas de los pueblos aledaños llegan a la plaza principal para comercializar comida, animales y ropa. El pueblo bulle cada siete días con la llegada masiva de campesinos que buscan comerciar lo que les da la tierra, además de cuyes, llamas, chanchos, borregos. En este evento ya no suele ser extraña la presencia del turista foráneo.

Los lugareños lentamente pierden el recelo con el visitante. “Antes teníamos miedo de hablar, miedo de que no nos acojan en serio, tal y como pensamos y no encontramos las palabras que decir”, decía Etelvina Chisag en la singular obra *Simiatug* (Casa de la Cultura de Bolívar, 2012), que recoge textos de los propios campesinos de la zona sobre sus experiencias de desarrollo. “No es necesario que ni ustedes ni nosotros sintamos

miedo. Lo importante es hablar claro y despacio para ayudarnos unos a otros. Tampoco es necesario el inglés, hay también las manos, los gestos, las señas”, respondía Verónica, una suiza que visitó las comunidades del lugar.

Se trata, sin duda, de una apuesta por el futuro de la parroquia bolivarenses en el siempre complejo intento de abrirse al mundo. El primer paso está dado, pues la puerta de entrada, para extranjeros y ecuatorianos, ya se ha abierto.

Una iglesia particular

La fe de los lugareños es sólida y compartida. Cada domingo o día festivo relacionado con las celebraciones católicas, asisten a la renovada y singular iglesia de la parroquia. Se celebra con devoción Navidad y Semana Santa. Las bancas del templo, por aquellos días, se llenan de niños, adultos y ancianos.

Y esa actividad espiritual se realiza en un entorno único, pudiera decirse exclusivo de Simiatug. Cornelia, la comadre del pueblo, llegó como pintora hace tres décadas, interesada en la propuesta ético-religiosa de Leonidas Proaño. Con la concepción que tenía el obispo ibarreneño del catolicismo, ella desarrolló y plasmó su talento artístico en la iglesia de Simiatug.

Se trata de inmensos cuadros relacionados con la pasión de Cristo sobre todo, siempre con protagonistas indígenas, empezando con el mismo Jesús, quien luce en las distintas pinturas trigüño y sin barba, siempre con poncho y sin zapatos. Los entornos de las escenas bíblicas son tomados de la cotidianidad andina de la zona, con vestimenta, comida, vivienda, fiestas locales... Tal como se vive día a día en este rincón del centro del país.

Mirar el trabajo artístico de Kammerman en la iglesia puede, en una buena medida, dar una idea al visitante de qué se trata

Simiatug: original y pujante. De su potencial, que antes era visto por voluntarios extranjeros y religiosos, y del cual cada vez más personas e instituciones dan testimonio –ahora existe una de las escuelas del milenio que fue construida por el Gobierno–. Conocerla es un intento por mirar el país distinto, por llegar a un eslabón distinto al de las ciudades. Yo me prometí regresar, con más tiempo y aliento para recorrer la capital de los páramos del Chimborazo.

Publicado en: Diners, agosto 2013

Farrear en kichwa
en plena Mariscal

María Fernanda MEJÍA

Seudónimo: Elvira

En un intento por convertirme en la guía turística del “Pacha”, un amigo que dejó su natal Cañar para estudiar la universidad en Quito, lancé la ingenua pregunta: “¿Vos cachas la ‘zona’?”.

Claro, cómo no iba a conocer los alrededores de la plaza El Quinde, si allá “cae” gente de todas partes, unos más fieles que otros, sedientos de eso que llaman diversión. Alguien tuvo que invitarle, apenas el Pachakutik dijo que era nuevo en la ciudad.

Sí, el Pacha estaba mejor informado que yo: conoce que en la ‘zona’ existen de sobra sitios para bailar “hasta abajo” y también “huecas alternativas” donde es un sacrilegio escuchar ciertos ritmos.

Además, sabe que hay otra manera de gozar la capital, más andina, más indígena, más ancestral. Solo se necesita caminar unos pasitos afuera del bullicio de la ‘zona’ y ahí están, ofreciendo el tradicional cuy, la chicha y el baile en grupo.

Una estrella puruwa en la Mariscal

Cuando Quito está nublado, las estrellas se esconden tras el espesor de ese aire helado. Pero si se conoce el camino, quizá se llegue hasta una estrella más acogedora: el Wara Warita, un bar puruwa (no puruhá, según corrige su propietario Wayra Koro).

Tomado del aymara, Wara significa estrella y Warita es su diminutivo. “Pero también es el destino, por cada estrella en el cosmos hay un ser humano en la tierra”, relata Koro, quien además es productor audiovisual.

Este sitio está abierto todos los días desde el mediodía, en la Cordero y Amazonas. Quienes caminan por ahí, de pasadita, espían con disimulo al escuchar el sonido de la quena y el rondador.

Si es viernes en la noche, el ambiente parecerá el de una fiesta familiar. Aquí todos son bienvenidos: indígenas de diversos pueblos, mestizos y extranjeros se unen en círculo para bailar al son de la música andina.

Anabel Zurita llegó con su grupo de amigos para festejar a la nueva graduada, su amiga Belén Salazar. “Aquí la pasamos sabroso, bailamos entre todos sin conocernos, es ‘full’ bacán”, dice la joven mestiza.

La mayoría de ritmos que se escuchan en el Wara Warita provienen de la provincia del Chimborazo, de donde es originario Koro. “Pero si nos piden una bachata, un reggaetón, un rock and roll, no tenemos problema”.

Personas como Rocío Gómez, una comunicadora Quito-Cara, y sus amigas prefieren este lugar por ser un espacio más familiar y acogedor. Junto a ella, Elis Betania destaca que “no se necesita ser indígena para venir”.

Con este espacio, que existe desde hace 10 meses, se pretende recrear un tampu (parador). “El punto de encuentro de los chasquis, ahí se amanecían, se contaban cuentos, escuchaban música, se alimentaban, tomaban chichita, se divertían un rato y regresaban a sus pueblos nuevamente”, dice Koro.

Y aunque los que llegan al Wara Warita no viajan para entregar mensajes, aquí sí se encuentra mucha información acerca de festivales y actividades indígenas. También se disfrutaban bebidas como la chicha y el tzawar mishky (agua de penco).

No está de más saber que todos los productos con que se cocinan los alimentos vienen de la comunidad de Balda Lupaxi, en Chimborazo. La madre de Koro produce cuyes, su hermana hace la chicha y su otra hermana le provee de hortalizas.

Con Alegrías, Con Tristezas, Unidos Siempre

“¿A dónde caemos hoy?”, pregunta una estudiante de kichwa. “Vamos al CACTUS”, responde su pana...

Desde hace cuatro años y tres meses, esta ‘hueca’ ha sido un buen lugar para quienes buscan una opción diferente, primero para almorzar, luego para conversar y tomarse una cerveza, y si quieren para bailar y hasta poner en práctica su kichwa.

De entrada se escucha el saludo caluroso de los dueños. “Shamupai, alli shamuska”, pronuncian Marco Gualapuro o Anita Morales, su esposa. Si usted no comprende, le repetirán: “Vengan, bienvenidos”. Ellos prefieren hablar en kichwa (el menú tiene traducción) porque “es una lengua más cariñosa”.

Los dos son de Otavalo, vinieron a Quito para estudiar en la universidad, pero se conocieron en la internet. Al enamorarse, se quedaron en la capital, dejaron la universidad por cuestionamientos de ‘bolsillo’ e iniciaron su negocio. Ofrecían coladas de maíz, arroz de cebada y de habas.

Luego la oferta se amplió. Al recordar cómo se sintió alguna vez, cuando recién llegó a la ciudad, Gualapuro convirtió a su restaurante en un espacio de comunidad, de amigos.

“Quito es una ciudad de migrantes, nosotros lo somos y nuestros abuelos lo fueron alguna vez. En el campo es diferente, aquí necesitas para el bus, el arriendo, alternativas de vida”. Este joven de 28 años confiesa que en los ‘otros’ bares, “uno se siente desubicado, a veces miran raro”. Aquí, dice, “hablamos kichwa, se promociona el sanjuanito, los fandangos, los intirraimis”.

Los viernes hay músicos invitados, que tocan en la puerta de la entrada ya que el espacio no abastece. La segunda planta es nueva, las mesas de madera muestran un diabluma en el centro y los asientos tapizados con blanco le dan un toque moderno.

Para los que no sabían, el CACTUS no se llama así por aquella planta con espinas. Más bien son las siglas de su lema: Con Alegrías, Con Tristezas, Unidos Siempre.

Una peña al estilo Saraguro

Samay significa descanso en kichwa y es el nombre de la nueva peña cultural de ‘la zona’. Está en la esquina de las calles Baquedano y Reina Victoria.

Sus propietarios Mauro Contento y su esposa Luz Vacacela lo han decorado con ponchos negros del pueblo Saraguro (Loja) y algunas mazorcas secas. “Este es un espacio para compartir la interculturalidad”, dice.

Un póster del futbolista Álex Aguinaga desentona entre los anuncios de conciertos de grupos como Ñanda Mañachi, Karupanaka, Arawy, Awkas... El Samay abrió hace seis meses y gracias a las recomendaciones de amigos y conocidos va incrementando su clientela. Los Saraguros que viven en Quito ya lo conocen y ahora están buscando un espacio en otros pueblos indígenas, mestizos y extranjeros.

“Aquí hay discotecas que no van con nuestros sentimientos”, dice Contento, mientras se dispone a pasar unas cervezas a Rodrigo Criollo y Marcelo Betún, dos jóvenes de Riobamba. “Venimos a ver si hay paisanos”. Pero justo ese día, el propietario decidió cerrar antes de las 22:00 para cumplir con un pedido grande de comida. Con un poco de frustración, los jóvenes admiten que se sienten solos. “En la comunidad es otra nota, ahí sí se comparte”, dice Criollo.

Cerca de ellos, en cambio, brindan con una jarra de canelazo Jorge Andrade y Soraya Alminati. Estos colegas profesores acuden al Samay al menos una vez al mes. De hecho, decidieron hacer la cena navideña allí, con los demás compañeros de su trabajo. “Todos tenemos una parte indígenas y hay que reconocerla”, dice ella.

Esa es la idea del propietario, que exista un ambiente amigable entre diversas culturas. Adelanta que el próximo año celebrarán las cuatro festividades indígenas más importantes: Kapac Raymi, Pawca Raymi, Inti Raymi y Coya Raymi

Mientras tanto, si usted no ha probado la comida de los Saraguros, Contento le invita a conocerla. Además del cuy ofrece chanfaina (arroz con hígado de chanco, alverjas y zanahoria), aucha (papa, nabo, mapawira) y el chagrashca (granos tiernos cocinados). Este menú está disponible durante las noches, en especial cuando hay conciertos.

Publicado en: Revista Q, enero 2012

El rey pasa
penurias. Jaguares
en Yasuní

Santiago ESPINOZA

Seudónimo: ETI-7

Estábamos adentro haciendo la sísmica, bien metidos en la selva, lejos de todo. Un trabajo bien fuerte, abriendo líneas larguísimas de varios kilómetros, a punta machete; solo nosotros aguantamos, los de afuera rapidito se cansan. La compañía no había traído la comida por helicóptero y estábamos muriéndonos del hambre. En eso vimos un jaguar que pasó saltando por un lado. Nos acercamos y vimos que había matado una huangana (chanchito de monte). Nos pusimos contentos, ya teníamos qué comer; sacamos la mitad y nos fuimos.

—¿Y por qué no se llevaron todo? ¿No era que se morían del hambre?— le pregunté a Matías, amigo wao que relataba su historia. Estábamos sentados junto al fuego que mantenía alejados a los mosquitos que pululaban en nuestro campamento, a orillas del río Tiputini en el parque nacional Yasuní. Junto a Matías estaba sentado su hermano Daniel. Cruzaron una mirada rápida, como diciéndose “éste no entiende nada”.

Matías hizo la respectiva aclaración:

—El jaguar pudo haber sido uno de los nuestros, por eso nos dejó la comida. Si le quitábamos todo, él se quedaba sin comer— así de clara y sencilla fue su explicación.

La importancia del jaguar en la cosmovisión de las culturas americanas, desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad, es notable. El jaguar fue y sigue siendo un símbolo de poder, asociado al gobierno y la guerra, y también a la fertilidad de la tierra. Los reyes mayas solían vestirse con pieles de jaguar y los aztecas disponían de un grupo de guerreros de élite, conocidos como los guerreros del jaguar. En el Ecuador, figuras que representan jaguares u hombres jaguar han sido encontradas en vestigios de las culturas Valdivia, Machalilla, Chorrera, Jama-Coaque, Bahía, Napo, entre otras, lo cual indica la importancia de este felino en la vida de nuestros ancestros. La conversación con Matías es un ejemplo de cómo, hasta el día de hoy, el jaguar constituye un importante símbolo dentro de la cosmovisión de algunos grupos indígenas.

En la cultura wao, los grandes guerreros pasan a otra vida, donde merodean por la selva en forma de jaguar. El jaguar es también el álgter ego de los curanderos waorani, que se transforman en este felino para moverse más fácilmente por el bosque y obtener los poderes necesarios para sanar.

El jaguar es el felino más grande del continente americano y el tercero más grande del mundo, precedido por el tigre asiático y el león africano. El tamaño de un jaguar varía considerablemente dependiendo del sexo (las hembras son entre un 10 a un 30% más pequeñas). También depende de la región que habitan; los jaguares más grandes son los del Pantanal, en Brasil, donde existen individuos de más de 150 kilos. ¡Los pesos pesados! Su cuerpo, de entre 1,2 y dos metros de largo sin incluir la cola, tiene una textura fuerte, patas cortas y gruesas, pecho ancho y una cabeza grande que aloja unas mandíbulas muy poderosas.

El característico diseño de color dorado y manchas negras en forma de rosetas le sirve para camuflarse en su hábitat. Algunos jaguares poseen un pelaje completamente oscuro, donde las manchas apenas se distinguen; son los que suelen llamarse “panteras negras”. Sin embargo, los jaguares de piel manchada y los oscuros pertenecen a la misma especie cuyo nombre en latín es *Panthera onca*.

Aunque el jaguar se alimenta prácticamente de todo lo que se mueve (incluyendo ganado cuando su presa natural ha sido diezmada por cazadores), prefiere los pecaríes o chanchos de monte, de los cuales en el Ecuador existen dos especies: las huanganas (pecarí de labios blancos) y los saínos (pecarí de collar). Los pecaríes viven en grupos y ambas especies están armadas de filosos colmillos, lo que las hace presas muy peligrosas. Para evitar ser atacado por un grupo de chanchos enfurecidos (las huanganas pueden formar grupos de más de trescientos individuos) el jaguar tiene que ser capaz de matar a su presa rápidamente. Para ello, utiliza sus garras y su mordida, la más fuerte de todos los felinos, capaz de triturar huesos de un solo mordisco. Una vez que el jaguar ha descubierto un grupo de huanganas, se aproxima sigilosamente usando su camuflaje para esconderse entre las sombras de la selva. De un salto, el jaguar atrapa y da un potente mordisco que perfora el cráneo de la huangana, matándola al instante. Después del ataque, el jaguar se puede poner a buen resguardo hasta que el grupo de huanganas abandone el lugar y lo deje solo con su presa; suficiente alimento para dos o tres días.

El jaguar se encuentra desde el norte de México hasta el norte de Argentina. Puede vivir en un sinnúmero de ambientes como las tierras áridas de Sonora, en México,

los humedales de los llanos venezolanos y del Pantanal brasileño, los bosques chaqueños (Bolivia, Argentina y Paraguay) y, sobre todo, en bosques húmedos tropicales como los de la cuenca amazónica.

Al ser un carnívoro de gran tamaño, para poder subsistir el jaguar necesita de amplias áreas con suficientes presas. Por ejemplo, un solo macho puede vivir en un área de 180 kilómetros cuadrados o más, igual a diez veces la superficie de la isla Santay. Es por esta razón que se lo considera una especie “paraguas”. Es decir, para proteger a una población de jaguares necesitamos proteger grandes áreas de bosque donde viven otros organismos, que indirectamente también serían preservados. A pesar de ser una especie protegida en casi todos los países, incluyendo el Ecuador, la sobrevivencia del jaguar se encuentra en peligro. Las principales amenazas para este magnífico felino son la pérdida de su hábitat natural, la cacería de su presa y la muerte de jaguares relacionada a conflictos originados por depredación de ganado. En el Ecuador el jaguar se encuentra en la Costa, donde hoy apenas sobrevive debido a la gran deforestación en esta región, y en el Oriente, donde aún quedan extensas áreas de bosque.

Por su extensión, la reserva de biosfera Yasuní, formada por el parque nacional Yasuní (cerca de 10 mil kilómetros cuadrados) y el adyacente territorio wao (cerca de 8 mil más), constituyen el principal bastión para la conservación del jaguar en el Ecuador. Sin embargo, el Yasuní se encuentra amenazado por la extracción petrolera cuyos impactos pueden ser muy destructivos para este frágil ecosistema. Por un lado, están los conocidos riesgos de contaminación por derrames de hidrocarburos y, por otro,

la creación de carreteras que lleva a la colonización de lugares antes inhabitados y culminan en la degradación y pérdida del hábitat del jaguar. A inicios de los años ochenta, Texaco abrió una carretera dentro del territorio wao, la vía Auca y sus ramales, cuyos alrededores hoy en día lucen completamente deforestados, ocupados para la agricultura y ganadería precarias.

Un segundo ejemplo es la vía Maxus, una carretera de 120 kilómetros abierta a inicios de los años noventa por la compañía del mismo nombre dentro del parque nacional y el territorio wao. A pesar de que el ingreso de foráneos al área de la vía Maxus ha sido controlado por (la petrolera) Repsol, la compañía que ahora opera el bloque 16, la carretera ha facilitado la explotación excesiva de la fauna por parte de las comunidades indígenas que habitan en la zona. Hoy existen varios asentamientos wao y kichwa a lo largo de esta carretera. Esta ha incrementado sustancialmente el área accesible para los cazadores locales, que incluso comercializan la carne de monte en mercados cercanos, como la feria de Pompeya y la de Coca. La mayor parte de la carne es de pecaríes, la presa más importante para el jaguar.

La explotación de los bloques ITT y 31 continúa siendo una amenaza para el Yasuní. ¿Cuál es la consecuencia de abrir más carreteras para la explotación del crudo dentro del Yasuní, principal refugio para el jaguar en el país? Para responder algunos aspectos de esta pregunta estudiamos al jaguar y su presa natural en cuatro sitios del parque. Estos sitios variaron en cuanto a su cercanía a carreteras: uno sobre la vía Maxus, un segundo estuvo entre doce y veinticuatro kilómetros de la vía Auca y los dos restantes, considerablemente lejos de las carreteras, uno a orillas del

río Tiputini y otro al sur del río Curaray (límites norte y sur del parque, respectivamente).

El jaguar es un animal que vive en muy bajas densidades, típicamente menos de uno a seis individuos por cada cien kilómetros cuadrados. Además, los jaguares son animales tímidos que no gustan de estar cerca de la gente. Por estas razones, quien ha visto un jaguar en su medio natural puede considerarse una persona con mucha suerte, y para estudiarlos hay que ingeniárselas para trabajar con indicios más que con observaciones directas. Para saber cuántos jaguares podrían existir en Yasuní, nuestra investigación se apoyó en la tecnología: utilizamos cámaras fotográficas automáticas disparadas por un sensor de movimiento (trampas cámara) para fotografiar los jaguares de cada localidad. Para colocar las trampas cámara, en cada sitio de estudio abrimos una red de cincuenta kilómetros de senderos dentro de un polígono de cien kilómetros cuadrados. Las revisábamos continuamente para verificar su funcionamiento, por lo que caminamos, entre todos, cerca de 3 mil kilómetros en el húmedo calor de la selva. Los resultados que obtuvimos valieron el esfuerzo: suficientes fotografías para tener los primeros estimados de la población de jaguares en el Yasuní.

El pelaje de los jaguares es como una huella digital que permite diferenciar fácilmente un individuo de otro. Por medio de las fotografías y modelos estadísticos, encontramos que en los alrededores de la vía Maxus, el lugar más degradado en nuestro estudio, la densidad de jaguares fue cercana a un animal por cien kilómetros cuadrados, mientras que en el lugar más remoto, cerca de Lorocachi, encontramos cuatro jaguares en un área similar. Esta diferencia se debe principalmente a

la intensa cacería de la presa del jaguar en los alrededores de la carretera. Como se dijo, las comunidades que viven a lo largo de la vía Maxus cazan intensamente pecaríes y otras especies animales para venderlas como carne de monte. El resultado es la disminución drástica de la presa del jaguar y la afectación de las poblaciones de este último.

La creación de carreteras para la extracción de petróleo u otros recursos dentro de la reserva de biosfera Yasuní —como la que ahora se está abriendo para acceder al bloque 31, en el corazón del parque y junto al tan mentado ITT— constituye una amenaza real para la conservación del jaguar en el Ecuador. Desafortunadamente, podemos predecir que esta nueva carretera llevará al deterioro de otra gran parte de esta importante área protegida. Hoy, en el Yasuní talvez existen alrededor de quinientos jaguares, una población suficiente para sobrevivir a largo plazo. Las nuevas incursiones petroleras ponen en riesgo la viabilidad de estas poblaciones. En nombre del “desarrollo y el progreso” podemos terminar erradicando del Yasuní no solo al felino más grande de América, sino a los pueblos que, como los waorani, tagaeri y taromenani, lo tienen como un poderoso símbolo.

Publicado en: Ecuador terra incognita, mayo 2013

